EDUARDO ACEVEDO DIAZ

LANZA Y SABLE

Prólogo de

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

MONTEVIDEO
1965

PROLOGO

I. Un creador de mundo

Doble es la fundación que realiza Eduardo Acevedo Díaz en sus cuatro novelas históricas: Ismael (1888), Nativa (1890), Grito de Gloria (1893) y Lanza y Sable (1914). Con ellas, no sólo contribuye el escritor uruguayo al establecimiento de la narrativa en nuestra literatura sino que también aporta una obra capital para la fundación de nuestra nacionalidad. Por eso, hay que considerar a Acevedo Díaz en su doble carácter de creador literario y creador de un sentimiento de la nacionalidad uruguaya. Había en él un poderoso temperamento narrativo; una visión de la patria en su realidad actual, en su tradición viva, en su marcha hacia el futuro; una capacidad de descubrir en la compleja realidad nacional las cifras esenciales; un creciente dominio de la anécdota que madura (más allá del ciclo épico) en Soledad, esa tradición del pago que publica en 1894; un inusual poder de observación de tipos y costumbres. Aunque escribió relatos breves (el mejor tal vez sea El Combate de la Tapera) necesitaba la amplia y morosa respiración novelesca para poder comunicar cabalmente su ancha visión de esta tierra oriental. Fue por eso un creador de mundo. Es decir: fue inventor de una realidad novelesca coherente y autónoma, una realidad que desde sus mejores libros ofrece su espejo a la nación a la vez que propone normas para el futuro, para la nacio-

nalidad aún en formación en momentos en que él escribía y publicaba.

Pero también fue un político destacado. La época que le tocó vivir (nació en 1851, murió en 1921) necesitaba escritores que fueran hombres de acción. Desde muy joven estuvo al servicio de uno de los partidos tradicionales y supo jugarse en la lidia periodística, en la tribuna, en el campo de batalla. Arriesgó su vida varias veces por sus ideales. Su vocación literaria (aunque fuerte y porfiada) está en permanente conflicto con esa avasalladora e impostergable vocación política que habrá de convertirlo en uno de los jefes del Partido Nacional, "el primer caudillo civil que tuvo la República", según ha dicho Francisco Espínola, uno de sus más sutiles sentidores. Por eso, Acevedo Díaz sólo podrá escribir sus grandes novelas en la pausa forzosa de una lucha que casi no le da tregua. El período literariamente más fecundo de su obra, el verdaderamente creador, coincide casi exactamente con su obligado exilio en la Argentina, entre los años 1884 y 1894. Entonces escribe BRENDA (1886), su primer novela, de ambiente contemporáneo y aún inmadura; las tres primeras obras del ciclo histórico (de 1888 a 1893); SOLEDAD, de 1894, y seguramente esboza también LANZA Y SABLE, cuya redacción definitiva la lucha política retardará hasta 1914. Su arte de novelista se resiente naturalmente de esta escisión permanente entre su carrera de hombre público (el eje sobre el que se desplaza su destino) y su porfiada vocación literaria. Sin embargo, su obra de creador no necesita excusas. Está ahí, entera, para ejemplo de nuestra literatura, vigente a pesar de visibles desfallecimientos y de algunos títulos superfluos (hay otra novela, MINES, 1907, menos redimible por haber sido

publicada después de las obras maestras). Su obra está ahí, plantada como una de las creaciones más importantes y perdurables de nuestra narrativa que no abunda en grandes novelistas. Ya no se discute el lugar que le corresponde en el panteón vivo de las letras nacionales. Hace cuarenta, hace treinta años, los críticos más vigentes entonces (pienso en Zum Felde, en Alberto Lasplaces) podían oponerle muchos reparos de detalle — reparos muchas veces justísimos y lúcidos — sin advertir al mismo tiempo todo lo que su obra tenía de central, de permanente, de hondamente creadora. Hoy, a partir de las luminosas explicaciones de Francisco Espínola en su prólogo a ISMAEL (Buenos Aires, 1945) es imposible no advertir esa cualidad esencial de su obra: la fundación de un sentimiento de la nacionalidad, la fundación de una forma perdurable de la novela uruguaya.

Pero el nombre de Acevedo Díaz no ha traspasado aún las fronteras patrias. Todavía es desconocido en el vasto mundo hispánico. Sin embargo, parece indudable que merece trascender las fronteras de la nacionalidad. Aunque buena parte de su eco pueda perderse fuera del ámbito uruguayo (no tiene por qué hablar a hombres de otros cielos con el acento tan persuasivo con que nos habla), su creación no depende exclusivamente de circunstancias locales. Hay en Acevedo Díaz un creador tan universal como Zorrilla de San Martín o como Horacio Quiroga: un hombre capaz de tocar los centros de la vida con la misma autoridad, el mismo poder suasorio, la misma imaginación poética. Para certificarlo están ahí sus libros, y sobre todo la importante fábrica de sus novelas históricas.

La crítica (sobre todo Zum Felde) ha discutido la calificación de tetralogía que correspondería a esas

cuatro novelas del ciclo histórico y ha propuesto en cambio la trilogía por considerar que la última de las cuatro (LANZA Y SABLE), "escrita mucho después, carece del vigor artístico y de la verdad histórica de las primeras". Emitido por primera vez en su *Crítica de la literatura uruguaya* (Montevideo, 1921), este juicio de Zum Felde no ha sido modificado por el autor en sucesivas ampliaciones de aquel libro (*Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo, 1930, Buenos Aires, 1941) o en otros textos complementarios (*Indice crítico de la literatura hispanoamericana*, México, 1959). Ya he examinado in extenso esta opinión de Zum Felde en el prólogo a NATIVA de esta misma colección de Clásicos Uruguayos. A mi juicio no cabe negar la entrada de LANZA Y SABLE en el ciclo histórico. En primer lugar, porque ésa ha sido la voluntad creadora explícita de Acevedo Díaz ya que al aparecer ISMAEL fomentó la publicación de algunos sueltos periodísticos en que se hablaba ya de los "cuatro volúmenes" o "cuatro libros" que comprenderían el ciclo entero, llegando a especificar en "La Epoca" (abril 21, 1888) que "el último y culminante episodio de la obra es una brillante descripción de la defensa de Paysandú". En realidad, como se sabe, LANZA Y SABLE concluye con la capitulación de Paysandú. Además, y a mayor abundamiento, al publicar la última novela reafirma literalmente Acevedo Díaz su intención general desde estas palabras del prólogo: "Nuestro trabajo (...) es continuación de GRITO DE GLORIA". Pero hay, sobre todo, un argumento más poderoso: la concepción general profunda del ciclo exige la presencia de LANZA Y SABLE.

Acevedo Díaz no se propuso sólo evocar las lejanas luchas de nuestra nacionalidad por librarse del yugo

español o la amenaza porteña y lusitana. También quiso mostrar en aquellas luchas la simiente de las guerras civiles que escindirían en dos grupos antagónicos (hasta el mismo momento en que creaba sus novelas) la nacionalidad oriental. Por eso ISMAEL (y sólo ISMAEL) pertenece al ciclo artiguista de lucha por la independencia. Tanto NATIVA como GRITO DE GLORIA ilustran simultáneamente dos temas: en el nivel más superficial y evidente, muestran la lucha nacional por liberarse del ocupante brasileño; en un nivel más profundo, revelan las primeras señales de la discordia civil con la aparición de los tres caudillos (Lavalleja, Oribe, Rivera) que se disputarán la hegemonía. Sin embargo, aunque Zum Felde se equivoca al exceder los límites de la crítica y negar entrada a LANZA Y SABLE en el ciclo, su error contiene un acierto paradójico. Las cuatro novelas no se integran verdaderamente en una tetralogía sino en un tríptico, aunque ordenado de modo distinto de lo que él propone y por motivos muy diversos de los que él aduce. En efecto: ISMAEL, que muestra el estallido de la Independencia y concluye con la batalla de Las Piedras, sería el primer volante del tríptico; NATIVA y GRITO DE GLORIA, que cubren el mismo período histórico, la Cisplatina, y están inextricablemente ligadas por la peripecia del mismo protagonista, Luis María Berón, forman el centro doble del tríptico; LANZA Y SABLE que muestra el comienzo de la escisión de los dos partidos tradicionales y los orígenes de una guerra civil que ensangrentaría al Uruguay a lo largo del siglo XIX, y comienzos del XX, es el último volante del tríptico.

La cronología también confirma esta ordenación estética. Aunque muchos críticos ya han señalado que

no hay hiato histórico o anecdótico entre NATIVA y GRITO DE GLORIA, y sí lo hay entre ISMAEL y NATIVA (unos diez años) o entre GRITO DE GLORIA y LANZA Y SABLE (otro lapso de casi diez años), no se han sacado todas las consecuencias estéticas de esta observación. Parece indudable, sin embargo, que al construir sus cuatro novelas de acuerdo con un plan que, histórica y anecdóticamente, vincula fuertemente a las dos centrales y aisla a las dos extremas, Acevedo Díaz está creando no sólo una tetralogía (calificación que sólo tendría en cuenta los aspectos externos de la estructura narrativa) sino un tríptico.

Una observación complementaria: al anunciar LANZA Y SABLE, Acevedo Díaz la presentó un par de veces bajo el título de FRUTOS, nombre con el que se conocía popularmente al General Fructuoso Rivera. Este proyecto de título permite verificar, asimismo, no sólo la unidad de concepción de las cuatro novelas del ciclo en que insiste Acevedo Díaz al hacer el anuncio, sino algo mucho más importante, sobre lo que no se ha hecho hincapié que yo sepa. En la concepción del autor, el ciclo se abriría con una novela cuyo protagonista (Ismael) es un ser de ficción que simboliza la primitiva nacionalidad oriental en armas contra el poder colonial de España, y concluiría con otra novela cuyo protagonista (Frutos, o sea Rivera) es un ser completamente histórico que simboliza la escisión que habrá de producirse en el seno mismo de esa recién conquistada nacionalidad independiente. De la novela histórica (ISMAEL) a la historia novelada (FRUTOS, es decir: LANZA Y SABLE): tal era el camino que se había propuesto recorrer Acevedo Díaz en su ciclo Es cierto que más tarde, al cambiar el título a la última novela, el autor soslayó la simetría y el contraste ex-

terior entre Ismael y Frutos, pero ese cambio no alteró para nada el íntimo contraste entre ambos libros. En la concepción estructural, como en la realización novelesca, la primera y la última parte del ciclo se oponen con profunda antítesis que ilustra su dialéctica interior. Son los dos volantes extremos del tríptico. En el centro, quedan dos novelas, NATIVA y GRITO DE GLORIA, que en realidad constituyen una sola.

II. ESTRUCTURA DE LANZA Y SABLE

A diferencia de las dos primeras novelas del ciclo (que siguen el viejo consejo horaciano de comenzar la narración *in media res,* como había hecho el autor de la *Odisea*), LANZA Y SABLE ordena su narración en forma impecablemente lineal. En esto prolonga el modelo ya ensayado por Eduardo Acevedo Díaz en GRITO DE GLORIA, el modelo épico de la *Ilíada.* Parece como si el narrador, cada vez más maduro, abandonara los recursos más externos de la composición y prefiriera la simplicidad. Aunque tal vez haya otro motivo: en tanto que la acción de ISMAEL, y hasta cierto punto la de NATIVA, era unitaria y se concentraba en la peripecia individual de pocos personajes, la acción en GRITO DE GLORIA, y aún más en LANZA Y SABLE, se hace más compleja, supone varias líneas de desarrollo y compromete en un cuadro más vasto los conflictos y destinos de muchos personajes. No es de extrañar, pues, que en la última novela de su ciclo, Acevedo Díaz busque simplificar al máximo la estructura externa, casi no utilice *racconti* o digresiones (aunque hay una, muy superflua, de un comisario que se pierde en busca de un sospechoso, capítulo VII), marque muy cuidadosamente el paso del tiempo, para

poder así atender mejor la complejidad interior de su historia.

El esquema estructural de LANZA Y SABLE es por lo tanto muy sencillo. Hay un par de prólogos y un epílogo que encierran la acción narrativa como si constituyeran un verdadero marco. A unas páginas iniciales que el autor no califica pero titula *Sin pasión y sin divisa,* agrega de inmediato otras que sí llama Proemio (*A raíz de la epopeya* es el título). En éstas traza el cuadro histórico del momento en que se inicia la novela: la situación del Uruguay en 1834, al dejar la Presidencia el general Fructuoso Rivera después de cuatro años de Gobierno. Al final de la novela, un capítulo que Acevedo Díaz titula idiosincráticamente *Epicresis del cuatrenio* (es el XXV), resume nuevamente la perspectiva histórica. Estamos ya en 1838. Entre el Proemio y el último capítulo se desarrolla linealmente la novela. Hay una sola excepción a ese curso narrativo uniforme. Es el capítulo XII, que se titula *Proteo* y contiene un análisis histórico de la personalidad de Fructuoso Rivera. Ese capítulo actúa como verdadero eje de la novela ya que no sólo la divide en dos partes casi equivalentes (once capítulos antes, trece después) sino que marca la línea divisoria de las aguas: la acción que precede al capítulo está dedicada a presentar el mundo oriental antes de la guerra civil; la acción que continúa el capítulo muestra precisamente la primera etapa de una contienda entre blancos y colorados que ensangrentaría al país hasta ya bien entrada la primera década del siglo XX. Tal es el diseño histórico. La inserción del capítulo XII está justificada narrativamente porque a partir de ese momento Rivera empieza a actuar como personaje de la novela y centro de futuros desarrollos.

La acción de LANZA Y SABLE aparece concentrada particularmente en una muchacha, Paula, que el autor califica de "rosa de cerco" y que reproduce una vez más el prototipo de joven criolla que ya había explorado Acevedo Díaz en los personajes de Felisa, de ISMAEL, y de Soledad en la novela del mismo nombre. Aquí el personaje aparece mucho más desarrollado, con rasgos de carácter que eran insospechables en la pasividad algo mórbida de sus modelos, y que tal vez sean herencia de las hembras bravías como Jacinta, que el autor había delineado en GRITO DE GLORIA. Por eso, Paula, sin dejar de ser fresca e inocentona, completamente romántica en sus amores, tiene una decisión y un arrojo que la colocan por encima de las figuras idealmente caracterizadas de Felisa y Soledad. La muchacha vive en el interior del país, en una región no especificada, con su madre, Ramona, y su padre a quien apodan el Clinudo. En torno de Paula girará toda la primera parte de la novela. Al comienzo, la muchacha es cortejada por otro mozo del pago, Ubaldo Vera, mientras su amiga Margarita lo es por Camilo Serrano. Más tarde, un forastero, Abel Montes, se destacará en una carrera de sortijas, atrayendo el interés de la protagonista y desplazando a Ubaldo. Son los amores de Paula y Abel (como los de Felisa e Ismael, o los de Natalia y Luis María Berón) los que concentran el atractivo erótico de la novela, elemento indispensable en la concepción postromántica del autor. Pero como suele suceder en los viejos novelones, y en éstos del narrador uruguayo, otros rivales convierten los duos de las muchachas en triángulos. No sólo Paula aparecerá al principio solicitada por dos galanes; también Margarita conocerá la tentación de enamorarse de otro, del tierno Gaspa-

rito. En toda esta primera parte prima sobre todo la concepción novelesca. Una alta temperatura erótica (como en la secuencia de Los Tres Ombúes en NATIVA) atraviesa la narración que se deleita en las clásicas escaramuzas y hasta se atreve a rozar otras no tan convencionales. Hay toques de bucolismo a la griega que Acevedo Díaz no sólo subraya sino que hasta vincula en el texto con los *Idilios* de Teócrito. Así, por ejemplo, en el capítulo V (*Vichas del remanso*) el autor se atreve a mostrar a Paula y a Margarita bañándose desnudas en el arroyo cercano y entregadas a un juego que tiene a la vez sensualidad y la inocencia de los inmortalizados al comienzo de *Dafnis y Cloe*. Ese clima de sensualidad y ardor, no es por otra parte, ajeno a la entraña más honda de esta novela, como se verá más adelante.

En tanto Acevedo Díaz desarrolla pausadamente, y con algunos lapsos de sensiblería, la acción novelesca por la presentación de estos personajes y de algunos episodios sabiamente administrados —la carrera de sortijas, la aventura del comisario, la historia de la bruja Laureana (que también vincula profundamente a este libro con SOLEDAD), los pájaros de colores simbólicos que los rivales obsequian a Paula—, en el fondo del cuadro más o menos bucólico van apareciendo cada vez más fuertes y ominosas las señales del levantamiento. Insatisfecho con el curso que ha dado el Gobierno al país, Rivera se levanta con sus partidarios, haciendo estallar la primera guerra civil en el suelo patrio. La figura de Rivera, que es anunciada hábilmente en los primeros capítulos, comentada sobre todo en sus aspectos de hombre alegre, amigo de fiestas y bailes, conquistador de mujeres, empieza a estar investida ahora de carácter político. De ahí

que la primera parte de la novela concluya en el capítulo XI con el anuncio de la Revolución, la partida de los pretendientes hacia distintos bandos (Abel Montes es blanco, Camilo Serrano y Ubaldo son colorados), la clausura definitiva del mundo bucólico. Una vez más, Acevedo Díaz vuelve a usar aquí un procedimiento descriptivo que ya había ensayado con éxito en anteriores novelas. También en ISMAEL se contrastaba la pintura idealizada del Uruguay anterior a la guerra de independencia con la pintura de la misma tierra desgarrada por la contienda; también en NATIVA se oponía el mundo aparentemente intacto de la estancia al mundo conflictual de los rebeldes de Olivera que continuaban porfiadamente en plena dominación brasileña la lucha por la independencia. Pero en LANZA Y SABLE la escisión entre los dos mundos está más subrayada aún por la circunstancia de ser completamente lineal la narración y haber interpolado el autor un capítulo entero (el XII) para marcar mejor la división y contraste por medio de una disgresión analítica sobre la personalidad de Rivera.

A partir del capítulo XIII, *Estridor de espuelas*, se retoma la narración. El mundo que ahora presenta Acevedo Díaz es el de las lealtades divididas. Aunque Paula es de familia colorada, se ha enamorado de Abel que es blanco. Este mismo habrá de enfrentarse en plena lucha con Ubaldo su ex-rival (colorado, ya se ha visto) y habrá de salvarle la vida, obligándolo a cambiar de divisa para protegerlo. Más tarde, cuando Ubaldo es muerto en una refriega por un soldado de Rivera, será Abel el que lo vengue, incurriendo por eso mismo en el odio del General. Cuando Abel cae preso, Paula habrá de pedir infructuosamente a Rivera que le conceda su libertad; serán los parientes y

amigos de la muchacha los que se ingenien para hacerlo fugar. Blancos y colorados aparecen así ayudándose más allá de las divisas que los separan y los destruyen. Estas alternativas novelescas podrán parecer derivadas del folletín. Lo son, qué duda cabe, pero al mismo tiempo ilustran admirablemente la naturaleza cainita de esa época. Al levantarse el hermano contra el hermano no es de extrañar que los conflictos más íntimos se planteen en ese terreno de las lealtades divididas. Por eso mismo, no me parece nada casual que el protagonista de esta segunda parte de la novela se llame Abel.

Todo el desarrollo hasta la conclusión narrativa en el capítulo XXIV (*Odisea de Abel*) proyecta en términos históricos el conflicto que divide particularmente a los personajes. Por eso. Acevedo Díaz ha elegido para culminar la narración dos episodios muy significativos. En uno de ellos, el indio Cuaró (personaje que proviene de NATIVA y GRITO DE GLORIA, y que aquí cumple una función similar de acompañante del protagonista) se enfrenta con un joven rival en una refriega y lo mata. Su desazón es terrible al descubrir la identidad del muerto. Aunque Acevedo Díaz no lo revela de inmediato y sólo lo va dejando entrever de a poco, ese joven es Camilo Serrano, el hijo de Cuaró y la soldadera Jacinta. En los prolegómenos de la lucha civil, Acevedo Díaz se atreve a insertar ese brutal sacrificio como expresión simbólica de una contienda que hace volverse, enconada, la sangre contra sí misma. Otra vez cabe hablar de melodrama. En efecto, pero es el mismo melodrama que en Grecia utilizaron los trágicos y en Israel ilustraron las páginas terribles del Antiguo Testamento.

El otro episodio con el que realmente se cierra la

novela es la caída de Paysandú. Pero Acevedo Díaz no quiere hacer partícipes a Cuaró, a Abel Montes y a Gasparito del espíritu de la derrota. Por eso los hace abandonar la ciudad y cruzar a la orilla argentina; los hace desterrarse para seguir luchando. La capitulación de Paysandú es sólo una tregua. Desde la barca que cruza el ancho río Uruguay, el indio Cuaró alza su brazo potente "cual si amenazara a un enemigo invisible con su puño de hierro, sacudiéndolo con fuerza hercúlea y dirigiéndolo siempre hosco y siniestro hacia la ribera que abandonaban". La cólera de Cuaró es la cólera del desterrado, pero es también la cólera del que ha dejado sobre esa tierra perdida el cadáver de su hijo, sacrificado por su propia mano. Como había hecho Ismael al huir del poder español y refugiarse en el monte; como hizo Luis María Berón al esconderse también en el monte, del ocupante brasileño, ahora Abel, Cuaró y Gasparito cruzan el río para encontrar refugio en la tierra vecina. En vez de hundirse en la verdadera matriz selvática de la patria, se exilan. Quedan con las raíces al aire, como quedó su creador después de haber perdido, por dos veces, la tierra natal. En el gesto de Cuaró hay una cólera que está muy viva aún cuando Acevedo Díaz traza esas páginas.

De esta manera, LANZA Y SABLE no se cierra con una capitulación sino que queda abierta indefinidamente hacia la perspectiva histórica de una continua guerra civil. Como pasaba en ISMAEL, como pasa en GRITO DE GLORIA (que culmina la acción iniciada en NATIVA), la conclusión de LANZA Y SABLE es también una página abierta hacia el futuro de sus personajes. Es decir (invirtiendo naturalmente los términos y la

perspectiva de la narración) hacia el presente del autor y sus lectores.

III. La segunda generación

Es posible un enfoque distinto de la acción novelesca de Lanza y Sable. El análisis de la superficie narrativa sólo facilita una perspectiva, la más engañosa. Porque es evidente que Acevedo Díaz no ha echado mano de las coincidencias anecdóticas y de las genealogías folletinescas sólo por el gusto de satisfacer una costumbre muy arraigada en la mala novela de su época. Sus obras son algo más que novelas: pretenden ser (como se ha mostrado en los prólogos a Nativa y Grito de Gloria de esta misma colección) verdaderos intentos de interpretación de la nacionalidad uruguaya. A través de la acción novelesca, Acevedo Díaz busca captar la realidad existencial de nuestra historia y dar forma a una visión nacional de modo mucho más vivo y dialéctico que el que ofrece la mera historia. Esta ambición lo ha llevado a recrear no sólo el mundo oriental, desde los comienzos de la revolución de la Independencia hasta el estallido de la primera guerra civil, sino también a profundizar en la nacionalidad y en sus tipos. Asimismo, lo ha llevado a inventar una acción y unos personajes que ilustren simbólicamente ese complejo proceso.

Ya se ha indicado que Acevedo Díaz toma de Balzac la costumbre de utilizar un mismo elenco de personajes a lo largo de su serie histórica, variando apenas la importancia relativa de los mismos e introduciendo en cada obra algunos personajes nuevos. La observación no sólo es literariamente correcta sino que evidencia una forma muy directa de establecer los

vínculos y la continuidad del proceso narrativo. Así, por ejemplo, Ismael (que protagoniza la primera novela del tríptico) reaparece en las dos centrales, aunque en un papel francamente secundario. A Cuaró le corresponde un papel importante en estas dos y uno menos sostenido, aunque relevante, en la última. Lo mismo podría decirse de algunos personajes históricos, como Lavalleja, Oribe y Rivera que aparecen a lo largo del ciclo aunque variando en importancia narrativa.

Pero lo que no se ha subrayado todavía, que yo sepa, es que ese aprovechamiento del mismo o similar elenco de personajes tiene una variante que Acevedo Díaz hace funcionar en forma muy eficaz. Me refiero a la presentación de personajes que son hijos de otros ya conocidos. Así, Abel Montes resulta ser hijo de aquella soldadera, Sinforosa o Sinfora, que pare un gauchito en uno de los últimos capítulos de ISMAEL. Como se aclara en el capítulo XIII de LANZA Y SABLE ese gauchito es Abel. En cuanto a Camilo Serrano ya se ha visto que es hijo de Cuaró y Jacinta. Pero hay otras paternidades no menos dramáticamente reveladas en la última novela del tríptico. Así se llega a saber (gracias a los oficios de Laureana) que la protagonista no es hija del Clinudo, como se dice al principio de la novela, sino de Rivera, y que su primer pretendiente, Ubaldo Vera, es también hijo de Rivera, aunque de otra madre. Todo lo cual configura (además del riesgo de incesto que se discutirá luego) una abundancia bastante notable de vínculos familiares ilegítimos. Como en las deliciosamente sardónicas novelas de Ivy Compton-Burnett, el escrutinio de las genealogías suele revelar espantables secretos.

El propósito de Acevedo Díaz al hacer culminar en LANZA Y SABLE estos deslices paternales o maternales es obvio: ya en 1834, época en que se inicia la acción de la última novela, está funcionando en la realidad oriental una segunda generación revolucionaria. ¿Qué mejor manera de enfatizar esa incorporación de un nuevo grupo a la realidad nacional que mostrar, en la biografía y en la anécdota misma de los personajes, este paso inexorable del tiempo? Por este medio, Acevedo Díaz consigue dar una íntima perspectiva histórica a su libro: una perspectiva que no proviene de la marcación exterior de fechas o del análisis histórico de los cambios sino de la mera presencia viva de estos seres, engendrados y paridos en plena lucha y que ahora asumen en plena juventud su destino nacional. Por otra parte, junto a estas figuras nuevas que ofrecen generosamente su sangre para el sacrificio, mantiene Acevedo Díaz muy sabiamente algunas de las figuras capitales de la primera generación: Cuaró que actúa como ángel tutelar de Abel Montes pero que terminará matando a su propio hijo; el General Rivera, que ha sembrado de bastardos la campaña y que casi seduce a Paula, su propia hija.

Acá se toca el punto más delicado del libro. A primera vista podría acusarse a Acevedo Díaz de irredimible mal gusto al haber convertido a Rivera en padre de Paula y de Ubaldo. Porque entonces todo el cortejo del muchacho en la primera parte de la novela resulta teñido de implicaciones incestuosas. El incesto en la sociedad cristiana no suele ser tolerado siquiera como tema artístico, a pesar de Thomas Mann y Musil. Bastaría comparar las diversas actitudes religiosas de Sófocles en *Edipo Rey* y de Shakespeare en *Hamlet* para comprender hasta qué punto la pre-

sencia de Cristo en la civilización occidental marca una línea divisoria. Sin embargo, Acevedo Díaz no sólo se complace en presentar en forma bastante ingenua y quitándole trascendencia esa relación inicial entre Paula y Ubaldo, sino que en la segunda parte de la novela da un paso mucho más grave. Allí hace que Rivera se sienta atraído por Paula cuando ésta le viene a pedir (en el capítulo XX, *Entrevista*) la libertad de su prometido. Abel. Es cierto que el caudillo entonces ignora por completa quién es Paula (ella se presenta al principio bajo un nombre supuesto) pero la muchacha ya sabe que Frutos es su padre y aprovecha lúcidamente el interés que sus encantos despiertan en el infatigable Don Juan criollo.

La descripción que hace Acevedo Díaz es muy directa y no rehuye presentar desde el punto de vista de Rivera la apariencia tentadora de Paula: "En el busto, en los ojos, en la boca, en el cabello profuso, hasta en el pie chiquito, aquella mujer era un hechizo. Luego, unido todo ello a su habla armoniosa, cautivaba sin pretenderlo, incitaba sin esfuerzo y concluía por ejercer cierto dominio sobre el instinto impulsivo del varón". Incluso juega Acevedo Díaz con el equívoco de la situación y hace que Rivera caiga hechizado por una mirada que, hasta cierto punto, no hace sino reflejar la suya. Con una ironía casi imperceptible, y evitando toda grosería, el narrador uruguayo consigue que Rivera resulte fascinado narcisísticamente por su propia hija: "Cogióle una mano con aire protector. Después se la acarició con suave insistencia, elogiando el garbo y la gallardía de la joven, así como la hermosura de sus ojos tan inteligentes y expresivos. Es que aquellos ojos de globos nacarados, iris profundo y pupilas ardientes cual si de ellos emanase un

fluido subyugante, eran de los muy raros que siempre están a la vista de los que una vez sufrieron la fuerza de su atracción y prestigio. En su deleitación sensual, casi arrobamiento, llegó el galante caudillo a preguntarla si algún buen ángel le había regalado las 'niñas de sus ojos' ". Mientras Paula se desase sin brusquedad del asedio (reflexionando irónicamente que Rivera estaba ciego para su propio desgaste físico), Acevedo Díaz deja que el lector disfrute el engaño del viejo zorro. Un poco más adelante, cuando la muchacha revela su firmeza, el autor muestra la perplejidad del eterno seductor: "Había en ella mucho de varonil y aún de soberbia, y como era de tan brioso continente, cuando sus rasgados ojos se encendían con extraño fulgor daban mayor realce a sus encantos naturales, y sus palabras no caían en el vacío". Mareado por esa mirada, fascinado por la muchacha que hasta cierto punto es su espejo, Rivera no reconoce el vínculo (aunque tal vez lo intuya íntimamente) y se promete una conquista mayor.

Cuando más tarde se entera por boca de Paula que es su padre, tampoco Acevedo Díaz rehuye la implicación de incesto aunque muestra al caudillo más que dispuesto ahora a echar al olvido todo el incidente y sus frustradas esperanzas. Así lo hace reflexionar: "Vio claro. Mejor sería callar. Acostumbrado a ese género de lances desde temprana juventud, sabía por experiencia que en la venganza y en el amor la mujer de grandes pasiones se hace fiera, y desgarra sin piedad, aún al mismo que adoró. Sin atreverse a nada, escurrióse como una sombra. Era aquella toda una historia: una de tantas de sus historias galantes culminadas a veces por dramas dolorosos". Como el zorro de la fábula, Rivera desaparece. También el no-

velista se escurre del tema después de haberse atrevido a señalarlo.

Una mirada superficial creería encontrar, seguramente, en este desarrollo tan singular e irónico de la novela alguna intención malsana. No era necesario que Rivera fuese también padre de Paula, o en caso de serlo, no era necesario que se sintiese atraído por ella en los términos que lo muestra el autor (aunque la verdad histórica del personaje hace difícil suponer lo contrario). A primera vista, Acevedo Díaz parece estar cediendo a una vocación folletinesca que, desde la venerable Mrs. Radcliffe, el histérico Matthew Lewis, el analítico Edgar Poe, el minucioso Wilkie Collins, impregna toda la novela gótica. No es necesario invocar los ilustres antecedentes del cura perverso de *El italiano,* del protagonista diabólico de *El Monje*, de los hermanos gemelos de *La caída de la casa de Usher,* del acosado y acosador villano de *La dama de blanco,* para poder filiar adecuadamente esta tendencia cuyos efectos siguen tan vivos en el folletín del siglo diecinueve que seguramente conocía muy bien Acevedo Díaz. Pero el motivo que tiene el novelista uruguayo para utilizar este tema tan erizado de dificultades es otro. Para descubrirlo hay que ahondar un poco más en el análisis de LANZA Y SABLE.

IV. LA VISIÓN HISTÓRICA

Ya en las palabras preliminares de LANZA Y SABLE se ha ocupado Acevedo Díaz de establecer una diferencia capital entre la última novela del ciclo histórico y las anteriores. Allí advierte que si bien aquélla es continuación de GRITO DE GLORIA, tiene un tema que "diverge un tanto de los anteriores de la serie,

relativos a las luchas de la independencia". Para el autor la diferencia radica pues en el tema. Ahora, en el último volante del tríptico, tratará de los prolegómenos y primera etapa de la lucha civil. De esta manera la novela histórica que es el prototipo sobre el que están configuradas las tres primeras obras del ciclo, cede el paso a la novela política. En el prólogo de NATIVA para esta misma colección, he glosado los textos donde explana Acevedo Díaz su concepto de la novela histórica. Conviene recapitularlos ahora. En una carta sobre *La novela histórica* (que publica en "El Nacional", Montevideo, setiembre 29, 1895) sostiene que "es y debe ser uno de los géneros llamados a primar en el campo de la literatura, ahora y en lo venidero". También afirma allí que "el novelista consigue, con mayor facilidad que el historiador, resucitar una época, dar seducción a un relato. La historia recoge prolijamente el dato, analiza fríamente los acontecimientos, hunde el escalpelo en un cadáver, y busca el secreto de la vida que fue. La novela asimila el trabajo paciente del historiador, y con un soplo de inspiración reanima el pasado, a la manera como un Dios, con un soplo de su aliento, hizo al hombre de un puñado de polvo del Paraíso y un poco de agua del arroyuelo".

En la misma carta continúa diciendo: "Sociedades nuevas como las nuestras necesitan empezar por conocerse a sí mismas en su carácter e idiosincrasia, en sus propensiones nacionales, en sus impulsos e instintos nativos, en sus ideas y pasiones". De ahí que la novela histórica, tal como él la concibe, deba cumplir una doble función complementaria: resucitar más cabalmente el pasado de lo que es capaz la historia; desentrañar el carácter de la nacionalidad oriental. La

primera función aparece ilustrada también en unas palabras muy conocidas del prólogo a LANZA Y SABLE, verdadero programa a posteriori. Allí afirma: "A nuestro juicio, se entiende mejor la 'historia' en la novela, que no la 'novela' de la historia. Por lo menos abre más campo a la observación atenta, a la investigación sicológica, al libre examen de los hombres descollantes y a la filosofía de los hechos". Porque Acevedo Díaz (que tenía en su familia notables ejemplos de historiadores y cronistas) sabía perfectamente que el dato histórico, por sí solo, poco dice, que es susceptible de ser tergiversado, que muchas veces refleja sólo una parte (no siempre la más valiosa) de la realidad histórica. Por eso se atreve a calificar a la historia de "novela": en un sentido muy claro de ficción, de invento. A pesar de que no ahorró esfuerzos en sus reconstrucciones históricas y que persiguió infatigable hasta el menor documento (su correspondencia privada, a la que me refiero en el prólogo a GRITO DE GLORIA, así lo documenta), Acevedo Díaz no tenía la superstición del dato. Por otra parte, no es un fervor pasatista, una nostalgia irredimible del pasado, una necesidad de evasión, lo que lo lleva a evocar la historia de nuestra nacionalidad en su ciclo épico. Está demasiado bien plantado en la realidad contemporánea, se ha comprometido siempre demasiado hondamente con la acción política, para practicar esos juegos románticos con el tiempo. Como Walter Scott (en la interpretación renovadora de Lukácz que demuestra lo poco romántico de la visión del novelista escocés), Acevedo Díaz busca desentrañar en el pasado los signos profundos del presente y aun del porvenir. Su visión histórica es pasión viva.

Esto que resulta sobre todo evidente en las tres pri-

meras novelas del ciclo, se acentúa y ahonda en la última. Porque aquí Acevedo Díaz está sobrepasando el límite de la novela histórica y está empezando a penetrar a ratos en el territorio mucho más vasto y peligroso de la historia novelada. En las primeras novelas los personajes de ficción dominaban totalmente el cuadro, en tanto que los personajes históricos ocupaban un remoto plano o sólo ocasionalmente (como Lavalleja en un fragmento de ISMAEL, Olivera en NATIVA, Oribe en ciertos momentos de esta novela y de GRITO DE GLORIA) intervenían en forma decisiva en la acción. Pero en LANZA Y SABLE, Rivera tiene un papel principal. Sería tentador por eso mismo afirmar que esta última novela ya es del todo "historia novelada". No lo creo así, sin embargo.

La visión histórica más profunda de Acevedo Díaz no cambia de una a otra obra de la serie épica. En todas ellas, los personajes dominantes de la acción son seres ficticios, y los personajes históricos tienen papel secundario. Esto es válido aún para Rivera que, narrativamente, no resuelve nada en LANZA Y SABLE y hasta podría haber sido sustituido por uno de sus lugartenientes. La importancia de Rivera, en el significado profundo de la novela es otra, como se verá luego. Pero lo que me importa señalar ahora es que el personaje histórico, cuando es incorporado a la acción novelesca (como ocurre con Rivera aquí, y ya había ocurrido con Lavalleja en ISMAEL) funciona como personaje novelesco. Precisamente una de las grandes virtudes de esta novela es la vitalidad con que está comunicada la personalidad de Rivera. Es una de las creaciones más completas del novelista, superior incluso a la de muchos de los personajes de ficción. Por otra parte, la denominación de "historia

novelada" caería mal a un libro que tiene, en grado muy superior a los otros de la serie, una carga de actualidad política, un vigor subterráneo, un empuje que lo acercan eso sí mucho más a otra categoría: la novela política. Por eso mismo, antes de considerar este último aspecto de LANZA Y SABLE, era necesario reflexionar sobre la visión histórica general.

V. LA NOVELA POLÍTICA

Al llegar al momento histórico que corresponde a LANZA Y SABLE, Acevedo Díaz se encuentra no sólo con que la perspectiva se tiñe ahora fuertemente de un contenido político inmediato (el país continúa hasta hoy dividido en blancos y colorados), sino que su propia circunstancia biográfica ha sido afectada considerablemente por la lucha partidista. De ahí una diferencia radical entre LANZA Y SABLE y las otras novelas del ciclo, diferencia que no es de calidad (como han señalado con error, críticos como Zum Felde y Lasplaces) sino que es de altura histórica del tema y perspectiva biográfica del autor. Cuando Acevedo Díaz escribe y publica las tres primeras novelas del ciclo (entre 1888 y 1893), su actuación política está completamente inscrita dentro del cuadro del Partido Nacional; la guerra civil no ha terminado. aunque se conozcan períodos de relativa paz armada; su propia visión histórica está teñida por la lucha en que el hombre se juega día a día, desde la prensa, la tribuna o el campo revolucionario, su destino personal En cambio, cuando publica LANZA Y SABLE en 1914, hace ya cuatro años que ha cesado la intermitente guerra civil iniciada en 1838, y los dos partidos rivales han accedido a dirimir sus contiendas exclusiva-

mente en las urnas. Pero hay algo más importante aún: ya hace más de diez años que Acevedo Díaz se ha separado de su Partido, aunque sin abandonar sus convicciones políticas, se ha ido de su país y ha adoptado una posición que cabe calificar de neutral. Esa posición se refleja en las páginas que antepone a LANZA Y SABLE y que por su naturaleza misma titula *Sin pasión y sin divisa.*

Hay en esas páginas liminares, y en el cuerpo de la novela, toda una teoría sobre la nacionalidad uruguaya que ha sido glosada ampliamente por los historiadores y los críticos. Allí traza Acevedo Díaz (apoyado no sólo en la más escrupulosa documentación histórica sino también en su propio testimonio) un cuadro de lo que era la vida del gaucho, un análisis de la personalidad de este gestor de la nacionalidad; allí señala que hace años ha desaparecido en su forma original este prototipo básico; allí apunta un verdadero concepto de patriotismo, "todavía oscuro para muchos hombres", según acota. y el concepto de nacionalidad que apenas se acentúa "como conciencia plena"; también allí afirma la necesidad de buscar en esa fuente genésica de la nacionalidad uruguaya el sentido de una tradición válida y fecunda. Finalmente, allí afirma su posición neutral al sostener la necesidad de ir desentrañando, poco a poco, "libre de la espesa maraña de los odios, la verdad entera de nuestra pasada vida de infortunios". Aunque estas páginas liminares son breves, no contienen desperdicio. En ellas, aún se las ingenia Acevedo Díaz para insertar una referencia a la nueva nacionalidad que se está gestando en el Uruguay (y en el Río de la Plata) por la afluencia inmigratoria de españoles e italianos a partir del último tercio del siglo XIX. Por eso advierte:

"Los temas que fluyen de desenvolvimientos sociales ulteriores por cruce de razas e importación de usos exóticos, no están en el mismo caso y sobra tiempo para tratarlos. No se sabe cuál será el derivado o tipo nacional definitivo, en tanto no cese la corriente inmigratoria, y con ella la evolución que apareja". Es evidente que este aspecto de la nacionalidad oriental, predominante sobre todo en este siglo, queda al margen de la investigación histórica y novelesca de Acevedo Díaz.

En otros pasajes de LANZA Y SABLE completa el autor su visión del período histórico que inauguran las guerras civiles. Seleccionando textos aquí y allá se podría trazar un cuadro bastante completo. Ya Acevedo Díaz revela una conciencia muy clara de las raíces económicas del conflicto, como se puede ver cuando señala la vinculación entre los latifundistas y los caudillos: "El elemento regresivo que era el más considerable y primaba en los latifundios, creía de buena fe que la licencia era la libertad, y que el poder del caudillo era más fuerte que la ley". También era muy consciente de la actitud política que subyacía el mecanismo revolucionario, como se advierte en el concepto que para él sintetiza todo el conflicto entre el poder central de Montevideo y la campaña: en la visión rural era siempre el Gobierno el que se sublevaba contra los caudillos. Esto regía tanto para los blancos como para los colorados, como lo demuestra la acción de esta novela. En el capítulo XI, la réplica de un diálogo sintetiza con ironía la situación:

"—Frutos siempre es el gobierno, aunque haya gobierno".

La teoría del caudillo, que ya apunta Acevedo Díaz en ISMAEL y que abona también en las otras novelas

del ciclo, recibe en la última parte del tríptico un desarrollo fundamental que aparece explicitado en varios lugares y se concentra sobre todo en el capítulo XVI, *El caballo hizo al caudillo*. La visión de Acevedo Díaz, que es sumamente clara, tiene algunos puntos de contacto con la de su contemporáneo Rodó. Como la de éste, deriva de las tradicionales interpretaciones heroicas de Carlyle y de los *Hombres representativos*, de Emerson. Pero lo más interesante del aporte de Acevedo Díaz consiste, sin embargo, en distinguir entre los caudillos y los supercaudillos. Dentro de esta interpretación, como ha mostrado Gustavo Magariños en un interesantísimo estudio aún inédito, correspondería a Artigas el papel de proto-caudillo y a Lavalleja, Rivera, Oribe, el papel de caudillos de caudillos; es decir: supercaudillos. Es ésta, otra dimensión que alcanza la figura de Rivera en el ciclo histórico y particularmente en la última parte del tríptico.

El mayor esfuerzo de Acevedo Díaz en esta última novela consiste en presentar el conflicto civil en términos suficientemente neutrales. Más adelante se verá hasta qué punto ha logrado esto al convertir la figura de Rivera (enemigo de Oribe y por lo tanto enemigo político de Acevedo Díaz) en un ser completo, en toda su luz y sombra, y no sólo en una caricatura política. Pero antes de considerar este punto, quisiera subrayar un elemento que parece no haber sido tenido en cuenta por la crítica anterior. En momentos en que Acevedo Díaz escribe LANZA Y SABLE ha sufrido una experiencia personal, sumamente grave y de consecuencias terribles para su vida política. Contrariando las directivas políticas de Aparicio Saravia, el caudillo blanco, Acevedo Díaz vota por el Presidente colorado, José Batlle y Ordóñez, en las elecciones de 1903.

Esta decisión le cuesta la expulsión del Partido Nacional y determina su exilio del país. El episodio no sólo liquida su carrera política (aunque continúa sirviendo a la patria en calidad de Embajador ante diversas naciones extranjeras) sino que modifica por completo su visión histórica. En esa etapa de su vida le sucede a Acevedo Díaz algo similar a lo que ocurrió a Dante durante la última etapa de la suya. El Dante que sueña la *Divina Comedia* a comienzos del 1300 es todavía güelfo, pero el Dante que la escribe y publica en el destierro ya era gibelino. Porque Acevedo Díaz ha dejado de pertenecer activamente a una de las fuerzas en pugna cuando escribe y publica LANZA Y SABLE. Como Dante hace ya más de una década que vive desterrado de su Florencia.

En más de un sentido es posible, por eso mismo, leer y analizar lo que dice en esta última novela sobre el caudillo y sobre Rivera como algo más que una tesis histórica. Lo que escribe del caudillo, del apoyo que encuentra en la naturaleza primitiva del gaucho y en los intereses regresivos de los latifundistas, de la mística que engendran las divisas y del sacrificio sangriento de la revolución, se aplica no sólo al lejano cuatrenio que evoca la novela sino al pleno siglo XX en que se escribe y publica. La figura invisible e inmencionada de Aparicio Saravia proyecta su larga sombra sobre estas páginas. De ahí que la novela histórica que es indudablemente LANZA Y SABLE termina convirtiéndose interiormente en una novela política. Aunque esa política, conviene subrayarlo, es una política verdaderamente nacional, por encima de partidos y caudillos (sean del pasado como Rivera o de hoy como Saravia). Las palabras liminares de la novela no en vano explicitan esa actitud: *Sin pasión y sin divisa.*

VI. El verdadero protagonista

Aunque la acción novelesca de LANZA Y SABLE descanse inequívocamente sobre Paula y su pretendiente, Abel Montes, la verdadera acción interior de la novela depende de Fructuoso Rivera. Ya se ha visto que al anunciar el libro un par de veces, y hasta en 1910, Acevedo Díaz lo titulaba FRUTOS. Más tarde resolvió cambiarlo tal vez para acentuar más el aspecto épico y evitar una asociación de carácter polémico desde el título. Pero el cambio no alteró la economía profunda de la novela, su estructura interna. Así como el ciclo se abre con una novela cuyo protagonista es un gaucho de la independencia (uno de los tantos que hicieron anónimamente la patria), ahora se cierra con un caudillo, perfectamente identificado, de las guerras civiles. La oposición dialéctica entre el comienzo y el fin del tríptico no puede ser más completa e iluminadora.

La figura de Rivera ya había sido tratada por Acevedo Díaz en las anteriores novelas. En ISMAEL aparece como un gaucho conversador y simpático, de espíritu travieso, protegido bajo la sombra de su hermano, el jefe de la partida. Esta primera estampa de Rivera (en el capítulo XXXII) ya define ciertas cualidades básicas del personaje y revela su extraordinaria vitalidad. En NATIVA se subraya aún más la trascendencia histórica del personaje aunque no se le ve actuar directamente como en ISMAEL; así, en el capítulo IV de la segunda novela del ciclo, los matreros hacen una referencia a Rivera y a su milicia, se presenta en un relámpago anecdótico al caudillo jugando al truco "sin sacar los ojos de las onzas", y descuidando su oficio de guardián de la campaña al servicio del ocupante brasileño; en el capítulo XIV vuelve a mencio-

narse el colaboracionismo de Rivera con el ocupante.

Pero lo que son sólo referencias aisladas en esta novela, se convierte en presentación completa del general y en paralelo a la Plutarco con Manuel Oribe, en GRITO DE GLORIA. Aquí se pone muy en evidencia la parcialidad del autor en la época en que escribe este libro. Como su protagonista, Luis María Berón, que en más de un sentido funciona como su *alter ego* (según he demostrado en el prólogo de dicha obra), Acevedo Díaz elige a Oribe y rechaza a Rivera. Por eso, destaca idealmente la figura del que llegará a ser caudillo de los blancos y presenta a su rival con los tintes más cargados. No sólo se insiste en su colaboracionismo sino que se muestra el oportunismo de su adhesión a la Cruzada Libertadora, se revelan sus maniobras estratégicas para aparecer como uno de los jefes de la misma, su rivalidad con Lavalleja (y no sólo con Oribe), y su ambición de poder que lo llevará a desatar la lucha fratricida. En el paralelo, las cualidades de luz corresponden a Oribe; las de sombra a Rivera. Sin embargo, y a pesar de esa parcialidad, Acevedo Díaz es demasiado buen novelista como para no lograr un retrato completo de la vitalidad y simpatía de Rivera; retrato que contrasta, narrativamente, con la escasa vivacidad del de Oribe. Lo que entonces pierde Rivera en el juicio moral del historiador blanco lo gana en la creación del novelista.

En LANZA Y SABLE la visión del personaje se ha ahondado al mismo tiempo que la visión histórica ha superado los límites de la adhesión política. La presentación de Rivera es distinta. No porque ahora Acevedo Díaz adore lo que antes quemó, o porque reconstruya idealmente (como han hecho con insistencia los historiadores colorados) una personalidad que te-

nía sus sombras y sus luces, sino porque entre la fecha de publicación de GRITO DE GLORIA (1893) y la de LANZA Y SABLE (1914) ha corrido mucha agua bajo los puentes de la patria. Esa agua se ha llevado la adhesión incondicional del autor a la causa del Partido Nacional, se ha llevado su concepción de Oribe como una figura completamente ideal, se ha llevado una visión histórica amplia pero que sin embargo encerraba al novelista dentro de los límites de una divisa. Pero esos veinte años largos también han traído muchas cosas. La experiencia personal con Aparicio Saravia ha beneficiado al novelista aunque pueda haber perjudicado al político. Ahora el escritor está en condiciones de ver con más nitidez los fondos mismos del caudillaje y por eso mismo está en mejores condiciones para valorar ese prototipo máximo que fue Fructuoso Rivera.

Su análisis del personaje tiene por eso mismo una vitalidad incomparable. La presentación de Rivera en LANZA Y SABLE se hace por partida doble: por un lado se le discute analíticamente en el largo capítulo que se titula *Proteo* y forma el eje del libro. Tal vez no sea excesivo vincular este título al del libro coetáneo de Rodó, *Motivos de Proteo* (1909), en que se estudian las transformaciones de la personalidad. Seguramente Acevedo Díaz conocía ese libro. En su análisis, Rivera aparece en su configuración cambiante y hasta contradictoria, con sus contrastes tan marcados, con su infatigable humanidad. El anticipo brillante de ISMAEL se confirma y amplía aquí. Se ha dicho que a Acevedo Díaz le pasa con Rivera lo que a Milton con Satán: si este personaje domina el *Paraíso Perdido,* aquél es sin duda la figura más viva de todo el ciclo histórico. La comparación resulta exacta si no se la

toma demasiado al pie de la letra. Porque Rivera (en la concepción madura de LANZA Y SABLE más que en las novelas anteriores) no es Satán. Es un ser cabal y entero, fascinante, que Acevedo Díaz hace vivir primero con la visión del historiador para trasladar luego a las páginas de la narración y presentarlo en su simpatía, en su seducción, en su apasionada personalidad y también en su inocultable, pronto erotismo, como ya se ha visto.

Un último capítulo que contrapone analíticamente la personalidad de Rivera con la de Oribe, y practica una disección lúcida, calma, profunda, de este último personaje, permite advertir cuánto ha madurado Acevedo Díaz desde la época de NATIVA y GRITO DE GLORIA. Sin disminuir en lo más mínimo a Oribe, el novelista señala ahora sus limitaciones políticas y marca con juicio certero el momento en que el héroe erra su destino. Por eso puede escribir: "Ese varón fuerte, que había sabido conquistar laureles en la guerra y en la paz como soldado y como administrador de intereses nacionales; con más suerte que desgracia, en múltiples hechos militares y políticos; con menos yerros que éxitos, en la difícil gestión de imponerse como primaz a sus coetáneos; de buen linaje y educación suficiente para su época, perdió la oportunidad de dejar la vida en las batallas del primer lustro, si la memoria de sus actos había de estimarse como programa de futuro, y un legado a engrandecer por espíritus superiores en el transcurso de los tiempos. Por decisión deliberada había renunciado el poder que legalmente ejercía; y al retirarse al extranjero, abandonó por siempre toda pretensión sustentada en el litigio ya concluido". Desde este punto de vista, Acevedo Díaz remata el paralelo a la Plutarco, iniciado

dramáticamente en NATIVA y continuado hasta el último volante del tríptico con esta frase lúcida, de alta visión histórica: "Como el archi-caudillo [Rivera] era el único que tenía en sus manos el secreto de embravecerlos y de explotarlos en guerras de 'recursos', una vez dueño de las campañas y del patrimonio, en sus mismas fuentes, quedó anulado de hecho el principio de autoridad. El general Oribe no se resolvió, como pudo, a resignarse ante ese hecho, protestando contra su imposición brutal: renunció también al derecho". Para alcanzar esta visión por encima de los partidos ("sin pasión y sin divisa"), Acevedo Díaz había necesitado las dos intensas décadas que median entre la publicación de GRITO DE GLORIA y la de LANZA Y SABLE.

Lo más notable de este análisis es que sobrevenga como culminación de una novela dedicada fundamentalmente a mostrar un temperamento político muy distinto al de Oribe; lo notable es que este juicio no disminuya en nada la admiración que siente Acevedo Díaz por la figura del héroe de su Partido. Pero en 1914 la visión histórica y la visión política del autor le permiten un distanciamiento que los años más peleados y mozos del 1890 y tantos no toleraban. Aquí Acevedo Díaz ha logrado esa misma objetividad épica que permite a Homero dibujar a Héctor en toda su nobleza y debilidad, a Aquiles en toda su intemperancia y fascinación. Por eso, en vez de ser un libro inferior a los otros del ciclo épico (como han afirmado críticos prejuiciados), LANZA Y SABLE revela sobre todo la madurez, la sabiduría, la difícil objetividad que ha conquistado Acevedo Díaz al término de sus trabajos y sus días.

No es éste el lugar para discutir si desde el punto

de vista de la historia acertaba o erraba el novelista en sus juicios contrarios y en parte contradictorios sobre Oribe y Rivera tal como aparecen documentados en las distintas novelas del tríptico. Para los fines de este análisis basta relevar las notas principales de su enfoque, basta precisar el sutil cambio operado en las valoraciones, basta señalar sus posibles motivos. Corresponde al historiador la tarea de precisar aún más este proceso. En buena medida el trabajo ya ha sido hecho por Gustavo Magariños en un ensayo aún inédito que ha tenido la gentileza de facilitarme y que trata del sentimiento de la nacionalidad en Eduardo Acevedo Díaz. A él remito a todo lector interesado en este aspecto del tema. Para el crítico literario es suficiente indicar el significado y mérito de esta visión de dos personalidades históricas que tanto han influido en la creación de la nacionalidad uruguaya. Al modificar su enfoque, al reconocer mejor las limitaciones de Oribe y subrayar más cálidamente los méritos de Rivera, Acevedo Díaz estaba realizando un propósito mucho más importante que la mera evocación de los orígenes de nuestra nacionalidad. Estaba dando carne y sangre a una vivencia de la nacionalidad, vivencia que no podía provenir exclusivamente de la adhesión emocional a uno de los bandos en pugna. El novelista histórico de ISMAEL, de NATIVA, de GRITO DE GLORIA, llega por eso mismo en LANZA Y SABLE a la culminación de una visión verdaderamente nacional y fecunda.

VII. EL VÍNCULO DE SANGRE

Hay otra dimensión en que el personaje del General Fructuoso Rivera, y todo el ciclo histórico, adquieren una significación nacional aún más rica. Esa

dimensión ya ha sido apuntada en el prólogo a GRITO DE GLORIA pero sólo ahora es posible explayarla completamente. A lo largo del ciclo, Acevedo Díaz ha ilustrado épicamente la unión y mezcla de las sangres. La revolución libertadora se hace con la sangre del gaucho (Ismael), con la sangre del señorito (Luis María Berón), con la sangre del indio (Cuaró) y con la sangre del negro (Esteban). Estas figuras de las tres primeras novelas del ciclo encontrarán en la acción épica de GRITO DE GLORIA la ocasión incomparable de manifestar directamente su papel en la creación de la patria. En la batalla de Sarandí con que culmina esta novela y se cierra el volante central del tríptico, Acevedo Díaz enlaza contrapuntísticamente todos estos hilos humanos logrando una trama ceñida en que los distintos colores de la piel (el blanco atezado del gaucho, el oscuro del negro, el cobrizo del indio) crean en definitiva el color de la patria. Allí se mezclan todas las sangres en un sacrificio ritual, una ceremonia monstruosa de iniciación viril, que tiene caracteres hondamente genésicos. Desde otro punto de vista también muestra Acevedo Díaz en la misma novela, al unir en un abrazo por una noche en las vísperas de la batalla, al señorito Luis María Berón y la soldadera Jacinta, otra dimensión simbólica de esa fusión de sangres. Pero es en LANZA Y SABLE donde este tema adquiere su plenitud dramática.

El tema de la sangre atraviesa como una corriente, a ratos oculta, a ratos visible, todo el ciclo histórico. No es sólo la sangre derramada en los campos de batalla sino también la sangre de Felisa (en ISMAEL) que abona el campo antes del gran encuentro entre Ismael y Almagro; es también (al final de la misma novela) ese crepúsculo en que los franciscanos, ex-

pulsados de Montevideo por el Gobierno español, creen descifrar un presagio terrible; es la sangre de Jacinta sobre el campo de Sarandí, al culminar GRITO DE GLORIA, y también el duelo a lanza en que Cuaró mata a Ladislao (inaugurando así la contienda fratricida) y la muerte de Luis María Berón, en la estancia de Los Tres Ombúes, que ciñe con luto funerario la misma novela; es la muerte de Camilo Serrano, a manos de su padre Cuaró, en LANZA Y SABLE, sacrificio de Isaac realizado que cierra definitivamente el ciclo. Los franciscanos habían descifrado bien los presagios del horizonte ensangrentado por los fuegos del campamento revolucionario que asediaba Montevideo en 1811: "La fibra de los que se han rebelado (afirma Fray Benito en la última página de la novela) es demasiado fuerte para que el triunfo mismo suavice su fiereza. Es de un temple ya raro, y por eso temible. Conquistada la independencia, la sangre correrá en los años hasta que todo vuelva a su centro, y aún despvués... ¡Esa es la ley!".

Pero este vínculo de la sangre derramada no ofrece sino una de las dos caras simbólicas del ciclo épico. Más importante aunque menos advertido por la crítica es el vínculo de sangre que se explicita sobre todo en la última parte del tríptico. Desde este punto de vista es posible volver a considerar, en una dimensión totalmente distinta, esas paternidades dramáticamente reveladas en el curso de LANZA Y SABLE: Abel Montes, hijo de Sinforosa y un estanciero desconocido; Camilo Serrano, hijo de Cuaró y de Jacinta; Paula y Ubaldo Vera, hijos de Rivera con dos madres distintas. Sí, la marca de fábrica del folletín gótico (y de la tragedia griega). Pero tal vez lo que quiso decir y dijo Acevedo Díaz sea comprensible en una dimen-

sión distinta. Esas paternidades reveladas no sólo documentan la presencia viva de una segunda generación en el vasto fresco histórico. También adelantan otra clave para toda la obra del novelista uruguayo.

Esa clave está encerrada, por otra parte, en la figura misma de Fructuoso Rivera. Este Don Juan infatigable, este amigo del juego y del baile, este visitador generoso de tanto rancho, donde siempre dejaba un amable recuerdo y un seguro padrinazgo, fue bautizado con toda sorna por Juan Manuel de Rosas con el título de *padrejón.* Con seriedad discute Acevedo Díaz en el capítulo XII el significado exacto de este mote, que la habitual invención criolla deformó por el uso en *pardejón.* Interesa en este momento muy poco saber si Rivera era realmente *pardo,* es decir: mulato. Tal vez lo fuera, tal vez su tipo haya sido indiado. Lo que sí importa es el acierto simbólico del mote de Rosas: allí se apunta inequívocamente a las actividades genésicas de Rivera. También la abreviatura con que se le conoce popularmente (Frutos) parece indicar simbólicamente la misma actividad. De ahí que resulte históricamente plausible la atribución a Rivera de la paternidad de dos de los personajes principales de LANZA Y SABLE. Pero lo realmente significativo no está allí.

Si Rivera termina adquiriendo en el ciclo histórico una significación mayor de lo que tal vez se propuso Acevedo Díaz al planearlo; si en vez de resultar el traidor que acepta colaborar con el ocupante brasileño y, más tarde, sume al país entero en la guerra civil para satisfacer su apetito de poder, Rivera termina siendo el *padrejón,* el padre de todos los hijos naturales que en el Uruguay heroico han sido, es porque Acevedo Díaz reconoció en esa figura una fuerza bioló-

gica desatada. Su concepción naturalista le permitió intuir el significado alegórico de esta figura histórica, verdadera fuerza de la naturaleza, instinto superior que hereda y a la vez orienta y moldea el espíritu de una raza. La nacionalidad oriental se forja en la lucha por la independencia, como lo ilustran tan admirablemente las tres primeras novelas del ciclo, pero se forja también en la interminable guerra civil que la madura y completa, ya que los poderes extranjeros (no sólo Brasil y Argentina, sino también las potencias coloniales de Inglaterra y Francia) siguieron vigilando muy de cerca el crecimiento y desarrollo de la nueva y disputada nación. Sin embargo, como intuyó Acevedo Díaz, ésta es sola la apariencia histórica. Todo ocurre de otro modo en la entraña misma de esa raza que empieza siendo gaucha y termina incorporándose todas las otras sangres, todos los otros sueños, que también el país alimenta.

Por eso mismo, en el trazado genésico de LANZA Y SABLE, en ese entrecruzarse de paternidades, se descubre otra trama muy distinta de la que revela la acción superficial. Ni Paula, ni Margarita, ni los muchachos que se juegan las vidas en la contienda civil, vienen a ser los verdaderos protagonistas de esta acción profunda: lo son esos otros personajes, esos padres más o menos anónimos (como el de Camilo Serrano), esos otros padres identificados pero no menos naturales que sus hijos (como el indio Cuaró) y sobre todo, ese padre universal, ese *padrejón*, ese omnívoro fecundador que es Fructuoso Rivera. En su ímpetu genésico, en su generosidad y en su irresponsabilidad, en su ardentía inagotable, se encuentra al fin y al cabo el último símbolo de esa nacionalidad que se impone a pesar del sacrificio heroico, a pesar de la

sangre de los inocentes, a pesar del fratricidio, y que convierte en padres y hermanos (en verdaderos, literales, sanguíneos padres y hermanos) a quienes están enfrentados en los distintos campos de lucha. Si en GRITO DE GLORIA predominaba la estampa de las hembras bravías, de las que Jacinta resultaba el máximo prototipo, aquí en LANZA Y SABLE es la imagen paterna la que define, en todo su vigor genésico (Rivera) o en su fatal condición sacrificial (Cuaró), un vínculo no menos poderoso que el de la madre.

Desde este punto de vista, LANZA Y SABLE y el ciclo histórico entero, adquieren una dimensión que Acevedo Díaz no explicitó pero que es la más luminosa de todas las que provienen de su notable esfuerzo de fundador.

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

Nació en la Villa de la Unión el 20 de abril de 1851. Hombre de energía y destacadas dotes intelectuales, participó en actividades muy distintas, como novelista, periodista, político, diplomático y militar. Interrumpió sus estudios de Abogacía para dedicarse a la vida político-militar de la República, desde las filas del Partido Nacional. Esto lo obligó a expatriarse varias veces, residiendo en la República Argentina donde se casó y nacieron sus hijos. Participó en la revolución blanca de 1870-1872 y en la Revolución Tricolor (1875). En 1897 volvió a tomar las armas cuando el movimiento revolucionario de Aparicio Saravia del cual fue uno de los gestores.

Desde muy joven actuó en el periodismo nacional, publicando sus primeros ensayos históricos en la revista "El Club Universitario" y colaborando en los diarios de la época: "La República" (1872); "La Democracia" (1873-74) de la que fue director fugazmente del 9 al 13 de agosto de 1876; "La Razón" (1880) y sobre todo "El Nacional", cuya dirección ocupó a partir del año 1895 hasta la fecha de su expatriación definitiva en 1903.

Es elegido senador de la República por el Departamento de Maldonado en el año 1899. El año anterior había sido nombrado miembro del Consejo de Estado. La sucesión presidencial de 1903 provocó su separación de la vida política activa del país. Junto con varios legisladores de su fracción, desoyendo las directivas partidarias, votó por D. José Batlle y Ordóñez, asegurando de este modo su elección como presidente. A consecuencia de este acto fue expulsado del partido, renunciando el 23 de abril de 1903 a la dirección de "El Nacional" y alejándose definitivamente del país.

El 14 de setiembre de 1903 es nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Estados Unidos, México y Cuba. Dedicado a la carrera diplomática representará al país en la Argentina, Brasil, Italia, Suiza y Austria-Hungría, radicándose definitivamente en Buenos Aires donde murió el 18 de junio de 1921.

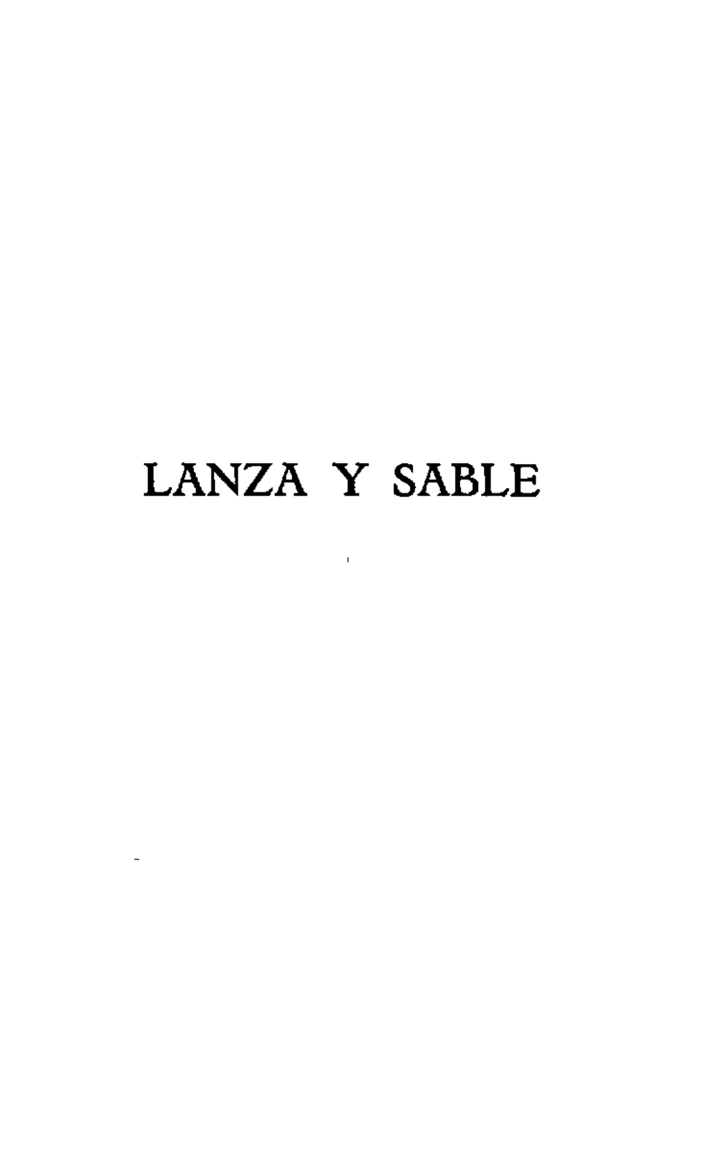
Sus obras son las siguientes: *Brenda*, Buenos Aires, 1884; *Ideales de la poesía americana*, Buenos Aires, 1884; *Ismael*, Buenos Aires, 1888; *Nativa*, Montevideo, 1890; *Grito de Gloria*, La Plata, 1893; *Soledad*, Montevideo, 1894; *Arroyo Blanco*, Montevideo, 1898; *Carta política*, Montevideo, 1903; *Canal Zabala*, Montevideo, 1903; *Minés*, Buenos Aires, 1907; *Epocas militares de los países del Plata*, Buenos Aires, 1911; *Lanza y Sable*, Montevideo, 1914; *El mito del Plata*, Buenos Aires 1916.

CRITERIO DE LA EDICION

Lanza y Sable se publica en tercera edición, siendo las anteriores las siguientes: Montevideo, Talleres Gráficos "El Telégrafo Marítimo", 1914, y Montevideo, Claudio García y Cía., 1943. (Biblioteca "Rodó", Nos. 101-104).

El presente texto sigue fielmente la publicación mencionada en primer lugar, modificándose únicamente la acentuación conforme a las nuevas disposiciones de la Academia Española.

J. P. P. y B. N.



LANZA Y SABLE

SIN PASION Y SIN DIVISA

Con emoción, sí. Esta obra está dedicada a la juventud que estudia y piensa, a los que saben de historia verdadera y sociología uruguayas, y no viven ya de los prejuicios, falsedades y exageraciones con que muchos se nutrieron desde niños en el hogar. A nuestro juicio, se entiende mejor la "historia" en la novela, que en la "novela" de la historia. Por lo menos, abre más campo a la observación atenta, a la investigación psicológica, al libre examen de los hombres descollantes y a la filosofía de los hechos. El conocimiento del carácter y tendencias, vicios y virtudes de la propia raza debe interesar al espíritu de los descendientes con preferencia a la simple exposición de sucesos y efectos, de método didáctico: como al buen agricultor interesa ante todo el análisis de las calidades de la tierra donde ha de echar la semilla para recoger los deseados frutos, y justipreciar las energías y desarrollos fecundos de la fuente de producción futura.

Nuestro trabajo, interrumpido más de una vez por distintas causas, y de un tema que diverge un tanto de los anteriores de la serie, relativos a las luchas de la independencia, es continuación de *Grito de Gloria.*

El proemio subsiguiente, bosqueja la época del origen y formación de los partidos tradicionales y la escena en que la acción dramática ha de desenvolverse.

El influjo de los prejuicios a que aludíamos en los ánimos vulgares, hará tal vez que éste y otros libros

de igual naturaleza que han de ver la luz, tengan poca difusión. Pero, eso no nos preocupa. Bastará a nuestro intento que merezca el honor de un pequeño número de lectores sesudos e imparciales, sea cual fuere el juicio que él sugiera a su criterio de rectitud.

Es necesario hacer el relato de los lustros sombríos sin calculadas reservas, para que al fin nazcan ante sus ejemplos aleccionadores los anhelos firmes a la vida de tolerancia, de paz, de justicia y de grandeza nacional.

Se han de encontrar en esta obra, no pocas de aquellas palabras y giros castizos que el gaucho mezclaba en su jerga ordinaria, que han de parecer semi-bárbaros o caprichosos inventos del autor. Reproducir unos y otros según los casos, importa dejar constancia de lo que fue oración real de su vida, de lo que ya no ha de oírse, pero que interesa recordar para el estudio étnico del temperamento y de la raza hispano colonial, así como para el de las reversiones parciales posteriores.

Ningún pueblo de la tierra se averguenza de que sus abuelos hablasen idiomas o dialectos groseros. Aún hoy mismo, desde el jándalo andaluz hasta el argot más arrevesado, todos tienen su razón de ser y su interés de tradición.

La jerga del gaucho no era la del campesino moderno. A cada época sus hombres y sus costumbres. Los últimos gauchos, y entiéndase este vocablo en su verdadera acepción, ya desaparecieron; aquellos que los oyeron y trataron de cerca, pueden dar testimonio de sus dichos, hábitos y genialidades. Sólo por analogía debe hallarse alguna similitud en la manera de expresarse, entre el gaucho de "bota de potro" antiguo y el moderno labriego de alpargata. El gaucho

era poco conversador; más bien taciturno. Las excepciones confirmaban ese hecho prevalente; se reía de su homónimo hablador; sus frases eran cortas, precisas, de una concisión notable; todo lo simplificaba para expresar de una vez sin rodeos un pensamiento, una orden, un consejo. Simplificar significaba para él ganar tiempo, ir al hecho sin ambages ni redundancias; y a pesar de eso, como hemos dicho, conservó en buena parte el vocablo castellano puro, locuciones que hoy mismo no se emplean o aparecen subvertidas, y hasta formuló sentencias en su lenguaje original que no desmerecen de las llamadas clásicas, ajustadas al medio en que nacía, se desarrollaba y moría.

El arquetipo-gaucho, ya no existe. Ha mucho que dejó de verse, de oírse, de palparse. En las campañas quedó su sombra. Ha cuarenta años tuvimos oportunidad de observar bien de cerca en la sierra de los Tambores, ahora del dominio del ferrocarril, del telégrafo y del teléfono, los últimos restos de aquel ente singular, lleno de oscuridades y de reflejos.

Era un conjunto de actividades belicosas, de resabios tenaces, de corajes indómitos, de crudezas y alevosías. En las "nazarenas" estaba la armadura del caballero a monte, y en la melena que desflecaba el pampero a modo de penacho de crines, el pendón de la cuchilla.

Su gesto reflejaba tan pronto la astucia, como acentuaba la taimonia. Concentraba en lo hondo de su organismo un caudal enorme de odios y de amores. Aceptaba el trabajo por necesidad, por accidente. Soñaba con la venganza por desprecio a la paz del alma. Pulía con ella sus instintos como en una piedra de afilar.

Ya se transformó, se encogió, desapareció. Sólo so-

brevive en las regresiones atávicas. Para los que saben de la vida semi-bárbara por observación prolija y continua, el gaucho resulta siempre proteiforme; se crece al castigo, se desenvuelve fuerte y áspero, al igual del ñandubay con ramas retorcidas y hojas correosas, que inmergido, se endurece hasta petrificarse. El Clinudo de cerebro encallecido que esbozamos en estas páginas, pertenecía al género típico, si bien ya morigerado por el roce. También Cuaró.

Hoy el hombre de campo se reforma, se instruye, se va despojando a grados de la vieja corteza hereditaria.

Saber las cuatro reglas, ya es mucho; pero vencer los cien resabios de la herencia, no es obra de una generación. El solo concepto racional del patriotismo, es todavía oscuro para muchos hombres. El de la nacionalidad, como conciencia plena, apenas se acentúa. Ahora comienza el empeño. Antes a todo se ha propendido, menos a educar y robustecer esa pasión, la más viril y elevada de los pueblos. Sin embargo, la materia prima superabunda en la historia. Se hallará en el gaucho y en su descendencia, hasta la quinta generación.

Lo que interesa, pues, a los pósteros, es conocer de dónde ellos mismos han venido, por qué van y a dónde se dirigen. Todos saben que la verdadera literatura de un pueblo está en sus orígenes, en la reproducción exacta de los tipos, hábitos y costumbres ya casi extinguidos por completo, en el estudio de los instintos primitivos, cómo se adobaron esos instintos y a qué extremos los condujo el arranque inicial del cambio hasta llegar a la primera etapa del progreso.

Los temas que fluyen de desenvolvimientos sociales ulteriores por cruce de razas e importación de usos

exóticos, no están en el mismo caso y sobra tiempo para tratarlos. No se sabe cuál será el derivado o tipo nacional definitivo, en tanto no cese la corriente inmigratoria, y con ella la evolución que apareja.

El examen debe recaer ante todo en los primordios de la familia y es en su idiosincrasia propia, peculiar, donde está la explicación y la fuente de hechos que ya no se ven ni se palpan, pero que a su vez fueron generadores fecundos de otras pasiones y de otras energías. La índole de la familia ibero-americana, de la familia criolla, es de aspecto complejo, y si la evolución le ha impreso otros caracteres no por eso ha concluido con el instinto bravío y la reversión parcial.

Reposan en el fondo de la sociabilidad trabajada por la lucha, como lo es el hierro por el fuego sobre el yunque sin dejar nunca de ser hierro: y para dar razón de sus reapariciones repentinas hay que volver la vista hasta los lindes del esfuerzo común primitivo.

Todos los pueblos por modestos que fueren tienen sus tiempos heroicos; y los tiempos heroicos no son más que la fuente natural que ha de explotarse para narrar la "historia de los instintos", propiamente, que se han ido extenuando y encogiendo por la prolongación del exceso de energía que dio terrible intensidad a la acción revolucionaria por más de medio siglo.

Esos tiempos no se asemejan a las tradiciones nibelungas envueltas en una malla dorada de leyendas en lo remoto histórico; pertenecen a un ayer no lejano y merecen toda nuestra atención, si ha de desentrañarse poco a poco, libre de la espesa maraña de los odios, la verdad entera de nuestra pasada vida de infortunios.

No obstante, salvo algunas escenas, hemos preferido limitar en todas el lenguaje a la expresión fiel del

pensamiento nativo y no a la forma rústica en absoluto que el criollo y el mestizo empleaban para emitirlo. El fondo nada pierde. Históricamente, el gaucho guerrero resulta siempre un sujeto extraordinario.

PROEMIO

A RAIZ DE LA EPOPEYA

Había concluido el cuatrenio del general Rivera.

Aquella administración se inició en todas las esferas de actividad con procedimientos poco escrupulosos. Era la primera de vida propia. Se empezaba a caminar sin andador, pero mal y en continuos tropiezos. Deletreo de la ciencia de gobierno; ninguna noción seria de la moral administrativa; la rutina en pugna con el principio innovador; auge del caudillismo, y depresión frecuente del precepto jurídico, eran los rasgos peculiares de ese período preñado de disturbios y tormentas, en que se incubaba enfermizo el germen de la vida institucional.

Lo que se hacía en las alturas del mando, irradiaba en el precario escenario entre los hombres llamados por sus prestigios a imponerse y persistir como intérpretes de determinadas tendencias, relajando un tanto sus vínculos de cohesión y austeridad.

Instalado el primer gobierno, surgió la oposición. Las oposiciones son inherentes a todo poder público, aun al gobierno ideal. Verdad es que en el caso histórico de la referencia sobraban motivos. Las prácticas subsistentes se resentían de los viciosos hábitos de la cercana década, creados por la licencia, y mantenidos por la costumbre del fogón y del aduar. Su crudeza sólo cambió de forma. Si rudas, muy rudas, habían sido las luchas por las armas, no podían ser menos acervas las controversias del llano, abarrotado de inquinas y rencores. La congestión del medio era aguda, ocasionada a crisis violentas que fatalmente sobrevi-

nieron. La prensa incipiente sudaba agravios. Sus comienzos fueron continuos desahogos. De ella brotaban crueles ironías, voces de profundo encono, protestas hirientes, burlas atroces: todo lo almacenado en el vientre de la anarquía, salió a luz sin miramientos ni reservas. Se sembraban vientos fatídicos. Las mejores famas sufrían el rigor del improperio y la invectiva. dejando en el terreno las galas de su ropaje. Para unos y otros contrincantes eran prendas mal habidas. Aquella prensa primitiva, apenas con plumaje de aguilucho, se encogía y rastreaba sin fuerzas para mover las remeras.

El criterio clarividente, si lo había, no se levantaba sobre el medio por temor de predicar en desierto. Se vertían juicios de acuerdo con las exigencias del día, personales y detractores, sólo para contentar o remover pasiones La táctica intelectual consistía en mantener los nervios en tensión; caldear los impulsos parecía buen medio. A hierro se había fundido la nacionalidad y a hierro se quería organizarla. Se estaba en el principio de una obra- extraña, demoledora y reaccionaria, con el labio trémulo y la sangre en el ojo. Algunos la sentían gotear en el corazón; no pocos la afluían en forma de espuma por la boca. El cruzamiento de las sátiras mordaces se había hecho tan denso y nutrido, que el mismo gobernante llegó a creer imposibles aquellos juegos multiformes de "bolas perdidas". Cierto es, que no pocas llegaron a golpearlo también a él, que había sido siempre tan hábil para eludir en campo raso los tiros de las "tres Marías". Era una guerra nueva de "montonera" que no conocía. la "montonera" en la prensa primaria, más temible que la de la cuchilla y el llano.

"La Matraca", "papel crítico y no periódico", se-

gún su lema, que constó de ocho toques y de un número "no me olvides", se contrajo a rememorar antecedentes históricos en daño de personajes que en tiempos infaustos desempeñaron puestos notables. Los prestigios portugueses y luego los brasileños, reaparecían para constatar el poder sugestivo del cetro real o imperial sobre los caracteres en esos días no lejanos.

En dicha hoja de publicidad más parecida a partida volante de sorpresas que a tribuna de prédica doctrinaria, Guerrero Torres, Julián Alvarez y Melchor Pacheco se entretenían en réplicas a "La Diablada", otro impreso análogo, escogiendo los motes y vocablos como se preparan flechas en un carcaj. Las puntas de estos dardos tenían bastante curare. Víctimas de ellos fueron Silvestre Blanco, Juan Francisco Giró, Juan Benito Blanco, Francisco Joaquín Muñoz, Pablo Zufriateguy y Eugenio Garzón.

Del campo opuesto correspondían con usura a las injurias y motes. "La Diablada", aparecida con ese objeto, ostentaba por lema: "ya lo véis, para el robo somos seis". Y este conocido dístico de Boileau: "J'appelle un sot un sot, et Rollet un fripon". Su estampa representaba seis figuras diabólicas dispuestas en actitud de vaciar un saco de onzas de oro. Simbolizaban tales imágenes entidades salientes en la política, aludiéndose a Lucas José Obes, Nicolás Herrera, Julián Alvarez, José Ellauri, Juan Andrés Gelly y Santiago Vázquez. Los títulos académicos poco o nada significaban, trabada así la pendencia. Los crueles epítetos les habían sido dirigidos por otro periódico semanal ya cesado: "El Recopilador", editado por la misma imprenta llamada de la Libertad; bien que, a juicio de un cronógrafo respetable, esta hoja rígida en sus censuras, y cargada en sus sátiras, no fue obs-

cena como "La Matraca", ni se ocupó de vida privada alguna.

Los silógrafos adversarios de aquellos ciudadanos, y como éstos aventajados en el arte del periodismo de fray Castañeda, aunque con menos virulencia, fueron en primera línea Bernardo Prudencio Berro, Juan Francisco Giró, Francisco Joaquín Muñoz y Miguel Barreiro, que figuraban en la llanura con la denominación de "blancos".

Una proclama del gobierno, — por entonces y para estos casos se estilaban proclamas, — invitó a todos los escritores "a respetar la república y respetarse a sí mismos". Era una especie de veredicto de un jurado patriarcal que no condenaba ni absolvía, pero que consideraba propio del Estado lo que debía ser derecho pleno del individuo. La estirocracia dejaba el sable en la vaina, aunque volvía la empuñadura hacia la diestra. Ante esa actitud nada tranquilizadora, el periódico de la oposición no pudo cumplir su curioso programa, constante de ocho representaciones según su preenunciado, a saber: el robo de la bolsa, en cien actos; la perendengada, poema heroico, ocho cantos; cuentos de don Hueco, treinta tomos; Vasco en la "Pentalogía"; la cola de paja y los quemados; los mil y un cuentos, o invención de recursos; travesuras de Vasco; discurso de Maquiavelo en la "Pentalogía". No había petipieza.

La proclama a que aludimos apagó esta luz de la época, de linterna más que de luciérnaga, porque reproducía cada una de las figuras culminantes con arreglo a sus actos pasados y a los documentos fehacientes que había restaurado poco tiempo antes "El Recopilador". Sufrió igual suerte "El Domador", "papel alegre en verso y prosa", dirigido por los mismos que

escribieron "La Diablada". Fundado con el propósito de vencer soberbias fue a su vez por igual motivo domeñado, limitándose su ejercicio a "dos galopes".

No pudo coger de sorpresa la advertencia oficial a los lavallejistas. Otra análoga se les había hecho apenas iniciaron sus prédicas en "El Campo de Asilo".

Con menos desgracia actuaron "El Exorcista", de Guerrero Torres, a quien apodaban Candelero de Bronce, y "El Indicador", periódico ministerial confiado a Rivera Indarte. Juan de la Cruz Varela, que empezaba a brillar en la prensa con su pliego intitulado "Otro Periódico", no dio muchos pasos en el sendero de los buenos éxitos. Urgido por sus patrióticos anhelos, abrió opiniones avanzadas sobre cosas argentinas, motivando una reclamación del gobierno de Rosas. Rivera le manifestó entonces la conveniencia de guardar silencio.

Del mismo modo procedió más tarde Oribe con "El Moderador" y "El Nacional" en su primera época, a solicitud de la cancillería bonaerense; lo que, en unos y otros casos se explicaba por la reciente organización del país, sobre el cual ejercían influencia positiva las altas partes contratantes del tratado de 1828. La joven república estaba todavía lejos de la mayor edad, en concepto de sus poderosos vecinos, a más de sometida a las temibles emergencias de sus convulsiones domésticas. Había que acudir a la natural diplomacia de propia conservación.

La libertad de la prensa ensayaba sus fuerzas, con los mismos peligros y aventuras a que están expuestos los aviadores modernos. Los choques y caídas eran frecuentes. No podía alzarse sobre las cumbres con impunidad. El menor roce con las cimas quebraba sus alas: era un arma nueva de combate que infería heri-

das hondas sin reconocerse en rigor que ella misma las curaba como la lanza del atrida.

Para el ataque siempre hubo defensa, aunque exagerando la medida. En el embate de opiniones, solía irse más allá del recurso brutal del gladiador. Para un agravio, el duplo. "¡Pollice verso!" Si no bastaba el sarcasmo de Aristófanes, se recurría al gesto de Esquilo.

Vióse así cómo, aparecido "El Relámpago" bajo la dirección del letrado Manuel Bonifacio Gallardo, le sucediese "El Trueno" escrito por Rafael Bosch, quien lo daba a luz el día después para contestar de inmediato los cargos. Llevaba el tal impreso este epígrafe: "Quosque tandem abutere patientam nostra Fungeiros?..." El apóstrofe del orador latino así deformado y traído como un reto propio de disputa aldeana, respondía al epígrafe de "El Relámpago": "discordia demens intravit coelos superosque ad bello coepit". La insensata discordia ha penetrado en los cielos y hasta los mismos dioses se han declarado la guerra. A pesar de las citas clásicas, coincidían los estilos en la punta y en el filo. Los dos campeones se fatigaron pronto; y, de acuerdo con sus respectivos títulos, pasaron, sin dejar mayor huella que en una tormenta de verano.

Juan de la Cruz Varela sostiene en "El Patriota", la política ministerial de Santiago Vázquez. Tiempo después Lucas Moreno, joven instruido e inteligente, que llegó con brillo a muy alta categoría en la milicia, sustenta en "El Popular" las opiniones que motivaron el movimiento de julio con Garzón a la cabeza, en favor de Lavalleja, y que obtuvo por resultado la caída de Vázquez.

Más adelante, entre muchos periódicos que nacen y mueren como efímeros "cocuyos", surge "El Investi-

gador", que en medio de aquellas lianas complicadas de intrigas y antagonismos sin cuartel, resulta "tuco" en cuanto a luces, pues en él colaboran políticos y literatos. Lo redacta José Rivera Indarte, el mismo que pregonaba más tarde que "era acción santa matar a Rosas", después de haber dedicado el himno de los restauradores al restaurador de las leyes Daban a este bisemanario cierto sabor clásico el bardo Figueroa con algunas traducciones de Horacio y el anagrama de Cid Fragueiro Fonseca, así como diversos trabajos en prosa y verso ajenos a la política militante.

Con todo, el verdadero reflector del medium literario de la época que vamos esbozando, lo fue el *Parnaso Oriental o Guirnalda Poética*, editado por Luciano Lira, joven argentino de color, dotado de fecunda fantasía y exquisita sensibilidad moral. Aunque seguía el respeto por las reglas del clasicismo, empezaba a aletear la inspiración romántica, en su apogeo en Francia. Lira logró formar un haz de resplandores en su periódico, condensando los mejores productos de la cerebración de su tiempo. Estimuló los estros y escogió con tino. *El Canto Lírico a Ituzaingó* de Juan de la Cruz Varela, descuella en sus páginas. Aparte de la sección de género exótico en materia poética, los temas condecían con el gusto y tendencias predominantes. Lucen en esa estampa los nombres ahora casi olvidados de Valdenegro, Hidalgo, Arufe, Aguiar, Araucho, lista que acaudilla el de Figueroa y cierra el de Villademoros, autor de un drama sobre la cruzada de los Treinta y Tres; los de argentinos de justa fama como el ya citado cantor a las glorias militares, y el de Florencio Varela; y luego los cortejan el de Rojas, Tirteo a su modo y buen soldado, el de una mujer intelectual Petrona Rosende, a más de

otros apasionados de las letras, sin excluir los del yambico y el idilio. Fue en los primordios del período de Oribe, que revoloteó por algún tiempo esta mariposa de luz. Luego debían sucederse múltiples estampas de diversa índole y de otras proyecciones, a medida que los acontecimientos se fueron agolpando en tropel; diarios de combate y órganos de polémica candente, en que se usaría el vocablo como de un estilete. En el dicterio se llegó a la hipérbole. La atmósfera difundió fuego hasta hervir la sangre. Los enconos recrudecieron de pronto, y entonces se crearon divisas que debían perpetuarlos por cerca de un siglo: en los días de paz, por los recuerdos y las tradiciones retrasmitidas al seno de los hogares; en las horas de delirio, por la ofensa grave y la venganza ciega. El reinado de lo trágico, de lo trágico entero sin máscara ni velos, reemplazó a la forzada comedia de las contemplaciones mutuas y recíprocos respetos.

Tales eran los signos siniestros que presentaba la escena, propios del comienzo de una era de hondos males.

De las primeras antipatías y diferencias, de las suspicacias y ambiciones entre émulos y viejos compañeros en la política y en las armas, se había pasado pronto a las rivalidades extremas; después a los reproches agresivos y a los cargos abrumadores; por último, a las injurias enormes y a los odios letales. No podía esperarse otra cosa del choque continuado de las aspiraciones legítimas con los anhelos oscuros, de los esfuerzos lícitos hacia la mejor organización social con las resistencias de lo anticuado y pernicioso de la costumbre hecha piedra.

Para algunas preocupaciones imperantes, servía de buena armazón el esqueleto de la colonia, a la mane-

ra que la ciudadela de cuartel y las bóvedas de polvorín. Había que innovar poco. Para otros, las flamantes instituciones debían escombrarlo todo, y entrarse de lleno a las pruebas y responsabilidades que imponían las reglas juradas. Por su parte, el elemento regresivo que era el más considerable y primaba en los latifundios, creía de buena fe que la licencia era la libertad y que el poder del caudillo era más fuerte que el de la ley.

El hecho brutal prevalente contra el principio: tal fue el carácter de la lucha en sus orígenes.

Siendo la naturaleza humana la materia sobre que se trabajaba, los bandos en que se dividió la muchedumbre vistieron de carne y hueso las ideas en pugna; más propiamente dicho, sus pasiones o fanatismos. Rivera y Oribe personificaron las tendencias, y la embrionaria sociabilidad se manifestó bi-partita. Una vez bien acentuada la discordia, las demasías supervinientes debían resultar explicables. Al fin y al cabo el medio estaba preparado para ellas. Los que vienen para trovadores o para bravos, no tienen la culpa de haberlo nacido, y mucho de trova y de bravura hubo mezclado en las terribles contiendas de tres generaciones.

En lo histórico-político, esa sociabilidad presentaba, pues, un aspecto muy interesante y singular.

Se había salido apenas de las excepcionales jornadas de la independencia. En ellas, el esfuerzo fue bien sostenido y llevado al grado de la suprema abnegación, al tono de lo épico, propio de la infancia de los pueblos. Pero a esta obra de destrucción necesaria para obtener luego los bienes de la libertad civil y política, faltaba la lógica superior que debía presidir el arduo trabajo de cimentar sólidamente la obra nue-

va. Todo estaba en embrión. Para ideales vastos, factores precarios. Con el épodo de la epopeya, resurgía bajo otras formas el drama de las disidencias locales que debían prosperar y embravecerse de lustro en lustro.

Caducado el régimen de subordinación y avasallamiento, quedaron frente a frente de las fuerzas vivas de la victoria, en un teatro de ruinas, los males de la herencia. Como lo hemos preenunciado, la época del personalismo fue un derivado forzoso, un promedio inevitable entre las dos eras de derrumbe y de reconstrucción. Las clases campesinas estaban lejos de la preparación conveniente para un cambio completo de destinos, y tenía que empezarse por la formación de la conciencia culta del deber y del derecho, prácticas y virtudes indispensables a la organización formal del gobierno libre. Tal era la obra noble de desarrollo lento, expuesta a sucesivos desastres antes de coronarse. Los escasos elementos adaptables al verbo nuevo, daban pocas muestras de vida bajo la presión creciente de aquella tendencia personalista. Los prodigios del músculo y del coraje indómito ejercían plena fascinación. Contrastando con los primores de un renacimiento, notábase en el ambiente cierto tufo de crudeza. Bastante extravío y olor de sangre. De continuo, polvoreaba en la atmósfera, sin tiempo a esfumarse más que a breves treguas, el frenesí del combate.

La jura solemne del año XXX, poco influyó en sus primeros tiempos en sentido de modificar las predisposiciones de la masa que vivía del resabio. No se había vulgarizado la letra y mucho menos el espíritu de las leyes. Se creía muy hermosa la constitución jurada, pero no inteligible de pronto, ni fácil de aplicar correctamente. El corto grupo de los que podrían en-

tonces considerarse como académicos en materia de ideales extra-época, tenía por delante una mole de analfabetos. Encima de eso, un buen número de soberbios e impulsivos laureados por el éxito, y que ejercían sobre el conjunto omnímoda influencia. Había labor para luengos años.

La indocilidad que fomentaba la existencia de aislamiento en la campaña, imprimía mayor vigor al exceso de energías siempre desbordantes. La compulsión de la ley escollaba, sin pulirla, con la incontrastable del instinto nutrido y agigantado por los mismos hábitos añejos y la rotura del freno social.

Estos hábitos fueron grandes óbices al avance del país en lo político y administrativo. En pos del antiguo régimen, asomaba fatalmente el de la estirocracia. Las ideas francesas se condensaron dentro de la exigua actividad de un núcleo selecto, y se redujeron a ansiedades prematuras. El terreno no conocía el arado, salvo el de los tiempos de Moisés. En los campos plumajeaba la libertad salvaje. El sentimiento de independencia individual ganó extensivamente, cuanto había perdido en disciplina impuesta por el yugo. El más osado buscó sustituir el poder extinto; las proezas engendraron el prestigio y la prevalencia; y, sin orientarse hacia el bien colectivo, la entidad "caudillo" llenó el hueco hasta cubrirlo por entero.

Al sistema férreo que rigió la tribu colonial, sucedió en cierto modo el dominio del sable. La magia del "caudillo" hizo nula toda idea superior de gobierno. Otra solución a los problemas domésticos parecía imposible, una vez enfrentados los impulsos nativos con las prácticas de la libertad en el orden. Comenzaba la lucha, cada día más temible, de las egolatrías contra planes reformadores. Los efectos naturales de

los vicios legados, primaban sobre los anhelos del patriotismo puro, desde que los hechizos del feudo convertían en simple halago la efectividad real e inmediata de los preceptos legales. El apotegma de Liéber, un collar de oro a un camello, aludiendo a una constitución liberal en China, que contra el augurio hoy la tiene, no era el aplicable precisamente a la joven valerosa república; porque extremando el tropo, no se trataba aquí de una acémila mansa, sino de una especie de león libre y rampante. Para hacerle estimar ese dije precioso eran necesarios muchos ensayos y conducirlo en largos períodos hasta la obediencia envidiable que sólo el imperio de la ley conquista sin menoscabo de la altivez ciudadana. En aquel ciclo turbulento, un programa o una promesa banal de los hombres prepotentes, alentaba más que el código recién implantado con todos sus beneficios teóricos. Sobraban causas complejas para dar incremento a la imposición personalista y estímulo a los usos perniciosos. Tras de los triunfos en los campos de batalla estaban los atavismos en acecho. El pastoreo primitivo había dado hondas raíces a la terquedad del carácter, y gran suma de rebeldía al temperamento criollo.

Puede avanzarse que la entidad "caudillo" fluyó del medio ambiente por gestación secular, merced al caballo. Tenía muchos abuelos. El señor de los pagos no era más que un símil del señor de los feudos. El gusto del mando arbitrario le venía de lejos. También el orgullo del prócer, la intrepidez del héroe, el desprecio por las letras. La herencia fue directa. No desmereció del tronco en los arranques geniales, en la rudeza del lenguaje, en el arrebato de la orden, en los ímpetus del rencor. Tal descendiente pudo ser menos noble por falta de pergaminos y escudos heráldicos, pe-

ro nunca degenerado. Llegó a excederse a sí mismo en medio de las mayores derrotas.

Así, en la época a que nos referimos, se abrían apenas los surcos y se arrojaba el grano. cuando estaba todavía fresca la sangre en los que había labrado el carro de la guerra. Roturar el suelo, era cosa más difícil que trabarse en duelo a muerte.

La jura de la Constitución fue sin duda un día de fiesta popular; pero, como toda fiesta de esta índole, un jolgorio pasajero. De aquel código sólo entendían los espíritus escogidos. Para la multitud preñada de fiebres y entusiasmos, no refluía más que fosforescencias extrañas, promesas que habrían o no de cumplirse en el andar de los tiempos; hacía oir esperanzas, dichas de un modo que inducía a pensar fuesen "fábulas". ¡Era un ensueño! Los hombres de gran prestigio constituían la garantía de peso y la realidad palpitante. Conforme a este criterio, no a la letra de la ley, a la lanza convenía más atenerse. El hierro en fuerte brazo importaba protección eficaz de los "débiles", sobre todo "cuando el gobierno se sublevaba contra el caudillo".

Para sostener la causa del campeón existían muchos elementos sin nociones de trabajo y economía política, que preferían de buena fe el sistema personalista a la equidad de las leyes.

En el primer lustro a contar del año XXX, las convulsiones se sucedieron con frecuencia. Púsose bien de relieve el espíritu de discordia hasta entonces latente, y comenzaron a acentuarse las parcialidades de familia. Erigióse altar a los manes vengadores; se aprendió a amar más la divisa que la bandera.

De las rivalidades llevadas al colmo, nacieron los credos.

El grupo de inteligentes que había rodeado a Rivera, confiaba tal vez aprovechar de su prepotencia en sentido de buenas obras; pero, embarcados con él en la aventura y sin base para el control eficaz, tuvieron que tolerarlo y seguirlo en sus faltas y errores, sin resultado práctico para los planes premeditados. El principio de autoridad no llegó a ser respetado ni respetable bajo su égida de caprichoso campeador, a pesar de los hábiles esfuerzos de los que se creían sus mentores predilectos.

Sin duda por esto, que era una montaña, se calificó de popular el movimiento de Lavalleja secundado por Garzón, y que fracasó por inconcebibles desaciertos en la hora misma de su triunfo definitivo.

No sólo por ambición crónica de mando excluyente, sino también por acrimonia ante los éxitos obtenidos en su gestión administrativa por su sucesor en el gobierno, Rivera se alzó en armas contra Oribe, cuando éste se empeñaba con plausible celo en reparar las pasadas calamidades públicas.

Pronunciáronse entonces los bandos en liberales intransigentes y defensores de las leyes.

Para éstos el país marchaba; para aquéllos el país retrocedía.

Para los últimos el liberalismo, aunque rayase en licencia, y en ella en rigor se apoyase, era bandera; para los otros no había más bandera que las instituciones.

El régimen personalista se impuso entonces sobre la doble base del valor y del prestigio.

De aquí, choques formidables que abrieron simas sin fondo.

Fácil es desmembrar una entidad histórica y añadir a su pasivo todo lo que es propio de la maleabili-

dad humana, antes que de una intención perversa o de planes preconcebidos. Pero, la historia severa no hace moral de sentimiento. Si la moral se aplicara estrictamente a cada paso y por cualquier motivo, no quedaría en definitiva de todos los grandes personajes, y aun de los pueblos más civilizados, sino un montón de máculas y desechos repugnantes. Es la impresión que deja el implacable Tácito, apenas se han leído cien páginas de sus anales.

Considerados sin pasión los dos próceres en la época de nuestro relato, se negaría justicia a Oribe, si sólo se glorificara a Rivera, o a Rivera si sólo se ensalzara a Oribe. Los dos eran héroes, cada uno según su índole y temperamento. Por el hecho de intervenir al exhibirlos, los odios y las rivalidades de los abuelos, uno y otro resultarían parodias de campeones. El buen sentido exige otro procedimiento para salvar la verdad.

Es de interés recordar y correlacionar ciertos antecedentes históricos, propios del tema.

En una ocasión solemne, Rivera debió su vida a Oribe. Aunque los detalles de ese incidente han sido narrados en *Grito de Gloria*, cúmplenos reproducirlo en lo principal.

Brigadier del Imperio y comandante general de campaña, en marcha para batir la expedición de los Treinta y Tres, Rivera cayó prisionero merced a una estratagema, y fue Oribe quien lo condujo a presencia de Lavalleja.

En un bolsillo llevaba el general la orden de pago de mil pesos oro por cada una de aquellas cabezas, como premio al que las presentase. El documento de por sí condenaba.

Dada la crudeza de los tiempos y la crueldad in-

nata que se atribuye a Oribe, nada más hacedero que, tratándose de un rival temible, lo hubiese mandado eliminar. No lo hizo. Para mayor seguridad de su vida, lo acompañó personalmente con todas consideraciones hasta el campamento revolucionario. Luego, lo aceptó como jefe de la vanguardia. Podría argüirse que lo respetó porque así convenía. No es lo probable, porque muerto Rivera, la masa campesina que era artiguista por tradición, habría seguido lo mismo a Lavalleja, prestigioso teniente del gran caudillo; y porque ningún perverso innato, concurriendo especiales circunstancias para que su acto quede impune, perdona a su enemigo cuando le coge con las armas en la mano sirviendo al dominador.

Aún admitido que por la importancia innegable del concurso de Rivera, su adversario se hubiese impuesto esa línea de conducta por amor a la causa de la cruzada, si se reconoce que el patriotismo fue entonces su móvil al obrar así, dedúcese que no carecía de las vistas claras de inteligencia y grandeza moral que se le niegan.

El caudillo no olvidó esa acción. Probó más adelante estar agradecido cuando apoyó la candidatura de Oribe al puesto supremo.

No abrimos juicios paralelos. Señalamos coincidencias, modalidades y discrepancias para definir caracteres y deslindar campos.

Rivera había sido acusado de traición por el gobierno del Imperio, y después por el de Rivadavia cuando se fugó de Buenos Aires para emprender la campaña de Misiones. En este trance, hallándose aislado y sin recursos, recibió un préstamo de Rosas, tres mil pesos, que de poco le sirvieron.

Se afirma que entonces aceptó el auxilio pecuniario

que le ofreciera su fiel servidor Luna, —hombre de color— quien para obtener el dinero sacrificó a un amo su libertad personal. No se sabe cómo la recuperó después: pero es un hecho cierto que este leal camarada, tan intrépido como abnegado, fue a incorporársele más tarde allegándole un buen contingente de guerra.

No fueron aquellas declaraciones las que perjudicaron al caudillo, pero sí las que de igual naturaleza llegó a merecer de no pocos de sus partidarios del año XL en adelante, entre un dédalo de tanteos con Rosas y Oribe en busca de connivencias y acercamientos, ofendido y ulcerado ante la actitud de muchos que todo se lo debían. Su prestigio decayó. Empezó a ser sencillamente un hombre del pasado, una sombra de su viejo poderío, que ya no imponía confianza ni respetos.

A su vez, Oribe fue calificado de traidor por sus propios correligionarios acaudillados por Lavalleja en una revolución que gozó de popularidad, cuando aquel se puso sin vacilar de parte del presidente Rivera y defendió al gobierno con su espada. Sin embargo, en ese gesto, Oribe se mostró lógico con ideas que sustentara más de una ocasión hasta poco antes de su muerte, al recomendar que los blancos se agrupasen siempre en redor de todo gobierno constitucional como medio de que el principio de autoridad fuese eficaz garantía de la libertad en el orden.

Rivera hizo por Oribe, con rectitud y espíritu liberal. Bajo su gobierno confirióle el grado de coronel mayor: lo nombró comandante general de armas: confióle la cartera ministerial de guerra y marina; lo elevó a brigadier general; y por último, puso toda su in-

fluencia para su exaltación a la presidencia de la república.

Acaso tuvo en cuenta al proceder así, la seguridad de su reelección, y oponer un dique a las frecuentes tentativas de Lavalleja.

En cambio, Oribe hizo por Rivera, por reconocimiento y espíritu de equidad. Le designó para el alto cargo de comandante general de campaña, a que aspiraba sin reservas; y le brindó como obsequio de honor, una espada en cuya hoja con letras de oro se leía: el Poder Ejecutivo al general Rivera.

Que hubo buena fe en estos actos, lo confirma el hecho de que sólo tiempo después verificóse la inutilidad del cargo en campaña, agravado por excesos condenables en la inversión de ingentes caudales públicos. Respecto a ese grave asunto, el entonces coronel Antonio Díaz había avanzado en "El Universal", de que era director, estos conceptos: "la comandancia expone al país a una continua lucha, dividiendo el poder del estado entre dos jefes de opuestas opiniones en cuanto a los negocios internos y externos de la república". Algo análogo ha pasado trece lustros después, cuando llegó a hablarse de "feudos departamentales". Los que atacaron a estos llamados feudos, sostenían la misma doctrina de Díaz, fundándola en los peligros de un dualismo pernicioso.

Si la premisa era verdadera y la consecuencia resultaba exacta como lo constataron documentos solemnes, Rivera estaba demás en el cargo, y el cargo también, ante el criterio sensato de los mismos colorados de antaño, y que han ratificado en caso parecido los colorados de ogaño. Luego, la resolución adoptada por

Oribe, al suprimirlo, tenía base firme de buena política y administración.

A pesar de ello, se le promovió guerra.

Rivera se había propiamente educado y formado en el seno de la multitud extraña a la vida del urbe, personificando sus anhelos más fervientes como sus ideas vagas e incoloras sobre libertad civil y política. Fue el inspirador y el guiador de la hueste, sin bagaje alguno de propósitos formales para obtener éxitos definidos. Obraba por instinto, sin preocuparse de lo que iba dejando a lo largo del camino; no obstante, justo es reconocer que sin acto deliberado y consciente, añadía a la vieja semilla de Artigas, gérmenes propicios para la modelación de una nueva nacionalidad. Le sobraban facultades para la acción; pero carecía de talento. Su acción constante, fue en ese sentido la eficiente. La costumbre de la batalla, dio base a la costumbre del propio señorío y del odio al ajeno.

En Oribe, preparado en otra escuela, se personificó mejor el principio de la unidad social, por lo que sus actos de gobernante, respetuoso de la ley, iniciaron la labor de crear su fibra en sentido de obtener por medio de las prácticas político-administrativas, mayores ventajas de estabilidad y desarrollo de las aptitudes propias del naciente carácter nacional. No poseía como estadista altas calidades, pero disponía de una educación culta y de una inteligencia disciplinada que le permitían orientarse sin tanteos, utilizando como asesores los más aptos ciudadanos de su época. El espíritu nacional empezó a sentirse bajo su gobierno, y se habría desenvuelto con vigor si se radica una paz fecunda; pero, malogrado el esfuerzo patriótico, los graves sucesos que se siguieron debían postergar por

largos años el afianzamiento de los destinos de la joven república.

La concepción de la patria en Rivera, se confundía con una intensa pasión terrígena. En Oribe era más clara, le daba arraigo en las virtudes cívicas y en su ejercicio, con preferencia a las militares, siendo él soldado. Acaso, por esto: pues su idiosincrasia no fue nunca la del caudillismo. Celoso del principio de autoridad, no toleraba el motín ni el desorden, aun promovido por sus mismos compañeros de causa. Explícase así que sostuviese la autoridad constitucional de Rivera, cuando lo creyó de su deber, aunque fuese motejado de tránsfuga y de traidor, como lo fue.

Al ser impuesto como principio económico-administrativo por el doctor Lucas José Obes, el axioma "lo que es útil es lícito", se había hundido el primer gobierno de Rivera.

En la triste tarea de arrastrar el país al abismo, no estaba solo el caudillo, como se ve; a consejeros como aquél, de iniciativa y pericia, cabe el mayor lote en las responsabilidades. Tuvo su política una repercusión lejana. Tan peligrosa teoría renació pasado medio siglo, bajo el gobierno de uno de sus descendientes, de más vigoroso intelecto que el abuelo, derivando el país en condiciones peores hacia el borde del precipicio.

Los dos grandes antagonistas de los primordios de nuestra vida institucional, han sido y serán por mucho tiempo materia de estudio razonado y profundo.

Para el criticismo de estricta rigidez de algunos hombres de pensamiento, la vida pública de Oribe debió haber concluido en 1838. Para otros observadores sagaces, las dotes buenas personales que Rivera pudo guardar como capital de porvenir, se eclipsaron para siempre desde 1836.

I

ROSA DE CERCO

Entre las jóvenes de su edad, Paula era tal vez la más reconcentrada y arisca. Los mozos que venían de paso conduciendo carretas, y aun los que por cualquier motivo visitaban el pago, no lograban nunca arrancarle más de dos frases en sus conversaciones familiares.

Reía poco, y solía esconderse.

Esta costumbre era un natural resabio de su niñez, transcurrida sin nociones elementales de trato y compañerismo afectuoso.

Se había reunido sí, con frecuencia, a otros pequeños de ambos sexos para formar rondas y comparsas; pero en esos juegos, era la primera en apartarse al menor pretexto, como fastidiada y con un gesto ceñudo.

Muchas veces se ocultaba en una zanja, apenas veía aproximarse una persona extraña.

Es cierto que en su escondite la acompañaban no pocos de la ronda, chúcaros como ella, los que formaban fila a lo largo de la zanja, hundiéndose bien en las hierbas a fin de no ser vistos, con los pies descalzos, las cabecitas desgreñadas y las escasas ropas revueltas.

No contenta con eso, se cubría la cara con la falda del vestido. Pasado el motivo de alarma, salían de su escondrijo, y Paula iba a refugiarse en un rincón del gran rancho.

Había en ella algo de gato-pajero. Las maciegas servíanle también de asilo. Cuando desaparecía en ciertas horas del rancho, la vieja Ramona que le conocía la guarida, iba en su busca.

A ocasiones la encontraba con una púa de pita mortificando a los insectos de cuernos hasta abrirles la coraza, para ver lo que había adentro. Viejas, llamaba ella a los escarabajos y capricornios.

Algunas mañanas de sol ardiente, seguida de perros, los estimulaba a correr comadrejas y lagartos, gozándose en los efectos de la persecución tenaz.

Corría entonces Paula con gran celeridad hasta llegar al sitio en que se realizaba la presa.

Se complacía en los lugares sombríos. Gustaba del burucuyá, del macachín y de los huevos de gallo. No dejaba ni una frutilla en la planta de arazá.

Después de estas sus distracciones, volvía a las casas, a paso lento, y un aire de dureza que contrastaba con su edad tierna.

Pocas caricias recibía, ni era amiga de ellas. A veces un chirlo del Clinudo o un torniscón de Ramona, la obligaban a tareas domésticas que a diario le habían asignado.

Al principio las hacía de mala voluntad. Luego se fue acostumbrando y llegó a desempeñarlas, pero de un modo maquinal, sin ningún esmero, para salir del paso.

Entre las que menos le incomodaban, era la de guiar el petizo rodilludo y barrigón que tiraba del barril del agua hasta la costa del arroyo.

Sin duda este ejercicio se avenía un poco con sus hábitos de retraimiento. En el abra del monte que daba acceso al arroyo se veía a solas, llenaba despacio con un gran jarro de lata el barril, tomábase descan-

sos prolongados, se solazaba sepultando bien sus pies en la arena cálida, y cuando había concluido su trabajo se echaba en el lecho de la pequeña playa.

Aquella huraña no tenía miedos en la soledad del bosque. Bien podía resollar cerca un carpincho o sacudirse una rata de agua, sin que ella experimentase la menor emoción. Eran éstos sus conocidos de todo tiempo, sus allegados silenciosos e inocuos que hacían lo que ella, echarse en la arena dorada y pasar la hora de pereza sin protestas contra el ardor de la mañana.

Al rato, se ponía de pie; alzaba los brazos entre bostezos; tiraba de las crines mal tusadas del petizo; juntaba su rostro a su cabeza con natural caricia extremosa; y por fin lo enderezaba suspirando por el mismo sendero para volver paso a paso a los ranchos.

Cuando se mataba un vacuno en el tronco de la estancia, montaba un caballejo e iba en busca de algunas piltrafas al lugar en que se había despostado la res, a hora en que ella sabía que sólo se veían cuervos cerca de los despojos.

Si aún quedaba algún peón adelgazando el cuero, conservábase a regular distancia, hasta que aquél se retirase al galpón o la enramada.

Entonces, se acercaba como una gata recelosa capaz de meter sin escrúpulos sus zarpas en la sangre todavía caliente, hasta improvisarse botitas rojas; separaba lo que podía y era aprehensible; lo echaba en un pequeño saco de arpillera, que en seguida colgaba del cuello; y después con gran destreza, ponía el pie en la rodilla del matungo y de un envión ya estaba en los lomos.

En la marcha, como el animal fuera lerdo, le golpeaba el pescuezo con el saco, mirando para atrás por si alguno la seguía.

En cambio, ninguna atención prestaba a los cuervos que giraban a escasa altura. Eran también sus compañeros fieles de la aspereza, llena de toscas y de saúcos silvestres.

Así fue creciendo.

De niña era alta y delgada; pero ya en la pubertad su desarrollo sobrevino rápido, convirtiéndola en una moza arrogante.

Su rostro se modeló en formas muy regulares, surgió turgente el seno, torneáronse los brazos y la cabellera llegó profusa a la cintura. Sus ojos negros adquirieron un brillo seductor. En sus labios muy encendidos empezó a dibujarse la sonrisa. El calor de la sangre operó en ella algún cambio, sin que se diera cuenta del fenómeno; pero esta evolución sólo interesó a las costumbres. Empezó por el traje.

Puso más cuidado en su persona. Se calzó con esmero y se aseaba con frecuencia. No se hacía la trenza sin lavar bien el cabello. El primer día que se miró atentamente en un espejillo tosco, sintió una impresión rara, indefinible. No tenía noción de lo bello por falta de comparación; pero se consideró otra, con ese orgullo propio de la que se cree ya mujer.

Con todo, eso era íntimo, de sus adentros, como un principio de vanidad pueril.

En el fondo, los instintos poco se habían modificado. Seguía siendo brusca y retraída, reacia al trato, de pocos afectos y muchas prevenciones. La astucia y la suspicacia parecían campear en su cerebro ante cualquier ocurrencia de un forastero. Oía, miraba con fijeza, y sin variar de posición, permanecía muda.

Con la única que en rigor parecía ella entenderse, porque a lo menos la distraía por largos momentos,

era una guitarra vieja del Clinudo a cuyas cuerdas arrancaba algunos aires criollos.

Su buen oído, retenía con facilidad "tristes y cielitos", esas improvisaciones cortas del gaucho vagabundo, escasas de armonía, simples y monótonas, pero hijas del ambiente en contubernio con la holganza.

Poco a poco fue Paula dando algo de sí, y aumentó su caudal de sones, aunque al desgano y sin constancia.

—¡Cantá jilguera! —decía el Clinudo en su habitual vozarrón. Ansina los mozos vienen.

Paula se quedaba silenciosa, o seguía tañendo al descuido una que otra cuerda por breves instantes.

¿Por qué habían de venir los mozos?

Para ellos no tocaba.

Ponía en un rincón el instrumento, y se iba a sentar a la sombra de los ombúes.

Estos eran cinco, ya añosos. Rodeaban en parte el más grande de los ranchos, y uno de ellos servía de refugio a algunas gallinas, cuyo sultán de gran cresta doblada se había pasado de joven. Había un pollo un tanto enfermizo, desplumado en el pecho por una peste. Pero era una promesa.

Paula lo cuidaba con cariño, y gracias a su celo se iba reponiendo. Le había puesto por nombre "Choto", abreviación de chorlito, porque era zanquilargo y menudo.

En el trecho que separaba dos de los ombúes, comenzaban y se extendían hacia el campo el plantío de coles y un zapallar de hojas ya secas, que conservaba todavía dos o tres frutos dejados hasta completa sazón.

Detrás de esta huerta primitiva y de compacidad para otras plantas suficientes al consumo de la fami-

lia, una cerca de maderas viejas mal ligadas prestaba apoyo y sostén a unos rosales silvestres muy espinosos.

Algunas rosas de colores pálidos y pétalos mustios, propias de plantas sin mayor cultivo ni riego, lucían en lo alto de la cerca sus corolas semi-cribadas por las avispas.

En mirándolas, Paula abandonó su asiento y escogió la mejor, diciendo con enojo:

—¡No han de ser todas del camuatí!

Le sacó las espinas pacientemente, y se la puso en el pecho.

Luego lanzó un silbo, y pronto apareció un perrito negro de orejas recortadas, sin más apéndice que el nacimiento del rabo, muy vivaracho y travieso.

Casi simultáneamente, detrás de este "cuzco", se presentó un ejemplar de cruza perra cimarrona y mastín, lleno y fornido, de pelaje cebruno, el cual poniendo de lado al pequeño se puso a dar saltos frente a su dueña.

Paula lo miró con expresión compasiva, y le pasó varias veces la mano por las orejas de un modo suave y cariñoso.

—¡Pobre Capincho! —dijo con tristeza.

Capincho le reavivaba una escena impresionante, que ella nunca podía olvidar.

Años atrás, cierto día en que estaría de mal humor, este perro la había ladrado colérico y aun avanzádose con intención aviesa, cuando ella sólo se proponía estimularlo a sus juegos cotidianos.

El Clinudo, que estaba próximo al sitio, dio al perro un golpe con el mango del rebenque.

Capincho erizó los pelos del lomo y le mostró los dientes enfurecido.

—¡Mirá! —exclamó el amo lleno de ira y de sorpresa.— ¡Hijo e cimarrón!... Vení, Paula.

Y tomándola bruscamente de la mano, se entró con ella en la cocina de los peones.

Capincho los había precedido, echándose siempre gruñidor y encrespado junto a las cenizas calientes del fogón.

La puerta pequeña y estrecha, encajaba bien al cerrarse en un marco de palo de sauce empotrado en el adobe.

Un ventanillo sin hojas esparcía luz bastante en aquel hogar.

—Hacé lo que mando —dijo el Clinudo. Cuando Capincho ponga la mitad ajuera, apretá la puerta.

No tuvo necesidad de azuzar al perro.

Este gruñendo y mirando de lado con aire siniestro, se levantó y dirigióse a la salida.

Apenas traspuso el umbral, el Clinudo en ayuda de la chicuela cerró la puertecica con violencia, apoyándo la rodilla derecha en el centro, de manera que el perro quedó ceñido por la mitad del vientre, siendo inútiles sus esfuerzos para escapar de aquella trampa improvisada.

Sacudió algunos momentos sus piernas traseras en el aire, y cediendo a la brutal presión que dividía su actividad en dos, lanzó una especie de ronquido de rabia dejándose estar quieto.

—¡No aflojés! —barbotó el Clinudo con una greña caída sobre la nariz y un gesto terrible.

Y desnudando el cuchillo filoso, practicóle una operación breve que la pequeña no pudo ver ni adivinar.

Todo fue obra de segundos.

No bien cesó la presión de la puerta, Capincho dio

un brinco en fuga hacia el campo, lanzando un ladrido de dolor.

Lo único que Paula notó en el suelo, fue una mancha de sangre muy roja.

Pero ella era zoólatra, y se puso a llorar.

Paula tenía siempre en memoria este episodio.

Capincho se había hecho manso pasado algún tiempo, y lamía la mano del mismo que lo mutiló.

De ahí que la cómplice obligada del hecho singular, lo mirase con lástima y le hubiera cobrado afecto.

Luego de retozar con los dos un momento, Paula echó a correr seguida de ellos alrededor de los ranchos.

Era su ejercicio favorito.

II

LA FLOR MORAL

Ejercían sobre Paula cierta influencia, algo como una sugestión irresistible, los cantos de algunos pájaros en las horas calurosas o al caer la tarde. Estos himnos del monte, al ribazo del arroyo, suspendían su ánimo por momentos, a pesar de la costumbre de oírlos.

Ya en la pubertad, le parecían distintos a los que había escuchado en la niñez.

Hasta fijaba su atención en las riñas que en el aire solían trabar los pequeños alados, en tanto las hembras huían entre las ramas o se guarecían en sus nidos.

Empezaba a darse cuenta de los odios y de los celos de los habitantes del bosque, así como del motivo de sus cantos, a veces tan dulces y armoniosos.

No todos le agradaban. Tenía fastidio a los que daban chillidos sin descanso. Odiaba al "benteveo".

En cambio, la calandria y el tordo lanzaban para ella las notas más dulces.

Esta música de amores llegó a predisponerla mejor para los aires de guitarra. Los pájaros eran libres, cantaban, se juntaban y tenían sus asilos de hojas, de tronquitos y de plumas que ellos mismos se arrancaban a sus cuerpos para hacer blanda la cama y más grata la vida.

Ella... ella estaba sola siempre en su aposento, sintiendo ansias extrañas, sin risas ni alegrías, encadenada a la rústica tarea diaria.

Como "yuyo" que nace en la humedad de un barranco, no se consideraba de más precio que una flor de hinojo.

A medida que había ido adquiriendo desarrollo físico y formas hermosas, hervor de sangre y cierta viveza de pensamiento, de que ella misma se asombraba, había también empezado a sentir una pena de sí misma y a condolerse de su suerte dentro de la estrechez del pago, que no obstante consistía para ella el mundo.

Y los únicos seres de este mundo a los que, fuera de sus padres y de un hermano ausente, trataba a su manera, se reducían a los animales domésticos y a los pájaros canoros. Eran los que daban relativo encanto a su "mundo" rodeado de cuchillas y sierras lejanas, favorecido en el valle por el arroyo de aguas mansas, a su vez festoneado en ambas orillas por profusos bosques indígenas.

Los animales domésticos solían instruirla más al desnudo que las aves, de ciertos cuadros para ella cotidianos. Cuando pequeña, los miraba sin parar mientes en ellos; después su curiosidad fue avivándose en crescendo, y pronto se penetró de todo en sus menores detalles. Junto al corral de la majada llamada del tronco, solía presenciar el trabajo de la "yerra" y de castración; y allí cerca, bajo la enramada, la esquila de los ovinos. Estas labores, en cierto modo extraordinarias, reunían parientes y allegados en buen número, cuyos diálogos y ocurrencias se armonizaban sin reservas con el temperamento crudo y con la rudeza todavía gaucha, por lo que Paula aprendía sin quererlo lo que no le enseñaban las escenas mudas. Pero, no faltaban entre los mozos quienes se expresasen en mejor lenguaje y formas más correctas. ¡Cosa rara! A éstos prestaba la joven atención, desde lejos, bien apartada,

como quien parece no oir una frase. Sin embargo, ella oía lo que era de su agrado, lo asimilaba y hacía después asociación de ideas con una facilidad pasmosa. Es que a un fondo de sensibilidad moral que más adelante debía tomar gran vuelo, unía ella un espíritu sagaz que no le venía ciertamente del Clinudo, y merced al cual había de aprender a leer y escribir sin mayores esfuerzos, como por distracción pasajera. No podía decirse que Paula careciese de candores, aunque la ignorancia de lo que está vedado saber en la edad infantil, sea la primera que desaparezca por virtual influjo de los fenómenos exteriores en la vida del campo. A su modo, era candorosa. Aunque huraña y arisca, la joven tenía la finura de los sentidos y por éstos las nociones elementales del bien y del mal. Las influencias de afuera no habían extinguido en ella, como en otras, la virginidad del alma, tal vez porque existía latente en lo íntimo de su ser algo de superior a lo que la rodeaba, acaso una tendencia a soñadora. Aquella flor moral que en las más de su sexo devoraba el gusano del ejemplo y en ellas no subsistía otro tiempo que el asignado por la misma naturaleza a las que brotan en el valle, se conservaba en Paula, gracias a su propia hurañía. Estas dotes en rudimento debían servir en el período de desarrollo a dar resalte a su personalidad, así que el contacto con otra clase de espíritus favoreciera sus luces vivas de inteligencia y acentuase la índole verdadera de su carácter. Por eso no prestaba interés alguno a los cuadros animados de cada día, ni su lento avance mental guardaba relación completa con las modalidades del medio. Parecía indiferente a lo grotesco cotidiano. Sólo se estaba a sus gustos y a sus supersticiones aún no extinguidas, que la acompañaban desde la puericia, y de que no quería

desprenderse en absoluto por hallar en ellas algún encanto.

Así, las luces fugaces que solían aparecer en las noches tranquilas de un color blanqui-azulado, no eran para ella cosas de este mundo. Lo creía al principio de buena fe.

Eran plácidos resplandores de las almas que se fueron. Las miraba con cierta emoción, seguía su marcha indecisa en las tinieblas, bajarse o alzarse levemente, y por fin estarse quietas sobre la flor de un cardo para extinguirse de súbito como una mariposa sin aceite.

No se parecían a los bichos de luz. Tenían casi todas la forma de una gota de llanto, y así debían ser las almas de los finados. Si por casualidad en el campo más de una la seguía, encauzada en la corriente de aire a su paso provocada, se tapaba los ojos, tendiéndose boca abajo en el suelo.

En esa posición se mantenía largo rato, creyendo así dar tiempo a que se fuesen. Se imaginaba entonces que alguien le hablaba al oído, y le decía muy suave, en medio del silencio profundo, unas palabras misteriosas que parecían venir de muy lejos, tan lejos como lo estaban las estrellas.

Confesaba ella después que no las había entendido, porque eran flébiles, iguales a silbo de la "viudita" cuando se posa a la hora en que el sol quema en una espiga de cebada. Así que levantaba la cabeza, ya no estaban las luces tristes. Esto le hacía impresión. Aquellas llamas flotantes en el aire, extraños pajaritos de luz, no eran calientes como la llama de la vela, y cuando se las quería coger daban un giro muy ligeras, rozaban la mano sin quemarla, y se iban, para apagarse pronto. Muy distintos eran los volteos del "tuco"

y del "cocuyo". El fugor de estos insectos más se asemejaba al de los ojos de la lechuza y del "ñacurutú".

Al principio tenía miedo a estos fuegos fatuos. Después les tomó simpatía. Luego, concluyó por desear verlos con frecuencia. Pero no siempre había cuerpos muertos en los pequeños valles.

Recordaba que cuando en noches sin luna iba con su hermano Indalecio por la orilla del monte, solía éste correr en pos de los que otros llamaban "luz mala", y que ante la acometida brusca del paisanito, la luz huía de verdad, y a poco desaparecía antes de tocar la hierba. No ocultaba entonces Paula su enojo, y decía: "¡qué hazaña correr a un ánima bendita!"

No es que ella creyese que era posible invocar las almas de los muertos; pero en cambio de esta sicomancia se figuraba que las llamas venían de por sí en alguna forma, callanditas y dolientes.

Algunas de esas almas debían pesar muy poco, a juzgar por lo tenue de las luces errantes. Sin ella saberlo ni presumirlo, incurría ingenuamente en la sicostasia antigua, o sea el peso de los espíritus después de la muerte por medio de una balanza olímpica, como una prueba de que lo supersticioso en esa materia fue y es siempre de todos los climas y todos los tiempos.

Con motivo de estas cosas, sólo de ella peculiares, de sus retraimientos y desdenes, muchos mozos a quienes atraía su hermosura se sentían alelados cuando por acaso se veían cerca, y no se atrevían a balbucear más que necedades. No les dispensaba sonrisas. Ninguno supo herirla en el sensorio. De ahí que la tuvieran por orgullosa.

De esta suerte, Paula ya núbil, se parecía a todas las plantas que crecen sin otra ayuda que el ardor del sol y el riego del cielo.

Nada envidiaba al rosal de cerco ni a la humilde margarita, lejos de pensar que fueran seres con órganos y funciones vitales.

Quería al cardo por la alcachofa de hacer cuajada y al "macachín" por el tubérculo gustoso. Ponía siempre en su boca frutitas blanqui-róseas del "yuyo de la perdiz" y más voraz que la abeja de monte masticaba y deglutía con placer los pétalos del azahar de limonero.

Costa arriba del arroyo, en un abra del monte, había un potril cubierto de flores azules.

De vez en cuando iba hasta allí la joven en busca de nidadas de gallinas.

Solía encontrarse con Margarita, otra moza de su edad, que vivía en un rancho vecino sobre el ribazo, y cuyos hábitos diferían de los suyos.

A Margarita o Marga, como la llamaban en el pago, la gustaban las carreras y los juegos de sortija; y desde las primeras veces que se vieron, había ella insistido en que Paula la acompañase en esas diversiones.

Paula se mostró siempre resistente. No le agradaban la algazara y el bullicio, ni quería verse entre forasteros que traían el daño y la pendencia. Ganaran o perdiesen, no dejaban de pelearse.

Había oído decir a su padre el Clinudo que esa gente no andaba más que de "tapera en ramada", buscando comer de lo ajeno y alzarse con las mozas.

Paula les tenía aprensión sin haberlos conocido nunca. Se los figuraba grandes y barbudos, muy tostados, con enormes dagas en el cinto y lazos a grupas para sujetar toros. Tipos deformes, más montaraces que los que ella había visto, nacidos en otros pagos apartados

que no querían al suyo, y cargaban trabucos con boca de sapo para asustar jóvenes y viejos.

Estos "ajeneros", como los apodaba el Clinudo, tenían ojo de tigre y astucia de aguará. En el tiro a la taba aplanaban el suelo con el pie para echar suerte, y en corrida de sortija "cuerpeaban" que era un gusto para ensartar la prenda. Siempre ganaban por trampa.

Fue en una tarde apacible que Paula se encaminó al potril de flores azules, el sitio pintoresco, muy umbrío y solitario.

Los montes que formaban festones a los lados de los ríos y arroyos de naturaleza indígena, eran en aquellas épocas muy densos y nutridos. El hacha del leñador no abría brechas considerables, ni había peones ocupados en labrar caminos a través de la vegetación selvática. Apenas se conocían con el nombre de "pasos reales" los sitios de los grandes cauces, siempre apartados largas distancias, que facilitaban el acceso de una a otra ribera. En estos vados, el monte ofrecía pasajes de ensanche irregular, pero suficiente para el cruce de ganados y carretas.

Otros lugares de tránsito más numerosos que estas rutas primitivas sin puentes, y que aún se denominan "picadas", sólo daban acceso a un jinete de frente; y así mismo no pocas de ellas estaban interrumpidas por ramajes o árboles derrumbados, cuando no obstruidas en absoluto antes de llegar a mitad de la zona opuesta del monte. Ni rastro solía encontrarse de la que fue salida.

No siempre tales galerías abovedadas de follaje guiaban con rumbo cierto, como que habían sido obra lenta y paciente del ganado alzado o de los "matreros". Los toros con sus moles corpulentas y sus cuernos, y los hombres con sus dagas afiladas, habían suplido la

falta del leñador y el peón caminero: aquéllos al encuentro de trazos ocultos. feraces en hierbas; y los segundos tan "alzados" como el animal arisco, en busca de escondrijos y madrigueras propios para refugios inabordables en su vida nómade.

En los montes de los arroyos, por ser de menos proporciones que los de grandes corrientes, los potreros no eran abundantes, salvo donde hacían barra o confluencia, pues allí se aglomeraban los bosques naturales de los dos cauces hasta constituir una espesura de enorme extensión con sus claros o trechos interiores.

Un despejo semejante, encubierto apenas por una limitada cortina de boscaje, era el que existía en el monte del arroyo que cortaba el campo del Clinudo. lleno de plantas rastreras y matizado de florecillas azules.

Delante se veía el curso del agua. A un costado formaba herradura un remanso Poca era la parte de ribazo descubierta. Los talas, sauces y sarandíes invadían después todas las laderas y huecos en profusos pabellones.

Allí se dirigió Paula. y vióse con su vecina, de quien ella sabía andaba en amores con Camilo Serrano, un guapo mozo "tropero".

A pesar de todas las prevenciones de Paula, Margarita que era muy insistente y afectuosa, pudo conseguir que ella le hiciera promesa de acompañarla el próximo domingo a una fiesta de sortija, la más concurrida en el campo después de las carreras de caballos.

—Te se vá a ajar esa cara tan linda de tanto estar sin que la vean —le dijo zalamera y juguetona. Le van a criar pelos. Allégate esta vez, y si no te gustan

tantos ojos que han de mirarte de puro golosos, yo no te rogaré más...

—Rogar no — había respondido la joven un tanto cavilosa. Por esta vez consiento.

Bastante incomprensible era aún Paula para su amiga.

Esa estrelluela del pago tenía sus fulgores fugaces, pero raros, que solían sorprender a los mismos que la trataban en familia.

Tanto ella como Margarita, no conocía la gazmoña. Se habían criado y desenvuelto conforme a las condiciones del pago, sueltas, descalzas, corriendo a la luz del sol o chapoteando el agua de la lluvia en los campos de pastoreo, cuando no ejercitándose a caballo en rápidas excursiones. Al despertar en la edad núbil, accesibles en cuanto fue posible al cambio, transformadas ya en la medida de sus hábitos y de sus nuevos deseos, llegó a hacer caudal obligado de las nociones de su intelecto lo que en cada una de ellas la observación había reunido o acumulado la memoria, y en vez de gazmoñeras resultaron experientes y astutas en el decir y el hacer.

La iglesia más que la escuela, en aquellos tiempos. les allegó luces vagas. Las misiones religiosas no eran muy frecuentes.

La naturaleza con todos sus coloridos de realidad palpitante, fue la única maestra sin penitencias ni regaños de su infancia oscura. Pero, nacidas sanas y fuertes, en los albores de su juventud sintieron los efectos de esa salud y de esa fuerza; mucha agilidad y vigor en el físico, mucha energía en los instintos, mucha vehemencia en los arranques.

Diferían en temperamento.

Parecía que la una y la otra, ya que no igualarse.

en todos los gustos, buscaban protegerse en sus propensiones íntimas.

La fiesta a que Margarita invitaba a Paula era una ocasión de más acercamiento, y no se repetía sino de tarde en tarde. Sobre todo, era una novedad que atraía y aglomeraba toda la gente del distrito, sin escasear los forasteros.

En esos parajes apartados de los centros urbanos, se había ido formando paulatinamente una agrupación de viviendas, destacándose entre muchos ranchos de tierra y paja brava, cinco o seis edificios de material sólido que ocupaban los vecinos de mayor fortuna. La comisaría y la alcaldía gozaban de esta comodidad.

No poco contribuyó al adelanto de la aldea el establecimiento de una casa de comercio construida sobre una loma dominante, a corta distancia del paso real del arroyo. Esta casa surtía al vecindario en géneros, aperos, comestibles, bebidas y quincallas. Servía de posta. Allí paraban las diligencias para la muda, y aun pernoctaban los viajeros en ciertos días de contratiempos o calamidades fortuitas. Una banderita de bayeta roja arbolada detrás del pretil, era la seña que desde lejos servía de rumbo a los viandantes ansiosos de café caliente y pan fresco, o pasas de higo, cacahuete, "masacote" y "ticholos".

Además, en el afán de ganar concurrencia en fechas de holganza, el dueño organizaba juegos de sortija, de bochas, de taba y carrera de caballos, de modo que circulasen las "patacas" y tuviesen regular salida los artículos de almacén, ferretería y tienda.

De los juegos no se excluía la brisca, la "muselga" y los dados. Eran alicientes necesarios para despuntar los vicios, expender licores, tabaco y yerba-mate.

Tampoco se omitía el muy impresionante lance del

"pato". Pero éste tenía lugar a largos lapsos; y cuando se resolvía celebrarlo en mérito de alguna efemérides notable, se anunciaba con mucha anticipación a fin de reunir en el pago a los más esforzados jinetes de otras zonas circunvecinas.

En cuanto a música y canto se estaba a lo primitivo. Guitarras o acordeones constituían la orquesta; para la vocal se estaba a los "cielitos" y "tristes". En el baile, que se improvisaba siempre con ardoroso entusiasmo, el pericón era la pieza escogida.

III

ENCELAMIENTOS

En el día indicado por Margarita, ella y Paula se vieron juntas en la fiesta. La aparición de la linda hija del Clinudo en una corrida de sortija, fue motivo de entusiasmos y emulaciones.

Al hablarse de las dos amigas se las llamaba los "palmitos".

Se corrió con lucidez, reinando gran contento sin notas discordantes.

Paula sintió una impresión que no esperaba, pues no llegó a ver las figuras detestables de que su padre había hecho menta al referirse a esas fiestas; en vez de eso, los pocos forasteros que asistían atrajeron sus miradas por su buena planta y compostura. Observó todo en sus menores detalles de un modo minucioso, y pidió datos de muchas personas del pago que ella no conocía más que de nombre y estaban entre los concurrentes.

Ubaldo Vera, compañero de Camilo, la obsequió con una sortija. Margarita había ya obtenido igual presente de Serrano.

Algo de nuevo y simpático tenía embargada a Paula con todas estas manifestaciones, aunque solamente se militase a cortos diálogos al expandirse con Marga. Esta aplaudía y estallaba a cada paso sin reservas, como si la alegría y el general jolgorio la transportasen al colmo de sus anhelos. Estaba radiante y provocativa.

Por su parte, Paula pensó en su interior que el espectáculo la había puesto en el caso de olvidar muchas cositas que parecían grandes cerros en su soledad y retraimiento. Holgábase de ver la gente alegre. Y llegó a creer que ella también lo sería, si se consagraba como Marga a las diversiones. ¡Tantos ojos la habían mirado!... Tenía razón su amiga. Ella era una arisca que nadie podía querer en el encierro, y agradable sería vestirse siempre con buenas prendas para parecer mejor que otras. Ahora le habían regalado un anillo y prometídole un cardenal de copete rojo. Era el color que en su casa se escogía, hasta para cobertores de cama, porque le gustaba a Frutos. Pero, a más de eso, otras sensaciones también nuevas la traían un poco aturdida en aquellas horas. No sabía explicarse la causa, aunque esa causa estaba allí mismo... El corazón le latía de un modo distinto al ordinario. No la dañaba por esto; la hacía feliz. ¿Qué sería eso que nunca había sentido?

Cuando se retiraron de la fiesta, conservó por largo rato su embeleso.

Habían ido a caballo, por rememorar la época de su niñez y revivir la costumbre de los paseos sin rumbo y sin objeto que tanto las halagaba en las tardes de estío.

Y a caballo volvieron. Pero ya eran muy diferentes las escenas e impresiones. Se miraban a los rostros encendidos, mostrándose los blancos dientecillos y encías de grana con la expresión de solaz y goce sentidos que aún perduraba en sus ánimos.

Por algún tiempo siguieron las jóvenes al flanco de un gran trozo de ganado vacuno, ya quieto, a la espera del sueño; y en la loma, desde donde se veían cercanos los grandes ranchos del Clinudo, Margarita

pasó su brazo por la cintura de Paula, y le dijo cariñosa:

—Aura me voy triste.

—¿Por qué?

—Porque te estoy queriendo más, y vos a mí...

—¡Un poquito! —la interrumpió Paula, contemplándose el anillo que le había regalado Ubaldo.

—¡Ya creo!

—Antes sí, no te conocía bastante. Pero aura es otra cosa. ¿Y qué buscas de mí, teniendo a Camilo cerca?

—¿Eso qué importa? Yo quiero que estemos juntas muchas veces, lo mismito que las "cachilas" abajo los cardos.

Paula se sonreía, sin apartar la vista de la sortija.

—Es linda la prenda, ¿eh? Yo también tengo la mía —siguió Margarita contenta.— Le voy a contar a Ubaldo...

—No, que es engréido.

—Entonces hacéme un gusto.

—¿Cuál?

—Mañana vas a visitarme por la tardecita y paseamos hasta el arroyo. Te volvés antes de la oración.

—Ya está.

—Bueno, ¡pelito al aire!

Como los caballos estaban muy en contacto, pudo Marga volver a abrazar a su amiga; y con gran sorpresa suya, Paula correspondió a su prueba de gratitud, estrechándola, y uniendo su rostro al de ella.

El de una y otra despedían fuego. ¿Era esto natural efecto del calor reinante, o de las impresiones diversas del día? Quizás las dos cosas a la vez.

Aquellas dos mujeres lozanas, semejantes a lujuriosas plantas llenas de colores vivos y de jugos, se ha-

bían entendido bien; y alentando secretos anhelos, buscaban fortalecer un recíproco afecto que les sirviese de apoyo en su aislamiento y de refugio a sus confidencias.

Desde esa hora se comprendieron mejor, aunque no lo confesaron. Tampoco nunca habían abierto sus almas al cura, que pocas veces se veía por aquellos parajes. En sentir de cada una, jamás cayeron en pecado. Se creían tan limpias como las margaritas silvestres, en medio de sus encogimientos, de sus terquedades y de los variados mirajes de la vida sensual.

Modeladas por el clima y recluidas dentro del pago, no tenían igual carácter, pero sí muchos puntos de contacto. Diferían en la forma; se atraían y coincidían en el fondo por más de un concepto. Ejercían en una mayor influencia las costumbres libres que en la otra. También la crudeza de los ejemplos. A falta de inocencia absoluta, abrigaban sus ilusiones risueñas; esas ilusiones que son inseparables de la edad juvenil y que resisten a los primeros desengaños, cuando se siente circular fogosa la sangre y el amor propio se acrece por la falta de competencia excluyente.

Muchas mozas había en los contornos, y de éstas concurrieron casi todas al juego de sortija. Con tal motivo pudieron apreciarlas en conjunto, y notar con orgullo que las dos fueron las preferidas y las obsequiadas por los vencedores en la contienda. Los mejores anillos habían sido para ellas. También, las miradas ambiciosas. ¿Qué más podían pretender? Se sintieron felices. La huraña de Paula, había pasado por el aura de la novedad y de lo extraordinario. No disimuló que todas las sorpresas le habían sido gratas, y héchole andar a prisa la sangre.

Camilo y Ubaldo le parecieron simpáticos, pues eran

alegres y de buena estampa. La áspera hija del Clinudo reconocía que había sentido placer en tratarlos.

Sin embargo, no era sola la figura de Ubaldo la que llenaba su recuerdo de la fiesta.

La de otro hombre más serio, cuasi hosco por la quema de los soles y los vientos, medio arisco como ella, que en vez de tomar parte en la corrida se había estado quieto y taciturno, se entrometía en su memoria.

Ubaldo le prometió en ese acto un pájaro cantor con "cima colorada", como él dijo, para que ella se acordase en las mañanitas, apenas piara, del "tropero ausente". Sería un cardenal. ¡Qué placer en oírlo después del alba! Y a toda hora...

Pero en medio de su íntima fruición, no olvidaba Paula que el hombre taciturno se había sonreído de un modo chocante cuando Ubaldo le hizo la promesa.

¡Qué hombre extraño! Peinaba a lo nazareno, sin ser muy largo el cabello. Luego era tan garboso y fino con su cinto ajustado de cuero de tigre, que no lo igualaran otros mejor compuestos.

Hacía rayitas en el suelo con la sotera del rebenque; acaso el mojinete y la puerta de algún rancho querido. Su mirar un poco duro a veces se hacía distraído en otras, aun cuando lo fijara en las mujeres. Parecía sin afición a "tender el ala".

Ninguno del pago conocía aquel forastero, según ella oyó decir.

Lo habían visto montado en un caballo tordillo cruzar el paso del arroyo muy temprano; y sin detenerse en la pulpería como lo hacían todos, seguir al tranco campo afuera, de donde volvió ya comenzado el juego.

Sin poner atención a lo que allí pasaba, se entretuvo al principio en observar las banderitas que de

trecho en trecho en astas de tacuaras formaban como un andarivel a uno y otro lado de la pista, pues era aquel también lugar de carreras. Por último buscó sitio a un flanco, cerca del arco de madera revestido de lienzo tosco a colores, escogiendo una gran piedra limpia a falta de banqueta, y en ella se sentó con el sombrero caído sobre los ojos.

—Mucha pulideza — había murmurado un paisano de chiripá al desgaire, sin quitarle la vista. Currutaco de bota lustrosa. [1]

—Por el tirador se me hace que ha matao un tigre — refunfuñó otro en tono de zumba.

Paula vio por tales muestras, que el desconocido no había caído bien en la reunión. Empero, las mozas empezaron a revolverse y a curiosear con vivacidad. Una persona que no pertenecía al número de las que siempre se allegaban al pago en días de jolgorio, era cosa nueva que había de gustarse, sobre todo si como ésta brindaba lindeza y misterio.

Una muchacha tostada, despierta y sandunguera que en vez de trenza suelta se había hecho un rodete en la cabeza, preguntaba a sus compañeras quién sería aquel hombre guapo y bien trajeado que despertaba la inquina.

—No tiene cara de manso — añadía; — pero me gusta para un pericón.

Cerca estaba un gaucho viejo, quien dando una tos bronca, dijo con aire grave:

—Las gasta redomonas, y serrano ha de ser.

El recién venido permanecía impasible y sin hablar con nadie.

1 Frase hecha vulgar, atribuida a Fernando Torguez para calificar al hombre urbano.

Se siguieron las corridas con pocas variantes; regaláronse los dijes dorados con piedras opacas; y cuando Paula volvió los ojos al punto de mira, ya el forastero había desaparecido.

Acordándose de todo esto, y un tanto preocupada, preguntó a Marga en los momentos de despedida:

—Nada decís de aquél que se sentó en la piedra.

—Sí, el del cinto con chapeao de monedas... El ladino se rio sin ruido, cuando Ubaldo te ofertó un cardenal.

—¿Y por qué? El pájaro es lindo.

—Quién sabe. Ubaldo no lo conoce, pero ha dicho que por sus humos no parece carrero, ni tropero. Tampoco gaucho que le duelan las tabas o ande a monte.

—Y Camilo, ¿qué se imagina?

—El cree que es un taimao que ha venido a ventear, nadie sabe qué, y por eso el comisario Faustino le siguió los pasos sin descubrir una nadita al cabo... ¿Te fijaste qué oscuro y cuidao tenía el pelo? Con esa cara de Cristo y esos ojazos relucientes a más de una le alcanzó la lumbre.

—Ah, ¿te gustó? —prorrumpió Paula con viveza.— Le voy a contar a Camilo.

—Yo no digo eso —repuso alegre Marga.— Maliciosa... Si no sé quién es y si volverá al pago. Vos hablaste primero, y ya estoy pensando que te llegó el olor de los rulos...

Paula frunció el ceño e hizo un mohín.

—¡Bueno, nada endevino! —prosiguió su amiga, riéndose con más fuerza. Dame un cariño, que ya me voy.

Paula se lo hizo de voluntad, como quien apenas empieza a conocer los mimos, no gozados nunca en el

hogar frío, con un arranque extremoso, atrayéndola vehemente hasta ceñirla bien a su cuerpo.

Las dos se contemplaron luego complacidas, sin pronunciar más palabra; y en silencio se separaron sin ellas pretenderlo, por la inquietud de sus monturas ansiosas de volver a las querencias.

Marga no necesitó azuzar al suyo para que emprendiese un repentino galope; y ya lejos, oyóse su voz de un timbre argentino que decía retozona:

—¡Hasta mañana, si Dios quiere!

Contestó Paula a medio tono, pues sentía el seno palpitante. Era que por allí seguían pasando en tropel emociones diversas hasta ese instante contenidas; alegrías y despechos mezclados a celos y esperanzas.

Al fin, sin darse cuenta de lo que ocurría en sus centros nerviosos, sobrevínole un arrebato, y lanzó una queja ronca.

Su caballo se alborotó; pero ella sujetólo con mano fuerte y lo puso de nuevo al paso.

La espaciosa vivienda del Clinudo, toda fabricada de tierra y totora, estaba muy próxima, y a la joven se le antojó que era un fantasma negro. Allí no había caricias ni halagos. En medio de su eretismo actual tan dominante y absorbente, llegó a pensar que era su casa una madriguera de aguaráes.

Un consuelo tuvo. El Cuzco y Capincho salieron a recibirla entre brincos y retozos.

Al caer la noche, don Braulio la vio sentada bajo los ombúes siempre pensativa. Miraba la línea borrosa del monte, para los demás cosa indiferente, para ella un imán de poderosa influencia. Parecía sentir un goce inefable en estarse largos momentos en esa contemplación.

El monte con sus oscuridades, sus cuitas y ecos pla-

ñideros, sus dramas de amor y celos encubiertos por el follaje en la espesura; el monte con sus luces vagas al habla en secreto con la noche cuajada a su vez de remotas lumbres, tibia y silente, solemne como el mutismo del espacio; todo el conjunto de verde, plata, azul y prieto con su macizo arbóreo sediento de rocío después del baño de sol, cual si del cielo viniesen todos los ardores y frescuras, los consuelos y esperanzas incognoscibles de las plantas, tanto como la pobre dicha del nido, el cariño entre tremular de alas, los himnos rumorosos del viento bajo bóvedas espesas; todo eso la suspendía y embargaba con frecuencia, sin que atinase nunca con el motivo de aquella atracción perenne.

Acaso pensara que, en lo íntimo y recóndito, así era su alma.

Grande como el monte con sus sombras y chispeos, sus aromas salvajes, sus "tristes" de alta noche, sus gritos misteriosos y sus silbos de ironía.

De su interior casi inexplorado a ciertas horas, parecíanle venir sones de órgano y de flauta, tríos y coros confusos, semejantes a los que oía en el fondo de su alma absorta, porque en ella había también soledad, ansias de expansión, coplas de pájaros, celos bravíos — ambiente para mucha pasión y mucha vida — como en el seno de la selva.

Sí, ella era como un estado de la vida del bosque lleno de quejas y alegrías, de asperezas y tinieblas, de fugaces fosforescencias, de plantas fulómanas, de flores lujuriosas. Se sentía zoólatra y selvícola. Nada había hablado todavía a su espíritu un lenguaje mejor, un idioma que fuese música más impresionante y reveladora de emociones desconocidas.

Después de eso absorbían su mirada por completo

aquellas llamas cerúleas que seguía amando, y surgían de noche en el campo negro. Como "buenas ánimas", eran discretas, no la molestaban con palabras o ecos de otro mundo aunque anduviesen vagando en pena.

¡Tan mansas y sutiles! Y aunque fueran tan reales estas ánimas como los silfos o espíritus elementales del aire de un cabalista, lo cierto es que Paula contemplaba los pobres efluvios luminosos de los cuerpos muertos como signos secretos de que no todo acaba con la vida, y se sentía estremecer a la idea de que ella fuese un día luz errátil también por falta de rezos en la tierra, según decía el Zarco en sus cuentos, al referirse a las almas de los idos por cuya memoria nadie alzaba plegarias al cielo.

A su corto caudal supersticioso, añadía Paula la preocupación que le infundía el aullar de los perros a la luna, como ella solitaria; y al preguntarse por qué sería eso, se respondía que acaso fuera aquel coro lúgubre al "burrito" en que iba montada la virgen, por haberse ido de la tierra. En verdad, la joven quería como a una compañera de sus noches melancólicas a la augusta silenciera del espacio, y creía ver lágrimas en los ojos de los mastines cuando iniciaban su quejumbrosa serenata.

Concluía por recluirse en su aposento a hora fija, con el corazón oprimido, pero no cansada de presenciar sin cambio iguales escenas todos los días, lejos de sospechar que pronto había de aparecer quien la apartase de esos devaneos y le enseñara manso y cautivo el silabeo de amor.

IV

PLATICA CRIOLLA

En la mañana siguiente, el Clinudo notó una novedad en la pared del rancho, sobre el ventanillo del cuarto de su hija; y ella consistía en una pequeña jaula de cañitas colgada de un extremo saliente del alero.

En aquel reducido encierro se movía vivaz de uno a otro lado hasta chocar con violencia en las cañitas, un cardenal de lomo ceniciento y copete rojo.

—¡Mirá! —exclamó el rudo nativo. Ya tenemos cantor.

Estúvolo mirando algunos momentos, movió la cabeza con aire de hombre entendido, y luego fuése paso tras paso hasta el palenque.

Tenía allí atada una larga tira de cuero que solía adelgazar a ratos perdidos.

Desnudó el cuchillo, y lo tentó en la piel callosa de la palma de su izquierda.

Después, paseó una mirada por el campo, el bosque y contornos, como abstraído, en suspenso; y reinició su tarea mecánica con el gesto de quien poca atención pone en ella.

Con la lonja de cuero bien tirante, hacía pasar el filo del acero por las partes gruesas, y en seguida por los lados, de los que saltaban enroscándose las aristas para caer en rulillos a sus pies.

Se daba un instante de reposo, sin dejar de sobar con una mano el trazo pulido, por si encontraba algún

"brujón", como él decía; y entre tanto volvía a espaciar su mirada por el campo, mirada fija y perspicaz de polyboro que atisba una presa a la distancia.

Sus cejas nutridas y encrespadas contribuían a darle una expresión siniestra y las melenas flotantes en forma de crines, le formaban marco propio para aumentar la fiereza de un rostro de recias mandíbulas y dentadura de rumiante.

De pronto detuvo su trabajo manual, y alzó la cabeza murmurando:

—¡Ahijunamente!

Dos jinetes jóvenes atravesaban el bajo con dirección al vado. Poco después cruzó un tercero, y detrás un mercachifle montado en una mula.

Cuando su mujer vino con el mate, como era de costumbre, el Clinudo le dijo:

—Ya andan los gavilanes, Ramona vieja. En un redepente ha pasao un lote de tres, dos en pingos como luces, y el otro en un zaino cola atada. También cruzó el bachicha Batista a lo indio con una vincha de color, maturrango en una mula rocina...

En el alero han colgado un cantor.

E hizo una mueca.

—Ya vide. Paula los imana. No tuvo más que dir a la sortija, y ya la quieren enganchar. Si juese con provecho...

Y Ramona se encogió de hombros.

Tenía la cabeza envuelta con un pañuelo de algodón de los llamados por sus matices "huevo revuelto con tomates" y los pies en chancletas.

Conservaba en el semblante rasgos de haber sido hermosa. Los ojos grandes poblados de luengas pestañas no habían perdido el brillo y la viveza, y su

boca de labios finos mantenía muy blancos casi todos los dientes. Debía ser mujer nerviosa y de arranques. Gesticulaba a cada paso. fuese cual fuere el tema de su jerga pintoresca, y no admitía nunca que le llevasen la contra — según su estribillo — por lo que su hombre procuraba siempre no desmandarse en las cuestiones domésticas.

El mate que sorbía el Clinudo, consistía en una regular calabaza ovalada y larga, con bombilla plateada, y podía contener gran cantidad de infusión en cabal grado de calor.

Tenían cariño al utensilio por su "cura" de muchos años, y haberle servido con él al compadre Frutos en más de una ocasión.

Frutos era el padrino de Paula. Aunque nunca se acordaba de la ahijada, siempre ellos se complacían en mentarlo por cualquier causa o incidente, viniese o no al caso.

Verdad es que esto sucedía en casi todos los ranchos, y en los que no lo eran, de la vasta campaña, donde el nacimiento de una criatura comportaba el deber o la conveniencia de colocarla bajo el ala del caudillo.

No era de extrañarse. El prestigio de Frutos se asemejaba en buena parte al pampero. Se imponía, dominaba rumoroso, se esparcía sin vallas en lo extenso del territorio y solía ir ultra-fronteras, más de una vez arrollador y huracanado.

A ese título de honor que el mate poseía por su tradicional servicio, unía el mérito de su capacidad, que permitía dar tiempo a dos pláticas antes que sonase el último buche, que así clasificaba Ramona cada sorbo en lenguaje castizo.

Por otra parte, dejábale a ella un buen intervalo para fumar su cigarrillo de tabaco en picadura, si es

que como en el día a que aludimos, no se entretenía con una de las tagarninas que compraba a Batista en oportunidades.

—Por lo del pájaro creo que hay cábula —prosiguió diciendo con un gesto expresivo. Hasta hoy sólo era Batista el que conversaba con Paula, y de ese no hay miedo. El pobre negocea las chucherías siempre medio avispao. Con tantos colgajos y bultos al hombro, cuando se presienta, más se me hace comadreja que macho peligroso... El que ha puesto el copetudo en el alero es de mañas, Fortunato... No ha que decirle nada a la Paula. Al tranquito habemos tiempo de arrocinarla. ¿No has visto vos cómo se limpia y compone dende los dias pasaos? Está alabanciosa con la sortija que le dieron, y no quiere decir quién jué el del osequio... que no lo conozco, que es pajuerano, que es un mozo como hay tantos, y de eso no la sacan ni con cabestro... A mi parecer han caido muchos matreros al pago. ¿Qué pensás vos?

El Clinudo aspiró un último buche, contestando grave:

—La culpa la tiene el gobierno.

—¿Por qué?, ¡vamos a ver!

—Vos no entendés de esas cosas projundas. Aura acarreá el cimarrón, que no se aguache.

Ramona lanzó una humarada en espiral, y cogiendo el mate sorbió el resto del líquido de un modo sonoro, antes de volverse a la cocina.

—¡Cómo no! —exclamó el Clinudo de buen humor, haciéndole una cosquilla.— Por esa chupada veo que estás ideando alguna cosa...

—Por no perder el costumbre, viejo calandria —contestó ella, riéndose.— Retruco...

Esto diciendo, le hurgó con los dedos en parte sensible, y echó a correr muy ágil y desenvuelta.

Estas demostraciones no eran ya frecuentes entre ellos. De los días de fuego sólo quedaban rezagos. Así es que, cuando ocurrían en circunstancias extraordinarias, debía promediar algo de bueno en su favor o ser promesa de regular provecho, pues la pareja no echaba con facilidad una cana al aire.

Si una moza, a más de ser taimada y rebelde, resultaba "mulita" y un estorbo en la vida semi-brutal de los ranchos, no era penoso ver que un gaucho vago la alzase y se fuese con ella monte o sierra adentro. De tapera en ramada, los dos buscarían su suerte.

Pero, si la muchacha era de linda pinta, trenzado grueso y encuentros de codicia, había entonces que cuidarla para un trueque decente.

Sin duda Paula no era paloma buchona sino un palmito, bien hecha, alta, con macicez de carnes, ojos negros, más bellos que los de la madre, y unos labios muy encendidos, de esos que parecen concentrar todo el ardor de la sangre para trasmitir fiebre al más ligero contacto. A sus veinte años representaba dieciséis.

Cuando pequeña había andado entre "yuyales" y maciegas; pero hecha gente, le había entrado por alhajar su personita — según Ramona — con humos de merecer.

Y en esto pensando al traer su segundo mate, reanudó incontinenti su interrumpida disquisición sobre el futuro de la hija.

—Si se acoyara, que sea con uno de chapeao, porque las güenas prendas no se venden a cinquiño. La habemos criao pa que no se entriegue por puro gusto, como otras del pago, que asiguran contar con la gra-

cia de la virgen. ¿Qué había de figurarse mi compadre Frutos, si supiera que la prenda se ofrecía a un rotoso? ¡Considerá Fortunato!...

El Clinudo en ese instante se desperezaba, alargando los brazos musculosos, bien tendida una pierna para desentumecerla, y un ceño que había reunido en un solo haz las cejas en torbellino.

Bostezó con música —como decía su mujer, aludiendo a la serie de ruidos con que siempre acompañaba la espiración; — y después se puso a mirar el horizonte en silencio, sin dejar de tomar el amargo.

Siempre que Ramona le hablaba de Frutos al referirse a Paula, él rehuía en lo posible contestaciones y al callar bien sabría a qué atenerse.

—Esta vez tardás, Fortunato —observó al fin aquélla.

—Tené cuenta que no es "yeruá" —respondió el Clinudo con gran cachaza.

Aludía al mate. Yeruá en guaraní, significa porongo muy reducido.

—¡Güeno! —observó Ramona con aire socarrón: no digo por eso. Veo que uno chico ha de ser mejor.

—O pior, porque no da tiempo a añadir dos pláticas.

Ramona se puso a reir, y agregó muy seriamente, pasado el acceso:

—Si Paula juese como el pájaro "viudita", podía venir aquí toda la mozada querendona. Entonces no se vería a lo escuro. La moza dentraría a amadrinar sin aflojarles una nadita, y después, a encoyundar al más entonao con campo y hacienda. Vos ganabas en vacaje a la fija, y el pobre Indalecio no andaría en la vida de peón carretero. Pero esta Paula es tan chúcara como potranca orejana pa desperdiciar la ocasión.

Aura estaba guitarreando. Y miraba al copetudo del alero como si juese gran cosa. Yo creo que algún gauchito mal aviao la trae alborotada. ¿No crees vos lo mesmo?... A no ser que quiera uno de chaqueta y pantalón de tres botones.

El Clinudo se apresuró a concluir el mate, y se puso a toser con fuerza.

Recobrada la calma, dijo con enojo:

—El patrón de la pulpería es un cicatero de uñas largas.

—¿Y eso?...

—Eso digo porque está vendiendo yerba puro polvito, de la que rasca con la cuchara de guampa en el fondo del tercio... Por no abrir otro el tacañazo.

Y le dio el mate, volviendo a toser rudamente.

—Le cambeo la cebadura y del otro lao —objetó Ramona.

Y se fue saboreando el último buche.

El Clinudo se sacó entonces una cola de cigarro de atrás de la oreja, dio chispas al yesquero, la encendió aplanando lo ardido con la uña, y se puso a fumar con la mayor pachorra.

No tosió más. En cambio murmuró claro:

—Dejuramente... Bien dice mi compadre Goyo el patizambo: no le toqués el resorte a tu mujer porque chorrea más palabras que leche el ceibo.

V

VICHAS DEL REMANSO

Esa tarde Paula se ocupó bastante del cardenal, y de quien lo había enviado.

Sacó el pájaro arisco de su jaulita y lo puso en otra grande, también de cañas, que había servido a un "boyero", muerto de viejo; la proveyó de un poco de trigo, añadiendo una ramita de borraja con botones, y todo en punto, fuése a la cocina para enseñársela al peón sexagenario que preparaba el alimento cotidiano.

Braulio —que era su nombre— freía en ese momento maíz del llamado pisingallo, cuyos granos cónicos bailaban y daban saltos en la cazuela bajo el hervor de la grasa en medio de estrepitantes crujidos.

—¡Qué rico el pororó! —exclamó la joven.

Y dejando rápida a un lado la jaula, cogió un plato y una espumadera de latón; introdujo ésta en el recipiente, y extrajo buena cantidad de granos, ya en estado de "rosetas".

Apenas se enfriaron un poco, se puso a comerlas con placer. En tanto esto hacía, preguntó al viejo si su cardenal le viviría mucho tiempo.

Braulio lo examinó muy de cerca con un solo ojo, pues el otro lo tenía inhabilitado por una nube blanquecina, siendo ésta la causa de que lo apodasen el Zarco.

—Por lo saltón, ni que hablar, niña. Si es nuevito.

—¿Y cómo se amansa?

—Eso no sé. Estos bichos son piores que el loro cuando le tocan la cola... Pero siempre cantan lindo, aunque los manoseen.

Sin aventurar palabra más, y su "pororó" en la boca, Paula recogió la jaula y volvió a su aposento, al parecer satisfecha de que no se le hubiese regalado un pájaro senil. Además, éste no era como el "boyero" que nunca dejaba de andar en los lomos de los caballos y de los vacunos haciéndoles compañía, para comerse los bichos que quedaban al descubierto cuando aquéllos triscaban pastos y matas, o para desayunarse con los de su cuero enfermo.

Aunque bravo y de pico duro, la criolla se empeñaba en disimularle los defectos, por cierta simpatía a la procedencia. ¡El penacho le parecía más vivo que flor de achira, como sangre!

Eso sí, ella extrañaba que le hubiese durado tantas horas el entusiasmo. Pero en algo debía entretenerse, y este episodio la hacía dichosa.

De buena vena, pues, se aprestó para visitar a Margarita en cumplimiento de su promesa del día anterior.

Se sentía con deseos de comunicarle algo que le costaba guardar para sí sola, aunque en su pensar no fuera de mucha monta.

Cuando Braulio la vio salir, acercóse para decirla:

—Niña, le voy a dar una cosa que sé que le gusta a su amiga Marga.

—¿Cuál?

—Voy a trairla.

Al romper la aurora, rondando en busca de una nidada de avestruz en el overo de sobre-paso que montaba Paula de costumbre, el Zarco dio con un huevo abandonado junto a unos cardos. Próximo allí estaba

un "aguará", que al verle paró los pelos y le gruñó, según su cuento. Fue bastante con chasquear la azotera del rebenque para que el zorro grande huyese, y desmontando entonces, se hizo dueño del hallazgo.

Este era el obsequio que él brindaba a Paula para que halagase a Margarita.

—Es un güevo guacho —murmuró sonriente, así que lo puso en sus manos.

—Gracias, don Braulio. Se lo daré en su nombre.

Dicho esto, la joven siguió su camino a paso ligero.

No tardó en llegar a casa de Marga, quien ya impaciente la esperaba en la puerta.

Corriendo a su encuentro la estrechó con alborozo.

—¡Qué me rompés el guacho!

—¿Qué guacho?

—Este que traigo para vos de parte del Zarco.

—¡Ah, el buen viejo! —prorrumpió Margarita. Lo asaré y lo comeremos juntas. Voy a dejarlo y nos vamos a la costa enseguidita.

Con gran celeridad anduvo Marga, y reapareció con un bultito de ropa blanca bajo el brazo.

—¿Y eso qué es?

—Una sábana por si nos bañamos. ¡Hace tanto calor!... ¿No tenés ganas?

—Pues sí. Tiempo sobra.

Y Paula se puso horizontal la mano en la frente, para mirar el cielo.

El sol descendía. Pero la temperatura en extremo alta durante el día, seguía siendo tibia y pesada, por lo que la idea de Marga era oportuna.

Por otra parte, sentían placer en bañarse, y lo hacían con entera despreocupación en sitios arenosos del ribazo, cómodos y solitarios.

Uno de ellos, era el del potrero azul, de allí distante poco trecho.

Caminando a ese rumbo, Marga dijo contenta:

—El domingo se corre la sortija y va a estar la fiesta mejor que las pasadas. ¡Cómo nos vamos a divertir, Paula! Vienen pajueranos en montón por el gusto de llevarse las prendas.

—¿Y Camilo y Ubaldo?...

—¡Oh! han jurao que ninguna se han de ganar y por eso están preparando los pingos mejores.

Marga calló un instante, y aproximándose bien, siguió con aire de misterio:

—Muchos han dicho que los forasteros se allegan más por curiosear que por el juego.

—¡Mirá!...

—Que los anillos que llevan las mozas son los codiciaos, y otras habladurías. Vos sabés que el tape Verdún se lambe solo por darle al chisme y misturar las cosas cuando viene gente de otros pagos.

Paula, que de tiempo en tiempo lanzaba fuertes risotadas, vino de pronto a seriedad, y la interrumpió así:

—Hoy de mañanita apareció una jaula colgada en el alero.

—¿El cardenal de Ubaldo?

—Mismito. Pecho blanco y moño colorao, más que cresta de gayo nuevo.

—¿Y qué pensás de eso?

—Yo, nada... Pero estas cosas no me dejan dormir a ratos.

—A mí también me pasa. ¡Qué se ha de hacer! Camilo dice que Dios nos cría para cavilar un poco, y después juntarnos.

—Lindo juera, si los viejos no estuviesen bicheando desde que el sol sale.

—No te cuidés por eso. No se acuerdan ellos que se burlaban de los bichaderos cuando andaban en amores.

En este punto de su plática, llegaron a la "picada" que daba acceso al potril.

—Abajo del sauzal crespo, el lugarcito es bueno —observó Marga, señalando el extremo opuesto al remanso. En el medio sería lindo, pero hay una barranquita muy empinada.

—¡Qué baqueana!

Marga se sonrió. Sin duda ella tendría sus motivos para conocer en todos sus detalles aquellos parajes umbrosos.

Aquel a donde se dirigieron, lo era mucho. Recorrido un corto senderito, quedaban bien escondidas en una gruta de boscajes espesos que formaban una bóveda extensa semi-oscura, a causa de las nutridas enredaderas selváticas que a modo de enormes doseles colgaban de los costados, uniéndose en lo alto con las ramas transversales de la arboleda.

Al frente simulaban grueso tapiz los gajos caídos de los sauces, cuyas hojas se hundían en el agua en copiosos grupos; a un paso se veía la arena color de oro del arroyo, cuyo fondo no ocultaba en lo mínimo el caudal allí poco profundo; y en el estrecho recinto en que las jóvenes se detuvieron, había una especie de caballón entre dos pequeños surcos naturales, propio para asiento.

—Todo el día ha cantao la chicharra —dijo Marga dando soplidos.

En confirmación de sus palabras, una cigarra oculta en la espesura recomenzó su faena de impertérrita

bocinera del calor, contestando muchas otras de cerca y lejos hasta aturdir los oídos su coro colosal.

Muy ligeras eran las ropas que las criollas llevaban puestas, por lo que no demoraron en desvestirse. Antes de despojarse de las últimas, Paula paseó una mirada inquieta en torno de la gruta.

—No tengás miedo — murmuró bajo su compañera. Aquí nadie viene a esta hora. No hay más que pájaros que están saltando en lo espeso, y se me hace van a piar de gusto cuanto te vean desnuda.

—A vos será — arguyó Paula.

Margarita la hizo cosquillas, y le sacó la prenda que le quedaba a medias en el cuerpo.

—¡Qué ricura, Paula!...

Lista ella, fuese a la orilla, y recogiendo en el hueco de la mano un poco del agua casi tibia, se la echó en el pecho entre risas comprimidas.

Paula ahogó una voz de sorpresa; pero contagiada por el entusiasmo de su amiga, ciñó a ésta de la cintura y las dos se entraron en el cauce, donde se inmergieron hasta el seno puestas de rodillas en la arena blanda del fondo.

La corriente en ese sitio era de escasa fuerza, el agua muy clara, y el espacio bien amplio. Las bañistas nadaban desde chicuelas; pero aquel paraje no servía más que para flotar quietas. Tampoco lo hicieron. Cogidas de los brazos prefirieron ensayar vaivenes y rondas. Sus gallardos cuerpos destacábanse tentadores en la transparencia del cauce. No habían deshecho sus trenzas sino enroscádoselas en el coronal a manera de negras serpientes, cuyas colas rozaran la nuca y se adhiriesen humedecidas a la curva del dorso para mejor resalte del marfil de la piel.

Había para una tela original de pincel criollo, en aquel paisaje y aquel grupo.

Si por allí hubieran rondado en vez de payadores silvestres, bardos melenudos, y alguno de ellos dominado aquel detalle del terrazo, habría dicho después que estaba cierto haber visto surgir del fondo del remanso a las vichas de los pintores con bustos admirables, que entrelazaban sus caudas de pescado para unirse mejor y decirse a la oreja palabras de un idioma incomprensible.

Y esto a la puesta del sol, y ¡qué puesta! Encantadora como un chal de colores fantásticos desde el gris-perla al rosa-té y del carmesí subido al escarlata y nacarado, sobre un fondo celeste tan suavísimo y puro como los ojos de una rubia dorada.

Podían admirarse líneas esculturales en los dos tipos nativos.

Este género de bellezas por lo común ignaras, más en la época a que nos referimos a causa de la lejanía y del aislamiento en que nacían, prosperaba en los hogares de descendencia directa española.

No se veían como excepciones.

El hada de los dones no descendía solamente en las ciudades; vagaba también en medio de la naturaleza casi virgen, como el eros de los idilios, para crearlos y repartirlos a capricho, hermoseándola con un exceso generoso de selección espontánea.

Así, en medio a lo selvático, brillaban los colores más vivos en el plumaje de las aves, en las corolas silvestres, en el labio y en los ojos de las mujeres.

Hasta el toro alzado parecía hermoso por el lustre de su piel, su pujanza y su brío.

Y admirables el clavel del aire, el tuco de un solo foco luminoso, el águila celeste de los cerros.

El genio de los dones, o el padre-clima, puso en el llamado "tupamaro" por ironía, las mejores prendas del varón bizarro; y concedió a la hembra una lindeza y una frescura más durables que las que sobresalían en los centros urbanos.

Aquellas mujeres nutrían sus pulmones con el aire libre, hacían sus abluciones en el agua que corre, se daban a diario baños de sol. El ligero tinte que a la tez imprimía el viento de los campos, realzaba el fulgor de sus iris y el encanto de sus formas. Los defectos desaparecían en el conjunto tentador; hasta la hurañía era un aliciente.

Para la escena en que se movían, llenas de ardores y de arranques impulsivos, como lo hacen los pájaros apenas funciona el rémige y como se manejan las cantoras para atraerse las de opuesto sexo. Paula y Margarita resultaban modelos en el período de fascinar, y de este poder de alucinación no se daban cuenta, porque el aojo para ellas, sólo era de la "bruja". Aojaban empero, sin saberlo, con la mayor brujería imaginable.

Ahora nadie las miraba. Estaban tranquilas, risueñas, juguetonas. Las unía un afecto naciente, las confundían las mismas ansias, esas ansias indefinibles de la mocedad impetuosa que reniega de lo tardío cuando se ha visto asomar lo nuevo. Así mismo, les asaltaba el miedo de que lo nuevo fuese peor.

Minutos hacía que a vueltas en el agua, no pensaban sino en ellas, y en lo que ellas querían, sin comunicárselo más que a medias palabras.

A la menor emoción producida por un recuerdo cualquiera, los ojos rasgados, pardos, lucientes, de la una, cobraban una vivacidad extraordinaria, y pare-

cían entonces asomarse a ellos de golpe todos los anhelos ardientes como un raudo de chispas fugaces.

Los muy negros de la otra, circuidos de una leve curva oscura, con pestañas largas y vibrátiles, denunciaban mansedumbre, hasta tanto la suspicacia o la energía de los instintos no les trasmitían una expresión penetrante de singular dureza.

El imperio de esos instintos siempre alertas, reemplazaba en ellas el de las ingenuidades con que se envuelve como en tules la virginidad del alma. En medio de sus propias impaciencias de juventud desbordante, vivían prevenidas, sin dolerse del retardo de los placeres del amor. Ya habían de llegar, aunque por entonces creyesen que eran más dichosas las parejas aladas en sus camitas de plumas.

Sus chapuceos ruidosos bajo la umbría pusieron en conmoción multitud de pajarillos, y el benteveo empezó a chillar a prudente distancia.

—Ese ladrón de las parras canta como el payador Deolindo — dijo Marga.

La ocurrencia motivó una expresión de risa en su compañera.

En tanto la una hacía masaje en caderas y brazos, la otra se entretenía en verterle un hilo de agua entre los senos; y pasándose de ardor ante aquellos globos ebúrneos, promesas de abundancia, se atrevió a oprimirlos suavemente entre el pulgar y el índice como si se tratase de dos botones de rosa.

Marga llevó allí sus manos y asió las de su amiga, diciéndole muy ledo al retenerlas:

—Me estás faltando, Paula.

La hija del Clinudo dejó de jugar, y la abrazó riendo.

Las dos se besaron sin ruido. Y sin dejar de estrecharla, repuso Paula:

—El otro... ¿no tendrá consentida?

—En el pago no se habla, y yo creo que no. ¿Por qué me preguntás?

—¡No... por nada! .. La Puma ha de saberlo.

Volviendo de súbito a su ceño adusto, desprendióse de su amiga suspirando.

—Ya viene frío y me salgo.

Incorporóse con agilidad, y saltó en seco.

—Si te viese Ubaldo, Paula...

Como en esos momentos se oyese rumor de ramas en lo secreto del bosque, causado por algún animal montaraz, la joven se apresuró a envolverse con la sábana que había llevado Margarita.

Esta se reía en tanto, tendida de espaldas: y haciendo la plancha, batía a intervalos el agua con una pierna hasta formar un festón de burbujas en la orilla.

Una banda de patos salvajes cruzó de pronto sobre la bóveda flotante, lanzando roncas notas.

—Van al remanso —dijo Paula — Son "picazos".

—¡Si no los has visto! —exclamó Marga saliéndose del baño.

—Los conozco por la bronquera.

—Mentirosa... ¿A que no conocías la voz de aquel taimao que traía el cinto de cuero de tigre, si hablase ahí cerquita?

Paula sufrió una impresión fuerte ante esta memoria inesperada; pero, en seguida respondió:

—Si no dijo una nadita de palabra el retobao. No parecía sino que desairase a la gente alegre.

—Por idioso el muy matrero.

—¡Qué cara tenía ese cristiano!

Las dos volvieron a sus risas, y Paula prestó ayuda a su compañera para vestirse.

Emprendido el regreso, encontráronse con Camilo que desfilaba al paso de su caballo por delante del abra del potrero azul.

Este les confirmó que el próximo domingo se correría sortija, y que de allí a quince días habría "juego del pato".

VI

A CORRER SORTIJA

Radiante fue el domingo tan esperado en el pago. La corrida de sortija prometía ser de lucimiento, a juzgar por los preparativos hechos y el número de concurrentes de todas edades y sexos.

Las dos amigas se habían instalado en sitio dominante, y complacíase Margarita en instruir a Paula sobre cosas relativas a la fiesta.

En eso estaba, cuando de pronto le señaló un recién venido.

—Ese vive en los yuyales —díjole.— Come miajas. No lo mires porque te van a doler los ojos.

Aludía a un gaucho que acababa de desmontarse de un caballejo estrellero, y cuyas "cacharpas" eran fieles denuncias de su vida ociosa. Con botas de cuero de potro endurecidas y llenas de grietas, chiripá a listones ya incoloros, "chepi" de piel de gama sin un solo lunar de pelo, y chambergo color ala de mosca con una rotura en la copa por donde le salía un mechón de greñas, este vagabundo aunaba a su aspecto mísero la fealdad del rostro mordido por la viruela, y surcado en toda una mejilla por una cicatriz profunda.

Traía a los tientos una guitarra vieja con clavijas de madera rústica, y en vaina de cuero a medias descosida, un cuchillo con mango de asta.

Aunque sus décimas, más que versos, parecían desahogos en prosa feroz, gozaba cierta nombradía de

payador, y de ahí que tuviese su pequeño círculo de relaciones este poeta repentista.

Su llegada, como de costumbre, habría absorbido la atención de la concurrencia, en buena parte avispada y chocarrera, a no ser la aparición imprevista de dos forasteros en pingos de alza con arreos de lujo.

Prodújose una emoción general.

Los hombres dieron principio al cuchicheo, y las mujeres se quedaron contemplando de hito en hito a los "pajueranos".

Aunque se había visto a uno de ellos en la fiesta anterior, no por eso despertaba menos curiosidad, pues nadie pudo averiguar de dónde venía y por qué se fue sin cambiar saludo con persona alguna.

Este era el del cinto atigrado, con el cabello a dos bandas y el aire taciturno.

Ahora vestía de pantalón y saco oscuros, bota a media pierna y pequeñas espuelas de plata. Caía con gracia a un lado de su cabeza un sombrero de pajilla blanca y ala corta, provisto de barboquejo negro. Tenía la tez luciente, los ojos avizores, sombríos, de expresión serena y una firmeza rara — el mirar del que sabe del mando y del peligro. Cubría su labio un bigote muy negro. Presentaba limpio el resto de la fisonomía, un tanto aguileña, de un gesto ceñudo y melancólico.

Este hombre andaba derecho, sin ademanes descompuestos, con aplomo y continente digno.

Después de haber puesto manea a su zaino tostado, pisaba el terreno como si fuera propio.

Su compañero era un hombre también alto y macizo, de más edad, de ojos semi-ocultos por párpados largos y gruesos, pero de una movilidad y un brillo sorprendentes; pelo corto y recio, y manos peque-

ñas de dedos regordetes capaces de la presión de dos zarpas, a juzgar por los brazos en extremo musculosos. Con el sombrero echado atrás dejaba bien al descubierto un semblante color de bronce, franco y abierto, de nariz con fosas amplias y boca regular apenas sombreada por pelos ralos y fuertes.

Era cervigudo y de peso. Llevaba chiripá azul, botas y espuelas de hierro.

Este sujeto se había apeado de un "malacara" delgadón y bufante, de remos inquietos y penacho sobre la faja blanca que le bajaba de la frente hasta el final del hocico. Lucía un lomillo con cabezada de metal fino y sobrepuesto de piel de "guazubirá". A grupas, un buen lazo de trenza y "boleadoras" en "retobos" de lagarto.

A la vista de tales huéspedes y cosas no vulgares, acrecía el interés entre los circunstantes, los que formando grupos se trasmitían en voz baja sus impresiones.

Las mujeres acometían el diálogo de un modo vivaz, aunque luego se quedaban en suspenso, para fijar de nuevo los ojos en los recién llegados como inquiriendo la razón verdadera de su visita.

El tape Verdún aventuró que el más grande debía ser charrúa mestizo, y el otro criollo sin vuelta.

En oyéndolo el payador Deolindo, golpeó con los nudos de los dedos la caja de la guitarra, deslizó las yemas duras por las cuerdas, se la echó al hombro y miró con aire de reto. Todo obra de dos segundos. De este remedo del golpe del antiguo heraldo en el escudo de las lizas, nadie hizo caso.

El comisario Faustino, que estaba muy atento desde

el comienzo de la escena, dijo de pronto a don Goyo el patizambo, teniente alcalde de la sección:

—A mi parecer estos son bomberos.

—¿De dónde saca?

—Saco de lo avispao del indio, y de lo zorruno del manso.

—Puede ser. Pero el manso se me hace ensimismao, y el indio chacotón.

Y mirando a los caballos con algún estupor, añadió:

—¡Montan lindo!...

—A lo jefe, don Goyo. De esta hecha los venteo bien.

Era el comisario un hombre entrado en carnes, ventrudo, piernas cortas, cabeza de forma arietina con dos mechones por encima de las orejas, nariz gorda muy colorada, ojos redondos, saltones, plomizos, con estrías amarillas, y dos cachetes que parecían morrones en sazón.

Colgaba un sable de su ancha cintura y del lado opuesto un cachirulo de hojalata metido en funda de mimbres.

Su aire de autoridad y cierto ceño de sus revueltas cejas, le daban un aspecto de caudillo de pago duro y temible.

A pesar del respeto con que todos lo miraban, en aquellos momentos se habían olvidado las añejas prácticas, pues las atenciones se dirigían a los forasteros con una preferencia un poco mortificante para su vanidad de funcionario.

Faustino llegó a creer que sufrían merma indecorosa los fueros oficiales, y empezó a levantar la voz un tanto ronca con pretextos fútiles, a fin de advertir a los extraños que él estaba allí y se le debían cumplimientos.

Como viese que ellos no le tenían en cuenta, se propuso abordarlos.

Y dijo al teniente alcalde:

—Bueno es que yo averigüe de dónde vienen estos intrusos, porque tengo orden de vigilar y dar parte de las ocurrencias.

Luego, encarándose con un subalterno que estaba detrás, agregó:

—Cabo Mujica, que se allegue el resto de la policía y forme al costado del mujerío para guardar el orden.

Don Goyo, que merecía concepto de reposado y juicioso, observó al comisario que aquellos sujetos no daban motivo para medida alguna policial, y que en todo caso se les hiciera seguir cuando regresasen, hasta saber de su paradero y género de vida.

—Eso pensaba — repuso con gravedad Faustino; — y así ha de ser, porque veo que están pagando sus boletos con buena plata.

Cerca del grupo compuesto por las mujeres mozas, Ubaldo y Camilo conversaban con Paula y Marga sobre el incidente en auge. Esta vez el "taimao", como llamaban al uno, venía de "pueblero". Al otro lo distinguían con el mote de "mestizo". El primero no tenía facha de ensartador, a juicio de Camilo, y el segundo parecía un hombrazo de pura parada.

El payador Deolindo se aproximó, acomodándose un calandrajo de la vestimenta que traía al arrastre, e intervino en el coloquio sin saber de qué se trataba, para decir después de esgarrar ruidoso:

—Estos son del pago de la florcita, logreros a la mucelga. Hay que espantarlos con un revido al resto. El "mestizo" es medio toruno. ¡A ver, muchachos, si ustedes les ganan de mano!

Los "troperos" diéronle la espalda.

En eso, el que hacía de juez, o de encargado, golpeó las manos y anunció que no había ya que comer "maní" porque iba a empezar la carrera.

Esto motivó un gran movimiento. Los espectadores se acomodaron de la mejor manera en sus posiciones, y los que debían correr fueron a tomar sus caballos.

El único que no se movió de su puesto fue el "taimao", quien sin manifestar mayor interés por la fiesta se entretenía con el mango del rebenque en trazar rayitas en la tierra.

Su compañero, con semblante de hombre abierto y confiado, enderezó a su malacara, guiñó un ojo con aire socarrón al poeta repentista e hizo rin-rin con las espuelas.

—¡Sí, ya te van a dar de trinos! —gruñó Deolindo, que lo miraba un tanto pasmado ante su bizarría y aplomo.

Llamados los primeros números, el resultado de las pruebas fue negativo. Una vez cayó bajo la arcada la sortija.

Parado sobre una banqueta, el acomodador volvió a colocar aquélla en la cinta, y las dos puntas de ésta en el hueco de una cañita sujeta en el centro a un listón de pino.

Empezó a reinar natural ansiedad hasta que, llegado el turno al "mestizo", éste saltó en su pingo sin calzar estribo.

Apenas lo hizo, rozando el ijar con la rodaja, el malacara dio un brinco enorme, púsose de costado y lanzó un par de coces tan cercanas al comisario Faustino, que éste se vio en la urgencia de echarse atrás con su rosillo. Seguidamente, el brioso "flete" se revolvió alzándose de manos en posición vertical, giró sobre sus remos traseros derecho como una baqueta,

sentó vigoroso en el suelo los cascos de adelante y lanzó un relincho más agudo que la nota de un clarín.

El "mestizo" impasible examinó de una ojeada el palito o asta de ensartar, oprimió las paletas con las rodillas y arrancó a escape dando una voz estridente, sólo parecida a la que arroja el carancho que pelea en las alturas. Pasó bajo el arco con la velocidad de una "bola perdida", y siempre con el brazo fornido bien alzado, sofrenó con el otro al pingo, poniéndolo de frente a la concurrencia.

Oyóse un clamoreo. Era la forzada expansión de las turbas, hasta entonces en suspenso, no poco atónita y embargada ante el primer simulacro.

Al coplista campero se le había alargado la cara hoyosa, y al tape Verdún se le volcó el licor fuerte del vaso de guampa que pensaba beber por el fiasco del "mestizo".

Este, que volvía al trotecito, enseñó de lejos a su compañero la sortija con que se había adornado el meñique, y según su hábito le guiñó el ojo.

Todos dirigieron la vista al lugar del taciturno, quien se había cubierto el rostro con las manos como para no hacer notable su explosión de risas.

Y reía en efecto de un modo espontáneo, comprimiéndose, como quien no tomándole de sorpresa una cosa, la celebra de la mejor gana por el lujo de detalles superfluos con que ha sido realizada. Pronto, sin embargo, reprimió su acceso, volviendo a su actitud fría e indolente.

La concurrencia seguía intrigada, y empezó a dividirse en dos bandos, según es práctica aun tratándose de asuntos baladíes.

El teniente alcalde se puso risueño; el comisario

refunfuñó. Todavía protestaba contra el "mestizo" por no haber sofrenado su caballo siendo tan jinete.

Margarita demostraba un comienzo de entusiasmo en lo encendido del semblante, y Paula había vuelto a su natural huraño, pero con un brillo intenso en sus grandes ojos cuando los fijaba en uno de los forasteros.

—Un baladrón —decía el "tape".

—De volar con el pingo— agregaba un palabrimujer, paisanito de dieciséis años y voz muy dulce que parecía sentir de veras la influencia del hechizo que causan la fuerza, la destreza y el valor.

Deolindo deslizó todas las uñas corcovadas de gavilán sobre las cuerdas, e hizo sonar con un golpe brutal de nudos el vientre de la guitarra.

El encargado llamaba al número que correspondía, puesta nueva sortija; y tocó correr a Camilo.

El airoso mocetón fue feliz esta vez. Ganó el aro, que era de regular factura y piedrecita de ágata.

Camilo llevaba en el ojal una margarita roja; y como el "taimao" mirase a Cuaró con aire socarrón, éste en vez de agriarse, ojeó con bondad al mozo y se puso a sonreir de un modo indulgente.

Algo de cariñoso, muy extraño en él, tenía esa genuflexión.

Cualquiera hubiera supuesto que sentía simpatía por su joven rival en los lances y que no habría sufrido escozor si Camilo obtuviese todos los triunfos.

Así llegó a pensarlo su compañero, cuando Cuaró felicitó a Serrano de buen talante y corteses maneras.

Todos se sorprendieron de esto, menos Camilo que estaba todavía fulo y encelado. Margarita tuvo para el "mestizo" una sonrisa amable.

El "taimao", mentalmente, agregó ese acto tan singular a otras rarezas de Cuaró.

Y, mentalmente también, Cuaró se había dicho:

—¡Si es la mesmita estampa de Jacinta!...

Grandes aplausos de viva voz acogieron el lance. La alegría un tanto interrumpida renació de súbito con el crédito del pago.

Pero estas manifestaciones subieron de punto, y borbotaron cuando Ubaldo el de linda estampa, lanzó a su turno el overo al arco y se llevó en el palillo la prenda.

El paisanaje reía de gozo y a hurtadillas ojeaba a los dos forasteros, entre discreta y zumbona.

Este jolgorio cesó, hasta reinar gran silencio, cuando en fracaso varios corredores con tres caídas del anillo que era de oro y una pequeña esmeralda, llegó nueva ocasión para el "mestizo".

—Aquí se chinga — murmuró el "tape" con los dientes apretados.

Y como el ajenjo lo había puesto en excitación, avanzóse a la pista y se agachó apoyándose en las rodillas, en actitud farsaica de observar si mediaba alguna trampa en la maniobra, o acaso con la intención de malograr el lance.

En ese instante, el malacara arrancaba con ímpetu poderoso, la cabeza en alto y el copete en balancín, derecho al arco, sin dar más tiempo al imprudente Verdún que el de echarse de bruces.

Se alzaron cien voces de espanto.

Pero el caballo bajo diestra mano dio un gallardo brinco sin rozar en lo mínimo al yacente, prosiguió el trayecto sin apartarse una línea, cruzó la arcada

con igual velocidad, y sólo se detuvo al final de la pista alegre y "coscojero".

La gente respiró.

El tape, reincorporándose antes que la policía cargara con él, dijo entre muecas y traspiés:

—¡A salto de zanco. Buena mandria!...

El comentario fue rápido e incisivo.

—¡Gracias que se arrolló como un mataco! — exclamó una vieja que fumaba en cachimbo.

—Ahí viene el "mestizo" muy entonado.

—Para mí le juega a la uña larga y no al palito — arguyó un gaucho de gesto avieso, al ver que el aludido reunía a la anterior la segunda sortija con burlona complacencia.

El palabrimujer que estaba cerca, prorrumpió al oirle, con indignación mal reprimida:

—¿Se cree que todos son de su laya?...

—Me estás faltando el respeto, charabón.

—Usted será el ñandú.

—¡Si no estuviera la autoridad presente te lonjeaba! — dijo el lenguaraz montado en cólera.

—Haga la prueba, vamos a ver.

Y el lindo paisanito de voz harpada y ojos azules se le cuadró delante, con la diestra en el puño de un cuchillito que en vaina de cuero cargaba en el correón que le servía de cinto.

El hombre hizo un ademán de desprecio, y rezongó:

—¡Andate criatura... solo mirando a tu padre!

—¡Sí! Cuando usted va, habemos de recontar las ovejas, y también las terneras.

Y se apartó riendo con infantil insolencia.

La vieja del cachimbo, más tranquila con esto, dijo a su vecina, que a la vez se había alarmado presintiendo gresca:

—Este mocito es hijo del comandante Centurión que es manate en el otro pago, primo de mi compadre Fulgencio y casado con Florinda Azúa, hija del vasco rico quesero afincao en el país dende que comenzaron a correr las patacas portugas, juntando tantos montones que el hombre ha perdido la cuenta, por lo que ya no trabaja mantecas y se ha metido a ovejero.

La que escuchaba, se aprovechó de la corta tregua que se tomó la vieja al despedir gruesa humarada de la pipa, para exclamar con estupor:

—¡Véanlo al indiao!... ¡Ya muestra dos, y las mira al sol para lucir las piedras!

El "mestizo" venía al tranco, y en verdad levantaba el puño para contemplar los anillos con el aire de un niño sus juguetes, pero cerrando uno de sus ojos-relámpagos y sonriente, hasta mostrar dos hileras completas de dientecillos encajados en mandíbulas de hierro.

Marga, ahora muy emocionada y parlera, llamó a Camilo para pedirle disputase bien una sortija con amatista que le constaba debía jugarse.

—Quiero que no la dejes llevar por otro — añadió excitada. Ese hombre terrible no yerra tiro.

—Hay que saber cuándo se colgará la prenda — observó el "tropero", que estaba aún más nervioso que ella ante los incidentes inesperados que se iban sucediendo. ¿Quién asegura que me toque el número?... Voy a preguntar.

Paula no dijo nada a Ubaldo.

Concentrada y silenciosa, sentía raras ardentías. Se le había puesto el semblante muy encendido y la mirada inquieta y vivaz, buscando con frecuencia ocasión de fijarse en el misterioso forastero que no compartía los azares de la fiesta.

Aunque Ubaldo, más sobre sí que Camilo, le habló varias veces con terneza, contestóle a medias palabras como absorta o aturdida ante tantas novedades. En esos lapsos correspondía ella bien al mote de "rosa de cerco": corola de encanto en cáliz tosco con sus defensas de espinas agudas y enconosas. Era su índole. Cuando así se encogía, parecía estar conjurando algo de enérgico y de bravío que se agitara dentro de su ser, para trasmitirle como estímulo aquellas de sus impresiones externas de efecto más pronto y violento.

Alguna cosa que ella no podía calificar, pero que se le entraba en los sentidos y los dominaba, surgía del forastero huraño; tal vez un contagio de modalidades de la misma especie, quizás el natural influjo que emana de lo viril y de lo hermoso, del prestigio atrayente que puede y se adueña sin esfuerzo de la voluntad ajena, la acaricia y la fascina.

Aquel sujeto no era para ella como los otros. Siempre callado y quieto, y a ratos rayando en el suelo unas figuras raras como taperas donde entran todos los vientos y se cuelan todos los duendes de la noche... La luz errante por el campo no parecía más solitaria entre las sombras, ni tampoco más sugestiva o "tirana" en el concepto de Paula.

Lejos estaba de pensar, que pocos tipos como ella había modelado el sol de su tierra para centro de fenómenos psíquicos intensos. Su imaginación ardorosa yuxtapuesta a la inteligencia inculta reinaba sola, recogiendo del ambiente del pago sensaciones e imágenes propias para nutrir su temperamento de fuertes ahincos, de hondos celos y suspicacias. En el natural abandono en que se había formado su espíritu, los instintos habían ocupado todo el vacío, y se condensaron y robustecieron como únicas fuerzas vivas determinan-

tes. Las pasiones vehementes tenían allí su haz de embriones. Una se había ya desenvuelto, y era la tendencia a dominar, a imponerse aún en sus gustos más extravagantes.

Contra estos arranques, Marga estaba prevenida, por lo que escogía medios de cohonestarlos con suavidad, en el interés de mantener su afecto.

El Clinudo y Ramona, por su parte, habían empezado a ceder poco a poco ante sus barruntos de rebelde y domadora. No le ponían ya trabas Después de haberla hecho crecer entre durezas, sentían necesidad de amansarse ante su hermosura y su naciente soberbia. Había peligro en mortificarla.

Más dada y queriente, un tanto soflamera y burlona, en el fondo accesible al halago por coquetería de sexo y vanidad de tener hombre que en ella se mirase y por ella sufriera, Margarita resultaba en comparación amable, efusiva, graciosa. De ahí que, superándola Paula en belleza, fuera la preferida para el cortejo y el agasajo.

Sin duda presintió algo en su disfavor, cuando pidió a Camilo que "porfiara" por el logro de la sortija de amatista.

Casualmente era ésta la última que debía jugarse.

—Somos cuatro los corredores —le había dicho el joven. Yo el segundo.

Con motivo de la prueba final, los bandos seguían pronunciándose y se hacían apuestas con ardor creciente. Todas se distribuían entre Camilo, Ubaldo y el "mestizo", hasta entonces los vencedores, sin desconocerse que el forastero era el que iba adelante.

El amor propio local de algunos, confiaba que la decisiva sería para uno de los campeones del pago.

Las mujeres tomaban parte de un modo directo y entusiasta en las paradas.

El comisario Faustino, con tono arrogante, jugó dos contra sencillo en favor de cualesquiera de los mozos del distrito.

—¡Cinco patacones contra uno, por el "mestizo! —clamó una voz muy dulce y armoniosa, la del travieso de ojos azules.

Todos se rieron y se miraron en consulta, moviendo las cabezas; pero ninguno recogió el guante.

Faustino se limitó a decir con aire compasivo:

—Es un menor de edad.

Margarita se volvió a Paula muy agitada para proponerle que hicieran una apuestita, pues que los dos amigos corrían.

—Yo no juego —contestó aquélla brusca y secamente echándose para atrás. Que la saque el más ladino.

Y se encerró en un empaque que desconcertó a su compañera.

En orden ya los corredores, faltaba uno, y éste era el "mestizo", quien conversaba con el otro forastero.

A poco, dirigióse al encargado y le manifestó que su amigo entraba en la tanda para ocupar su puesto a su ruego, correspondiéndole el número cuatro.

—Como median apuestas hay que advertir —hizo notar el acomodador.

—Dé no más cuenta a la reunión.

Aquél se avanzó y gritó con acento campanudo:

—El señor no corre y por él va su camarada.

Alzáronse murmullos, más por la sustitución que por lo apostado.

Aunque el nuevo competidor iba a estrenarse, inspiraba cierto respeto, por el hecho de merecer la con-

fianza del que había sorprendido a la concurrencia con sus proezas inesperadas.

Así es que los apostadores mantuvieron sus decisiones, esperanzados unos en mejorar con el cambio, y otros en la bizarría del contendor.

Cuando éste montó a caballo y lo puso en jaque los murmullos aumentaron, el interés se avivó y pudo creerse por su apostura que era un caudillo el jinete.

Marga prorrumpió:

—¡Qué guapo!

Paula se mantuvo reconcentrada y ceñuda.

Hecha la señal, arrancó Ubaldo el primero con gran brío, pero sin éxito.

Siguiólo Camilo con igual malogro, y caída de la sortija, incidentes que produjeron pasmo general.

Vuelto el anillo a su sitio, tocóle el turno a un paisanito de trena, bien sentado en los lomos de un pangaré blando de freno, que a mitad del trayecto levantó el testuz lo bastante para desviar el brazo de su hábil guiador y defraudarlo en el intento.

Grandes rumores poblaron el aire, y hubo quien tocó un cencerro.

—No hay más que el "mestizo" traiba en el cuerpo al condenao — barbotó el guitarrista.

—Le está haciendo gancho al compañero — agregó una "mestiza" maliciosa.

Al llamarse el número cuatro reinó una calma profunda.

Los ojos todos se volvieron hacia el sitio en que se hallaba el "taimao" de cinto atigrado, y lo vieron siempre frío e impasible, airosamente plantado en su montura y el pajizo a la nuca. Luego, azuzar con una simple presión al zaino tostado que en pos de una ligera corveta se lanzó veloz, y en pocos segundos pasó el

término. Su dueño llevaba en el palillo la sortija, sacada con la mayor pulcritud y limpieza.

Hubo entonces un estruendo de manifestaciones diversas. El vocerío llegó al colmo y formáronse grupos.

Muchas mujeres agitaban los pañuelos.

Sin hacer caso de todo esto, el "mestizo" dijo al vencedor, con su guiñada habitual:

—Dejá la sortija a la más linda de aquel montón de mozas... por quedar bien. Yo voy a brindarle una a esa india vieja de trenza a un lao, petiza y vejigona, que me está quemando con sus ojos de coatí. ¿No te parece güeno?

—Sí —respondió sonriendo su camarada. A una he de darle el aro, y después nos vamos. De no, va a reventar el lazo.

Dejó su zaino junto al malacara, y encaminóse al lugar en que estaban Paula y Margarita.

En ese, como en otros pequeños círculos, la emoción fue muy viva.

El "taimao" se acercaba, sin duda a regalar la prenda.

Los grupos de hombres se habían apartado, y disputaban llenos de confusión y ardimiento.

El del lance final se quitó el sombrero, y fijó en Paula una mirada atenta y prolija, como si las facciones de la joven resucitaran en su mente un recuerdo no lejano, acaso la memoria más dulce de una vida turbulenta.

A raíz de una conmoción visible, pero que él reprimió al instante, dirigióse a Paula con voz suave:

—Si no soy atrevido al brindarle...

Sin dejarle concluir, con un arranque brusco, ella le interrumpió llena de emoción, diciendo:

—¡No!...

Y le tendió trémula la mano.

Púsole la sortija y al recibir las gracias, agregó sin demostrar el menor orgullo:

—No hay que darlas.

Sin hablar más saludó y se fue.

Margarita miró a su amiga con asombro.

Era la sortija de amatista, que tanto había deseado poco antes, exigiendo de Camilo todo empeño para lograrla, la que Paula miraba ahora como aturdida, dándola vueltas y probándosela en uno y otro dedo con el afán febril de una nena encantada con un chiche que nunca soñó.

Aunque perpleja, fue poniéndose sobre sí, sin pronunciar palabra. Tampoco le daba alientos un rudo escozor.

Su amiga, que había seguido pasando la joyita de diestra a sinestra, suspiró al fin de un modo ahogado, y miró a Marga cual si saliese de un sueño. Luego ató en silencio el anillo en una punta del pañuelo. Después, acomodóse con aire distraído en el índice, los que Ubaldo le había regalado. Por último recogióse muy taciturna, como hundida en una especie de abismamiento.

VII

LA GARRA DE LA BRUJA

Disuelta la reunión entre comentarios ruidosos, el comisario llamó al cabo Mujica, cambujo de traza singular, cuyo lujo era lucir en el cuello un pañuelo de borra de seda carmesí, y le dio instrucciones para seguir con un agente a los dos forasteros hasta ver dónde moraban, procurando no se descubriera el plan ideado.

Debía ir por el mismo camino que ellos tomasen, manteniéndose a la distancia conveniente.

El, por su parte, emprendería igual maniobra, pero por un camino travieso que bifurcaba más allá del sitio llamado el Mirador, casi seguro de que los intrusos al llegar a la encrucijada enderezarían por el ramal que costeaba la sierra.

El cabo se le reuniría en el bajo de la loma en que se alzaba el Mirador, antes de caer la noche, armado de carabina y sable. Su compaña, hombre a prueba, debía a más llevar lanza.

Cuando tales cosas ordenaba, comenzaba la puesta, muy roja y circuida de brumas.

Munido de dos cachorrillos que había cruzado en el cinto por delante con las culatas a la inversa, su sable corvo y su cachirulo bien lleno de ajenjo, rompió marcha al trote el comisario por el flanco izquierdo, rumbo al vado.

Ya lo habían traspuesto los forasteros, quienes mar-

chaban ahora por el centro del camino tranquila y pausadamente.

Algunos grupitos de despechados solían detenerse para mirarlos con atención desde lejos y lo mismo hacían las mujeres, con la diferencia de que aquéllos parecían abrigar intenciones de seguirles "el rastro hasta topar con la guarida", según lo expresó más de uno cuando se pusieron en movimiento.

El paisanito de ojos azules, que también había detenido su caballo para observar a su vez los grupitos sospechosos, presumiendo lúcido y vivaz, que algo se tramaba, hizo oir su voz de timbre agudo, gritando:

—¡Ya, jai!... ¡A tuitos juntos dan cola y luz el malacara y el zaino tostao!

—¡Pero miren si será indino! —prorrumpió la vieja del cachimbo. Andáte a tu casa Gasparito que ya se viene lo escuro y vas a indilgar con el picaso a los tembladerales del bañao que tiene más saguaipées que jejenes la ramada del gringo Ambroseto, que de intento los cría el mandinga pa que juyan como condenaos, los guitarristas y matreros de cimarrón...

Sin hacerle caso, el blondo Gaspar se dirigió al galopito silbando un "estilo" al paso del arroyo, con ánimo de atravesarlo sin demora.

Pero, al notar que el comisario estaba en esa diligencia, sofrenó el "picaso", y se estuvo atento a sus movimientos.

Una vez en el borde opuesto, Faustino se lanzó rápido por un sendero que serpenteaba en la "cuchilla" a su izquierda.

En el bajo y junto al monte, destacábase la tapera llamada de los Duendes, verdadera ruina de una casa

de azotea que otros años fue morada de un inglés "tropero", desaparecido misteriosamente.

Una fracción del edificio se conservaba en pie.

La puerta y ventana que daban al bosque, muy espeso en esa parte, habían sido tapiadas con piedras gruesas y troncos de árboles. Era refugio de murciélagos, y apostadero de grandes cuervos de cabeza calva.

Nadie se aproximaba a ese sitio. De noche solían sentirse ruidos temerosos, complemento indispensable de la tradición, sin lo cual perdía todo interés el secreto de la ruina.

No poco contribuían a su fama lúgubre, ciertas visitas que de vez en cuando le hacía una mujer de nombre Laureana, conocida por la Puma, que era como la adivinadora o hechicera del pago.

El despierto Gaspar anduvo un regular trecho por la ladera, paróse de nuevo y se empinó en los estribos para observar mejor la marcha de Faustino.

No satisfecho, se hincó en el lomillo, en tanto su manso triscaba lo que podía de la gramilla abundante; y así que creyó haber aclarado bien una duda, deslizóse a horcajadas en un segundo, y volvió riendas hacia la carretera.

Alcanzó a divisar al cabo Mujica y a su agente que traslomaban la "cuchilla" de la derecha, y seguían al trote largo en línea paralela al camino.

Gaspar resolvió entonces no continuar por éste, sino a lo largo de la zona izquierda por el campo libre, que él conocía mucho, pues a más de "rumbeador" era baqueano en tales parajes. Aquella dirección conducía a la estancia de su padre.

Puesto al galope, encontró por delante un perro grande barcino, que al momento reconoció ser del ca-

bo Mujica. Sin duda éste debió haberlo ahuyentado viéndose por él seguido al emprender la marcha.

Tenía el perro un grueso collarín de cuero y una cosa ceñida a la argolla que pendía del pescuezo. Gaspar lo amagó con el rebenque y apuró el paso, pues ya empezaban a difundirse los velos del crepúsculo.

En tanto se alejaba, el barcino que se había quedado quieto con la cabeza en alto y actitud de ventear, se desvió de súbito y partió corriendo hacia las colinas del frente.

El Mirador distaba poco más de una legua de la tapera, en el nexo de dos "cuchillas", favorecido en sus contornos por algunos talas y ombúes.

Ya próximo al edificio, el comisario desmontó para ajustar la cincha del apero, y luego se mantuvo parado largos momentos, observando si había algo de sospechoso a su izquierda en los estribaderos de la serrezuela.

Tranquilo al parecer después de esta inspección ocular, volvió a su montura reemprendiendo la marcha al trote por el camino de la derecha, que él creía condujera al vallecito donde había dado cita al cabo.

El cielo cubierto de vapores anunciaba noche de oscuridad densa, la que no tardó en llegar, sin truenos ni relámpagos. Seguía reinando una sorna sofocante. Faustino apresuró el paso.

De pronto, sintió a sus espaldas en el camino un ruido continuado, y se detuvo para escuchar mejor. El ruido cesó.

No dio importancia entonces al incidente, aun cuando no le fue posible atinar con la causa, y continuó su marcha sin inquietud.

Inmediatamente, el ruido dejóse oir de nuevo más claro y perceptible.

No se parecía al zumbido del viento en el ramaje, ni al rumor de caída de aguas, ni a ecos estridentes de pájaros nocturnos. Tampoco al crujir desapacible de pinas de una carreta.

El comisario hizo otro alto, y tentó mirar con gran atención a su retaguardia.

Eran ya profundas las tinieblas. Nada pudo divisar. Por otra parte, el ruido había concluido.

No obstante, permaneció inmóvil un buen rato, como para persuadirse de que todo ello no era más que un engaño de sus sentidos.

Durante esa tregua, reinó hondo silencio.

El comisario echó a andar, y a poco renació el ruido con la misma regularidad.

Faustino, que comenzaba a alarmarse y temía volver riendas para afrontar solo una aventura seria, optó por desviarse del sendero trillado y marchar sobre las hierbas del flanco.

Por algún tiempo anduvo sin novedad. El extraño rumor no se hizo sentir. Empezó a pensar que estaba iluso, y que el caso no merecía preocuparlo tanto.

Acostumbrada su cabalgadura a seguir por la huella, volvió al suelo duro y firme; y fue entonces que el sonido recomenzó persistente y seco, como el que producir pudiera el cuento de una lanza al rozar la tierra.

El comisario bastante intrigado, sujetó el rosillo, pasándole por la mente como una visión, la figura del "mestizo" armado de chuza larga y moharra en forma de culebra.

Desmontóse con un cachorrillo en la diestra, que en

el acto amartilló; y colocándose detrás de su montura, se estuvo al acecho.

Pero, el sonido raro dejó de percibirse. Ninguna silueta misteriosa se esbozaba en el trayecto recorrido, y que a su ojo experto no habría escapado a pesar de la lobreguez imperante.

Después de muchos minutos de espera, no sin sobresalto, Faustino resolvió a echarse de vientre a fin de descubrir de alguna manera el origen del fenómeno.

Ante todo, puso el oído en tierra. Nada perturbaba la noche silente, ni el canto del ñacurutú. Empero, persistió gran rato con la oreja adherida al suelo, hasta convencerse de que el rumor no reaparecía, a modo de cirujano que ausculta y cuenta los latidos del paciente.

Tranquilizado sobre este detalle, puso a prueba la visual, procurando deslizarla como flecha al nivel del camino, un tanto onduloso, en busca de algún bulto que se hubiese aplanado lo bastante para no ser distinguido, al igual de la perdiz que se achata entre las hierbas y sólo el lebrel levanta.

Este sentido no le dio mayor luz, por más adiestrado que lo tuviese para escudriñar con éxito en las tinieblas.

Con todo, permaneció atento y vigilante por algún tiempo. En la senda nada se vislumbraba que obligase a la guardia; en cambio, bien pudiera ser que el objeto de su pesquisa se ocultase a un lado entre las breñas.

Afirmado el cachorrillo en su sitio, montó y dejó andar el rosillo al tranco.

Apenas se hubo movido, el rumor de atrás se re-

novó: ¡siempre el regatón de la lanza imaginada rayaba la costra del sendero!

Paróse de golpe. De golpe también se acalló el ruido.

Entonces se pasó al flanco izquierdo, ya un poco confuso, y apuró el caballo en cuanto se lo permitía la naturaleza del terreno, en ciertos puntos quebrado y peligroso.

Por un cuarto de hora en marcha ininterrumpida, el comisario vióse libre de aquella especie de duende sonoro; y estaba en términos de recobrar la serenidad, cuando a poco de cruzar dos o tres barranquitas, se oyó al final de la primera en sitio de aluvión, algo como un choque de virola gruesa que se clava en tierra.

Faustino se amparó de uno de sus pistoletes, y volviendo cara gritó con voz insegura:

—¿Quién vive?

Nadie contestó.

Presa de natural zozobra, buscó de nuevo el camino, y tan luego los cascos de su caballo le anunciaron que pisaban terreno duro, emprendió el galope, a riesgo de rodar en el menor declive brusco o de embestir algunos de los peñascos aislados de la ladera.

Nada de esto sucedió, pues aquella zona del camino era casi llana, con altibajos poco sensibles. Pero, el siniestro ruido proseguía en pos sin disminución alguna, con la misma velocidad que llevaba el jinete, como si el que lo producía se complaciese en probar que no andaba en zuecos de madera.

El comisario picó espuelas, y sin notarlo, ganó por un atajo. El mismo rosillo empezaba a resoplar, sintiendo tal vez un poco de azoramiento por el rigor del castigo, o acaso por el contagio de las impresiones violentas de su dueño.

Con aquella carrera desatentada, supuso él que el

peligro, si existía, quedaría conjurado; y ya era tiempo de que así fuese, porque ciertos avances y saltos irregulares de su cabalgadura en un trazo de abrojos y cardizales, le indicaron bien a las claras que había perdido todo rumbo seguro.

Reprimió al rosillo entre aquellos matorrales, en momento en que el ruido irregular que había sentido muy próximo, cesaba a su vez.

Más atribulado que nunca, sin poderse dar la mínima cuenta de lo que le ocurría, determinó estarse quieto en medio de las sombras, y esperar el alba.

Las noches estivales pasan pronto. La luz vendría y podría orientarse.

A la evidencia estaba en que él había errado la dirección fija a causa de aquella maldita aventura, y que el cabo Mujica estaría imputando como siempre a la adivina Laureana la razón del desencuentro, y demás cosas graves que podían sobrevenir.

En sus adentros, fulminaba a los dos forasteros vagabundos, y de buena gana hubiese lanzado en alta voz más de una injuria sangrienta contra los "intrusos", si no lo asaltara el temor de que el "crujido" misterioso tuviera que ver algo con ellos.

Y el causante de aquel "crujido" como él decía, estaba allí cerca no más... estaba encogido y agazapado lo mismo que un gato montés para saltarle a las barbas, en cuanto se mostrase un poco miedoso y lerdo.

Pero, no se explicaba cómo había podido correr tan ligero un hombre, por gaucho que fuese para los zancos; porque a caballo no venía, salvo que jinetease en la mula de mandinga, o fuese la propia bruja Laureana montada en un mango de escoba.

Aquí lo asaltó con fuerza la superstición del pago,

quizá por la calidad del sitio lleno de malezas y las negras tinieblas que lo rodeaban.

Pocas veces se había preocupado de los milagros de la hechicera. Ahora le acometían dudas y alucinaciones poco aquietantes, al acordarse de ciertas cosas extraordinarias.

El temeroso sonido, a su modo de ver, era casi igual al que hiciese la punta de una garra al rascar la tierra; o de una uña muy grande, tan grande que ningún animal la tenía, que él supiese.

Debía ser uña larga y retorcida de bruja vieja. De otra manera no caía en el secreto de la persecución.

Así cavilando, alcanzó a percibir distintamente a breve distancia el "crujido" de la uña; pero esta vez fue una duración muy corta, cual si la bruja se hubiese limitado a cambiar de sitio para su mayor comodidad.

—Pa que se vea no más — murmuró Faustino. ¡Dios me dea paciencia!...

Y se empinó el cachirulo.

Transcurrieron lentas las horas, sin que se volviese a repetir el rumor.

Algunas gotas gordas y calientes desprendidas de nubes pasajeras, rociaron el rostro somnoliento del comisario, ya tendido en un trazo aislado de tréboles.

Esto lo molestó y lo hizo incorporar, cuando comenzaban a esparcirse los tenues resplandores del alba.

Eran suficientes para sus ojos.

Con todo, aguardó que aumentase la luz pálida, a fin de salir airoso del cardizal, y asomarse al costado libre con precaución y sigilo.

Llegado el momento oportuno, trazó andando varias curvas con el rosillo del cabestro, evitando así el roce de las espinas que antes le habían punzado manos y

piernas al refugiarse en el montón informe de cardos; y poco tuvo que avanzar, para encontrarse frente al estrecho camino que en mala hora se le antojó seguir a su caballo.

Se distinguían ya claros los objetos.

Faustino con el cachorrillo listo en la diestra, echó una mirada ansiosa a lo largo del atajo, y al mismo tiempo lanzó un grito de rabia.

Parado en medio del trayecto, muy erguida la cabeza y pendiente un "tramojo" del cuello, que se le escurría entre las patas hasta la mitad del vientre, estaba el perro barcino del cabo Mujica con ojos muy atentos y moviendo la cola, a la espera de un llamado o una caricia.

Era de los perros llamados "gauchos" que cobraban afición a cualquier transeúnte, y con mayor motivo a las personas que veían con frecuencia. El cabo Mujica le había puesto el "tramojo", para que no vagabundease y habituarlo al campo de pastoreo. Con todo, el barcino arrastraba el madero tan hábilmente, que nunca fue para él una traba en la corrida.

Siguiendo en su excursión al amo, éste lo espantó, e igual cosa hizo el pelirrubio Gaspar. Optó entonces el can "gaucho" por el rastro de Faustino, aunque nunca hubiese merecido del comisario el menor halago, y al ir en pos, en cada parada del jinete se echaba de vientre con la cabeza entre las patas, a la espera de nueva marcha.

El extremo inferior del "tramojo" rasaba el camino apenas el perro se movía, y cuando lo era sobre las altas hierbas el ruido se atenuaba por el hecho, hasta hacerse imperceptible a la distancia.

Por primera vez Faustino había sido objeto de esta demostración de cariño y consecuencia, siquiera fuese

momentánea, por parte del mastín, y de ahí su confusión y aturdimiento entre tinieblas profundas como las de aquella noche.

Verlo y estallar en cólera, todo fue uno para el comisario burlado, maltrecho, febril, entumecido.

—¡Ahijuna! —gritó iracundo— ¡pulguera, lambegüesos!...

Y le disparó un tiro.

No dio en el blanco, pues el barcino asustado se volvió de pronto y salió huyendo con celeridad pasmosa hasta perderse en el recodo del atajo.

VIII

EL CARDENAL AZUL

En la tarde del día siguiente, se notaba en el pago cierto desasosiego. Había trascendido algo de lo pasado entre Faustino y los forasteros. Mas, no era la oscuridad de los datos lo que en rigor tenía inquieta a la gente del lugar, ya puesta en efervescencia a causa de los éxitos alcanzados por aquéllos en la última fiesta. Se hablaba de la desaparición del cabo Mujica y su compañero, quienes debieron estar de regreso desde la noche anterior, habiéndose desencontrado con su jefe en el punto de cita.

Siendo pocos los temas, la inventiva y el comento traían en alboroto a hombres y mujeres.

Trazábanse planes para una pesquisa formal en sentido de descubrir el misterio que envolvía aquella ausencia, harto prolongada para no inspirar temores.

Al acaso, en el campo, como si una y otra se hubiesen sentido atraídas, Paula y Margarita se hallaron juntas a mitad del trayecto que separaba sus viviendas.

Ese día habían tenido ocasión de conversar con Ubaldo y Camilo, y de sentir emociones gratas pues un encelamiento inesperado revelándose en ellos por medio de frases calurosas, les puso de manifiesto que la presencia de los forasteros había hecho mella en el amor propio de cada uno, y que debido al novedoso incidente parecían empeñarse en agasajos y ternezas que desdecían de sus maneras habituales.

Paula aseguraba que Ubaldo había estado más atrevido, y Marga creía por su parte que Camilo la quería de verdad.

Después de las primeras expansiones, la última recordó a su amiga la escena del anillo.

—No puedo dártelo —dijo ésta al fin. Pero yo no lo usaré todavía.

—Ni yo quiero. ¡No faltaba más! Tú lo ganaste con tu lindura; ¡y cómo te miró aquel hombre! Creo que alguna cosa le añoró tu cara, porque se puso de cera y un refucilo le pasó por los ojos.

—No, nada vi yo, porque me aturdí un poco... Una relación así no es para tanto.

—Si no es seña de mucho... aunque hay relación que no se aguanta y se va despacito, como perdiz que se escuende... ¿Sabés que no han venido los policianos que los siguieron? Solamente llegó todo achuchao el comisario Faustino, cuando ya iban a buscarlo.

—¿Y qué dice?

—Nadita... Culpa a la noche que lo metiese en los "fachinales". Otros vocean que fue la mona y que halló arrimón en la tapera.

—¡Chismosa!

Las muchachas se pusieron a reir.

—Deolindo esparrama que el "mestizo" es muy capaz de una fechoría con los soldados.

—Será con sus dientitos de criatura, ¡Qué dientes chicos, Marga, y qué manos gorditas!

—¿Y la facha? Facha de dragón de Frutos.

—Da miedo el indio, fuerte y jinetazo.

—Guapo ¿eh? Me figuro que la coceadura del malacara del lado de Faustino, fue adrede, Paula, porque yo vi que el "mestizo" metió espuelas cuando ya estaba arrimadito... Y el otro cara de Cristo, ¡qué yunta!

—No son iguales —repuso Paula con sequedad.

—Por lo mismo...

La hija del Clinudo se sacó un clavel blanco que llevaba de adorno en el pecho, como al desgane; tomó su perfume, lo contempló un momento suspirante, y después se lo puso a su amiga en el seno.

Hecho esto, la cogió de una mano con efusión, preguntando bajito:

—¿A él le pones flores en el pecho?

—Sí, a ocasiones... ¿Y tú?

—¿A quién? —interrogó Paula sobre sí.

—Pues, a Ubaldo.

La joven hizo una mueca rara.

Siguióse un largo silencio.

Estaban muy juntas las dos. Se miraban a ratos ensimismadas, con el pensamiento lejos tal vez de lo que en apariencia parecía interesarles.

De pronto, Paula interrogó:

—¿Serán volvedores?

—El cabo...

—¡No! Los otros...

—¡Ah, quién sabe! La Puma adivina esas cosas.

Las dos se estremecieron.

—En la otra semana hay volteada en el campo. Si no vienen...

—¿Qué?

—La vemos a Laureana.

—Bueno —dijo Margarita, un tanto suspensa. Pero...

Y se quedó mirándola confusa y sorprendida.

—Deja andar —replicó Paula frunciendo el ceño. No ha de ser de balde.

Casi a la misma hora, el Clinudo y otros vecinos

departían en la pulpería acerca de los acontecimientos que tenían agitada la sección, no librándose de la censura la autoridad policial. Avanzábase que ésta había estado morosa en despachar comisiones para aclarar la ausencia de los dos agentes salidos en la tarde anterior. Por otra parte se argüia que, aun cuando los forasteros aparecían sospechosos por no haber dado sus nombres y procedencias, era preciso tener en cuenta que no se les había pedido estos informes, cayéndose después en la oficiosidad de hacerlos seguir como a "cuatreros" o gauchos malos.

Luego se entraba a disertar sobre las condiciones de cada uno de ellos, los trajes, el aspecto, los caballos y los arreos. No pocos presumían que eran hombres de plata; algunos opinaban que el más joven debía ser jefe y su compañero oficial de preferencia; pero, todos coincidían en pensar que su aparición repentina tenía "rabo", y que era éste el que faltaba desollar.

Si se miraba bien la actitud tranquila y taciturna del uno, no había tan buenos ojos para la arrogancia del otro. Al primero se le comparaba a un zorro, sin parecer de los muy dañinos; al segundo, a un perro cimarrón que juega con los mansos para inspirarles confianza. En suma, era una pareja peligrosa, y había que estarse en guardia.

En casa del teniente alcalde, el comentario no era menos animado, sin ser como aquél turbulento. Don Goyo sostenía que, resuelto el envío de dos comisiones con rumbos distintos, no había sino esperar su vuelta para saber a qué atenerse; aunque para su gusto Mujica y compañía se habían quedado en el baile de algún "angelito", si es que no se habían perdido en los vericuetos de una sierra.

El tape Verdún — que estaba en el círculo — adu-

cía a eso que el cabo era baqueano y no se metía entre piedras, donde ve mejor la víbora de la cruz. Tampoco en velorios, sin asegurarse antes del pelaje de la gente, que puede resultar arisca y matrera.

Un septuagenario que curaba con hierbas, y tenía fama de "sabeduría", dijo que bien podía suceder hubiese "rodado" en la aspereza alguno de los hombres y quebrádose un caracú feamente, como para no moverlo del lugar sin grande ayuda. También era de colegir que eso hubiera ocurrido en un paraje desierto, muy apartado de las poblaciones.

En tanto así platicaban, el comisario se paseaba en el cuarto vecino, con la nariz hecha un morrón, hablando a solas y moviendo las manos en son de amenaza.

Aunque nadie conocía la aventura del barcino, su recuerdo le hacía crujir los dientes. Por no descubrirla, no había ya matado al perro de Mujica, deseando a éste mala suerte, pues, él era quien debía llevar el "tramojo" por bellaco. Su intensa cólera aumentaba la alarma del grupo, por lo que todos los allí presentes, sin excluir al viejo curandero, le ofrecieron su concurso como voluntarios, si se resolvía a una batida en cerros y bosques.

Faustino aceptó, y pidióles que lo dejaran libre para combinar un plan eficaz, si el caso lo exigía.

Cuando se retiraban, el patizambo dijo a Verdún:

—El hombre es rumiador.

—Pero no sabe rastrear — objetó el tape sentenciosamente.

Paula vio transcurrir esa noche con bastante desazón. De lo que por ella pasaba no podía darse clara idea. Se sentía muy nerviosa e inquieta.

Su cuarto de dormir estaba situado al poniente, y

era de los más amplios del gran rancho del Clinudo. Ostentaba algunos adornos propios de la costumbre del lugar. El lecho de madera de tala tenía buena colcha a colores vivos y almohadas de pluma de ñandú. No faltaba un espejo de regular tamaño y luna un tanto límpida, como excepción rara entre los muchos malos que vendía por temporadas Batista, cuando conseguía surtirse en algún centro de comercio importante. Por lo menos, mirarse en ese espejo no causaba mareos.

Una silla de hamaca hecha con mimbres, frente al ventanillo, era el asiento favorito desde donde ella se complacía en dominar por la mañana, y en sus horas de recogimiento, el vasto paisaje de bosques y lomadas que se extendían al frente formando horizonte.

Cansada de darse vueltas, Paula concilió por fin el sueño después de media noche.

Pero, no fue reposo el suyo, como lo había ansiado con ahinco.

Imágenes confusas se aglomeraron en su mente y en sus oídos repercutieron voces, ecos sin coherencia alguna, a modo de cantos de pájaros y estridores extraños confundidos.

Luego, fue tropel de caballos. Vio a uno de estos animales dando enormes corvetas; después, cómo le nacían de súbito dos alas negras semejantes a las del murciélago, y entre esas alas, erguirse un jinete gigante que calzaba espuelas domadoras.

Borrada esta visión, sucedíanse otras no menos extraordinarias; arcos de colores, con pendientes que relucían; guitarristas que arrancaban de las cuerdas sones siniestros; y ojos, muchos ojos de mujeres que al fijarse en ella, tenían el fulgor de los del gato en las sombras. Por último, distinguió entre tantos un rostro

pálido, que los ostentaba hermosos, serenos, clavados también en los suyos, pero sin dureza ni maldad.

Despertóse entonces, sin atreverse a levantar los párpados.

Aquellos sueños la impresionaron fuertemente. Permaneció quieta, encogida en la cama, sin permitirse un resuello, a la espera de un nuevo descanso más tranquilo y reparador.

Tardó en llegar. Fue apacible, y durmió dos horas.

Despertáronla esta vez los ladridos de Capincho.

Acaso el perro acometía algún zorro que rondaba el gallinero, o alguna vaca chúcara en el plantío de coles.

Los ladridos fueron cesando a pausas, hasta convertirse en rezongos, y al cabo en gruñidos de complacencia, como si una mano amiga acariciase al guardián vigilante.

Paula sintió los resoplidos de Capincho bajo el ventanillo, entre otros rumores ligeros y vagos que terminaron pronto.

Creyendo oir pasos que se alejaban, ella pensó que serían de Braulio, que madrugaba con el gallo viejo.

Somnolienta, en ese estado de eretismo que origina a ratos sobresaltos y engendra desvaríos, siguió cambiendo de posiciones hasta la alborada. Su claridad lechosa penetrando por las rendijas de la puerta, empezó a esparcirse en el aposento, y el cardenal, cuya jaula pendía en un rincón dio principio a su gimnasia en los palillos, lanzando dos o tres píos robustos como preludios de una sonata de la aurora.

Paula se sonrió.

Vino Ubaldo a su memoria.

¿Y por qué no vino antes, cuando la perseguían los malos sueños?

Era preciso que el pájaro cantara...

Esto le pareció un poco extraño.

Sin duda, el "tropero" no la había puesto bien en celo para que ella se acordase soñando o despierta, de las cosas lindas que solía decirle.

¡Después, esa sortija con amatista que él no supo ensartar, ni tampoco Camilo contra el deseo de todos! Fue una vergüenza que la ganase el "taimao".

El cardenal inició su cavatina fuerte y sonora, con la arrogancia propia de quien lleva copete.

En oyéndolo, Paula se quedó abstraída.

De ese estado, la arrancó bien pronto otro canto similar que venía del alero, en contrapunto con el del que se alojaba bajo techo.

Tal incidente sorprendió a la joven, pues los pájaros de ese género no abundaban en el pago; y debía serlo, porque las notas no diferían.

Arrojóse del lecho, se vistió aprisa y abrió el ventanillo llena de viva curiosidad.

Concluía el crepúsculo. Un resplandor dorado se esparcía en los campos llenos ya de movimiento y tonos vívidos. El rebaño disperso triscaba en el valle, y en lo alto de las lomas sonaba el cencerro de la yegua madrina.

Bajo el alero, y en el mismo sitio destinado a la jaula había otra más grande de cañitas, primorosamente construida, con un arco de junco en el centro y una argollita de metal en la cima para suspenderla del gancho.

Paula no pudo reprimir una exclamación de asombro, a la vez que de júbilo inesperado.

El pájaro que allí se agitaba, receloso y arisco, no

era del mismo plumaje que el suyo, pero sí mucho más bello y atrayente.

Acercó bien el rostro para examinar con detención prolija todos sus detalles, que le parecieron preciosos, aunque una indocilidad cuasi salvaje había puesto al pequeño alado tan móvil como un abejón.

—¡No, no es pintado! —prorrumpió la joven en un rapto de entusiasmo. Es más lindo que el picaflor.

Y ella, que era zoólatra por naturaleza, se puso a dar volteretas y a batir las manos, cual si hubiese sido contagiada por su chúcaro huésped del alero.

No era ésta el ave canora de que habla el idioma clásico, propio de otros climas, y se describe como un pájaro algo mayor que el tordo, de color sanguíneo, con una faja oscura alrededor del pico, que se extiende hasta el cuello, habiéndolo con moño o sin él, más o menos manchado de negro.

Los cardenales nativos, sin dejar de pertenecer a la misma especie y tan cantores como aquéllos, aparecen vestidos con otros plumajes de singular hermosura.

El más común tiene remeras cenicientas, pecho y vientre blancos y un copete rojo. Es bien conocido, y así era el que había regalado Ubaldo a la hija del Clinudo.

Pero los hay de un verdi-oro, con cima de crespón negrísimo; todos blancos como la nieve, con moño celeste, todos azules, de un soberbio azul-marino, con penachera tan blanca como la espuma, sin otro matiz que anuble la armonía de los colores del mar y del cielo.

Los primeros pululan en los montes y asperezas de la zona del este; los últimos dan encanto a los boscajes y quebradas de Aceguá.

Puede admirárseles de cerca, cuando en parejas y

mezcla bizarra, saltan y pían entre el ramaje de los árboles indígenas, por ellos codiciados para sus nidos y alegrías.

Aquellas quebradas cubiertas de verdes festones y enredaderas difusas, siempre nutridas por arroyos de agua cristalina, parecen constituir sus paraísos. Poco o nada se les molesta. En región vasta donde la perdiz abunda al igual de otras variedades de caza, nadie se ocupaba de perseguir a esas lindas aves que aún hoy animan con sus silbos musicales los lugares umbríos.

Cierto es que, con ser tan seductores con sus galas de azur y espuma, o de azabache y oro, ninguno de ellos reina como exclusivo soberano de las selvas. El monarca de las espesuras, es el zorzal o sabiá guaraní, de un pobre ropaje gris con pechera color canela y largo pico de un amarillo oscuro; pero cuyas notas melódicas al esparcirse a modo de tiernas cuitas en las noches tranquilas arrullan la grey alada y cautivan a los hombres, como si concertasen un himno solemne a la esperanza y al amor.

En lo más agreste de Aceguá, fue cogido sin duda el cardenal azul con penacho blanco que Paula tenía ante sus ojos.

Al estupor del primer instante, se siguió el embeleso.

¿Quién lo había puesto allí?

Se explicaba ahora la causa de los ladridos de Capincho cuando apenas asomaba el alba.

Fuere cual fuese la razón de cosas tan imprevistas, la joven reconocía que pocas veces había sentido tanta y tan dulce alegría.

A lapsos, se quedaba meditabunda, como resucitando o ligando memorias de sus impresiones más recientes; y entre esos recuerdos, uno se le fijó cons-

tante y tenaz: el de la sonrisa burlona del forastero. cuando oyó a Ubaldo ofrecerla un cardenal de copete rojo.

Pasado ese instante de recogimiento para pescar cabos, Paula cogió la guitarra bruscamente y púsose a tocar un aire criollo, el que tal vez se armonizaba mejor con su situación de espíritu.

Sucedió entonces que los dos pájaros cantaron a un tiempo, improvisándose una sinfonía tan original, que provocó en la joven una risa nerviosa hasta arrancarle lágrimas.

Frente a ese alero estaba la huerta donde Ramona escogía de vez en cuando las legumbres para el puchero, la "carbonada", o el "locro", según los casos.

Braulio la cultivaba, no faltando en ella espigas de pisingallo, patatas y nabos de vieja semilla, y grandes zapallos de invariable dulzor. Tampoco se echaba de menos el sandial, de siembra en campo libre, a cargo del Clinudo. Algunas tomateras crecían con vicio hasta mezclar sus guías con los rosales del cerco.

Esa mañana la había destinado Ramona al lavado de ropas, tarea que cumplía a conciencia en una batea de ceibo y en la parte bañada por el sol.

Como no fue, pues, a la huerta, por ese motivo, no tuvo oportunidad de informarse la primera del nuevo regalo anónimo hecho a Paula.

En cambio el Clinudo se enteró pronto de la cosa, porque al pasar junto a su mujer, le dijo sosegadamente:

—Habemos otro cantor.

Ramona suspendió un momento su trabajo, para responder:

—Poné ojo, Fortunato, porque aumentan los pretendientes. ¿De qué laya es ese pájaro?

—Azulejo con copete blanco.

—¡Hum!... El que lo mandó no ha de ser tropero, ni carona. Pájaro de esa pinta no lo compra cualquiera. Y esto después de lo pasao ayer en la sortija, me parece raro. ¿No sabés si lo trujo Batista?

—De naide sé que lo trujiera. El Zarco dice que hoy de mañana ladró Capincho, y que a la fija lo asosegaron con un zoquete.

El paisano, que era gurrumino, acarició a la mujer pasándole suave la mano por la nuca, añadiendo:

—No tomés pena, viejita, que en todo eso no hay pecao.

Ramona encogióse de hombros según su hábito, y continuó lavando.

El Clinudo se encaminó a la enramada, donde Braulio jemerdaba una oveja.

Apenas lo vio alejarse, Ramona hizo un gesto expresivo, y murmuró:

—A mi compadre no había de gustarle mucho si juese sabidor, lo que está pasando a la sandunguera de Paulita.

IX

VERBA DE LA PUMA

De allí poco distante, sobre el ribazo del arroyo, estaba la vivienda de Laureana.

No era tan mísero el ranchito. Tenía dos aposentos y una cocina, algún mobiliario bien conservado y bastante aseo. Una huerta pequeña y atendida con primor completaba el solar, sombreado por árboles indígenas. Hacia el lado del cauce se veían cinco o seis membrillares cargados de frutos, y frente al mojinete dispersas tunas silvestres. Resguardaba por dos costados la huerta, una doble hilera de agaves. Un pitaco con ramilletes amarillos daba al conjunto cierto aspecto alegre y pintoresco. Todo esto, y algún bien semoviente, heredó Laureana de su marido, buen español laborioso muerto años atrás.

Española era ella también, y allí moraba, en compañía de otra mujer en gran retraimiento y sosiego. Eso, y algunos hábitos extravagantes, como el de decir la buenaventura, le habían formado atmósfera de bruja y connubio con mandinga.

Hizo larga temporada en Montevideo, allá por los años en que se sorbía rapé en abundancia desde la época de Vigodet y Alvear, al punto de usarlo las damas de coturno, por lo que ella consumía también buenas cajillas del polvo de la Tercena. [2] Sólo abandonó

---

2 Llamábase así el edificio del Estanco del tabaco-rapé ubicado en la calle de San Luis, hoy Cerrito.

este hábito en el campo, reemplazándolo por los del cigarrito y el mate amargo, temerosa de que el paisanaje tomase aquellos polvos como estimulantes del otro mundo, de contagio peligroso al simple soplar de las narices. En cambio, muchos mestizos masticaban tabaco negro en rollo con igual facilidad que el masacote.

Laureana se desprendió de esa y otras costumbres urbanas, limitándose al arte del augurio en forma calculada y discreta.

No hacía alarde de conocer ciencias ocultas, ni de usar el diccionario infernal. La magia y la alquimia no entraban en sus sortilegios, en tales latitudes. Ni tampoco la evocación del dragón rojo como intermediario de los espíritus. Un poco de magia negra, o sea el arte de adivinar por los rasgos de las manos, constituía todo el caudal de sus conocimientos en caso de apremio, cuando la cartomancia le fallaba en demasía. También tomaba nota de los sueños y visiones nocturnas del cliente, para deducir y pronosticar cosas que podían interesarle. De más sabiduría no había menester para influir lo bastante en el ánimo de los crédulos de aquellos parajes, que veían almas en pena en los fuegos fatuos y duendes blancos en los vericuetos sombríos de la sierra. Mímica de visajes y aplomo en los dichos, servían bien al objeto principal.

Para conservar su escasa clientela hacía lujo de amabilidad y cariño, a fin de que no se le confundiese con las brujas de harapos y hierbas. Por otra parte, se contentaba con cualquier regalo por humilde que fuese, consolaba a los tristes y trasmitía alientos a la esperanza.

En suma, era mujer de regular instrucción, de habla castellana correcta en lo familiar, sin serle extra-

ños los modismos locales y que conocía a fondo las vidas y milagros de las antiguas gentes del pago.

Fue muy rubia en su mocedad, y bastante de eso ostentaba en su edad madura, siendo nutrida la cabellera, pobladas las cejas, grises y redondos los ojos penetrantes y avizores.

Si a esto se agrega el detalle de ser dueña de un puma concolor que su marido domesticó desde cachorro, se explicará la causa del apodo con que se la motejaba. Quería al puma como a un perro favorito por su lealtad y mansedumbre, y era ella quien siempre lo había alimentado y protegido contra toda persecución. Dióle por guarida una casilla de troncos con techo de paja, junto a las tunas, en la que solía introducir mejoras de tiempo en tiempo. Estaba tan viejo el pobre león de las sierras, que ya se movía con lentitud y precisaba anteojos. De su juvenil gallarda sólo conservaba el pelaje color de miel. Ahora, el ama no se permitía esparcir su cabellera sobre el cuello del felino como en otros tiempos, para disputarle la belleza del brillo. El león senil lo mantenía, y el de ella estaba muy ceniciento.

Por lo demás, la inteligencia despierta y los modales de Laureana, la hacían simpática desde la primera vez que con ella se hablaba. Una natural suspicacia unida a la larga experiencia, ayudaron bien su aptitud para el acertijo, imbuida como lo estaba en muchos secretos de la aldehuela. De ahí su fama, acrecida por la ignorancia y superstición del vulgo.

Margarita era portadora de dos huevos de ñandú como obsequio, y Paula de dos "patacas", retribución suficiente a juicio de ellas al servicio que habían resuelto pedirle.

Recibiólas muy afable Laureana, y las invitó a sen-

tarse junto a una mesita, en unas banquetas rústicas de palo de sauce.

Ella lo hizo en una cabeza de vaca ya color marfil, pulida por el uso constante.

Llamó la atención de las jóvenes una piel reseca de "yarará", y la de un cuervo con las alas tendidas, clavadas en la pared. Era lo único grotesco, sin bichos, ni sabandijas, como en las grutas de que hablan los cuentos.

Nada de eso les produjo tanta extrañeza, como la presencia de un gran gato pajero que bostezaba de continuo, muy arrellanado en un cestillo de mimbres.

—No les asuste —prevínoles la Puma. He conseguido amansarlo y hacerlo cariñoso.

—Asustar no — dijo Paula, e hizo al gato un ademán brusco y expresivo.

Sin demora de un segundo, el morrongo saltó a la mesita, y de allí al hombro de la joven, donde se acomodó tranquilamente.

Laureana alborozada, no pudo menos de exclamar:

—Cuando chiquilla los hacías correr por los perros, yo me acuerdo, y ahora los mandas sólo con el gesto. ¡Ah, picaruela voluntariosa!... Te has hecho un poco tirana como tu padre, y quien la hereda no la roba, no...

Y así hablando la acariciaba extremosa la mano.

Nada objetó Paula. Pero aquella ocurrencia de la adivina, prodújole alguna impresión.

Pasó su diestra con suavidad por el ancho lomo del gato hasta deslizarla al largo de la cola, estimulándolo a volver a la mesa, y de allí al canasto. Luego se quedó un tanto ensimismada.

—¿No ves? —prorrumpió la Puma. ¡Domadora! Así vas a amansar muchos.

Paula la miraba en suspenso, como si no entendiese lo que estaba escuchando, con la vista clara y firme, y su peculiar aire ceñudo.

Marga, a quien había causado gracia la habilidad de su compañera y las volteretas del felino, se expandió, diciendo:

—¡Amansar! ¿Amansar animalitos?...

—¡Hem! A otros que gatos —contestó la hechicera. Paulita tiene pega-pega.

—¿Y yo?

—¿Tú?... Tienes ganchero.

—¿Qué es?

—Clarito. Ella los atrapa sin quererlo, y tú los enganchas. Pero si vienen a consultarme, pronto iremos al punto. ¿Quieren mate?... Damiana lo ceba. Si saben fumar, aquí tengo unos cigarritos de tabaco flojo con papel bañado en uruzú. Si no les gustan, hay de papel de trigo.

—No se moleste, doña Laura. Ni yerbear, ni pitar. Nos gusta oírla, por eso venimos.

—Ya caigo en sus deseos. Las dos quieren saber primeramente si están enamoradas de verdad de mozos del pago.

—¿Del pago?... Sí, del pago. Pero a mí me importa saber antes, y también a Paula, si como una siente han de sentir ellos, o es todo solamente para encender estopa.

—En el amor, como en todos los juegos de lado la casualidad, el triunfo no es muchas veces del que dice querer, sino del más habilidoso.

—¿Y el que cae en gracia? —preguntó Paula.

Ante esta observación sutil de una joven que en materia de luces debía estar al nivel de las demás del pago,

la sagaz Laureana se volvió con viveza y le clavó sus ojos redondos de lechuza.

Pero, respondió pronto:

—Ese también es hábil sin que él lo sepa, porque se entra por los ojos. Aoja sin quererlo.

—¿Y qué es entrarse por los ojos? — preguntó Marga.

—Ya lo dije. Ganarse la simpatía sin decir palabra. Cuando se cree alguna vez que el corazón se ha dado de cierto, éste sale de repente diciendo: no es así, yo estoy todavía libre. Y es que le ha caído más en gracia quien nada dijo para engañarlo, que aquel que todos los días le promete las grandes dichas de este mundo.

Las dos jóvenes se miraron a hurtadillas, de un modo tímido, en consulta muda y recelosa.

—Yo tengo un novio — dijo Marga con aspecto serio.

—No había que adivinarlo, hija. Pero ¿lo amas de verdad?

—A mí me parece que sí.

—¿Te parece no más?

Margarita se quedó silenciosa. Luego se puso un poco trémula, mirando a la adivina, como si temiera que ésta estuviese leyendo de veras en el fondo de su alma.

—Estás como álamo temblón. No tengas miedo, graciosa... Si yo sé que te has prendado.

—Y tú, lucero, también ardes de amor — añadió dirigiéndose a Paula, que continuaba hosca y prevenida, con una mano en la barba y el codo en la mesa.

En esa actitud estuvo un buen momento; hasta que,

con acento firme, y como expresión ingenua salida de lo íntimo, interrogó:

—¿Y qué es amor?

—¿Amor? Amor es no ser ya de una misma, y a pesar de eso, pretenderlo todo para sí. Pensar durante el día en un hombre que no puede mirarse con la frecuencia que una anhelara y soñar de noche que se le tiene al lado y se le encariña... así como si fuera el único, y no hubiese otros hombres. ¡Vamos!... acostumbrarse a su imagen, lo mismo que a otra de estampa a la cabecera de la cama; hablarle, siquiera tartamuda, de cosas, que los mismos sordos entienden bien; y regañarlo porque no se acerca lo bastante para decirle con el gesto, que el cariño es tan ardiente como la sangre.

—Si... son los quereres —observó Paula excitada.

—Pues... los quereres que ustedes llaman. Y por eso, cuando una moza está enamorada halla amigo al pájaro cantor, cualesquiera florecita la encanta... le parecen más azules las sierras de donde él acostumbra venir, y el pago todo, es tamaño como la tierra. Pero si esos quereres no son amor sino arrullos zalameros, ganas de tener hombre que sea sombra de una para encelar a otros y hacer pericón de gurruminos, entonces la moza se desgasta y cae en manos del más porfiado cuando ella ni lo espera. Si hay amor, y no se sabe por aquel que se quiere, fuerza es traerlo al ruedo con maña.

—¿Qué maña, doña Laura?

—¡Hay tantas! Mira, flor de ceibo, cuando lo vuelvas a encontrar...

—¿A quién? —prorrumpió con sobresalto la hija del Clinudo.

—No sé. A alguno que te tenga cavilosa y a ratos

sin dormir, que todo puede suceder... Si lo vuelves a encontrar, dile con los ojos lindos: ¡acércate, si te atreves!

—¡Oh! si así fuera ¿cómo eso se dice?

—Ahí está: queda a tu mañita, que el amor es ingenioso. El hombre no precisa que le hablen para entender claro lo que le expresa el mirar de una moza que brinda mieles.

Las amigas no perdían palabra de cuántas vertía la Puma; parecían pendientes de sus labios y empezaban a ponerse inquietas.

El gato pajero tenía fijas en ellas sus órbitas amarillentas, de una fosforescencia tigrina. Su piel lucía más dorada en la parte del lomo, teñida por un destello de sol moribundo colado por la ventanita del flanco.

—Con que vamos al caso —prosiguió Laureana. Lo primero he dicho, es persuadirse de si ustedes están apasionadas. Después se tratará de los mozos.

Se levantó ágil, apartó un poco el morrongo del cesto, y sacando del fondo una baraja usada volvió a su sitio, mezcló las hojas con rapidez, contó veinte y se las pasó a Marga, diciéndole con gravedad:

—Si en ese montón encuentras el "ahí va", es que estás flechada de veras.

No sin emoción, la joven se puso incontinenti a echar en la mesa uno a uno los viejos naipes, volviéndolos al anverso.

Al décimosexto apareció el caballo de copas.

—Llegó —murmuró la Puma. No tienes que confesarte.

Margarita respiró cual si hubiese hecho un esfuerzo penoso, y volvió a mirar a su compañera de soslayo.

Laureana tornó a reunir las cartas en un solo haz, repitió la barajadura, separando veinte, y las colocó

sobre la mesa para que Paula las invirtiera en la misma forma anterior.

—Bien. Si tú hallas entre esas el "corte tabla", es que ya has dado el corazón.

La hija del Clinudo que permanecía taciturna aunque atenta, no hizo ademán alguno.

Parecía indecisa, o le incomodaba algo en sus adentros que no quería develar.

La Puma sonriente, la contemplaba con airecillo picaresco.

Al cabo, Paula preguntó muy en calma:

—¿Qué es el "corte tabla"?

—El as de espadas.

—¿Y si sale, prueba que yo quiero a un mozo del pago?

—Eso se sabrá en la que hagamos después.

La linda vaciló todavía un momento.

A poco, dio comienzo al volteo de las cartas con lentitud.

La tarea fue de corta duración, pues a la tercera surgió el "corte tabla".

Laureana recogió y entreveró todos los naipes, sentenciando:

—Tú tienes un amor fuerte, y ha de ser por hombre de espada.

Paula quedó impasible.

—Ahora entramos a averiguar si los mozos preferidos son del pago... Ya veo que ustedes son francas y han de tener buen gusto seguramente; al revés de otras que aquí suelen venir llenas de misterios y acaban por ser al cabo como la gata de Mari-Ramos, y vivir sus consentidos en gazaperas, cuando no resultan patiestevados de tantas domaduras... Sí, como digo. Los tales novios aparecen luego cazurros y socarrones.

Los de ustedes no han de asemejarse a estos vulgares, desde ahora lo afirmo; han de mostrarse guapos y bizarros prometiendo rica luna de miel.

Así hablando, la Puma agitó las dos manos, encorvó los dedos y pasó las uñas por la baraja, alzando en seguida los ojos al techo hasta dejarlos en blanco.

Las amigas un tanto azoradas seguían sus movimientos y genuflexiones, ya muy nerviosas, temiendo que recién empezara a aparecer la bruja con todas sus malas artes.

Pasada la pausa, la adivina revolvió varias veces las cartas con gran flema; y, deteniéndose de pronto como concentrando sus facultades, dijo en tono solemne:

—Marga tendrá que acertar con la sota de bastos en las veinte cartas que yo le dé, y Paula con el tres de oros en las restantes. La que no acierte, tiene su preferido fuera del pago.

Y puso la mitad del juego en la mesa.

Correspondía a Margarita.

Pero ésta se limitó a extender la mano para retirarla de súbito, y refregársela con la otra.

—No te resuelves — observó la Puma.

—¡Y sí! — murmuró la joven, con tono de quien domina una contrariedad.

Manipuló con alguna torpeza. Las cartas fueron pasando hasta terminar la serie, en medio de ansiedades reprimidas.

Pero, no apareció la sota predicha — la sota gordinflona, mal entrazada, con un basto al hombro a modo de tronco de quebracho.

Margarita se quedó asombrada.

Paula la observó de hito en hito.

La Puma sonrióse de una manera plácida y afectuosa.

—Es raro —dijo balbuciente la primera.

—¿Te parece? Pues como ha salido ha de ser. Esa es cuenta tuya. El agraciado no vive en estos lugares.

Marga se rio con aire incrédulo.

La adivina no esperó el comentario, e hizo maraña con el total de naipes muy distraídamente.

Echó una veintena, y dijo a Paula en son de desconfianza:

—A ver si atinas, y la gracia queda en el pago.

En silencio, pero muy determinada, la hija del Clinudo cogió las cartas, y empezó a deslizarlas por orden.

A mitad de la diligencia y sin detenerse, preguntó:

—¿Un tres de oros?

—Es el que tiene que lucir.

Marga estaba anhelante. No sabía qué admirar más, si la suerte que a ella le había cabido, o la tranquilidad pasmosa de su amiga.

—Ya acabé —dijo Paula arrojando el último naipe.— Esos oros no han venido.

—Cierto —arguyó pensativa la Puma. Tu preferido no mora en estos ranchos, es harina de otro costal. Las dos andan parejas; mas eso poco hace al caso.

—¿Hace poco? —preguntó Margarita muy intrigada.

—Pues. Lo principal está en que los escogidos existan, no importa que en otro pago.

—Así se me figuran duendes —repuso la joven puestos los ojos en Paula, como si estuviese segura de que ésta pensaría lo que ella, dado que una y otra estaban en posesión recíproca de sus íntimos secretos.

Paula permaneció inalterable, cual si no la tomasen de sorpresa aquellas cosas.

—No hay más que en la aldehuela no habrá novios, sino consentidos —dijo Laureana con acento profético; — y aquí está mi ciencia, la de inquirir si por casualidad ustedes dos coinciden en gustos.

—¿Qué es coinciden? —indagó Marga, recalcando en cada sílaba.

—Después lo sabrás; ahora déjame hacer.

Alzóse la Puma, y puesta de frente a la piel de "yarará", tendió hacia ella los brazos, puso en sentido vertical las manos, y pronunció algunos vocablos en voz muy baja, nada inteligibles.

Las mozas no distraían su atención de esta mímica bruja.

El gran gato dio un bostezo profundo, alargó en el cesto cuanto pudo sus fuertes miembros delanteros, e hizo del lomo un arco correctísimo.

Así desperezado, saltó a la mesa y de allí a las faldas de Paula, a quien se puso a mirar atentamente.

Ella lo acarició con suavidad.

En dos segundos, el pajero volvió a la mesa, de ésta saltó a la nuca de Marga, que lanzó un grito, y luego al canasto, donde se transformó al arrollarse en algo así como un enorme ovillo de seda virgen.

Marga se estuvo riendo del susto.

Paula le hizo burla.

La Puma vino a su asiento, diciendo:

—Cacique —que así se llama mi gato— lo presiente todo y se pone en desasosiego si se está en vísperas de malos sucesos. Por estas manifestaciones que le veo, me parece que pronto va a haber alboroto en el pago... No hagan caso de eso, por ahora, y vamos al punto de la otra adivinanza para dejarlo en claro.

—De las figuras de la baraja, dividida en dos partes iguales, cada una de ustedes tiene que dar con un rey, cualquiera que sea; pero este rey, debe estar después de un caballo para saber lo que queremos. Si un caballo está antes, falla el augurio.

Laureana revolvió bien los naipes, y partidos en dos porciones equivalentes, dio una a Marga y otra a Paula, añadiendo:

—Si el rey está en boca, basta: si está el caballero será necesaria nueva talla.

Sobre sí mismas, por lo que iban oyendo, practicaron la prueba.

Con nuevo asombro, los reyes salieron detrás de los caballos.

—¡No me engaño! —gritó la Puma dándose un golpe en el pecho. O es uno que requiebra a las dos o las dos quieren al mismo hombre.

Esto produjo gran pasmo en las mozas por lo brusco e inesperado.

En el mismo momento, Cacique se puso de un brinco en el suelo, revoleó la cola y disparó al campo.

Tal incidente atenuó un poco la alarma que dominaba ya a Margarita, y la hizo reir. Paula tornó a su aspecto frío y sereno, sofocada la sorpresa.

La sesión se prolongaba mucho.

—Se hace tarde —dijo Paula al cabo de una pausa.— Pero hemos de volver.

—Cuando gusten, hija. Ya ven que tengo voluntad para servirlas.

—Dos otras cosas tengo que saber... Será el viernes, si le parece, a esta hora.

—Conforme. Cualesquiera es buena.

—Y yo quiero que me aclare una que ha quedado turbia —repuso Marga.

—¡Muy bien! Me darán mucho placer siempre que me visiten; y aunque no me pregunten, he de decirles algunos secretos que interesan a las dos...

—Ah, ¿sí?...

—Como lo oyen, si ustedes no me creen bruja de matorral, al igual de tantos que me hacen la señal de la cruz.

—¡Qué no, doña Laura!

—Bueno, entonces quedarán contentas de mí. Gracias por tus huevos de ñandú. Y tú, hija, guarda esta "pataca"; con una basta.

—Las dos quiero dejar, y siento que más no traje.

—¡Guapa moza! Mano larga como el padre.

Al oir esta frase, Paula sintió la misma conmoción que poco antes había experimentado, con motivo de otra ocurrencia de la adivina.

¡Su padre!... El Clinudo no era "mano larga". Por el contrario, a nadie daba dinero por lástima, ni al pobre Indalecio. A ella se lo ponía Ramona en una alcancía, sin que por su parte se lo pidiera nunca. De este depósito hacía uso muy rara vez. ¡Aquello entonces, era oscuro!...

Disimuló su impresión, prometiéndose investigarlo todo a la segunda visita.

Despidiéronse en la puerta del rancho.

Las dos mozas echaron a andar, más que preocupadas, bastante prevenidas.

¡Cosas tan imprevistas habían conocido!

Margarita sin ocultar su turbación, confesaba que la había aturdido todo lo que acababa de suceder.

Su amiga imperturbable, casi rígida, contestaba con monosílabos.

Lo único que expresó, resumiendo sus ideas en una,

fue que la bruja era buena, porque sabía abrir los ojos a las muchachas y enseñarles a hablar.

Avanzaba la tarde. Antes que el sol se acostase, pudieron ver sobre una alta maciega a Cacique con sus fosfóricos ojos clavados en ellas y lamiéndose los bigotes.

—¡Matrero! — dijo Marga enconada. — Este sí que es brujo.

Antes de separarse, las jóvenes convinieron en volverse a reunir de allí a dos días, un viernes, según lo acordado con la Puma.

No parecía ninguna de ellas con ánimo de trasmitirse sus cosas íntimas en ese momento. ¡Había para pensar!

Marchando hacia su morada, Margarita preguntóse de pronto, cual si una sospecha hubiese surgido de golpe en su cerebro, lleno hasta ese instante de angustias y de dudas: ¿estará Paula enamorada del "taimao" de cinto de cuero de tigre?

Y caminando Paula hacia el gran rancho de sus padres, se detuvo un minuto para espaciar la vista a lo lejos, como si en verdad la distrajese la perspectiva aérea de las lomas; y bajándola pronto al suelo, cual si hubiese sido vencida por una obsesión tenaz, se interrogó en voz alta y tonillo duro, ¿haberá enganchado Marga al forastero?

X

DUODRAMAS INTENSOS

Al día siguiente, sin esperar el de cita con Marga, pero reservándose ser puntual a ésta, la hija del Clinudo dirigióse a la vivienda de la Puma con firme resolución de interrogarla sobre el motivo de sus incertidumbres y sospechas.

El lenguaje de Laureana la cautivaba. Quería oírla. Ansiaba aprender de ella, imitarla. ¡Oh, si ella hablara así!

Ya hemos dicho que Paula era incitante. Poseía todos los rasgos propios de las hermosuras plenas, el rostro bello, los labios rojos y tersos, la cabellera renegrida y ondulosa. Luego sus grandes ojos de vivos fulgores irradiaban en el conjunto tal fuerza de hechizo que atraían y dominaban sin saberlo.

La avizora y penetrante Laureana, le dijo al verla:

—Te esperaba... Vienes a pedirme más seguros pronósticos sobre tu suerte, a solas las dos. Comprendo. Otros oídos están de más.

Paula le apretó la mano en silencio, con la energía propia de una mujer de gran voluntad y notando al viejo puma de pie e inmóvil frente a su guarida, se puso a acariciarlo, pasándole la diestra de una a otra oreja como se hace con un perrillo.

Laureana la miró placentera con algo de enternecimiento, sin dejar de hablar:

—Me crees con dones extraordinarios, para acertar lo que ha de venir. ¡Simplota! Tú eres la que tienes

un don envidiable, y con ponerlo en juego todo está hecho... Has nacido para fascinar, y no habrá mancebo por pretencioso que sea que se te resista, si eso te propones. Pero, yo sé de dónde vienen tus enfados y tristezas; sí, que lo sé. Si alguno del pago te gusta es por pasatiempo, por distracción ¿no es cierto? Te es bastante que sea un mozo un poco bizarro, un poco decidor, apuesto en el caballo. Con todo, seguramente no te apasiona, no es el que tú ansías de veras, ¡vaya! no te llena, no te hace arder la sangre. ¿Digo verdad o no digo?

Por única respuesta, Paula se volvió sin dejar de encariñar al puma, y se sonrió de un modo dulce y amable.

Pasada una pausa, dijo, como hablando consigo misma:

—Es sol que alumbra. Y usted ¿no está alardeando que no adivina?

—¡Oh, esto no es adivinanza! Si yo lo leo en tus ojazos más oscuros que pluma de cuervo.

Son, a pesar de eso, ventanas que dejan ver lo que en tus adentros pasa, mejor que en una gruta.

—Y si usted ve adonde dice ¿mira algún duende que se ha entrado sin mi permiso?

—¡Hem! Tal vez alguna imagen que no es de estampa, un poquito confusa. Pero yo sé de quién es.

—¡Ah!, ¿de cierto? —preguntó la joven con arranque de hondo interés hasta ese momento reprimido.

La Puma la tomó de la mano, y la llevó a su aposento.

Ella obedeció sin resistencia.

—Hoy no hablaremos de eso —dijo Laureana en voz baja. Yo no debo adelantar nada... Pero sí, repetirte lo que avancé ayer de que pronto habrá albo-

roto en el pago, porque Frutos y sus amigos andan descontentos. Entonces, el duende que tú crees se ha entrado en tu cabeza, podrá responder por mí... Acaso se te aparezca un día de estos, aunque no sepa que hay quien piense en él, que ha sido desgraciado.

Absorta en un recuerdo impresionante, Paula preguntó llena de repentino enojo:

—¿Y quién lo hizo infeliz?

—Historias de siempre... Es joven, fuerte y hermoso.

Paula sintió una honda emoción.

—Pero amargo y añorante se me pinta. ¿Quedrá volver, doña Laureana?... Y si es volvedor ¿en qué ramada atará el cabestro y pedirá el mate?

—Cállate bendita, que se lo has tú de cebar.

—¿Yo?

—Sí; pero no sucederá tan pronto. Oye un secreto... No, dos secretos muy graves. No te alarmes ni te enfades, porque es preciso que los conozcas.

—Ya oigo — repuso la joven pasmada.

—Tú me has dicho que a ocasiones has pescado palabras a Fortunato y Ramona en sus grescas, que te han metido dudas y zozobras porque se referían a tu nacimiento.

—¿Dije así? —la interrumpió Paula cada vez más sorprendida. Yo no me recuerdo de eso.

—Sí me lo contaste; y si no, es lo mismo, pues yo sé que oíste esas cosas.

—Será — paladeó Paula con grande asombro.

Y se puso a temblar.

—¡Bien! Como me imagino que no es Ubaldo el que tú quieres, y que tu ilusión es otra, te aviso que, lo mismo que tú, él no sabe que es tu medio hermano.

Con los ojos muy abiertos, lleno el ánimo de con-

fusión, Paula apretó con sus diestra crispada el brazo de Laureana que entonces le pareció verdadera bruja, preguntándole ronca y vehemente:

—¿Y Frutos, es mi padrino?

—¡Shp! Como lo es de Ubaldo.

Despierta y sagaz de suyo, la joven dejó caer su brazo y quedó yerta.

Había comprendido todo.

La luz brilló en su cerebro sin dejar punto de oscuridad alguna, rápida, vívida, intensa, como uno de aquellos grandes "refucilos" que en las noches tenebrosas, hacíanle ver claro desde lejos los recónditos de una tapera.

—No te aflijas, linda —arguyó melosa la Puma. Eso es muy corriente en el campo. No todas son comadres, ni todos los hijos tienen la misma madre. Vienen las cosas así y hay que tomarlas como son sin disgusto ni quebraderos de cabeza, porque hacerse sangre negra por estos bodrios en el pago...

—Sí, es adolerse al ñudo —prorrumpió Paula con reconcentrado encono. ¡Bueno! Ya sé... ya sé... La suerte que usted dice, ha que correrla lo mesmito que la luz de las ánimas en el campo.

—Nada de apenarse, repito. El rancho quiere paz. Con este conocimiento, tú sabrás lo que te conviene hacer desde hoy, sin necesidad de mis consejos, porque esa cabeza altiva tiene más entendederas que las del curandero y del teniente alcalde. Este es tu jueves negro. Pero ya vendrán otros blancos y dorados. Abriga confianza en tí misma y serás feliz.

Como si estas palabras hubiesen tenido la virtud de dominar ímpetus, Paula pareció recobrar la calma, y mantúvose largo rato recogida.

De pronto, sin abrir más los labios, estrechó la mano de la Puma y se salió bruscamente.

Vióla ésta marchar veloz por el sendero y desaparecer pronto en el recodo montuoso.

En aquel paraje solitario, se alzaban algunos grupos de talas y molles, formando isletas en terreno un tanto arenoso y cubierto de cardos borriqueños.

Paula se detuvo, miró un instante por las abras, y entróse al fin en lo espeso de uno de los grupos. Un piaje confuso en sitio silvestre era el único signo de vida. Al igual que el pájaro salvaje se coló ella en la umbría, ansiosa de consuelo.

Sentía abatida su soberbia, y escapósele un sollozo.

Luego rompió a llorar.

Desahogóse a medias. Aquellas lágrimas fueron pocas y quemantes, ácido en gotas de su vida contrariada.

Cuando volvió a su casa, iba fríamente prevenida.

En sus ideas llenas de encono y de desorden, se mezclaban los nombres de sus genitores con el del que ella había oído llamar tantas veces "el compadre", como si los tres formasen el tronco de un hogar común.

Ahora podría descifrar las frases al principio tan enigmáticas de la Puma, aquellas que la impresionaron en el día anterior, cuando Laureana le dijo que era tirana como el padre, y como él mano larga. Si... Ya eso no tenía nada de turbio. ¡Veía todo muy claro! Pero, se creía con fuerzas para sobrellevarlo a solas, sin alivios inútiles ni ayuda de nadie. Por vez primera se sintió enérgica, dura, inflexible, y muy capaz de imponerse a sus penas. En este sentido, se consideró más puma que la hechicera.

Desde su aposento, oyó la voz de Deolindo el paya-

dor que departía con sus padres agitadamente en la pieza vecina.

Como de costumbre, se ocuparía de chismes y enredos, y hasta llegó a suponer dada la situación de su ánimo, que ella podía ser el objeto de la plática bulliciosa.

Sin duda, hacía largo rato que Deolindo se encontraba allí y ya importunaba mucho, porque sintió gruñir con descontento al Clinudo.

Por último, escuchó que éste le brindaba un cigarrillo de tabaco negro, de los que él gastaba, añadiendo con un poco de impaciencia:

—El hombre pa dirse, tiene que dir fumando.

Así despedía el Clinudo a los cargosos, aunque no siempre el recurso le resultaba eficaz.

Esta vez, sin embargo, la indirecta surtió efecto, porque de allí a poco Paula pudo notar que Deolindo emprendía retirada, con estaciones en la puerta, en el patio, sin dejar la palabra ni un momento.

—Ese roñoso habla hasta con los dientes —dijo en semi-tono, entre fastidiada y colérica.

Cogió en seguida la guitarra con además violento, y púsose a tañerla.

Pero, muy presto la volvió a su sitio llena de inquietud.

Dirigióse a la jaula del cardenal de copete rojo, y ante ella se mantuvo breves segundos.

Luego se encogió de hombros, y fuése rápida a visitar el de penacho blanco, que no cesaba en su gimnasia del aro al palillo y del palillo al aro.

—Chúcaro —murmuró. ¡De gusto te desplumaba si no fueras tan lindo!

Al fin, trémulo el labio y húmedos los ojos, abrió de golpe el ventanillo y quedóse quieta con la vista

fija en la lejana sierra abrupta, que se vestía de bruma densa cuanto más descendía el reverbero de oro.

Una hora después, según hábito de antaño, reuniéronse en el comedor padres e hija taciturnos, casi fríos, cual si reinase en rigor un ambiente de desconfianzas y recelos.

Las tres personas, cada una con arreglo a sus cavilosidades, parecían avaras de su silencio.

Pero, concluía el Clinudo de comer un buen plato de "chatasca" que remojó con vino "carlón" en vaso de guampa, cuando de súbito, Paula preguntó a Ramona:

—Dígame mama, ¿usted era como yo en la mocedad? Porque aseguran que me parezco mucho.

—De la mesma pinta. La diferiencia está en que yo era más dada, tenía rilaciones en todos laos y andaba en los bailes. Me acuerdo que con mi compadre Frutos. le dábamos en grande al "pericón" en casa de mi prima Ustoquia, que hacía riuniones por dos güeltas en la semana. ¡Tiempos lindos!

—A mí también me gusta divertirme.

—¡Ah, sí! reciencito... Pero aura esos tiempos no son como los de la mocedá de mi compadre, cuando vestía de brigadiero y se galopiaba de a veinte leguas pa venir a un baile con la oficialidá.

El Clinudo tomó otro vaso de vino, y salió del comedor con aire de hombre que tiene faena entre manos.

—Entonces —dijo Paula— todas somos lo mismo. A mí me gusta hacer lo que quiero y no daña.

—Asigún y conforme. Hay cosas que los padres no

consienten por conveniencia, mirando el bien de los hijos.

—¿O el bien de ellos?

La suspicacia de Paula mortificó a Ramona.

—No. el bien de los hijos, más si son mujeres, porque no se puede acetar el primero que se presienta.

—¿Y si uno lo quiere?

—No basta con querer; la joventú anda siempre equivocada cuando prencipia a sentirse con ganas de volar.

—Dicen que tengo veintidós años. Y usted mama ¿no fue joven?

—Sí, lo juí —replicó Ramona, empezando a exaltarse; — pero de lo que yo hice no tenés que entrar a viriguar. Yo hice lo que me dio el gusto, y de ahí viene la experiencia pa aconsejarte a vos lo mejor. Y no sé de aónde te sale tanta labia... Me está pareciendo que te has ventilao mucho estos días. Ya se vé, fiestas, pájaros, sortijas. Me parece que son más de dos mangangaes los que quieren chupar de la rosa del cerco.

—Hem... —prorrumpió la joven muy encendida y la mirada dura. ¡Los tiempos de mi padrino serían más inocentes!

Esta frase produjo su efecto.

La mujer del Clinudo se levantó de un salto, diciendo iracunda:

—Ya caigo que es la Marga la maistra de estos diretes, y no has de arrimarte dende hoy a esa pinga.

—¡Pobre Marga! —Nunca me habló de esto— respondió Paula, reprimiendo un arranque de protesta.

—¡Cayáte atrevida y salite de mi vista!

Fuera de sí, Ramona la amenazó con el puño.

La hija se alzó rígida, y se fue diciendo con voz firme:
—Eso pensaba hacer.

Cuando escenas análogas ocurrían en el hogar, lo que era frecuente, la dominante mujer del Clinudo pasaba del comedor al patio y del patio a la enramada, sin dar tregua al terrible parloteo, en que persistía largo tiempo hasta desfogarse en absoluto, de modo que la oyesen los que cerca estaban.
Fortunato desaparecía, y el Zarco ganaba la cocina, si por acaso le sorprendía a poca distancia de ella el rumor de la gresca.
Ramona continuaba con su raudal de motivos y reproches, lo mismo que si se dirigiera a un auditorio permanente, y concluía por largar quejas y suspiros así que la propia conciencia la llamaba a reposo.
Entonces buscaba refugio en un ángulo de la huerta, sentándose en un cráneo de buey, y se limpiaba con el pañuelo de algodón que ceñía el cuello, los ojos lacrimosos.
Pero, en esta ocasión, observó Paula que su madre había callado de pronto al salir al patio, como si algún incidente no previsto la hubiese inhibido de continuar sus declamaciones con el ardor de costumbre.
Tal fenómeno le llamó la atención, y no pudo menos que asomarse a la puerta para inquirir el motivo del milagro.
Era la hora del poniente, la hora del balido del rebaño, del vaho olor de tierra y de la mansa claridad que se extingue entre arreboles; un crepúsculo sereno y voluptuoso que se tendía en el llano envuelto en sutiles vapores, en tanto chispeaban en las piedras blancas de la aspereza los últimos reflejos solares.

De un caballo bien enjaezado acababa de apearse en la enramada un mozo apuesto de grandes bigotes, que calzaba espuelas de plata y vestía chiripá negro.

Este visitante era Ubaldo

Al divisarle, Ramona cambió de tono y de talante, y devolvió el saludo con voz melíflua y comadrera. cual si el recién venido le hubiese ofrecido una oportunidad propicia para dar suelta a alguno de sus planes secretos.

—¡Guena sorpresa! —exclamó. ¿Cómo le va yendo al tropero guapo?... Por aquí sin novedad, a Dios gracias. Ya vide las sortijas, y a Paula contenta.

—Para mí es la alegría, doña. La sabía a usted bien de salud. Aonde las cosas se muestran oscuras es por ajuera. La gente comienza a andar a monte.

—Soy sabidora, y eso a naide asombra. Dentre a descansar, que Paula ha de tener gusto en verlo.

—De parao vengo a saludarlas, porque esta noche con la luna voy al campo de Centurión en busca de una punta de vacas.

—No le hace. Pa un par de amargos hay tiempo, y la moza se los va a ofertar.

Desde la puerta entreabierta, Paula escuchó sin perder palabra el corto diálogo, e incontinente, como obedeciendo a una resolución inquebrantable, volvióse con suma rapidez adonde estaba la jaula del cardenal ceniciento y copete rojo; lo extrajo sin preocuparse de su defensa a uñas y pico, y salió corriendo al patio llevando el pájaro en alto como una triunfadora.

Al verla, Ubaldo avanzó hacia ella muy placentero para estrecharle la mano.

Paula lo miró con aire burlón, se echó a reir de un modo estridente, casi sarcástico, y lanzó el cardenal al espacio, dando un grito agudo que hirió en lo más

hondo al azorado tropero, y dejó a Ramona aturdida.

En seguida entróse en su cuarto, y cerró con violencia la puerta.

Con este último duodrama sin palabras, pero elocuente, la arrogante moza ponía término a las impresiones de aquel día lleno de angustias y desencantos.

—¡Ya la conoce usté! —dijo al fin la mujer del Clinudo entre sofocada y colérica. Es como chiva criada a monte.

Ubaldo muy demudado, se golpeó la bota con el rebenque, y saludando apenas, montó en su caballo roano, castigó sin piedad y se fue a gran galope.

XI

MARGARITA BLANCA Y FLOR DE ACHIRA

El viernes, después de siesta, Margarita se reunió a su amiga que estaba a la sombra de la enramada esperándola; y apenas llegó, cogióla ésta del brazo, pidiéndole que marchasen a prisa al rancho de la Puma, pues convenía que no las viesen.

Paula guardó absoluta reserva sobre lo acaecido el día anterior. Estaba un poco pálida y marchita.

No había ido en la mañana al desayuno, y bien se notaban en su rostro las huellas de una noche de insomnio.

Por su parte, Marga parecía muy inquieta e impaciente, con ánimo de expandirse.

Revelábase en sus gestos y movimientos que algo abrumaba su espíritu y que en realidad sentía ansias de desahogarse por entero.

Lo presumió Paula al mirarla, y le dijo concentrada y adusta:

—Alguna cosa te está doliendo.

—Verás. La bruja se equivocó antiyer cuando porfiaba que mi novio no era del pago... lo sabes bien. Lo que sí, que...

—¿Qué?

—Yo quisiera contarte lo que me pasa. ¿No ves que tremo?...

—Sí que veo.

Marga temblaba. Cierta alteración de su semblante

y el seno que ondulaba, eran indicios de una tribulación penosa.

Como iban a paso rápido, contribuía esto tal vez a aumentar en ella una especie de angustia que entrecortaba sus frases.

Estaban ya un poco lejos de las poblaciones, y muy cerca del recodo arbolado en que se refugiara Paula la tarde antes, para dar suelta a una angustia parecida.

Moderó entonces la marcha, advirtiendo:

—En esas isletas podemos parar un ratito; y hablamos lo que deseas. ¿Será por el alboroto que dicen que habrá en el pago, tu disgusto? ¡Estás llorando, Marga!

—Pues — repuso la joven. — Cuando cortamos una rama nueva, ¿no ves que el árbol yora? Del corte salen las gotas.

—¡Bueno!

—Bueno, así sucede cuando nos cortan una esperanza. Se nos saltan por los ojos.

—¿Entonces te han cortado una?

—Yo no sé si era esperanza, o qué cosa era. Pero ni el tajado de una trenza me hubiera más dolido.

—¿Riñeron con Camilo?

—¡Ya creo!... Para nunca jamás.

Paula se puso pensativa y siguió delante.

Entrándose en la isleta, balbuceó Margarita:

—Es por eso...

Paula la miró entonces con más atención.

Y dominando sus propios pesares, repuso:

—Creo que sufrís.

—Un poco.

Dando un giro a su pensamiento, segura de acertar en la causa de la aflicción, Paula aventuró:

—¿Y él está aquí?

—Se fue anoche. ¿Ubaldo no estuvo a despedirse por la tardecita?

La hija del Clinudo, sin contestar esta pregunta, siguió su indagatoria:

—¿Es por la partida, no más, que estás así?

—Hasta por ahí... Lo peor no es eso.

—Cuenta eso que es peor.

Marga se abrazó a su amiga; y por largo rato estuvieron mudas e inmóviles, cual si las dos sintiesen iguales penas, y otra mayor en confesarlas.

Al fin, Marga se desprendió con lentitud, exclamando en voz alta, como para ahogar un recuerdo amargo:

—Que había guerra, y él se iba con Frutos. Al montar, me dijo que él era volvedor, y me amenazó con matarme si le fuese infiel. Entonces me enojé y rompimos. Anoche no dormí, cavilando en todo. Me dolía la cabeza hasta yorar... Yoré mucho, y tuve una rabia que nunca había sentido. Esta rabia me vuelve y comienzo a aborrecer.

Paula la estrechó con cariño.

Y como si todo debiera dejarse por el momento, dijo con aire distraído:

—¿Entonces es verdad que hay guerra?

—Todos creen que era fuerza viniese. Ubaldo aseguró que iba en busca de ganado a lo de Centurión, pero se fue junto con Camilo. ¿No habló contigo?

Quedóse Paula callada, y ciñéndose a su compañera, la compelió a andar hacia la casa de la bruja.

Cedió ella gustosa.

En tanto, la hija del Clinudo, sin preocuparse de

su insistencia sobre si había conversado o no con Ubaldo, recomenzó a hablar así, bajito:

—Guarda bien lo que me has contado, y hacé de cuenta que lo sabes tú sola. La Puma nos espera.

Aunque en la pared del aposento de Laureana se veía un reloj, carecía éste de flechas y péndulo, y sólo servía de adorno viejo. No utilizaba clepsidras ni ampolletas para saber la hora; ni agua ni arena, sino la hoja de un cuchillo sin mango que al efecto tenía clavado bien perpendicular en el suelo del patio. Bastábale ver que la hoja no proyectaba sombra ni a uno ni a otro lado, para inferir sin errar que era mediodía.

Después se relegaba al cálculo.

Era el recurso usual del gaucho montaraz, y aun del pastor cuando tenían interés en conocer la hora.

A media jornada por filo, pues, hacía la Puma su desayuno, y luego dormía un buen rato.

Agil y lista estaba, cuando las jóvenes se le aparecieron.

—Puntuales —dijo.— Han hecho bien en venir. Hoy temprano estuve en la tapera de los Duendes, y éstos me anunciaron que se acerca la tormenta.

—¿Qué tormenta? ¿los duendes hablan?

—¡Ya! Son de carne y hueso y no se visten de fantasmas. Y tú, Marga, ¿parece que has pasado tu jueves negro?

Las jóvenes se miraron con cierto estupor.

—Siéntense, y no se turben. A mí me llegan las cosas sin quererlo, muchas veces. Allí, en la tapera, tengo mi luz buena que me alumbra y enseña lo que pasa donde otros no ven.

—Si todo sabe —arguyó Paula con aire grave— ¿vendrá guerra?

—Vendrá y pronto. Frutos anda levantando gente.

De un día para otro se presenta aquí para llevarse a los suyos, pero no sin bailar un pericón y mondarse a más de dos guillotes, antes de seguir el norteo. Si hay juego del pato, como dicen, será milagro, porque todo va a ponerse turbio. Vas a conocer a tu padrino, Paula.

La joven le clavó los ojos muy brillantes llenos de viva expresión.

Pasado un momento, sin hacer caso del anuncio, preguntó:

—¿Fue usted, doña Laura, la que puso una jaula en mi alero en estos días?

—¿Una jaula, yo? ¿Qué pájaro tenía?

—Un cardenal azul.

La Puma se sonrió.

—No, hija, yo no he puesto ninguna jaula donde dices. Mano de hombre ha de ser.

—No me has contado eso —observó Marga con reproche.— ¿Son dos, entonces?

—Nada dije, porque no sé si es para mí. Tiene copete blanco.

—Y el otro, ¿qué penacho tiene? —indagó Laureana.

—Punzó como sangre.

Volvió a sonreirse la bruja.

—Tú llamas punzó al rojo de guinda. Y entre la margarita blanca y la flor de achira ¿cuál te gusta más?

La mirada de Paula relampagueó.

—Aunque no lo digas, yo lo he leído en las niñas de tus ojos. ¡Los dos colores! Ya comienzan a usarse. Cuando llegue Frutos no va a quedar ni pimpollo de ceibo en las plantas, porque en el pago todas las mujeres los han de arrancar para adorno, y algunas ha-

brá que pongan en el pecho un manojo de claveles más vivo que fuego de horno en la noche. Dicen que Frutos adora el rojo.[3]

Así hablando la Puma, echó con disimulo la vista sobre Paula.

Esta continuó en su silencio, y con todo el aire de sus malas horas.

Marga, bajo la influencia de su obsesión, como siguiendo el curso de un pensamiento tenaz, dijo lentamente:

—Sí... Parece que todo se nubla de colorado. Yo tengo una planta de rosas así, y del ramo que haga ¿a quién se lo he de dar?...

Paula, recodada, permanecía en suspenso.

Pero, impelida a su vez por lo que a ella tenía absorta, interrogó bruscamente:

—¿No se jugará entonces al pato?... ¿Volverán los policianos?

---

3 Frutos Rivera y Prosper Mérimée — En redor de la personalidad del general Rivera se han urdido en diversas épocas muchas cosas fuera de lo verosímil; y es una de ellas, la que narró en cierta ocasión propicia un eminente académico francés de reputación universal

El literato argentino Dr. Miguel Cané, escribió ha mucho tiempo un comentario al respecto, bajo el título que lleva esta marginal. Mérimée es el sabio a que aludimos, y cuya producción literaria tomó en cuenta aquel distinguido escritor.

Nos complacemos en reproducir algunos juicios del ático estilista, ya que el tema nos toca de cerca y en él figura como protagonista el renombrado caudillo uruguayo.

Dice el doctor Cané:

"El cuento de Mérimée a que me refería, publicado en la "Revista de Ambos Mundos", del 15 de setiembre de 1829 se titula "Lokis", el manuscrito del profesor Wittembach. Es un curioso estudio de costumbres de la Lithuania, de su raro idioma, uno de los que conservan más frescas las huellas del sánscrito, sirviendo de base al tejido una aventura sombría en la que el héroe es un tipo byroniano doblado en un lord Rutterven, como se designa a los vampiros en literatura, después del cuento de Nodier y del drama fantástico de Dumas.

"El profesor Wittembach es un turista científico que ha re-

Ligaba sin duda estos dos hechos con algún otro más importante que embargaba su pensar y su sentir.

—No —dijo Laureana— porque el juego puede convertirse en fuego en estas horas, si se juntan los dos colores. En cuanto a los de policía que se fueron atrás de los intrusos, esos ya no vuelven nunca.

—Ah, ¿no?

—Así como digo. En los huecos de los montes hay muchos duendes.

—Que saben llegar por aquí —observó Marga.

—A veces.

—Pero nosotras queremos saberlo todo, para no vivir en espinas.

—Por hoy, no puedo agregar más. Mañana, apenas despierte por la noche la primer estrella, vengan un momento y saldrán de dudas. Esto, con la obligación de guardarme el secreto, si no van a entrar a perseguirme.

—Sí que lo guardaremos.

---

corrido medio mundo estudiando dialectos y raíces, que se encuentra en la Lithuania atraído por la noticia de encontrarse en la biblioteca del conde Szevoth un importantísimo manuscrito.

"En la comida el profesor se ve en la necesidad de hablar de sus viajes y siguiendo el curso de una conversación comenzada, cuenta que ha pasado tres años en la república del Uruguay encargado por una academia alemana del estudio de la lengua de los charrúas Hasta aquí no hay nada de particular, porque cualquier otro que Mérimé habría alojado los calchaquíes o los querandíes muy gentilmente en la Banda Oriental.

"Pero el profesor da cuenta también de una costumbre inveterada en los paisanos de estas regiones Según él, cuando un "gaucho" (es la palabra del texto) se encuentra en medio de la "pampa" (aquí nos salimos un poco del Estado Oriental) y que la sed empieza a mortificarle, echa tranquilamente pie a tierra, practica una sangría en el cuello de su caballo, aplica sus labios a la herida y absorbe con delicia la sangre del animal

"Que Mérimée no se ha referido a los indios, quienes en efecto encuentran placer en beber sangre, nos lo prueba el

—Bueno. Ahora déjenme, porque está por llegar otra persona.

Más intrigadas que nunca, las jóvenes se apresuraron a salir, prometiendo no faltar al siguiente día.

En realidad, se sentían muy inquietas. Pero no coincidían en temores. La varonil Paula veía ahora acercarse la borrasca con entereza. Aunque el Clinudo se encontrara en el caso de abandonar por un tiempo el pago para seguir a Frutos, como era su costumbre, no la arredraban ni las grescas con su madre Ramona, ni el vaivén de grupos en armas en aquellos parajes. Margarita, menos fuerte de espíritu, se dolía de sus contrariedades y miraba con miedo los sucesos a venir. Causábale asombro ver cómo Paula se reserenaba a raíz de una emoción violenta, y no comprendía su reserva sino como una taimonía incorregible. Sin embargo, algo tenía que agradecerla, y era que con su actitud la alentase y confortara en sus trances penosos.

Andando muy juntas, Paula le dijo de pronto:

---

fin del relato del excelente profesor, cuyas calidades de invención eran seguramente notables.

"Wittembach afirma que la costumbre de beber sangre no está circunscripta a los gauchos, ni es siempre la necesidad la que la impone. En aquellos países todo el mundo tiene algo de gaucho (en lo que dice la verdad). El profesor cuenta que acompañando un día a su amigo don Fructuoso Rivera (el texto dice Rivero), presidente de la República Oriental, pasaron incidentalmente por una carnicería, en cuya puerta se degollaba un carnero en ese momento. Rivera, que era uno de los hombres más cultos e ilustrados que Wittembach conociera, según lo afirma, no pudo contenerse, se arrodilló junto al carnero, aplicó su boca a la herida y sorbió voluptuosamente una buena dosis de sangre, después de cuya operación se fue a la legislatura, donde pronunció uno de sus más "brillantes discursos".

"La verdad es que si Próspero Mérimée, cuya exactitud en los datos y noticias sobre países extranjeros era proverbial, ha publicado esas especies en la "Revista de Ambos Mundos", que tiene casi un millón de lectores, sin que en nuestra tierra, ni en Europa se haya levantado la voz para desmentirlo, no debemos extrañarnos que nuestra vieja fama de caníbales y antropófagos aún se mantenga en toda su energía."

—Mañana nos encontraremos allí, en aquella isleta de talas. No vayas a casa, para que no desconfíen. Yo me allegaré con el Zarco.

Aparte de lo que a ellas interesaba más de cerca, no dejó de preocuparlas un poco el dicho de la Puma, de que los soldados desaparecidos no volverían al pago. ¿Por qué sería aquello?

En esa tarde, se trataba precisamente del hecho misterioso en casa de Faustino y en la del teniente alcalde.

Parecía prevalecer por fin la opinión de una batida formal en los cercanos bosques en busca de los extraviados.

En la elección de los medios se estaba, y en las precauciones a adoptarse, cuando un incidente imprevisto vino de súbito a trastornar los planes en proyecto.

Un gaucho serrano, venido de San Pedro, se detuvo en la aldea a causa de traer despeado su cebruno; e informó que, por noticias recibidas en cierto punto del tránsito, Frutos venía norteando con fuerzas, rumbo al pago.

Esto produjo gran conmoción.

No había entonces más que aguardarlo, pues él pondría remedio a las cosas de manera pronta y eficaz.

Mujica y su compañero, serían hallados aunque fuese en lo más hondo de las grutas o abajo de la tierra.

¿Quién podía burlarse u oponerse a Frutos en caso alguno conocido?

Y, precisamente, de hechos curiosos e invocando a cada paso al caudillo, hablaba en esa hora el Clinudo con otros, junto al mostrador de la casa de comercio.

Un relato hacía Deolindo, y recaía sobre el mejor derecho entre un padre y un hijo a un potrillo orejano aparecido en la manada del primero. Los dos tenían

distintas marcas de fuego. Con tal motivo el payador razonaba en esta forma:

—El carancho ve de arriba al cordero apestao y baja para comerle un ojo enterito; pero el hijezno ya emplumao y que primero lo vido, le gana el tirón por ser nuevito, y se come los dos.

Ansina hizo Juancho con el tape Verdún, cuando éste acordó ponerle marca al potrillo ajeno metido en la manada.

—En eso de caranchos, habería mucho que platicar —decía el Clinudo.— Los corderos enfermos se curarían sin que perdiesen los ojos, si la polecía matase los caranchos dejando el pago limpio, en lugar de amojosar las tercerolas en un rincón de la comesaría, como si juesen frenos muleros. Pero de esto, naide más que el gobierno tiene la culpa. En el caso de Juancho entre hijo y padre, me quedo con el hijo que madrugó al viejo.

—El teniente alcalde asigura que aquí naide madrugó a naide.

—¿Y entonces?

—Entonces, que el potrillo es del vecino, aunque tenga la marca de Juancho.

—Ha que esperar que venga Frutos para salir de lo escuro de ese negocio.

—Dispués hay otro —recalcaba Deolindo— y es que todos están disgustados porque la mujer castiga a Faustino. Hoy a la siesta se le jué la mano, y le lastimó una oreja con un corbacho de güey.

—¡Vea el diablo!...

—El vecino Casildo se quejó al teniente alcalde diciendo que él no lleva cuenta de los lonjazos; pero que a ocasiones no lo deja dormir la tinguitanta.

—¡Si peligra la verdá!... ¿Y cómo un hombre

tan guapo en la guerra se amaula ante la hembra barrigona? ¡Si es fieraza! con una barba pelada como papo de iguana.

—Naide sabe, sino que hasta le pone "pie de amigo" en cuanto se encocora un miñanguito. El alcalde contestó que esa diferencia la arreglaría Frutos, porque con él era mansa doña Ceferina, y a más, porque no estaba ese pleito en su encumbencia, ni menos quitarle a una mujer el estrumento con que retruca.

Como se ve, todos confiaban en el poderoso caudillo como en un ser indispensable para los menores asuntos privados, y lo describían multiforme, fuerte, irresistible. El sable le había caído del cielo.

Sin duda estos juicios pecaban de fabulosidad. Pero los fabuladores, acerca de sus hechos, estaban convencidos de que no había diferencia ninguna entre sus aseitos y la luz meridiana.

Para ellos, sus mismos defectos eran virtudes.

En los grandes despoblados del latifundio, se veía vagar su sombra a toda hora, una sombra gigante de protección, de amparo, cuasi bendita.

Si se preguntaba por algún forastero a las paisanas viejas o jóvenes el motivo de tanto afecto, daban como fundamento que era el padrino de todos los hijos.

—"E raçao de primeira plana" — repuso un día el general Barreto a una abuela centenaria. "Porém, é sò por isto?"

—Frutos siempre es el gobierno, aunque haya gobierno.

—"Entao, é mais que raçao".

XII

PROTEO

Tenía en rigor verdadera pasión por el mando. Constituía en él una segunda naturaleza. Es verdad que sin conocimientos teóricos, sin nociones de escuela técnica, sin dotes adquiridas de tacticógrafo, poseía ciertas aptitudes especiales desenvueltas en sinnúmero de lances militares y dramáticos episodios de vida aventurera.

Desde el albor de sus años sobresalió por la audacia, la baquía en el terreno y el espíritu activo. Este era vigoroso y su físico de muy sólida contextura.

A muchos hombres de condiciones nada comunes, los primeros contrastes bastan para anularlos. Ellos mismos se restan y desaparecen en el silencio del desengaño.

En Frutos, por el contrario, el revés era un estímulo para incitarlo a la victoria, al punto de obtenerla poco después de haberle sido arrebatada. Sabía bien que en guerras irregulares, y aun en las que no lo son, los que han logrado el éxito en pos de largas fatigas, se entregan a expansiones a base de un descuido, muchas veces fatal, pues no siempre el pánico acompaña a los que huyen si su jefe se impone al desastre.

El se imponía, aminoraba sus efectos, restablecía la moral y renovaba el ataque.

En todos sus movimientos había mucho de la gambeta del ñandú y del rastreo del yaguareté. Sus marchas y contramarchas, sus avances y repliegues sin re-

glas ni planes preconcebidos, por impulso ciego, por arranque instantáneo, le fueron de fortuna varia, pero nunca domaron su fibra. En la retirada del Rabón mantuvo largas leguas en jaque a las aguerridas tropas portuguesas. Más tarde, a raíz de la derrota del Aguila, ganó Rincón con fuerzas siempre inferiores.

Decíamos que sufría una especie de obsesión del mando en cualquier esfera. A ella, todo lo sacrificó. Fue tercero excluyente, rara vez coadyuvador respecto al predominio. Su vanagloria se inflaba en la medida del aumento de su enorme prestigio. No admitía émulos ni rivales. Habíase asimilado las energías del terrón por el contacto permanente con hombres y resabios, al punto de que ni en las fiestas solemnes se daba a otro la prioridad o se rendía el homenaje.

No tenía él la culpa de ser así loado, porque todo propendía a dar auge al personalismo en época en que se adoraba la valentía como virtud excelsa.

Por otra parte, el medium era todavía precario en materia de cultura y elevados pensamientos.

Desaparecido el régimen colonial, de él quedaron en el elemento rancio a manera de cuadros dobles resistentes al final de una batalla antigua, la tenacidad de raza, la soberbia, la porfía, la oposición sorda a lo nuevo, y muy especialmente la arrogancia en los hombres de algún mérito, de creerse los más respetables, y que se destacaban en la milicia y en el comercio fuere por el valor, fuese por honradez de tradición. En ese concepto no admitían otra superioridad que la propia, y arbitraban todo género de obstáculos a la preeminencia de otros útiles y capaces: características de una sociabilidad en formación, donde la vida del urbe apenas se bosqueja, porque aquella no ha logrado des-

prenderse aún del cascarón de la aldea, ni las almas se alzan más arriba del campanario primitivo.

Tiempos cuasi bíblicos de agrupación chata, rutinaria, soplona y zizañera, en la que se oraba antes y después de las comidas, como se rogaba con las manos juntas al acostarse y al levantarse la bendición de la abuela, sin perjuicio del cultivo de un fondo de malicia o protervia que con frecuencia daba sus frutos.

Tiempos primarios en que el cielo tocaba la copa del sombrero de panza de burro, y no faltaban en los campos quienes anduviesen vestidos de cueros o de plumas.

Pues, de aquel espíritu mal avenido y estrecho, de emulación diaria y tendencia egomista, lleno de asperezas, negaciones, risas y burlas sarcásticas, que por desgracia hoy se conserva, aunque sin "cuyapí" y desplumado; de esa modalidad por esencia díscola, Frutos era un plasmo clásico y correcto, la encarnación típica de los díscolos, en tierra donde los vibriones de la herencia encontraban abundante vinagre para crecer y multiplicarse.

En su puericia no conoció reglas ni lecciones de moral, salvo castigos paternales severos por sus desórdenes, que en vez de corregirle acentuaron en él el despego al hogar y la familia. Las prácticas de su vida libre, fueron desde luego ajenas a toda noción clara y correcta de preceptos éticos. Si en su espíritu rebelde y turbulento se impuso alguna vez la moral, lo fue sin duda en forma rudimentaria; pues, obrando siempre por ambición y por cálculo, sus actos todos prueban con elocuencia que el raciocinio era pobre, la conciencia muy tarda, el instinto asaz desarrollado y el impulso dominador. El sacrificio de los hombres en la guerra le fue siempre indispensable. Y ¿por qué no aña-

dir, que también la propiedad y el honor? En esto no discrepaba de la conducta seguida por muy famosos capitanes. El sacrificio de los que obedecen a ciegas, siempre constante, sirve bien a la ambición, y crea en el espíritu del que la aloja y nutre, el convencimiento de que eso es tan natural como lícito desde que se es reacio a la paz y se carece de los dones de probidad y rectitud que debieran integrarlo. Todos los tiranos o simples mandones se han guiado por el instinto más tirano todavía, que va más allá del bien y del mal. Si de esto resulta lo que con arreglo a la teoría nietzscheana se ha dado en llamar super-hombre, entre otros lo fue Frutos. Se aleccionó y formó para ello, sin sujeción a la patria potestad ni a la autoridad de la ley. Le era propicio el terreno en que se habían desenvuelto sus aptitudes especiales. Siguió por sistema ideas y planes de consejo, y preconizó la constitución y las leyes hasta donde convenía, porque era de carácter liberal. Después obró por cuenta propia. Nunca le repugnó el tufo de la matanza empeñado en la contienda, ni profesó culto a un ideal impersonal definido, de que no podía encariñarse por exceso de egolatría. Lo que en Frutos obstó a que incurriese en mayores errores o actos reprensibles, lo fue cierta suma de bondad que delinea un perfil más en la proteica estructura de este hombre extraordinario.

Embargábanle los placeres y distracciones ligeras, llevándole lejos sus entusiasmos y ardentías.

Al galope firme solía andar veinte leguas en una jornada para asistir a un baile, en el que veía transcurrir la noche sin los menores síntomas de cansancio.

Danzaba bien, era sociable, decidor y ocurrente.

Las gracias de su verba hacían contraste con la incoherencia de su escritura. Poca diferencia se notaba

entre una carta suya y la de un niño principiante en cuanto al sentido común y ortográfico. Oscura, arrevesada, e incompleta de términos, había que releerla y escudriñarla hasta descubrir el fondo, si se descubría; que a veces más fácil era descifrar un acertijo. La intención estaba tan oculta como la idea huraña en una estrofa actual decadente.

Enamorado a derechas, gustaba de las rápidas conquistas, y aún de las que le ofrecían serias resistencias. No siempre galopaba veinte leguas por el solo capricho de descollar airosamente en un pericón; pues atento como lo era con las damas, aprovechaba esa oportunidad para cumplimentar a más de una comadre hermosa, o a las que no conocía sino por referencias sugestivas.

Gozaba fama de emprendedor con suerte. La presencia de extraños en la sala de la fiesta, coartando un poco su acción o suscitándole antagonismos, hacía poner en juego su espíritu de travesura y apelaba a la artimaña entonces, como medio de ahuyentar intrusos.

Cuéntase que una noche, hallándose en pleno sarao criollo, recibió aviso de que un renombrado general argentino con varios acompañantes se aproximaba al sitio, muy ansioso de disfrutar horas de solaz, después de otras bien largas corridas a caballo con ese único propósito. Frutos que no le tenía afecto, mandó a los guitarristas que cesasen en el rasgueo; y al propio tiempo ordenó que se apagaran las luces, lo que se hizo con premura, retirándose él y sus camaradas por los fondos.

El general llegó a poco, y dándose cuenta de lo ocurrido, al resplandor de un candil, intimó a dos de los músicos que no habían logrado escurrirse a tiempo, que tañesen en el acto; y ante su negativa, arrebató al

uno la guitarra y la rompió en la cabeza del otro. Las mujeres se encerraron en sus aposentos asustadas, y todo quedó de nuevo en tinieblas.

El jefe argentino que era de altivo continente y reputación de tenorio, prometió en alta voz al retirarse tomar el "desquite".

Y no tardó esto en suceder, porque en vísperas de guerra internacional, el encuentro era frecuente entre uruguayos y argentinos.

Otra pasión favorita del caudillo, era la del juego en todas sus fases y variantes.

En esto tenía muchos imitadores. Pero ninguno prodigaba tanto ni alcanzaba su nivel. Le era propio, ingénito, peculiarísimo jugar lo suyo y lo ajeno. Pagaba hasta donde podía sin quedarse con una moneda; y luego seguía "al crédito", calculando el auxilio que estaba seguro de encontrar en los ahorros pecuniarios o bienes semovientes de sus amigos y compadres.

A ocasiones, no se cuidaba de comunicarles sus apremios, y hacía uso de los que tenía a mano de pertenencia de aquéllos, para cubrir los huecos, ya se tratase de excelentes tropillas de caballos o de ganado en flor. Si la fortuna se ponía de su lado, devolvía lo así expropiado; en caso adverso no daba importancia a la cosa, pues en definitiva los bienes del terruño eran comunes.

En este sentido era tan avariento de riquezas, cuanto listo en dilapidarlas. Disponía sin escrúpulos del tesoro público como del capital privado. Se deslizaron algunos millones entre sus dedos, en tales encantos de la vida ociosa: carreras de caballos, partidas de naipes o de tabas, riñas de gallos, lances de sortijas, obsequios a comadres y otros menesteres de la popularidad

y el prestigio, de acuerdo con las exigencias de la época.

Nunca hacía cuestión de la pérdida, ni desmentía su alegre talante.

A veces tendía lazos con sutil astucia, o hacía travesuras con sin igual destreza, y no pocas, llevaba al contrincante "con cabresto" — según su jerga familiar — a la misma cueva en que habría de cortar el ojal de la soga: ni más ni menos que el aguará o que el zorro azulejo, que en esto de zorrerías fuera tiempo perdido llevarle la competencia.

Cierta tarde, en un reñidero de gallos, el ya mencionado general argentino, asistente al acto con algunos de sus camaradas, apostó a un "batará" criollo en pelea con un amarilloso morondo de iguales pujos. Como Frutos advirtiese que el porteño "alzaba el gallo", sin duda con intención, desde un extremo del círculo recogió el guante con entereza.

Ocurrió entonces el "desquite".

—Con usted no juego — gritó el general.

—¿Por qué razón?

—¡Porque usted no paga!

—¿Qué es lo que usted dice?...

Todo esto en voz formidable.

Sobrevino un tumulto y cambio de frases como venablos.

Luego... la riña continuó. [4]

Jugador empedernido, estaba habituado a escenas análogas, que él concluía con grandes risas o chascarrillos. En su gama de recursos primaban la burla y la

4 Antagonismos — El militar argentino aludido en este capítulo, lo era el general don Lucio Mansilla, jefe del estado mayor del ejército republicano en la campaña contra el imperio del Brasil, y vencedor en el combate de Ombú.

sátira, ya al desnudo o enveladas, cuando quería prevenir a la vez cualquier disgusto o dejo amargo.

A ratos, se desprendía con habilidad de ciertos defectos de educación y de carácter, sea porque el cambio de ideas con hombres ilustrados influyera en su temperamento dúctil y maleable, ya porque a ello lo indujeran vistas más claras acerca de su misión como personalidad espectable en circunstancias difíciles, o de calma y reforma.

Todo aquello que de tosco, grotesco o cerril pudo haber conservado por su antiguo contacto y compañerismo con "matreros" y contrabandistas en los comienzos de su juventud, fue desapareciendo en la forma del trato y de las costumbres civiles del caudillo en el mismo grado en que crecía en su espíritu la fuerza de su poder y de su influjo personal sobre los coetáneos. Reservábase las mañas para casos determinados. Era inteligente y suspicaz. De la astucia hacía caudal en situaciones extremas, aun cuando el problema fuera nudo. Buscábale muchas veces "la vuelta" antes de cortarlo con la espada, como si se tratase simplemente de un nudo "potreador".

Con tal de mantenerse en la escena política sin mayor merma de sus ambiciones, transaba con el oposit y cedía o no de verdad por grave que resultara el conflicto.

Sometióse así al dominio portugués, y luego al brasileño mediante grados y honores. La iniciativa de los Treinta y Tres lo sorprendió con el empleo de brigadier y la comandancia general de campaña.

Cogido prisionero por hábil estratagema, "se le halló en la cartera una autorización para que ofreciese mil pesos al que le entregara la cabeza de Lavalleja y otros mil al que presentara la de Oribe".

Fue este último jefe quien puso al caudillo en poder del primero. [5]

Como él pidiese que se le respetara la vida, se le dijo que podía estar tranquilo.

A solas y en larga plática, lo pasó ese día con Lavalleja, y se les vio juntos y contentos horas después.

Frutos ocupó puesto de importancia en la fuerza invasora y su conducta fue aclamada.

No se sabe de qué medios se valió para abonar la sinceridad de sus móviles, aunque bastaría para adivinarlos un paralelo sobre el poder de cerebración de los dos conferencistas: ingenuo y bondadoso el uno, vivo y sagaz el otro, confiado y sin malicia aquél, éste socarrón y travieso, con la elocuencia propia del que doma voluntades. Por otra parte los ligaba vínculo espiritual.

El hecho es que Frutos cumplió su promesa, más allá de lo que pudo haberse creído, siendo ese período histórico el más brillante de su vida guerrera.

En la multitud de fases de su carácter, estaba realmente el secreto de su fuerza. Como el batraciano o el pólipo de formas irregulares e inconstantes de que hablan los naturalistas, cambiaba, disfrazaba, metamorfoseaba sus aspectos y posturas, al punto de que no coincidían muchas veces en criterio respecto a sus facultades y propensiones sus mismos familiares. En él, los colores más encendidos, para completar la imagen, paulatinamente iban empalideciendo hasta esfumarse; y pronto renacían o se estacionaban en el término me-

5 CABEZAS A PRECIO — "Exposición" del general don Juan Antonio Lavalleja, publicada por "El Investigador" el año 1833 en su numero 14 Fue el fundador y era el redactor de este periódico don José Rivera Indarte y su colaborador más distinguido el señor Santiago Vázquez.

dio, para concluir por irse a los extremos de tornasoles o de matices intensos.

Gastaba buena labia con gente aviesa, empleando su lenguaje peculiar y gesto amansador, gesto "de reserva" con el macho bravío; como lo era también la que usaba con personajes, suave, de cazurro avezado, discreto, a ratos taciturno.

De ese fondo de "reserva" hacía brotar el diálogo ameno, acariciador, simpático con los hombres de trabajo ajenos a intrigas y contiendas, amoldándose al modo de ser y de pensar de los humildes y honestos, con una elasticidad pasmosa.

Con las mujeres era obsecuente y fino, de verba melosa y animada. No padecía de erotismos, si por esto han de entenderse las pasiones de ternuras abrasadoras, las fuertes y ciegas que degeneran en erotomanía. No era para él la locura de amor. Pero, cuando se le hería en la vanidad, el encelamiento y el capricho obstinado hacían las veces de aquéllas y rendía tributo al dios primordial del mundo hasta obtener la victoria.

En su mocedad impetuosa tuvo de estas preferencias, y en edad madura infinitas comadres, lindas, regulares y feas: unas fascinantes, otras soflameras; ya blancas, ora cobrizas; jóvenes y viejas quintañonas, que de todo había en su vida. Sus visitas a las primeras solían ser como ahora se dice, con boleto de vuelta fija; y a las segundas con el de tornaviaje.

Según las versiones circulantes en aquellas épocas, fueron muchas las agraciadas con sus galanteos de tonos criollos, y no pocas las que merecieron constancia en su afecto; lo que importaba otra singularidad en Frutos, porque su única constancia como virtud reconocida era la de mantenerse en el terruño a pesar de

los recios golpes que recibiera, cual si en rigor, y en él, las energías de Anteo hubiesen dejado de ser un mito.

Ante el número considerable de sus ahijados y prohijados, amigas y comadres, Rosas le aplicó el mote de "padrejón", con su habilidad especial para acertar con el barbarismo más adecuado a falta de vocablo castizo. [6]

Desnaturalizando a su vez el apodo los que no entendían más que el lenguaje rústico le llamaron "pardejón" con evidente impropiedad, pues eso no era exacto; y el nuevo epíteto se hizo tan común, que más tarde se estilaba en los mismos partes oficiales de sus enemigos, pareciéndoles acaso de mayor eficacia para el objeto de aquel con que lo bautizara el formidable dictador argentino.

Se ha avanzado el juicio de que el "caudillo" como tipo singular, fue un producto de la cruza o mestización. Posteriormente a las grandes primeras luchas, tal vez ese criterio tenga en qué fundarse. Pero, si por "criollo" — lo que es distinto — ha de entenderse al hijo de padre y madre españoles nacidos en tierra uruguaya, preciso es recordar que por su raza de abolengo, el patriarca Artigas, era modelo de la caucásica pura, como sus hermanos, y como Lavalleja y Oribe. Rivera, a quien se le apodaba "el coco" por su tez morena subida, no está probado que proviniese de mezcla. Sus propios rasgos fisonómicos distintivos, según reproducciones gráficas, inducen a creer lo contrario al mote que se atribuye a Rosas, sin ser exacta esta versión, pues existen testimonios respetables que así lo abonan.

6 El padrejón. — V. Lucio Mansilla: Rozas, pág. 39.

Cierto es que, para consagrar falsedades que no siempre el tiempo desvanece o para dar torniquete a una frase, no hay como el vulgo-pedorrero, el cuentista más zafado e impenitente de los que suelen asesorar la historia.

En la guerra procedía por inspiración propia, aunque no dejase de oir las opiniones de jefes maniobristas que se le incorporaban en sus campañas, solos y a la aventura; héroes sueltos que vagaban en busca de apoyo o puerto de arribo, acosados por mil contratiempos como los de la odisea por olas y tempestades.

Se tenía fe para el choque. Cuando se proponía se excedía a sí mismo y al peligro, corría el riesgo, afrontaba las consecuencias, pues alentaba buena suma de valor colectivo. De su coraje puramente personal, nada de concreto dicen los anales que narran sus proezas, pero tampoco se lo niegan.

No había sido educado seguramente por pedónomo espartano, ni por centauro alguno que le enseñase el arte de vencer: se estaba a sus fuerzas y por ello, sus planes sobre el éxito eran casi siempre erráticles. A pesar de todo no dejaba de acometerlos, confiado en la parte de casualidad que interviene de continuo en los lances de guerra, y que no está en el espíritu previsor del general más afortunado. El evento — como él decía — solía ser su mejor aliado. Poco importaba trabar sin reglas la acción, si el enemigo venía mal orientado, y al primer encuentro sentía la contundencia del golpe, trepidaba, se embolsaba en una barra, se corría sobre un bañado o tomaba los palos de un corral por infantes en despliegue a causa de la bruma

al romper de una mañana. No había entonces que cejar. El que pone mayor aguante es el que triunfa.

Así, por una carga sin orden de las tropas de Dorrego, quien tomó postes por hombres, o consideró tal vez que todo era cuestión de una sableada, obtuvo la victoria de Guayabo, completa y decisiva.

De igual modo, por un avance desacertado de la vanguardia de Oribe al meterse en columna en una especie de gola formada por bosques, y cuyo potrero amplio dominaba la caballería revolucionaria en línea, apoyada por reservas bajo el mando de algunos de los "héroes sueltos" a que aludimos, rompió lanzas con fortuna, y sus clarines echaron diana de triunfo bien señalado en Yucutujá.

La niebla fue su aliada en el primer episodio, y aquí, la falta de toda táctica y del menor tino en el movimiento ofensivo, habiendo en el campo contrario bien a cubierto, un haz de energías y otro de audacias combinadas para lanzarse con arrojo al asomo del montón informe desprevenido.

No era un general. Tampoco un estratégico. Menos un maniobrista. Pero, con no ser más que un montonero experto, tenía un poco de todos.

Descontados sus golpes "a tientas" resulta siempre un saldo a su favor, que no dará talla al soldado, pero sí relieve histórico al hombre de acción.

Con vistas más atentas, en la batalla del Yí, Oribe volvió a darse la derecha.

Frutos inició la guerra de recursos.

Con relación a ciertos y determinados actos, se ha creído encontrar algo de protervia en el fondo de su temperamento. Se alude a que solía fusilar. Y también a las demasías en que incurrían sus tenientes. No hay duda de que, como caudillo celoso de conservar el he-

chizo de las proezas, toleraba en exceso. La disciplina rígida del collarín y el uniforme, no era de sus filas. Veía levedad en lo que otros notaban gravedad, sobre todo si los acusados del hecho se imponían a su juicio por sus cabales. No valía la pena castigar a los fuertes porque se les fue la mano, cuando de ellos había menester en la hora de prueba. Así, por única respuesta, limitábase a decir con aire concienzudo: esa lanza no es para otro brazo.

En puridad de verdad nunca demostró índole sanguinaria aun en crisis muy violentas o bajo el peso de contrariedades irritantes. Desagraviábase humillando. Esto también era duro y creábale temibles rencores. Muchos habrían optado por la pena capital.

Siempre se ha pregonado que el prisionero de guerra, aunque sea en guerra a lo Sila, no es un liberto; más digno de la magnanimidad del vencedor, si ha sido inutilizado en la pelea y no rendido a discreción.

No lo comprendía Frutos así. En alguna forma tenía que dar suelta a sus pasiones y resentimientos, y al hacerlo, olvidaba a veces el respeto que se debe al infortunio.

En cierta ocasión solemne, después de una lucha heroica mantenida dentro de muros de una ciudad, hizo comparecer al jefe de la defensa, que era un bizarro catalán; y luego de interpelarlo por qué había resistido al punto de sacrificarle muchos de sus hombres, oída la contestación que fue altiva, desfogóse iracundo imprecándole: "¡qué se le ha figurado so nalga embreada!". Y acompañó la frase despectiva con la punta del pie derecho.

Afírmase que la frase fue más cruda.

En idéntica oportunidad, hizo también venir a su presencia a un joven oficial, cuya única tacha era la

de ser ayudante de uno de los secretarios de estado; y con su habitual verba burlona díjole: ¡ministril, cébame el mate!

En cambio, su talante variaba ante otras impresiones.

Como se le anunciase que la legión de vascos franceses a su servicio seguía cometiendo atrocidades en la ciudad rendida, ordenó que de allí fuesen sacados a viva fuerza.

Pasaba así de lo cómico a lo trágico, con admirable desplante de modalidades; de la grosería burda a la fineza un tanto refinada, del agravio sin medida al arrepentimiento, de la conducta denigrante para con el vencido al proceder enérgico con sus propios soldados vencedores que ensartaban hasta criaturas en sus aceros.

De igual manera se escurría de la infidencia a la lealtad, del juramento al perjurio, de la promesa formal al chascarrillo. Sin sus frecuentes contradicciones, no hubiese sido original su temperamento.

Sin embargo, en la matanza de la Boca del Tigre vio consumada la felonía impasible, como que él mismo la había decretado.

El Frutos lógico y razonador no se concibe, sin la resta completa del Frutos verdadero.

Sustraer de la escena el Frutos verídico para reemplazarlo por un caudillo ideal, importa tanto como sustraer al país sus defectos y resabios, para sustituirlo por una república de Platón.

Poseía como complemento de su genio activo e infatigable, la habilidad del baqueano y el don de "rumbeador". A estas dotes nada comunes, debió quizás la suerte de sorprender en diversas épocas al enemigo con pocas pérdidas de su parte; o de retirarse ante

un malogro a la luz del sol o entre las sombras, a lugares sólo por él conocidos que pudiesen servirle de refugio seguro, al propio tiempo que de posición favorable para detener el avance de los perseguidores.

Sabía del terreno como de sí mismo. Solía en la noche extraviarse dormido en el caballo, pero si era un bosque el que tenía delante, bastábale moverse al tranco a diestra o siniestra para dar con un rastro, e incontinente, con el vado del río o arroyo.

En los despejos circuidos de cerros, al fulgor de la luna, indicaba de lejos con la mano el paraje sombrío del monte donde estaba la picada mejor, y aún añadía de qué calidad eran los forrajes del campo opuesto.

Con fundamento o sin él, se ha hablado de baqueanos conocedores del sitio con sólo paladear algunas de sus hierbas. No hay testimonio de que Frutos fuese de este género de centauros. De cualquier modo él era capaz de andar listo y certero en medio de las mayores espesuras, de entrarse y salir de un dédalo de serranías, y de esconderse en las grutas y marañas con la destreza de un félix-onza.

Cuenta una tradición repetida por indios viejos muchos años atrás, que Frutos fue el primero en internarse con su gente en la intrincada sierra del Infiernillo, cuyos abruptos picos y morros circuidos de abismos, no ofrecían al viandante sino seguridad plena de perderse en el laberinto sin esperanza de reencontrar el camino recto.

Sucedió esto durante las desavenencias con Lavalleja, pero en el fondo por su inquina a Alvear, a quien no quiso seguir en su campaña contra el Imperio, ni subordinarse a su mando superior, cediendo como de

costumbre a sus hábitos de independencia y de acción libérrima, sin reatos ni rigores de disciplina.

Disculpaba su actitud diciendo que en cambio iba a recuperar el territorio de Misiones, que consideraba parte integrante de su patria; efectuando en realidad una campaña de éxitos y despojos facilitada por la reconcentración de las fuerzas disponibles del Brasil contra el ejército republicano.

Frutos se entró en la sierra del Infiernillo, según la tradición, para eludir se le diera alcance por las tropas nacionales, enviadas en su seguimiento a las órdenes de Oribe.

Para los pocos hombres que le acompañaban, el sol nacía a la izquierda porque allí lucía en la mañana, y para él a la derecha aunque de allí no irradiase.

En las vueltas y revueltas por los pequeños valles, parecía escoltarlos la estrella al surgir; y siempre marchando, al día siguiente se mostraba a vanguardia esplendorosa, como guiadora traviesa que se deleitara con desviarlos más y más de toda senda conocida.

Pero Frutos sabía "rumbear", decían sus soldados con profunda fe.

Sólo cuando faltaba la claridad y se extendían las nieblas, la columna hacía campamento. Desde el amanecer se domaban potros serranos para montar bien los escuadrones.

Después, andando con tesón en medio de salvajes asperezas y nunca hollados matorrales, entre cordilleras de montículos con coronas de piedras, desfiladeros y terreras formidables, mapa de naturaleza virgen sin otras señas de tránsito que las que dejaban las manadas de baguales, las piaras "matreras" de vacunos, y aún el paso de la tribu errante en la caza de la gama y el ñandú; así andando sin desmayo con su gente eru-

da, el jefe aventurero trepó a un calvario un hermoso día, y señalando al frente una extensa loma sin crestas ni terronteros, exclamó satisfecho: ¡la cuchilla Negra!

Era el fin de aquellas arduas jornadas.

Pero en el trazo intermedio, enormes barrancos cubiertos de arbustos y plantas silvestres ofrecían nuevos peligros. Para arrancarse al fin del Infiernillo, utilizó el servicio de un indio viejo, que en su juventud fue sin duda como el cancerbero de la comarca que conocía a jemes, y quien lo condujo en largo trayecto de rodeos a la cuchilla Negra.

De allí se avanzó rápido a la frontera y entróse al Brasil por lugares solitarios. Rindió y desarmó varios destacamentos aislados, estableció a su modo el gobierno de los siete pueblos, y organizó algunos regimientos con indígenas de las reducciones. Celebrada la paz, los territorios así conquistados fueron devueltos contra la voluntad y planes del caudillo.

Algo de nostalgia había sentido en medio de sus fáciles triunfos, y apresuróse al regreso.

El runrún de la victoria moral conseguida después de Ituzaingó, con el tratado que la subsiguiera, fue acicate a sus anhelos. Parecíale que su presencia era indispensable en la escena y precipitó las marchas por derroteros más cortos, trayendo cuatro runflas gruesas de guayaquíes, militarizados por su hermano Bernabé, pues convenía con fuerte cohorte la vuelta a los pagos.

Amaba el terruño con todo el vigor de sus instintos, con el amor a la querencia hondo y tenaz, de que no pudo desprenderse nunca a pesar de continuos golpes y reveses.

En esa querencia era muy distinto al de otros campos el aroma del trébol que se olió en la infancia, y el que emana al rozarla, de la manzanilla en flor.

Así que cruzó los lindes y vióse en tierra uruguaya, afírmase que lanzó un grito de águila celosa que torna con la presa a su nidal de la sierra; y que, arrojándose sin tocar estribo del caballo, tiróse en los pastos donde rodó como una bola retozando de alegría.

Puede decirse bajo este aspecto de pasión localista, que era terrícola por excelencia: porfiado, cabezudo, de una terquedad y un ahinco indeclinable, resabiado y pendenciero por idiosincrasia, asemejándose al "sombra de toro" en la firmeza de las raíces y en su singular estructura para oponerse al viento de las borrascas en defensa de los árboles más débiles del bosque.

Su suelo nativo no podía ser un terrazgo ajeno, tal vez porque lo consideraba propio, suyo particular.

Explícase así su eterna disputa, que no debate, con sus adversarios, doquiera los hallase, fuera o dentro de su tienda.

Rayaba muchas veces en insolencia con el extranjero y con el amigo. Y cedía también otras tantas.

Al primero, lo resistía armado según las conveniencias, o lo servía bajo condición; al segundo, lo retenía a su lado, aunque siguiese injuriándolo, y de él recibiese réplica grosera, porque a pesar de todo sabía reconocer su valimiento y ayuda.

Gracejeaba a veces con talento. En su grajea de ocurrencias las había de buen gusto, pero también toscas y mordaces.

En la serie de las que desgranaba, especie de rosario de cuentas multiformes en entrevero caprichoso, la ironía era la reina, una reina gorda como la cuenta del Padre nuestro. Zahería de continuo y por cualquier causa. Estaba en su índole el sacrificar un sentimiento respetable a un chascarrillo o a un chiste burdo, aunque luego procurase atenuarlo. Como las amistades for-

males no se conservan más que a costa de recíprocas consideraciones, nutría así en lugar de duraderas simpatías fondos de amargura. si bien en apariencia aquellas siguiesen manifestándose, a pesar de sus pertinacias de jaqueador acrimonioso. Todos pugnaban por tenerle contento. Se le miraba hasta como árbitro de los destinos privados. Tal conciencia se había formado el caudillo de su valer propio. que la menor contradicción resultaba a los demás imprudente, cuando no peligrosa. El buen callar era para éstos la consigna.

Detrás de un improperio, Frutos tenía un gesto jovial o un abrazo afectuoso. Como él olvidaba, deseaba olvidasen.

Después de haberse zarandeado largo tiempo con Anacleto Medina, con él compartía el mate y le hablaba formalmente de las próximas operaciones militares, como si nada hubiese ocurrido entre los dos.

El misionero adusto que lo miraba con ojo torvo, concluía también por departir con gràvedad y separarse de perfecto acuerdo. Luego. los mensajes verbales se reanudaban por cualquier disgusto, como quienes descargan escopetas con sal gruesa sobre zorros dañinos. Por último, nuevos acercamientos "para tratar urgencias" con la mayor seriedad.

Medina que había llevado coraza y collarín, acudía solícito y ponía mucha atención a quien nunca había conocido regla alguna disciplinaria. Al retirarse de esas entrevistas, el antiguo coracero solía murmurar con sorna: "el coco" — aludía al color moreno de Frutos — ha andado cuerdo por esta vez". A su turno, el caudillo decía riendo: "el indio tiene más conchas y retobos!... Y eso que se ha quitado el latón viejo del pecho".

En círculo de vivac recordaba con frecuencia a La-

valleja, y era ésta una de sus frases: "el simplazo de mi compadre propala que yo soy un poco sierpe".

Lo que en verdad el buen Lavalleja repetía como estribillo obligado, era este dicho de ingenua presunción: "¡mi compadre me sueña!"

El elemento intelectual que al principio rodeó a Frutos con ánimo de orientarlo en sentido de proyectos precoces, era superado por otros más numerosos e impulsivos. Esto sucede a cada paso en la historia vieja.

El caudillo escuchaba y accedía hasta cierto punto, pues de allí no le dejaba pasar la gente de acción, nervio de su prestigio.

Este mal gesto, común a las parcialidades tradicionales, dañó a un pueblo viril, porque importaba desdeñar la suficiencia, siendo la suficiencia la que manda, no el valor. La desdeñó, con peores consecuencias que las del desprecio de Lavalleja a los cañones.

Preenunciamos que el Frutos razonador y lógico, no se concebía sin la sustracción completa del Frutos verdadero.

Las muchedumbres que andan se asemejan a los grandes ríos. Todo lo perturban, transforman y arrastran. Pero, esas multitudes se mueven por pasiones profundas, por grandes causas o motivos, y quien mejor las encarna de un modo visible, palpable, evidente, es el que las ha despertado, el hombre de acción de suyo imponible. El hombre de la mayor fuerza orgánica, como dice hoy Max Nordau. Tal fue Artigas. Bajo esta faz, Frutos quedó solo, y llenó sin control el vacío. Después de Artigas, se impuso como el primer gaucho del país; y conseguida la independencia, como el primer desgobierno de la República. De aquí la causa directa e inmediata de hondas calamidades.

Así, el Frutos real, se había asimilado e identificado de tal modo con la índole, las costumbres, las virtudes y los vicios de sus coterráneos, que era decirse puede, el espíritu mismo del país; del país que había sido por siglos ibérico, por semanas británico, por meses argentino, por décadas portugués, por años brasileño, sin llegar a comprender otro idioma que el hispano colonial.

Los cabildos pasaron por cada una de esas transiciones y crisis agudas, adaptándose a cada nuevo dominio, como entidades precarias condenadas a la ley del más fuerte.

Personalidades prominentes se amoldaron a las circunstancias sin protesta, para mejor conjurar conflictos de futuro, y aceptaron blasones y cruces, baronatos y prebendas.

Anarquizada la gran aldea y sin norma los pagos, después de alejarse Artigas para siempre, las resistencias y propensiones naturales de todos ellos parecieron encalmarse, aunque en realidad palpitasen sordamente.

Frutos las recogió, las condensó, las concentró en su persona sin él vislumbrarlo; se hizo a grados dueño del conjunto de fuerzas dispersas, y de ahí sus cambiantes y golpes de efecto; todos los instintos, todas las energías, todas las mañas en un solo haz, de los que pudo disponer como de armas apropiadas, según la época, quedaron en sus manos. Lo convirtieron en plasmo de su tierra natal. Lo modelaron caudillo prepotente. Y aún perdiendo tesoros y varios ejércitos, obró como quiso en cuatro lustros históricos.

En la época de este relato, el sistema personalista implantado por Frutos había hecho mucho camino.

La renta pública proveyó a las exigencias más desmedidas en el primer período llamado constitucional;

acaso, porque la costumbre de disponer sin trabas ni cortapisas, no había sido fácil de combatir y eliminar en los primordios de una vida nueva. [7]

La intemperancia en los gastos fue norma de conducta en los peninos, como si en realidad se hubiese creído que los impuestos creados para sostenimiento del estado, lo hubieran sido para el lleno de los planes o satisfacción personal de algunos.

Se distrajo con exceso del erario, a partir de que la fuente era inagotable; y no resultando tal prodigio, se usó y abusó del crédito como de un medio muy lícito y correcto.

La segunda administración tuvo pues, por herencia, deudas enormes para su tiempo. Con tino y honradez ejemplares, logró, sin embargo, mejorar la hacienda, suprimiendo las erogaciones extraordinarias y recuperando en gran parte lo que se había invertido copiosamente en lo superfluo. Se enjugó el déficit en proporción considerable, se regularizaron todos los servicios públicos con acierto, y colocóse al país en aptitud de prosperar con pocos esfuerzos.

Pero, más de una razón de circunstancias puso en

---

7 "Pliegos de observaciones y reparos deducidos por la Comisión de Cuentas de la Honorable Cámara de Representantes, en el examen y reconocimiento de las presentadas por la Comisaría Particular del Ejército, relativas a la campaña del año de 1834 — Montevideo, octubre 13 de 1836".

Este importante documento está firmado por los señores diputados don Antonio Domingo Costa, don Ramón Artagaveytia y don Juan Pedro Ramírez.

Contiene noventa y cinco reparos a las cuentas de la comisaría de guerra, complementados por muy formales instrumentos probatorios

Arroja mucha luz sobre la inversión de fondos públicos en aquella época aciaga, y acentúa con vivo colorido los excesos punibles del personalismo político en auge bajo la primera presidencia Se inserta en la *Historia política y militar de las repúblicas del Plata* por don Antonio Díaz (hijo), tomo III, páginas de 187 a 245, edición de 1877.

retardo y hasta malogró las iniciativas de los hombres de gobierno que estaban en la obra de reparaciones nacionales.

Cuanto de bueno se había hecho y prometía desarrollo progresivo bajo el imperio de las leyes, hallaba tropiezo a cada instante en aquel sistema de que hemos hablado, mantenido en la campaña por la voluntad y el prestigio del caudillo.

Como acto previo a la elección de Oribe, por cuya candidatura a la presidencia la asamblea votó al unísono, Frutos, que ansiaba conservar el gran influjo que hasta entonces disfrutara, y bajo otro aspecto, preservarse de las consecuencias y responsabilidades del mando que había ejercido durante cuatro años sin fiscalización alguna, solicitó se le discerniese el cargo de comandante general de campaña, posición espectable que obtuvo, merced a la buena fe y tolerancia dominantes en la esfera del gobierno.

Fue este un error que bien pronto hubo de deplorarse, pues en plena paz y en vigor las instituciones, la comandancia general de campaña no tenía objeto alguno, a no ser el de sustentar tendencias nada auspiciosas para el bien común, desde que se postergaba el ejercicio de las verdaderas prácticas democráticas y la preparación del ciudadano para destinos mejores.

En uso y goce de esta preeminencia casi perpetua, pues que la había encarnado decirse puede en su persona, aun bajo el dominio de Portugal, el caudillo no modificó nada sus antiguos hábitos; siguió exigiendo recursos sin tasa, multiplicó en todo sentido sus egresos, y en puesto subalterno renovó las malversaciones de una manera alarmante. Los ahorros efectivos del estado se iban por aquella grieta cada vez más profunda del tesoro, hasta que se impuso por orden

económico y moralidad administrativa, la supresión inmediata del empleo-prebenda.

En posesión de este puesto, Frutos pudo utilizar elementos que le eran sinceramente adictos. Adjudicó secciones, organizó policías, distribuyó cargos, preparando aquí y acullá hechuras a su semejanza que debían acompañarle en lo futuro, según sus proyectos y conveniencias personales.

En ciertos actos, no aparecía como un mandón precisamente, aunque siempre obraba por árbitro-capricho. Trataba en lo posible de atraerse por el favor y el derroche, merced a la profusión de fondos que sin tregua pedía con fútiles pretextos, a los que vacilaban en seguirle y aun a aquellos que no le tenían afecto.

La tiranomanía fue una faz singular de su carácter. Por más que se empeñase en disfrazarla con manifestaciones de acatamiento oportunas, o en su caso con prodigalidades de manirrota sin reservas; por más que se mostrase liberal en el juego y en el trato, lo que no obstaba a que fuese un tanto fullero, y sirviese de padrino protector de todos los vástagos que en los ranchos venían al mundo, a fin de acrecer su prestigio, en el fondo de su temperamento astuto alentaban los impulsos de un tiranómano que aspira a perpetuarse.

Existe un ave del género halcón que denominan "tirano", y otro género de pájaros indígenas de América que llevan el mismo nombre, los cuales la emprenden de repente con los de mayor volumen, fuerza y poderío.

Muchas de esas osadías tenía Frutos, cuando a su vez lo tiranizaban los instintos, o lo embravecían sus pasiones. Se alzaba contra el más fuerte, fiado en la guerra de recursos. Bien sabían esto sus prosélitos,

y reposaban tranquilos en sus habilidades y artimañas.

Cierto es que en determinadas circunstancias, una vez convencido de la ineficacia del esfuerzo para obtener la composición de lugar que codiciaba, o persuadido de no lograrla sin efusión de sangre, volvía el sable a la funda y se atenía a la recompensa.

Así abandonó a Artigas como tantos, sin excluir a Oribe, en sus días de desventura, mereciendo por ello con el grado de brigadier la comandancia suspirada a la sombra de otra bandera, y siendo ésta la causa por la cual el que fue su estoico jefe, años después, le devolviera sin abrirlo un oficio en que le rogaba que dejase su voluntario destierro y regresara a su país natal.

El hecho a que antes nos referimos, relativo a su última comandancia, pone de manifiesto el régimen implantado por el caudillo, tarde y mal reprimido.

El decreto de cese y supresión de funcionario y empleo, no fue para él una sorpresa; pero sí un motivo de hondo desagrado y germen de inmediatas hostilidades.

Un grande asombro cundió en la campaña, comentándose la nueva en muchos ranchos, enramadas, rodeos, carreras y bailes de angelitos. Con más alcance, en aquellos pueblos y villorrios, donde el nombre de Frutos inspiraba iguales simpatías y respetos.

No concebía la cerebración campesina un gobierno sin el caudillo, o al caudillo sin el gobierno en alguna forma.

El tenía que ser cabeza y no cola de toro. En la extraña idea que de la autoridad suprema se habían formado las gentes cuasi nómades o trashumantes del campo libre, la entidad caudillo entraba como substan-

cia indispensable, ni más ni menos que el "caracú" en el hueso. Era, pues, un atrevimiento nunca visto, eso de suprimirle lo que él había "de por vida". La autoridad quedaba viuda. Sin el "hombre" ya iban a marchar bien las cosas! [8]

---

8 *Los dos eran parodias...* — Por ser asaz curioso y original, interesa reproducir aquí un juicio que un historiador —por otra parte apologista de Rivera— abre sobre éste y Rosas en forma de paralelo.

(*Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay* por Antonio Deodoro de Pascual, miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil — Tomo I, pág. 268-275. Edic de 1864, París. Th. Ducessois, editores.)

Se expresa en esta forma:

"Rivera hubiera sido un tirano, si lo hubiese podido ser; empero la naturaleza le negó las dotes que concede a los hombres de esta estofa, —genio, voluntad de hierro, sistema, miras vastas y esa profunda política que los torna temibles, y por ello poderosos.

"Rozas fue un tiranuelo, tenía un sistema propio, pensamientos más grandes que su rival, tenacidad feroz, y lo quería todo o nada.

"Rivera limitaba su ambición a mandar hombres del campo y poco se cuidaba de la administración del pueblo, que a menudo se le encargó.

"Rozas tampoco dio muestras de atender mucho a ella en 1830, por el contrario, se halló extremadamente atado a su entrada en el poder, y quiso simplificar el maquinismo de los negocios públicos, reduciéndole a su sistema de mayordomo de hacienda; por lo que viendo la imposibilidad de llevar adelante sus miras de hacendado de las Pampas, pocas o ningunas alteraciones hizo en su primera administración. Al entrar en la segunda, los únicos medios que juzgó convenientes, para poner en planta las innovaciones que maquinaba, fueron sembrar el pavor en la población, amedrentando de esa guisa a la parte más ilustrada de la sociedad, por cuyos medios pretendió envolver en un misterio semi-inquisitorial su ignorancia y sus absurdos manejos en materias administrativas, libertándose a la par de la sindicación del público y a esto se deben atribuir sus crueles persecuciones, que tan astrosa celebridad le han granjeado entre los suyos, y la importancia que daba a los tumultos, a la matanza y a la chusma de forajidos que pagaba con pródiga mano, con mano atroz.

"Rivera era más franco: su conducta pública y privada se traslucía al primer golpe de vista, y muy escaso de inteligencia fuera el que no lo midiese de arriba abajo al cabo de poco tiempo de tratarle y observar su procedimiento Era débil por carácter, fácil de ser guiado por quien supiera más que él, con tal de que se le dejase decir lo que quería, luego se podían dar a su palabra dos sentidos: el que tenían lite-

ralmente y el que quería darles el intérprete, tratando por de contado hacerle creer que la interpretación era lo que encerraban las palabras del caudillo. de esta fragilidad de inteligencia y de carácter nacían su inconstancia y su inconsecuencia

"Rozas, por el contrario, no se dejaba regir por nadie Desconfiaba de todo el mundo, como acontece de ordinario al malvado y al ignorante o al hombre que vive desde la infancia entre gentes de baja extracción· no tenía confianza más que en sí propio era por naturaleza y educación socarrón e hipócrita; empero firme en sus resoluciones y consecuente en su proceder. Rozas no volvía atrás una vez determinado a dar un paso.

"Rivera era pródigo, sin orden ni concierto en sus larguezas Tomaba y daba sin acordarse que recibió, prestó o dio

"Rozas descollaba por mezquino de lo suyo· era exacto en sus compromisos de honor, aun en las pequeñeces de menor monta; le gustaba la regularidad, y, si se quiere, era metódico.

"Rivera era un guerrillero que vivió a costa de los demás, desde su mocedad.

"Rozas fue, desde el primer escalón de su vida hasta su elevación a la cima del poder, un labriego, un ganadero, un hacendado y un comerciante de lo propio y de lo ajeno.

"Rivera era liberal en sus opiniones políticas y hubiera dado de buenas a primeras su consentimiento a cualquier proyecto que le pusiese en las manos oro Era tal su indiferencia por los adelantos del país, que ni se oponía ni se interesaba por las mejoras que se le proponían.

"Rozas detestaba las innovaciones, a no ser que tuviesen por objeto la economía directa de las arcas nacionales, que él consideraba como su patrimonio.

"Rivera, si no simpatizaba con los extranjeros, a lo menos toleraba su residencia, y que enriqueciesen en el país

"Rozas los detestaba por educación, carácter y principios, denominándose con insensata arrogancia "el gran ciudadano americano", aunque en medio de esta saña para con el extranjero, tenía la pueril vanidad de enseñar a los que lo visitaban un escudo de armas, colgado en la pared de su gabinete, que decía eran las de su familia extranjera

"El estadista más aventajado del mundo, el político más maquiavelico, no hubiera podido, usando de todos sus recursos, hacer de Rivera un hombre de Estado, porque su carácter era diametralmente opuesto a serlo, no poseyendo virtudes de que se pudiesen sacar ventajas, ni vicios que simulasen las virtudes a no ser su humanidad que emanaba de la pusilanimidad de su alma.

"En Rozas había estofa para hacer de él un hombre notable y si hubiera recibido educación, habría llegado a ocupar un lugar distinguido en los anales de su país, aunque siempre habría sido cruel. empero, su niñez fue oscura, su educación nula, siendo dependiente de don Ildefonso Paso, comerciante, en cuya casa aprendió a leer y escribir, a la edad de trece años A los quince, por un desliz bastante criminal, fue mandado a la hacienda de su madre, doña Agustina. En 1816 pasó a la Banda Oriental, y puesto bajo la protección de don Luciano Gaete, ejerció el servicio de mayordomo o

capataz de la hacienda de aquel sujeto y luego no hizo más que vagar por el campo, hasta que apareció en la casa de Dorrego, en donde hizo la amistad de don Vicente Maza; de modo que su educación nada presenta de brillante en colegios y gimnasios Sus costumbres y tendencias eran poco o nada consentáneas con la civilización del siglo y aun de la capital del Estado, y no tenía otra prenda recomendable a no ser la tenacidad de su carácter que bien dirigida, hubiese podido hacerle capaz de establecer orden y tranquilidad en un país en donde lo que más falta hace es un brazo de hierro que haga concebir lo que es el principio de autoridad, justa y racional

"Los caudillos creados por Rivera le engañaron a menudo, y a pesar de haberlos colmado de favores, muchos le hicieron traición siendo en realidad sus más encarnizados enemigos los que él había distinguido con mayor conato. Rivera llevaba la marca de traidor a su patria, de traidor a la que adoptara después, de traidor a la causa del Río de la Plata, y de inconsecuente con sus principios, si tal epíteto merecían sus inclinaciones de gaucho

"Rozas puede tener la vanagloria de haber sido servido con ejemplar fidelidad por los caudillos que elevara de la nada, o que puso bajo la protección de su puñal Escasos son los ejemplos de infidelidad a Rozas de parte de sus serviles delegados: casi todos se le conservaron fieles hasta el año 1852, y aún ahora existen muchos que echan de menos su presencia en el poder

"Rivera arruinó y redujo a la penuria a sus mejores amigos, y Rozas enriqueció a cuantos le servían con obediencia de cadáveres, y continuaban siéndole fieles

"Rivera, por los antecedentes que llevamos mencionados, y lo que se ha de ver con el correr de los acontecimientos, no conocía el valor de la palabra honor.

"Rozas sentía el aguijón de esta noble dote.

"Rivera, sin ser militar era un aventajado guerrillero que se formó a sí mismo, creando una táctica propia en sus hechos de armas pero en medio de esta peculiar pericia, no era capaz de hacer observar entre los suyos, la disciplina militar, lo que prueba hasta la evidencia que no lo era; puesto que de ella depende el verdadero espíritu de tropa. Por ello no era extraño ver desobedecidas sus órdenes, lo que a menudo trastornaba sus planes y frustraba sus operaciones y le atollaba en serias dificultades

"Rozas nunca fue militar ni sabía ceñir una espada ni mandar un campo; pero pagaba bien a sus gentes, les suministraba cuanto habían menester, les daba instrucciones y les ayudaba con sus mañas a engañar al enemigo, teniendo a sus soldados bajo un pie de disciplina rígida y militar, si se quiere, atendido que en América no hay Francias, ni Rusias, ni Prusias.

"Rivera era humano, perdonaba la vida hasta de su más enconado enemigo, y no podía ver sangre sino en el campo de batalla, y eso aun en el calor de la refriega, o impelido por el despecho

"Rozas no ahorraba la existencia de nadie, principalmente si contrariaba sus miras, y hubiera mandado degollar con sangre fría a la misma inocencia si su muerte le hubiera pare-

cido necesaria para sus fines. Rozas era inexorable como la cuchilla del verdugo, con la diferencia que este ejecuta la ley, y Rozas sólo practicaba su bárbaro capricho. Rivera derramaba sangre por necesidad, como el león; Rozas la vertía a torrentes por ferocidad, como el tigre.

"Rivera era celoso del prestigio ajeno entre la gente del campo e impedido por este sentimiento de mezquindad, cometió atroces injusticias; aunque no dejó de hacer la vista gorda muchas veces, cuando el antagonista era poderoso.

"Rozas no consintió jamás, durante su dictadura, que nadie dispusiera del poder a su talante, a no estar sometido servilmente a la menor de sus órdenes; y si alguien se atrevió a mostrar esta pretensión, pagó de un modo o de otro con la muerte su osadía.

"Los fatuos, los hijos de la nada y los que mandan en general tienen el flaco de querer que se les sometan todos humildemente y no poco les agrada la adulación, aunque sepan que el humo con que se les ciega es el perfume de la bajeza A Rivera y Rozas les gustaba en extremo esa adulación rastrera; mas es necesario notar que había una grande diferencia entre las miradas escudriñadoras y penetrantes del tirano de Buenos Aires, que entraba en los pliegues del corazón del adulador y en las tinieblas de su pensamiento; y las de Rivera, que no pasaban de la superficie de los labios del que halagaba su vanidad. Rozas quería penetrar las intenciones: Rivera se contentaba con el acto.

"Rivera nunca hubiera podido llegar a ser adinerado por su natural despilfarro; por eso murió pobre.

"Rozas era avariento y tacaño; el oro para él tenía el mismo atractivo que para Rivera; pero su avaricia abrazaba mayor extensión: y mientras el uno se contentaba con miles, él no se satisfacía sino con millones. Atesoró para ser rico, y lo es en Southampton.

"Rivera toleraba que robasen sus amigos: Rozas no consintió que lo hiciera nadie más que él

"Ambos eran joviales en sociedad y de buena conversación cuando se hallaban en libertad, mas Rivera excedía en delicadeza a Rozas, porque respetaba delante de gente la moral y la sociedad; Rozas por el contrario, mostraba de súbito su escasa educación, sin ser dueño para refrenar su lenguaje inmoral y sus inclinaciones brutales

"Ambos montaban bien a caballo, aunque Rozas llevaba ventajas como jinete a Rivera. A esto contribuía no en pequeña parte, el gallardo talante de Rozas, su constitución atlética, y su inclinación natural. Sin embargo, Rivera, en largas jornadas, cansaba al mejor caballo, sufriendo con mayor desembarazo las fatigas de la marcha que Rozas.

"Para conocer a los hombres es preciso, entre otras cosas, verles dar.

"Rivera era pródigo por naturaleza: daba sin discreción, no miraba más que a la actualidad.

"Rozas daba con magnificencia real si lo que daba salía de las arcas nacionales, mas era mezquino con lo suyo. Rozas era avaro por naturaleza y cuando daba lo hacía para que quedase memoria de sus dádivas

"La naturaleza los dotó a ambos de medianas inteligencias;

aunque es innegable que Rozas tenía mucho más talento natural que Rivera.

"Como hombres políticos ambos fueron perjudiciales a los países en que figuraron, como individuos particulares no eran adocenados.

"Rivera encontraba más simpatías, y se adaptaba a las vicisitudes del mando con bastante filosofía: Rozas era repulsivo de buenas a primera, e insoportable cuando se le trataba de cerca, mas tenía rasgos que cautivaban, algunas veces obtenía lo que quería de cualquiera por su pertinaz constancia y fuerza de carácter

"Rivera afectaba galantería. Rozas era brutal.

"Ninguno de los dos tenía las grandes dotes que distinguen a los tiranos, a los hombres de Estado, a los grandes revolucinarios, a los jefes de una nación moza que necesita siempre, no de rigor sino de severa justicia y económica administración.

"Ambos eran parodias· el uno de un dictador, y el otro de un jefe de guerra civil.

"He aquí lo que han de ser para la posteridad estos dos nombres, de quienes tanto se ha hablado en el Río de la Plata."

XIII

ESTRIDOR DE ESPUELAS

A partir de este criterio, en el pago de Faustino, donde casi todos los vecinos prestaban adhesión absoluta al caudillo, se decía con verdadero pasmo: "el gobierno se ha sulevao contra Frutos". Tan infausta noticia produjo intensa alarma. Fue como un pregón de guerra. El gobierno iba "contra el país", y corrían peligro todos los intereses.

Los hombres entonces se aprestaron a todo evento, resueltos a no acatar otras órdenes que las de Frutos. El movimiento se hizo general en la sección. Repartiéronse sables y se dictaron providencias a la espera de sucesos sensacionales. Se arriaron de las sierras caballos gordos en regular número para montar bien la policía, aumentada con algunos voluntarios; enastáronse cuchillos en cañas de tacuara para que sirvieran de lanzas; proveyóse a una parte del personal miliciano de balines y cortados para los trabucos en condición servible; y a otra porción menor, pero más juvenil y briosa, se adjudicaron cinco tercerolas que había recompuesto el único herrero del lugar.

A un vecino mal visto, se le quitó un carrito de cargar quesos para transporte de munición; y para tiro de este vehículo, se le sustrajo a otro campero sospechoso el solo jumento que poseía y le servía en el trajín del barril del agua.

A los curanderos improvisados que se ofrecieron para atender heridos, se les dijo que no eran necesa-

rios los remedios de botica, ni aun las yerbas milagrosas. Los estragos del plomo o del acero se sanaban con vendas empapadas en agua fría, no puestas en bandas según el uso de los médicos, sino muy retorcidas como tirabuzones, porque así tenían la rara virtud de concluir con la inflamación, cicatrizando los orificios y desgarramientos de una puesta a otra del sol.

Las mujeres por su parte, dividiendo angustias y entusiasmos, habían dado al fin prioridad a los últimos, por natural propensión y hábito consagrado. Los hombres no se batían con alientos, si no estaban seguros de que la amistad y el amor del otro sexo los acompañaban acoderados en la aventura. La retaguardia quedaba cubierta con aquella tropa mansa al parecer. Pero las mujeres eran más bravas que cotorras de monte, — decía Deolindo el payador.

Quedó así. todo listo, para cuando Frutos llegase. Poco importaba que aquellas autoridades locales debieran acatamiento y respeto al gobierno constitucional. El caudillo las había propuesto durante su última comandancia de campaña, y fueron aceptadas sin reservas por el poder ejecutivo. Desde que éste se "sublevaba contra Frutos", sufrían cambio radical las cosas, y era al protector de los pagos a quien se debía ahora homenaje y obediencia pasiva.

Con tan singulares juicios y crudos apasionamientos, se reiniciaba la lucha. No sería en sus efectos lo que el viento fuerte y seco que por el oeste clavado solía venir para barrer las nubes de tempestad y orear con sus ráfagas puras campos y sembradíos. No. Al batir de sus alas condensaría más negros vapores y acumularía chispas eléctricas que en larga trayectoria destruyesen los pocos beneficios alcanzados. Era un

pampero sucio —opinaba más de un paisano de experiencia.

Entretanto, y sin que nadie de ello tuviese noticia, otras cosas extraordinarias ocurrían en el mismo pago, en lo secreto del monte, allí donde el arroyo formaba barra con un afluente bordeado también por nutridos bosques.

Uno de sus potriles distaba poco de la tapera de los Duendes.

El inglés desaparecido, y que fue dueño de aquella casa, había abierto en otros tiempos una corta vía subterránea con salida al potril, más para proveer de vituallas y ropas a los "matreros" que huían de las persecuciones y guerras, y a quienes por eso tenía de amigos, que por la seguridad que le ofreciera ese corredor de escape en casos de peligro.

En la única pieza que se conservaba con techumbre, y cuya puerta parecía "condenada por dentro" a estarse a los supersticiosos de la aldea, existía un sótano de boca lóbrega con cuatro o cinco gradas de piedra mal puestas que daban acceso a la vía subterránea.

Manos desconocidas la habían escombrado más tarde, de modo que pudiese ser recorrido con la cabeza baja. Terminaba en un boquete rodeado de troncos, a la entrada del terreno sin árboles, pero cubierto de cardos y gramales.

De ese tenebroso sendero hacían uso los que allí vivaqueaban, pero solamente para ponerse al habla con la Puma.

Esta les trasmitía con exactitud todo lo que llegaba a sus oídos, y lo que su viveza de espíritu le sugería en materia de consejos. Cuando debían efectuarse esas entrevistas, previa indicación de día y ho-

ra, Laureana llamaba de un modo convenido a la puerta de la pieza entera, cerrada siempre con dobles trancas. Detrás de ella, alguien aguardaba.

Tenían cariño a la vieja. Era una buena servidora, bruja sin maleficios, con quien se habían familiarizado.

Dábanle en compensación algún dinero y carne de la mejor calidad de que disponían, pues el ganado alzado en el monte era abundante. También grasas y pieles, que ella negociaba con los mercachifles.

En los días a que nos referimos, un fuerte núcleo de hombres cubría el potril. Muchos caballos, adiestrados para la marcha en las "picadas" estrechas, eran sus obligados compañeros. Aquellos hombres contaban con armas blancas y de fuego. Obedecían a un jefe. En diversos sitios vigilaban imaginarias. Tenían un trompa. El mayor orden y un gran silencio reinaban en el grupo misterioso.

Sin duda estaban a la espera de algún suceso, con instrucciones terminantes.

Ejercía el mando, un joven que calzaba bota larga y espuelas de plata. Llevaba cinto de piel de tigre y sable en vaina de metal. Lucía una divisa blanca en el sombrero negro de alas cortas.

Todos sus compañeros usaban el mismo distintivo.

Su segundo era un hombre más alto y membrudo, de figura imponente, rostro risueño y dientecillos de niño.

Parecía haber echado sobre sí la inspección y el cuidado del pequeño campamento, porque no cesaba de ir y venir, examinándolo todo y oyendo reclamos en los fogones. Estos habían sido encendidos en hoyos y recubiertos con un poco de arena, para evitar las columnas de humo.

Después de entregados los hombres al sueño, seguía él recorriendo los puestos más avanzados y los boscajes espesos, como quien sabe de emboscadas y sorpresas, aunque sólo llegara a percibir de vez en cuando por toda novedad el resoplido de los capivaras en la superficie del arroyo.

Cierta noche, la luna en el cenit, clareaba en todo su esplendor.

En mirándola, se dijo aquel guardián experto a media voz:

—Sobra luz para ver a Frutos.

Aunque Paula había notado los preparativos que se hacían, no la impresionó nada de esto, acostumbrada desde pequeña a tales movimientos y conflictos locales.

No salía de su preocupación constante, ni apartaba sus ojos de las lejanías siempre veladas por celestes brumas.

En la tarde de la cita, dibujábanse también en el éter morros y crestas puntiagudas; vellones blancos cardados por el viento de las alturas; vistosos estandartes, a modo de chiripáes de listas, lavados y puestos al sol. Como si fuese superficie de remanso, el cielo parecía reflejar lo que en el suelo había, en la última hora caliente; esa hora en que cien balidos urden una malla de ecos plañideros, se alza monótono el canto de las ranas en los charcos, y posado en lo alto del ombú lanza el buho su primer grito de alerta.

Después, al disolverse en parte las nubes caprichosas, quedó un abra cerúlea con bordes grises, y en el centro, muy cerca do estaba la luna todavía pálida como un rostro somnoliento, comenzó a parpadear una estrella de plata.

Paula la contempló un ratito, y levantándose de su improvisado asiento de piedra, bisbiseó:

—Ya es la hora... Cuando se despierte el lucero, la bruja dijo.

Y echó a andar.

A mitad de camino se le incorporó el Zarco, y en la "isleta" Margarita, que la aguardaba inquieta.

Siguieron juntas las dos, conversando muy animadamente; y Braulio quedó a la espera.

Poco antes de llegar a la vivienda de Laureana, Marga, que llevaba la palabra, se interrumpió de súbito llamando la atención de su compañera, para decir llena de sorpresa:

—¡Qué veo Paula! ¡Mira al "mestizo"!

En realidad, por un sendero en forma de espiral entre las "isletas" de vegetación indígena, marchaba a pie un sujeto corpulento que se internaba con rumbo a la tapera de los Duendes. Daba la espalda, pero su estatura y la bizarría en el andar no engañaron a la moza.

—¡Es él! —confirmó Paula. Qué raro me se está pareciendo esto.

Y recogiéndose un instante, agregó: —No vayas a decir Marga a la Puma que lo hemos visto.

—¡Bueno, pero más ligero! Pronto va a caer la noche.

—No hay que apurar. La casa de Laureana no ha de moverse, y está cerquita.

Así era.

La bruja estaba en la puerta, y las recibió con mucha cordialidad, haciéndolas pasar en el acto a su alcoba.

Marga, que iba prevenida contra las habituales re-

servas que guardaba aquella sobre cosas que las interesaban de inmediato, se apresuró a decir:

—Primero que nada, doña Laura, usted debe saber los nombres de los dos forasteros que tanto han dado que hablar aquí en el pago...

—Y que siguen dando.

—Sí. Entonces ¿conoce al que cuasi arrolla con el caballo al payador en la sortija, y al que regaló una a Paula al acabar la fiesta?

—¿El que ustedes llaman el "taimado"?

—¡Ese!...

—¡Ah! Pues ese se llama Abel Montes. En una marcha militar, la madre, de nombre Sinforosa, una dragona guapa según dicen, se detuvo en la costa de un arroyo y lo dio a luz. Cuentan que el padre fue un trompa de Benavídez; pero algunos que viven de aquel tiempo aseguran que es otro. Ya crecidito, el estanciero Montes se lo llevó a Montevideo, y lo hizo educar como a hijo en un convento de frailes. Después, ya mozo, se vino al campo a una de las haciendas de su protector. Cuando pasó Lavalleja entró a servir con él. Tenía entonces dieciséis años. Ahora cuenta veintisiete y es mayor de Oribe.

Paula escuchaba con grande atención.

—¿Y el otro? —siguió Marga llena de viva curiosidad.

—¿El "mestizo"?

—¡Pues!...

—Ese lleva nombre indio. Lo llaman Cuaró, y es capitán ya maduro, pero sano y fuerte.

—¡Como un quebracho!

—Tiene fama de bravo en las peleas. Quiere mucho a Abel porque se formó al lado de Ismael Velar-

de, su compañero en las guerras de Artigas y de la cruzada.

—¿Y cómo los ha conocido, doña Laura? —insistió la joven, cada vez más confundida.

Sonrióse la Puma, y sólo dijo:

—Es una historia que queda para otra ocasión.

—¡Conque le enseñaron los frailes al "guachito"! —observó Paula.

—Sí, aprendió con ellos lo que sabe, y tiene bastante de "pueblero".

Esto diciendo, acercóse bien la bruja a Paula, la acarició el cuello, añadiendo tentadora:

—¿Quieres verlo?

La joven tuvo un sobresalto.

Iba a contestar, cuando Laureana le puso un dedo en los labios.

Acababa de oírse un rumor leve, como de pasos furtivos, que venía de afuera.

—Esténse quietas y calladas. Ya vuelvo.

Y la Puma salióse, cerrando tras sí la puerta.

Breves instantes después, sintieron las jóvenes voces en semi-tono, como de quienes se comunican alguna novedad alarmante. La plática o conciliábulo tenía lugar en el aposento vecino, donde albergaba la amiga de la Puma. La puerta de comunicación estaba cerrada del lado opuesto. Paula fuese hasta ella en puntas de pie, y puso el oído.

Más de dos eran las personas que departían con bastante agitación, pero en voz tan leda que no alcanzó a recoger con claridad más que palabras aisladas. Por varias veces, el nombre de Frutos. Pronto cesó el coloquio.

Ya en su asiento Paula, reapareció la Puma un poco nerviosa.

—¿Qué pasa doña Laura?

—Lo que ocurre es que Frutos acaba de llegar y está en la casa de Faustino. Viene a levantar toda la gente.

—Y entonces, ¿qué hacemos nosotras? Vamos; el Zarco nos aguarda en la isleta...

—¡No! —exclamó la Puma.

—¿Por qué?

La voz angustiada de Marga parecía un hálito.

—Porque va a sucederse un grande alboroto y pueden ustedes pasarlo mal.

—Si no hay quien lo pelée —dijo Paula con aplomo. ¡Vamos Marga!

Abrióse de improviso la puerta del vecino aposento, y entróse ligero un apuesto mozo, quien dirigiéndose a la hija del Clinudo, le dijo con gran franqueza:

—Siempre es bueno seguir el consejo de las adivinas. No salga usted, ni su compañera, porque hay peligro. El trecho que se ha de andar es un poco largo, y ya los grupos recorren el camino. El Zarco no podrá acompañarlas, porque lo retengo a mi lado. Lo haré venir aquí dentro de algunas horas.

Las jóvenes, ante esta aparición y tales nuevas, se habían estrechado por instinto y oían atónitas.

¡Era el mismo "taimado" de cinto de cuero de tigre!

Tenía un modo de decir tan dulce y simpático, que por mucho rato les duró el estupor.

En tanto él las contemplaba con aire afectuoso, fue tranquilizándose Paula, lo bastante para responder:

—¡Y qué pasará en las casas!... ¡Es preciso tornar! ¡Salgamos Marga, no importa lo que venga!

Dirigióse varonil a la puerta, apartando a la Puma con el codo.

Abel dio dos grandes pasos, y la tomó suavemente de la mano izquierda.

Al sentir la presión, decirse puede cariñosa, la joven se detuvo, y dejóse llevar al extremo del cuarto, pero esta vez visiblemente conmovida.

—Usted no se irá — díjole Montes sonriente — porque ahora es mi prisionera. Yo la haré respetar, lo mismo que a su amiga, hasta que todo pase. ¿Me cree usted?

Limitóse ella a mirarle con fijeza en silencio.

—Prométame que no se moverá de aquí en tanto no vuelva el Zarco.

Paula volvió la cabeza hacia Marga, que en ella tenía puestos sus ojos cada vez más azorada.

En seguida se encaró de nuevo con Abel, como si quisiera adivinar la intención en sus pupilas oscuras, y contestó al fin de un modo incisivo:

—Está bien.

El joven oprimió entonces la mano de que había hecho presa, y apresuróse a marcharse.

Laureana echó pasadores a la puerta, y cruzó en su medio una tranca de guayabo.

—Tomen asiento — dijo. Voy a obsequiarlas con un pollo fiambre, un buen café y rosquetes dulces.

Emocionada Paula y llena de tribulación su compañera, se sentaron en las banquetas bien cerca una de otra, sin responder una palabra a la Puma.

El gran gato dormía en el canastillo de mimbres profundamente.

En tanto las jóvenes, ya un poco reserenadas, se trasmitían sus impresiones y sus angustias en locuaz

conversación, la bruja se movió ágil y preparó todo en la pieza vecina con ayuda de Damiana, su asistenta.

Apenas volvió, púsose a servirlas con la mejor voluntad.

Contra lo que ellas mismas suponían, cenaron con apetito, y aun probaron una copa de un vino viejo que la bruja reservaba para las grandes ocasiones.

Cuando empezaron a gustar del café, Laureana llena de aire misterioso púsose delante de la piel de serpiente clavada en el muro, e inició una serie de actitudes y genuflexiones extravagantes.

Sin duda era un exorcismo o conjuro siniestro.

Minutos después, sonó un estampido aislado en el campo.

Sería alguna señal fatídica.

Cacique alzó la cabeza con los ojos muy abiertos, cual si aquel ruido inusitado lo hubiese sorprendido en lo mejor de su sueño; saltó a la mesita sin romper nada de lo frágil que en ella había y de allí a las faldas de Paula, donde se hizo una rosca.

Dejóse oir una descarga cerrada, y bien pronto un tiroteo nutrido, acompañado de confusos clamoreos.

—¡Yo tengo miedo! —susurró Marga.

—¿Qué vas a remediar con eso? —replicóle su amiga con un ceño enérgico. Todo ha de concluir hoy mismo.

Empezó a sentirse gran tropel de caballos a toda carrera en la zona del campo libre, y múltiples detonaciones de armas largas, mezcladas siempre a roncos alaridos.

Por algunos momentos sonaron muy cerca de la vivienda, del lado de las "isletas"; pero luego se fueron alejando, aunque cada vez en aumento por largo rato.

—Están peleando en el paso del arroyo —dijo la Puma.

Paula excitada, observó entonces:

—¿Y cómo de noche se atreven a tanto? Van a matarse los mismos compañeros.

—No creas, hija. Tienen su manera de manejarse, aunque no se vean claros los distintivos.

—¿Y qué es eso?

—Las divisas que ahora se usan. ¿No viste que Abel tenía una blanca en el sombrero?

Paula se cubrió con las dos manos el rostro, cual si en ese instante se diera cuenta de la gravedad de las cosas.

Como sombras fugaces desfilaron por su mente Ramona, Frutos, el Clinudo, seguidas de recuerdos sobre el origen de su vida. ¿qué sería de ellos? Le remordía no haber rogado a Montes que velase por su familia. ¡Ya era tarde! Pronto se cruzó la imagen de Ubaldo, y junto a ella, la del que acababa de estrecharle la mano de un modo tan expresivo. Ante esta memoria tan fresca, su emoción fue muy honda. Por asociación de ideas se acordó del cardenal que ella soltó a presencia de Ubaldo, en un rapto de ira y de despecho; y del otro, llevado por mano desconocida, cuyos cantos a dúo parecían resonar en sus oídos. De copete rojo el primero, y el segundo de moño blanco. Los dos colores de la pelea. ¡Sí! Uno era el de Frutos, el otro el de Oribe. Como un turbión, otras reminiscencias se agolpaban con pertinacia; el carácter violento de su madre en los diálogos íntimos, la índole taciturna del que se decía su padre sin serlo, según Laureana; la venida de Frutos, quien tal vez estaría en su casa en esos instantes; todo se adunaba con la amargura de la hora, anticipo de peores sucesos.

Pero, rebelándose de pronto contra ese cúmulo de impresiones en desorden, con un arranque fiero, propio de su espíritu dominante, enfrentóse con la bruja y preguntó:

—¿Fue Abel el que puso en el alero el cardenal azul?

—Sí, que fue —contestó aquella afablemente.

Paula se recogió, al parecer encalmada y satisfecha.

El gran gato volvió a brincar al canastillo.

Seguía resonando el tiroteo a mayor distancia. Algunos gritos se alzaban en el campo, como de hombres que se llaman después de un entrevero. El ladrido continuo de los perros hacía coro a las notas vibrantes del drama nocturno.

De pronto el fuego cesó y se oyó una diana a lo lejos.

Los ojos de la bruja relumbraron.

—Es el clarín de Abel —dijo con acento de convicción.

Cuando Montes dejó la casa de la Puma, aguardábale allí cerca Cuaró en unión de otros salidos del potril por una picada distante quinientos metros hacia el norte.

En las "isletas" estaba el grueso de la fuerza lista para la sorpresa.

Sabíase que el comisario Faustino tenía formada toda su gente en el local de las carreras, y que Frutos se encontraba a esa hora en casa del Clinudo.

Dispúsose entonces que una parte de la fuerza atacase de flanco la de Faustino para arrojarla sobre el paso real del arroyo, que estaba a volapié; debiendo destacarse otro grupo destinado a apoderarse de la

persona de Frutos, previo rodeo de la vivienda del Clinudo. Este contingente iría al mando de Montes.

Cuaró quedaría al frente de la reserva, que se movería sin demora apenas el trompa tocara carga por segunda vez, en cuyo caso ésta tendría que efectuarse sobre el mismo flanco, despejada ya la zona para el nuevo choque.

Planeada así la acción, que por ser nocturna, corría riesgo, Abel avanzó al trote cierta distancia, y luego ordenó cargar a gran galope. Al toque del clarín la columna se movió impetuosa.

Un escucha de Faustino disparó un tiro de carabina, y segundos después se sucedieron repetidas descargas. Aunque cayeron algunos hombres, la columna no vaciló, llegó a la línea contraria desordenando una de sus alas, que arrojó al paso real; pero el centro riverista no encontrando obstáculos delante se precipitó a la zona del campo libre, hasta llegar a las cercanías de la morada de la Puma.

Cuaró halló propicio el momento, y saliendo de las "isletas", cargó aquella fuerza que arrolló y dispersó en pocos minutos a todos rumbos.

Cuando esto ocurría, Montes llegaba a tiempo para salvar la vida del Clinudo en la puerta de su propia casa, donde había caído su caballo muerto. Y como Ramona, que estaba en el sitio, gritase que ya Frutos "había fullido", Abel al oir el toque de diana en el paso del arroyo, desmontó rápido, y contestó: de todos modos no era mi intento matarlo, señora, ni tampoco a don Fortunato. Me apeo para decirle que Paula está en sitio seguro, y que pronto regresará con el Zarco. Ya la pelea ha concluido.

Abel se dirigió incontinenti a los suyos, ordenando:

—Cuiden que nadie entre a esta casa, ni se toque nada. Que el clarín llame a reunión en el bajo.

Y montando, saludó a marido y mujer con el sombrero.

—¡Ah, criollo lindo! —exclamó el Clinudo temeroso.

—Entrate, Fortunato —gruñó Ramona llena de indecible confusión.

Empujándolo hacia dentro, cerró la puerta.

En el trayecto de la casa al arroyo y en la línea del choque, veíanse esparcidos algunos grupos que inspeccionaban el campo y recogían armas. Eran del escuadrón vencedor.

Abel halló al Zarco en uno de ellos, y le mandó que fuese a incorporarse a Paula y Margarita, a quienes debía traer en el acto.

Convenía emprender marcha sin mayor demora. Registradas las casas del comisario y del alcalde, encontráronse diversos pertrechos, y en el fondo de una huerta, el carrito con municiones, yerba, tabaco y algunos comestibles en conservas. Colocóse todo en cargueros. Recogióse también regular número de caballos sueltos, algunos ensillados, que se destinaron a los que habían perdido los suyos por muerte o heridas.

Se empleó en esto más de media hora.

Formada ya la pequeña columna, se movió con Cuaró hacia la parte opuesta al arroyo, rumbo a las asperezas.

Poco después, Abel la alcanzó al galope.

Se había detenido para esperar a las jóvenes a mitad de camino, y recomendar al Zarco que atendiese algún herido grave si lo había en el campo, y diera sepultura a los muertos con ayuda de los empleados de la casa de comercio.

Llenó sus deseos, pues a poco llegaron sus nuevas amigas, a cuyo lado se puso.

Paula consiguió que Margarita quedase con ella esa noche, a pesar de la inquina de Ramona. Braulio avisaría en su casa. Por otra parte, Marga estaba aterrada, pues en el trayecto había tropezado con un cadáver.

Al sentir las voces, Ramona que vigilaba abrió la puerta.

—¡Pasen! ¿Y usté, no quiere descansar? —añadió con agrado al divisar a Montes.

Este agradeció.

—¿Es volvedor? —preguntó Paula en un aparte, y voz queda.

—Volveré.

Creyó Ramona que a ella se dirigía, y se apresuró a decir:

—Tendremos gusto en eso, porque dende hoy son sus amigos todos los de esta casa.

—Gracias, señora. Lo único que siento es haberles dado un trago amargo. ¡Hasta más ver!

Y partió.

Al notar la dirección que tomaba, tuvo Paula una gran sensación de alegría.

XIV

TERCERIA COADYUVANTE

No fue fácil a las jóvenes reponerse de sus emociones. A las de natural angustia por el drama sangriento cuyos ecos persistían en sus oídos, siguióse empero otra agradable y era ella la producida por el cambio operado de un modo brusco en el carácter de Ramona, tan agrio siempre y destemplado.

Mostróse afable y cariñosa, muy reconocida a Montes por su proceder con ellas, con Fortunato y con Braulio. Es un guapo mozo, —decía— recién lo conozco y he de estimarlo. Mencionó a la Puma, y estaba asombrada de que aquella bruja fuese de tan buen corazón, según lo que ellas le relataban.

Después contó cómo salvó a su compadre, que le había hecho compañía más de una hora tomando mate "cimarrón", cuando lo puso en cuidado el toque de corneta. Mucho se había interesado en conocer y saludar a su ahijada Paulita, sintiendo que no estuviera en casa.

—Le dije que a la cuenta te encontrabas en lo de Margarita, cuando era en lo de Laureana.

Ramona se guardó bien de añadir, como era consiguiente, que ella por su parte se había alegrado de que Paula no estuviese cuando su compadre vino, porque así el conflicto fue menor.

Ni había por qué decirlo. Ella se manifestaba muy contenta de que las cosas no hubiesen tenido consecuencias más serias, dado el peligro que corrieran

marido y compadre. Gracias a la uña de caballo, el pobre Fortunato estaba vivo, y lo mismo Frutos, así que saltó por el ventanillo de su alcoba a la huerta. Por suerte, su alazán estaba sujeto del cabestro en la tranquerita del lado de afuera, y pudo asegurarlo antes que se asustara con los tiros.

Ahora, no había más que arreglarle cama a Marga en el cuarto de Paula y descansar, cerrando bien todas las puertas y ventanitas; no fuese que viendo desamparado lo principal del pago, algunos malhechores refugiados en el monte aprovechasen de la ocasión.

—No hay que hacerle cama a Marga —objetó su amiga.— No pensamos dormir. Si precisa, tiene la mía. Conversaremos toda la noche, porque no hace sueño.

Era así en realidad.

En cambio, se advirtió a Braulio que se encerrase bien con los dos únicos peones viejos que habían quedado en la estancia. Al día siguiente debía hacerse revisación del campo con el Clinudo.

La noche transcurrió tranquila. El silencio sólo fue perturbado por los ladridos próximos o lejanos de los perros todavía inquietos a causa del estruendo de la refriega.

A muy altas horas, las jóvenes pusieron en actividad un reverbero para servirse mate.

En este pasatiempo, las sorprendieron el alba y el canto del cardenal azul.

Sus notas y retornelos pusieron alegre a Paula, quien abandonando la reserva que había mantenido con su amiga, le contó al fin lo ocurrido con Ubaldo y la suerte que cupo a su cardenal de penacho rojo. No

hubo medio de callarlo, pues Margarita había parado su atención en la jaula vacía.

Empero, Paula no hizo mención alguna de la causa verdadera, ni de las confidencias de la bruja sobre su parentesco con Ubaldo. Esmeróse en convencer a su amiga que había sido víctima de una mala humorada, parecida a la suya con Camilo; por lo que, cuando ella la enteró de lo sucedido con éste, se consoló pensando que las dos se hallaban en el mismo caso. Sobre todo, mejor era verse libres, y esperar libres. Marga oyó toda admirada, pero guardó silencio.

Poco antes de salir el sol, oyéronse voces de la gente del Clinudo, y la de éste mismo, que ordenaba tirar a la cincha su caballo muerto hasta bien lejos de las casas.

—Ya se ve que esa tropa de anoche anda bien montada, con caballada flor — decía uno de los peones. — Han dejado algunos regularcitos de los que traían, y hasta el de la niña lo vide pastando en el potrero.

Siguióse a estas palabras un pintoresco coloquio, propio de hombres que recobran su calma después de una gran sacudida.

Luego, el ruido seco del arrastre de un cuerpo pesado, que era el del cebruno de Fortunato, conducido a un apartado para despojarlo más tarde de la piel.

Lucía sin nubes el sol, cuando Paula abrió el ventanillo con alguna ansiedad.

Una tenue muselina plomiza cubría las asperezas. Ningún movimiento extraordinario se notaba hasta donde podía extenderse la vista.

Pero, al contemplar las moles lejanas, sus paisa-

jes favoritos, la joven experimentó una emoción de placer, porque en sus valles y grutas suponía ella acampada la partida de Montes.

En la inspección prolija que se practicó en el terreno del choque, no se encontró más que un herido grave, pues los que resultaron leves en una y otra fila siguieron el paso de sus columnas.

Dos carretillas de manos de la casa de negocio se utilizaron como ambulancia para el transporte de algunos cadáveres a la costa del arroyo, donde se habían abierto fosas en líneas paralelas a fin de no confundir los de uno y otro bando.

Uno de los muertos impresionó más que los otros a los improvisados sepultureros, suscitándoles con su aspecto un sentimiento de lástima irreprimible. El vecindario conocía bien al tipo. Un brazo poderoso le había partido el cráneo de un sablazo. Ese cadáver era el de Deolindo el payador.

Colocóse en la cabecera de cada fila un poste, con señal de pintura roja el uno, y de pintura blanca el otro. Guiáronse por las divisas de los sombreros que en su casi totalidad los yacentes mantenían puestos o echados a la espalda, sujetos por barboquejos.

No pocos polvboros y cuervos de tonsura de los que albergaban en la casa de los Duendes, parecían haberse dado cita en las cercanías, con los ojos clavados en la fúnebre ceremonia.

La vieja del cachimbo, cuyo rancho estaba cerca de allí, había venido también con su marido a ayudar en la maniobra.

De vez en vez, extendiendo el brazo sobre cada cuerpo que bajaba a la fosa, hacía con los dedos la señal de la cruz; y cuando advertía que no era bas-

tante espesa la capa de tierra volcada, añadía más con una pala herrumbrosa, diciendo:

—Es carne cristianada y hay que esconderla bien, porque no faltan pumas que escarben en oliendo pulpa fresca. De otro lado, conviene que la tierra no deje rendijas que den escape a las ánimas, si no el campo se llena de luces en estas noches, como si no fuese bastante con los fulgores. ¡Pobre Deolindo!... Ya no trinará su guitarra. Este cuchillito de mango de aspa que era del dijunto me lo cargo en memoria.

A la sazón llegó el paisano a quien se había encomendado revisara el paso real y adyacencias, y comunicó al Clinudo que allende la costa se veían un hombre boca abajo y dos caballos muertos.

Apresuraron entonces los vecinos la conclusión de su tarea, y ya avanzada la mañana se dirigieron al nuevo sitio lúgubre.

Se reconoció en el acto que el yacente no era otro que el popular Verdún. Tenía dos heridas de bala en los pulmones y una pierna oprimida por la montura.

—A la fija —observó el Clinudo— las redondas lo alcanzaron después que mi compadre ganó la delantera, porque yo vide, al correrme loma arriba, que la gente entrusa rompió con descargas cerradas aquí en el paso.

—Puede que todavía resuelle.

—¡De aónde! Esos matarifes no yerran ni de noche.

—La culpa tuvo el tape de quedarse al ñudo tan atrás.

El Clinudo escupió pausadamente, y repuso torvo:

—La culpa tiene el gobierno.

—¿Por qué, don Fortunato?

—Porque él solito jué el iniciativo de esta fullona amarga.

Sin más hablar, pusiéronse a la obra de despejo de la entrada del vado, arrastrando por el camino entre paralelas por nutrida vegetación los dos caballos muertos, que dejaron en la parte opuesta de campo libre. Los cueros estaban destrozados en el pecho y flancos por lanzas de medias lunas. En el anca de uno de ellos había hecho criba la explosión de un trabuco.

Pasaba de medio día cuando hicieron el entierro de Verdún, para cuya sepultura improvisaron con dos varas de sauce una cruceta.

Fue un domingo el día que se siguió y el pago antes alegre con las corridas de caballos o de sortijas en todo final de semana, aparecía ahora silencioso y desolado.

Por la tarde, Paula acompañó a Margarita hasta su casa, y se volvió a pasos lentos, mirando a todas partes, como recién informada de los horrores pasados en aquellos lugares desiertos.

Había dejado a sus espaldas el potrero azul, cuando la sorprendió un llamado suave.

Dióse vuelta con rapidez, y encontróse de frente a pocos pasos con Damiana.

Saludóla Paula y preguntó qué novedad la traía.

—Lo que me trae, niña, es decirle que mi compañera desea verla ahora mismo, si no hay molestia.

—No —respondió la joven con viveza— no hay... ¿Qué acontece, Damiana?

—No sabré contestar —repuso ésta riendo.— Pero malo no ha de ser. Yo tengo encargo de llevarla.

—El cielo está con refucilos... Creo que va a llover. ¡Pero no le hace! Vamos.

Paula presintió algo de interesante en esa entrevista, y obligó a su compañía a apresurarse. No la impuso el nublado. Era temprano todavía.

Recorrida cierta distancia, divisaron a la derecha sobre la costa los postes allí puestos por la mañana con sus signos rojo y blanco. Algunos rapazuelos y casquilucias en grupo vagaban alrededor de las tumbas.

Supo entonces Paula que en la cruenta noche, habían sucumbido también Deolindo y Verdún. los "ceñueleros" del pago, por antiguo mote.

No dejó esto de impresionarla. Preguntó si Faustino o don Goyo corrieron la misma suerte.

—Esos salieron adelante con Frutos; y muchos de los que con él vinieron, ganaron de los primeros el paso. Estos pobres con los restantes, tuvieron que aguantar por dos veces las cargas del "mestizo".

—¿Y del otro lado no había gente que atajase a los que fuyían?

—No, porque eran pocos los del monte y no podían dividirse.

—¿Cómo sabe esas cosas, Damiana? —interrogó la joven admirada.

La española se sonrió, guiñando un ojo.

A poco la satisfizo:

—Es que él le ha contado todo a Laureana.

—El... ¿quién es él?

—Pues, el "taimado".

—¡Qué! ¿ha venido?

Al hacer esta pregunta, revelóse en el semblante de Paula inmensa ansiedad.

—Sí, llegó solo, anoche muy tarde.

La joven reprimió una explosión de gozo y precipitó el paso.

El cielo seguía sombrío. Tronaba allá sobre las lomas.

Ya próximas a la vivienda, Damiana anunció de pronto:

—Se nos murió el puma.

—¡Ay, cómo estará doña Laura!

—Muy sentida, aunque era muy viejo el roncador. Ayer de mañanita lo halló tieso a la entrada de la guarida. Se consuela pensando que le queda Cacique, el gatazo que parece tigre.

—Que asusta a Marga. ¡Creo que lo sueña!

En diálogo más o menos parecido estaban Abel Montes y la Puma, cuando llegaron los viandantes.

Después de muy cordiales saludos, se pasó al comentario de los sucesos y a las manifestaciones de sentimiento, envueltas con las de una viva gratitud.

Preguntó Paula a Montes cómo era que se había atrevido a volver solo al lugar del conflicto, y si no temía por su vida, pues que siempre quedaban rezagados en los montes o retrocedían de golpe los derrotados en el anhelo del desquite.

—Es cierto que eso suele ocurrir. Pero, esta vez no será así. A Frutos no le conviene hacer altos, ni perder tiempo en tirarse atrás por un grupito. Va buscando el montón grande, y no desprenderá un solo hombre de los que lleva.

—Yo he venido por cumplir — agregó en tono expresivo, — y pronto me voy. Va a caer mucha agua. Usted es valiente, Paula, que desafía el temporal.

—Tengo gusto, y a más doña Laura me alberga cuando es preciso.

—Ni que decirlo, hija mía. Esta es tu casa. Voy a prepararles un café del que viene de la frontera.

Y fue a incorporarse con Damiana, sin hacer caso

de las protestas de Abel, que había dejado su asiento con ánimo de despedirse.

Paula lo imitó, y los dos salieron al patio a pretexto de observar el estado del cielo.

La joven dijo un tanto trémula:

—Ya veo que cumple.

—Usted me preguntó anteanoche si era volvedor.

—Sí... pregunté. ¿No era justo, después que se portó tan bien conmigo, con mi amiga y mi familia? Tenía gusto de volverlo a ver.

—Yo lo mismo.

Miróle Paula con los ojos húmedos, muy brillantes; ese mirar que descubre el secreto íntimo sin desearlo, ese destello que denuncia vehemencia incontenible y no pudiendo expandirse, escapa como un raudal de fluido por las pupilas.

Abel dio unos pasos, pero ella fue detrás callada, y se puso tan cerca de un modo maquinal que sus cuerpos se rozaron.

Paula se sonrió. Su rostro ardía. Aquellos sus bellos ojos cuajáronse de llanto. Pero sonreía, enseñando sus preciosos dientes, y en sus tersos labios entreabiertos el rojo muy vivo de la sangre que se agolpa. Una oleada de fuego llegaba al rostro y cuello de Montes.

—La tormenta se acerca —dijo él calmoso, con la vista en el horizonte.

Paula avanzó un paso más, poniéndose delante y dándole el costado izquierdo. Su seno ondulaba al impulso de fuertes latidos. La calma de Abel empezó a desaparecer y un tinte róseo cubrió sus pálidas facciones. El recuerdo de Elodia infiel se borró de su mente en aquel instante. Una emoción inesperada lo

hizo estremecer, cuando Paula volviendo hacia el suyo su semblante lo bañó con su aliento.

El le estrechó dulcemente la mano, balbuceando:

—Ya me voy, Paula, pues la tormenta llega. ¿Me permite?

Pero los ojos llenos de luz y de expresión estaban fijos en sus ojos, y no le dejaron moverse. La fascinación comenzaba por grados. Golpeó ella con el pie el suelo, suspirante, y al fin murmuró con desaliento:

—¿Tanto lo apuran? Si es así, puede irse —y desprendió su mano.

—¡No, ahora no me voy! Usted me manda y yo obedezco.

—¡Ya es un poquito!

El joven sintió una sacudida. Removiéronse instintos que en su interior parecían adormecidos o dominados por un pesar profundo, palpitó su corazón viril cual si acabara de librarse de una presión intolerable, y concluyó por resollar con gran fuerza.

—¿Se sacó el peso de encima? —aventuró Paula más insinuante y ofuscadora.

—Yo creía que sólo la Puma era hechicera.

—Ella me enseñó a amansar malos.

—¿Malo yo? Juro...

—No jure. ¿Le enseñaron eso los frailes para engañar mejor?

Abel se echó a reir como un niño.

—Le hace gracia, ¿eh?

Y siempre sonriente, la joven volvió de abajo arriba una sortija que llevaba en el anular de la izquierda, púsose a mirarla con cierto deleite, y deslizó los dedos por la pequeña amatista allí engarzada.

En el acto, Abel reconoció el anillo con que él adornó aquella mano en la última corrida de sortija.

La hija del Clinudo hizo de pronto un mohín picaresco, y se fue lentamente.

Abel la siguió, procurando colocarse a su lado.

Ella se dio prisa con movimientos seductores, y él también.

La Puma, que esto contemplaba desde la puerta, dijo a Paula muy alegre:

—¡Ya te dije que tenías gracia!... Vengan que el café se enfría.

Abel cogió otra vez la mano de la joven, se entró junto a ella, y juntos se sentaron.

Apuradas las tazas, y de nuevo solos, ella dijo preocupada:

—¿Por mucho tiempo?

Y él repuso:

—Espero que no. Esta guerra acabará pronto.

—¡Oh, sí; cuando todos mueran!

—Aunque sea a cuchillo, muchos salvan.

—Dígame que me quiere, como yo lo quiero.

—¡Con el alma!

—Que nunca más me olvidará.

—¡Por la vida!

—¿Y la prenda de tanto querer?

—Está en su mano.

Y se la besó.

Ella le echó los brazos al cuello, puso los labios en sus labios, e irguiéndose de súbito exclamó con entereza:

—Sus amigos aguardan. ¡Ya está libre!

Los ojos de la moza radiaban energía varonil bajo la copiosa guedeja caída en onda sobre el párpado a modo de banda de crespón, y en sus labios temblorosos parecían vigilar sílabas comprensibles sólo para ella.

Acaso las condensó en una frase ante el silencio de Abel, porque bien luego agregó:

—Rosa de cerco me apodan. Para todos tiene espinas, para usted no. ¡Que la añoranza no la acabe antes que vuelva su dueño!

—¡Pues! —dijo la Puma entrando en ese momento. — Acabo de ver a uno de a caballo que cruzaba el sendero mirando para acá. Creo que es de tu gente, Abel.

Este, que ante el arranque de Paula se sintió aturdido, tornó a sosiego entonces; tendió la mano a la joven que la estrechó con fuerza, y en seguida a la Puma, a quien dijo:

—Sea siempre amiga buena de esta flor del pago, la más linda flor de todos los pagos, porque suyo es mi corazón.

Y se arrancó del sitio sin esperar respuesta, como temiendo ser vencido por una fuerza superior a su resuelta voluntad.

Ellas fueron en pos, traspasaron la línea de las tunas, y allí se estuvieron quietas y atentas hasta verle montar a caballo, unirse al hombre que por allí vagaba y trasponer juntos la última loma.

XV

COSAS DE HECHIZO

Transcurrieron muchas semanas.

Pocos forasteros de tránsito llegaban al pago, sin detenerse más que un momento en la casa de negocio, para vadear en seguida el arroyo con sus caballos de tiro, y continuar adelante recelosos y taciturnos.

Súpose por algunos de ellos que el país ardía en guerra, y que muchos hombres se asilaban en los bosques huyendo del servicio militar.

A la estancia del Clinudo se habían presentado varios convecinos en busca de trabajo, siquiera fuese para asegurarse el sustento. Fortunato consideró útiles cuatro o cinco de los menesterosos, y les dio cabida, pues necesitaba de su ayuda. Aunque entrados en años, eran hombres prácticos y poco exigentes.

Con los mal calificados "peones" habituales, cuidaba de las ovejas criollas y del ganado mayor, aunque de éste buena parte "orejano" o sin marcar, vivía y se multiplicaba a monte.

En la carneada, se prefería el último, usándose entonces de los perros con Capincho a la cabeza, para sacarlo de los boscajes. Una vez en el campo abierto las reses ariscas, el lazo o las boleadoras hacían su oficio.

Con frecuencia, la faena se circunscribía como más fácil y sencilla a selección en la carneada. El carnaje del borrego suplía bien en los malos días de invierno, antes que las gentes en armas diezmasen los rebaños.

Eran estas cosas monótonas las únicas que ocurrían en el pago.

Pero, una tarde, la Puma muy contenta mostró a Paula una carta que acababa de recibir de mano de un "tropero". Según ella, venía atrasada de dos meses por lo menos.

Eso no importaba. Llegaba de Arapey. La bruja leyó este párrafo:

"Cuando vea a mi querida Paula dígale que siempre está ella a mi lado, despierto o dormido, y que siento no tener alas como las palomas de monte que pasan volando junto a esa querencia."

—¿Eso le enseñaron en el convento? —prorrumpió la joven sin ocultar su gozo y repitiendo ya una frase para ella favorita.

—¡Ya ves!

Luego, Paula se puso bastante pensativa y apenada.

—Doña Laura, —dijo con tono de ruego,— usted me ha enseñado a hablar, porque antes yo no podía decir cosas que estaban en mi cabeza y quedaban allí escondidas lo mismo que pichones sin plumas en el nido.

Ahora quiero aprender a leer v escrebir...

—Escribir, digo yo —repuso la Puma riendo.

—¡Bueno! No lo olvidaré más. Escribir...

Y recalcó.

—Con mil amores, hija, te enseñaré todo lo que yo sepa.

—¡Sí, que sabe mucho!

—No tanto. Y te enseñaré segura de que has de aprender pronto, porque te sobran entendederas.

Bien sabía la vieja cuán rápida y vivaz era la inteligencia de Paula, y con qué facilidad se asimilaba

lo que oía o tenía interés en retener. A su lado había hecho realmente grandes progresos en el lenguaje.

—Pero ha de ser en casa, donde no le faltará nada. Yo lo arreglaré todo, porque mama ya no le tiene fastidio desde que supo todo lo pasado.

—Me alegro. Yo haré que me tenga aprecio, sin hablar de la buenaventura. ¿Pero qué vara mágica te ha tocado para ponerte en estas cosas?

Paula le arrancó en silencio la carta de las manos, la miró, la dobló y desdobló varias veces, la contempló compungida, y al devolvérsela, suspiró honda, muy hondamente.

—¡Bien! —murmuró la Puma con sentimiento.— Ya sé. Verás que pongo empeño en que aprendas aunque sea un poco de cada cosa. Tu memoria es mucha, y si te decides de veras...

—Prometo. Y dígame, doña Laura, ¿mi padrino sabe leer y escribir?

—Le enseñaron, pero como fue poco estudioso él mismo no entiende a ocasiones lo que escribe. Lo salvan su sagacidad y astucia.

¡Hay mucha aquí, de la primera!

Y la Puma acarició con las dos manos la hermosa cabeza de Paula.

La enseñanza empezó pronto. Paula no quiso ensayar sola, y venciendo resistencias, sedujo al fin a Margarita. Ella debía acompañarla en el estudio. Así estarían siempre juntas, se distraerían mucho con cosas para ellas novedosas, y cuando desmayaran se alentarían la una a la otra hasta lograr el común intento.

En abecedario silabeo se pasaron semanas, pero con provecho. La maestra improvisada se daba maña para

hacer entrar las nociones, y había hecho confeccionar en la casa de comercio un cuadro de madera muy cepillada y lustrada de negro que sirviese para la escritura y la aritmética. Un collar de cuentas de vidrio separadas por docenas, contribuía a recordar la numeración gráfica. A estas tres materias se reducía el aprendizaje, que no era poco.

Los cansancios se compensaban con paseos y juegos de naipes.

En los paseos, que eran frecuentes, solía acompañarlas la Puma, quien con una varilla en la mano trazaba de repente en el suelo húmedo y arenoso signos que no eran cabalísticos: números, nombres, frases enteras y malos dibujos, pero que daban idea de cosas no bien comprendidas en las lecciones orales. Las jóvenes se empeñaban entonces en reproducirlas provistas de varillas a su vez, y hasta en bosquejarlas mejor, con gran contento de Laureana. Luego, ella les hacía leer y explicar sus escrituras o esbozos, corrigiéndoles las faltas. Paula se esmeraba en delinear ranchos o taperas, recordando sin duda los que trazaba el "taimado", con el rebenque en la tierra, cuando lo vio por primera vez en la corrida de sortija. La Puma dábales razón de algunos árboles y frutos, ejercitándolas en pronunciar bien los nombres.

Así, a medida que transcurría el tiempo iba aumentando en las discípulas su curiosidad y su entusiasmo por adquirir mayor caudal de conocimientos.

El empeño de Paula no cejó, contaminando a su amiga, quien rara vez llegó a decaer desesperanzada de salir airosa. Repasaban de noche las lecciones, lo que agradaba a Marga, porque se dormía luego sin despertar hasta muy entrada la mañana.

Todo aquello era una especie de hechicería para

Ramona, solícita en brindarlas con leche, candiales y mate dulce.

—La casa aura es escuela —decía ufana—, y las muchachas están juiciosas. ¡Si les dura, y no se quedan a media sabeduría!

El hecho es que, ora por el afán de la novedad, ya por las tristezas en que había caído el pago desde la noche de la sorpresa a Frutos, las jóvenes se fueron habituando al ejercicio mental, pareciéndoles una falta grave no aprender bien las lecciones o no tomar en serio los consejos y enseñanzas de la bruja benéfica.

La misma Ramona miraba con respeto a la Puma, pasábale una gratificación en dinero, mandábale regalos y le hacía compañía un regular trayecto cuando se despedía por la tarde.

El Clinudo saludaba y reía en la enramada, viéndolas cruzar.

De esta suerte se deslizaron los meses.

Laureana se sentía orgullosa del adelanto de sus alumnas. Paula, según ella, era un prodigio por su memoria e inteligencia, leía, escribía y contaba sin tropiezos ni embarazos.

La letra manuscrita y la impresa, ya no eran indescifrables para su espíritu tenaz y avisor; y se complacía en esbozar cartas que luego destrozaba para rehacerlas con mayor interés y ahinco.

Algún libro viejo que la Puma le proporcionaba, llenábalas de regocijo si era de fábulas y cuentos. Paula solazábase con su amiga recordándole cómo habían sido para las dos de misteriosos aquellos caracteres, tan fáciles ahora de entender!

Una noche empezó a leer una historia de amor, lo hizo en voz alta y les agradó tanto que las dos se impresionaron. Con un lápiz ella marcaba en los már-

genes los vocablos cuyo sentido no comprendían, para que la maestra los explicara en la lección siguiente. Si descubría versos, aunque fuese un soneto de mala muerte, se obstinaba en leerlo y releerlo hasta descubrir la idea, oculta para ellas al igual de un "matrero" en la espesura. Ansiaba décimas para cantar en la guitarra. Había que pedírselas a doña Laura para aprenderlas de memoria.

Y después de dialogar esa noche hasta el cansancio, con pujos de sabidillas, Paula prorrumpió con repentina desviación de ideas:

—¡Si supieses por qué me he dado esta pena de aprender!

—Y quiero saberlo.

—No — prosiguió quejumbrosa. Otra noche lo contaré.

Abandonando de súbito el asiento, fuese a un rincón donde vegetaba la guitarra, la cogió con cariño, templóla solícita, hizo sonar sus cuerdas, y cantó un "estilo" con una voz tan pura y armoniosa como nunca Marga la había escuchado.

—¡Qué lindo! — exclamó entusiasmada. ¡Otra vez!

El cardenal se movió en la jaula, lanzando una nota aislada, acaso sorprendido por el canto a deshoras.

Sonrióse Paula, puesta la vista un tanto empañada al influjo del recuerdo en el pájaro azul, y murmuró:

—¡Mi pobre compañero!...

XVI

EL CABALLO HIZO AL CAUDILLO

El día siguiente al de su última entrevista con la hija del Clinudo, Abel abandonó su campamento en la sierrica emprendiendo marchas forzadas hacia el norte. En recibir incorporaciones de pequeños grupos que vivían en los bosques del Arapey y Daymán, y en hacer recogidas de caballos pasó bastante tiempo. Después, en su marcha nortera, sobrevinieron diversas escaramuzas y reencuentros que lo obligaron a retroceder hasta el Negro, en cuyas orillas se le plegaron nuevos refuerzos.

Cuando reemprendía sus jornadas en busca del ejército, supo la derrota de Yucutujá.

Aquella guerra a lo Sila, se inició muy enconada y sangrienta.

El presidente Oribe trabó la primera acción formal en el citado paraje sin el cálculo certero ni la pericia que poseía, y que en él era exigible por lo mismo, permitiendo que su vanguardia penetrase confundida con el grueso en una angostura flanqueada de nutrida vegetación, donde su rival le aguardaba con sus fuerzas bien dispuestas para el ataque que debía ser, como fue, rápido, incontrastable y decisivo.

Al lado de Frutos había varios militares emigrados de la otra banda, de reputación sólida en el arte de la guerra, y esto dio pábulo a la especie entonces muy difundida, y aún no esfumada, de que la disposición y el plan de resistencia y contraataque se debió al

consejo de aquellos jefes. Pero, ellos no pudieron prever que en forma tan contraria a las buenas reglas fuesen avanzados en sus posiciones escogidas; ni Frutos, en extremo práctico en este género de lides, necesitaba de auxilio técnico, conocedor de sus huestes, para distribuirlas y moverlas a su modo en la pelea.

Esos mismos militares lo secundaron en la batalla del Yí, que subsiguió, y en la que el caudillo sufrió un grave revés, con pérdida casi total de sus elementos activos, bagajes y pertrechos.

El presidente Oribe, que en ese hecho de armas puso en juego sus aptitudes de soldado, creyó vencido el movimiento y regresó algún tiempo después a su sede de gobierno, confiando luego el mando a su hermano Ignacio, al saberse que el caudillo había logrado reorganizar sus fuerzas y persistía en su guerra de recursos.

Largos meses llevaba la lucha, cuya bandera era tan sólo de predominio personal, pues hasta allí los sucesos desdecían de los principios proclamados. La fórmula de la paz en la justicia no podía ser la finalidad de un esfuerzo ciego e intensamente implacable y era sustituida por el ¡ay! de los vencidos al concluir de cada batalla.

Vehículos de ambiciones desatentadas los impulsos de la masa campesina eran ajenos a la clemencia y al perdón, para ellas simples debilidades mujeriles indignas de todo caudillo rampante y de los que al seguirle aspiraban a ser caudillos también. Se iba formando camada de cachorros agresivos, y al amparo de la licencia, los instintos peligrosos prosperaban en proporción geométrica sobre el ideal patriótico y la moral republicana. El principal de esos terribles viveros, estaba en el campo de Frutos. Bastaban para su

nutrición y desarrollo, el odio de herencia, el ejemplo práctico, y la gauchomanía de "imitar" sin escrúpulos, de prevalecer por la hazaña del brazo y de erigirse en "bulto de jaque" ante el principio de autoridad, con no menos pretensiones que un caballo de ajedrez.

Aún aceptado que los grandes acontecimientos históricos se hayan ido elaborando con lentitud en el transcurso de los tiempos, merced a la colaboración de mil pequeños esfuerzos desconocidos, de incontables energías al principio aisladas, pero luego unidas y convergentes hacia un fin o destino concreto; admitido que desaparece en el cúmulo de concausas y de efectos sucesivos el nombre de los hombres, hasta convertirse la obra entre avances y retrocesos, medias luces o destellos vívidos en una obra realmente común y solidaria, para imponer en definitiva con el dislocamiento y mutación del viejo estado de vida, una existencia más racional e intensa, bajo el reinado de instituciones nuevas; aun por sentado que esa obra, que al fin remata con la expansión violenta de fuerzas acumuladas en silencio por el trabajo ideológico y la acción intermitente de múltiples factores, no pueda considerarse como producto exclusivo de un solo hombre, y se la califique de anónima o impersonal como lo es la de un conjunto enorme de voluntades y de brazos que erigen monumentos llamados a perdurar sobre generaciones y siglos, es un hecho evidente que todas esas elaboraciones, tendencias, anhelos e instintos, con sus claridades y sus sombras, sus ideales y prejuicios, llegan a condensarse y revelarse en momentos dados con mayor fuerza y eficacia en el espíritu y los actos de los hombres representativos; o sea de los escogidos que se han asimilado la suma de esas aspiraciones hasta entonces sin forma, reconcentrando

en sí mismos el vasto caudal de átomos y moléculas dispersas para un conglomerado que ha de constituir la base de flamantes cosmogonías políticas y sociales.

Un corto número de esos hombres representativos han sido agraciados con el poder cerebral de dar fórmulas precisas a lo informe latente, de conducir las multitudes a cambios efectivos que ellas mismas prepararon con sus resistencias sordas al imperio de las prácticas añejas y con sus agresividades a veces inconscientes en la lucha por la vida. A otros, la espada les vino entre joyeles como el paladín homérico, y con ella abrieron paso al espíritu de reforma y al verbo nuevo.

Entre las cualidades exigibles en esos personajes singulares, según la naturaleza de su acción militante, primaba la mayor potencia cerebral, cada uno en su esfera y en relación a los dones y elementos de juicio del medio en que habían nacido: mejor predisposición para la lucha, según las peculiaridades de orden físico, moral y social del mismo ambiente: entereza de carácter de acuerdo con la educación recibida: arrojo, decisión y audacia en la medida del instinto, de la fiereza y del músculo en unos y otros en la tarea de inteligencia, cultura y ambición de mando: bravura épica, perseverancia estoica y crueldad natural en quienes recibieron del suelo, del valle y la montaña, el ejemplo diario que ofrecía el animal salvaje, el rastreo de la fiera y la saña del perro cimarrón: poder de obrar superior al ya conocido —el de la costumbre que había imperado como invencible— derribando la valla de las leyes con igual facilidad que a una tapera; e igual poder de dominio sobre todo lo que esas leyes no atrajeron con su rigor: las voluntades

en masa agrupándose a la sombra de una sola voluntad.

Así, en el Plata, los caudillos fueron encarnaciones típicas de las masas rurales. Estas muchedumbres diseminadas en extensas zonas, siempre se habían mostrado reacias al yugo. Las ventajas geográficas, el clima, las sierras y los llanos amoldaron su estructura y adobaron sus pasiones. La rebeldía constante contra las justicias del preboste; los lances frecuentes y enconados; la práctica del contrabando; la emulación de las contiendas de hombre a hombre; el combate con las bestias montaraces; y el odio al poblado porque de allí venían la persecución y el castigo, son hechos que deben estimarse como precursores del advenimiento de los que fueron arquetipos de prepotencia y soberanos del prestigio.

Para los escasos hombres de poder intelectual que cursaron facultades científicas, existían como elementos de juicio las ideas redentoras del siglo XVIII. Antes de las invasiones inglesas ya era conocida por los pocos estudiosos de una y otra ribera una historia de la revolución francesa escrita por dos miembros de la Convención, con los discursos y doctrinas de sus más notables tribunos. Por otra parte mediaba el ejemplo severamente sugestivo de Norte América con sus éxitos gloriosos, y el propio de España con sus cabildos abiertos. Montevideo, pequeña ciudad fuerte, gobernada entonces por un hombre que no conocía otra ley que la ordenanza, ofreció el extraño y singular espectáculo del primero de esos cabildos; muy lejos de imaginarse aquel tosco soldado que ese fugaz silabeo de discusión libre, había de ser útil al espíritu local ya predispuesto a la reacción. La "Estrella del

Sur" había apenas titilado. El cabildo abierto alumbró mejor.

Los caudillos, pues, surgieron en remota preparación como organismos primaces que refundieron una a una en esencia las propensiones de la masa rural, persistentes desde un pasado lejano; organismos de lucha que aunaban al vigor físico la virtud del valor innato como hechizos extra-comunes: la astucia y el atrevimiento en la acometida; siempre el denuedo en el triunfo o la derrota; firmeza y constancia en el propósito como aptitudes de mando. La menor de sus pruebas llegó a ser así de admiración para el conjunto de adherentes; y de influencia mágica para los mismos indecisos, la vastedad de su renombre. La entidad-caudillo apareció y se desdobló en los días precisos de las grandes crisis purgadoras. Fue un fenómeno sociológico fatal e inevitable; y no hay porqué imputar a esos hombres representativos lo que era un producto natural de evolución lenta en el orden de las cosas o el legado de mil ascendientes ignorados que desaparecieron oscuros en medio de una labor compleja y silenciosa: la labor de los pequeños que propugnan elevarse de los bajos fondos en busca de oxígeno y de sol.

Pero, reconocido el hecho como la resultante final de un largo trabajo anónimo, o supuesto que la entidad prevalente en períodos aciagos de la historia, hubiese aparecido por poder virtual sin atingencia con precedentes forzosos ¿esa entidad-caudillo habría sido la misma que se conoce sin los recursos de locomoción de que dispuso para agitarse y maniobrar en las vastas campañas que fueron teatro de su acción demoledora?

Sin esos auxiliares eficientes se habrían perdido mu-

chas de sus cualidades, tal vez la principal: el poder de iniciativa. Puédese afirmar entonces que, si el caballo por la abundancia de su especie, no hizo al caudillo, éste no fue completo o integral sin el caballo. Tienta la idea de que el caballo hizo al campeón, con sólo pensar que no es concebible el caudillo montado en buey, ni tampoco marchando a pie. El indio en su elefante y el africano en su camello, condicen con sus climas y tradiciones. Los paladines del Plata no habían nacido para el paso de caravana, sino para las velocidades cuyo ejemplo les daba el pampero. A lo menos para las marchas de sol a sol. Eran frutos del medio físico-geográfico, como el solípedo criollo.

Sin este último, alma de la refriega y auxiliar de la victoria obtenida a punta de lanza, la pasión belicosa del gaucho habría quedado en rudimento, sin gemación, envuelta en su carácter ríspido a modo de gota de agua en un enhidro.

El plasmo-caudillo tuvo por padrino al despoblado y por instrumento al potro. La madrina fue la soberbia, acrecida en la impunidad, consejera de la rebelión y de la vida vagabunda.

Estos fueron efectos lógicos del sistema de colonización. Por demás sabido es que la campaña con sus grandes fuentes de riqueza natural, vivió aislada por largas décadas sin otra industria que la primitiva del pastoreo; y que en cambio concentráronse en Montevideo los escasos elementos de cultura, bien circunscripta a su vez, con que se podía blasonar en aquellos tiempos de progreso urbano en orden a las ideas y hábitos civilizados. Sede propia de soldados y marinos con cinturón de murallas, cuyos extremos ceñía como un broche la ciudadela, dentro del radio de estas fortificaciones, puede decirse, terminaba el radio del Real.

Los muros artillados eran telones de granito, que obstaban a la irradiación del propio principio de autoridad.

Encerrado en esa jaula de piedra, el gobierno no se imponía más que un león en otra de hierros, a las gentes inquietas de tierra adentro.

A base de licencia fomentada y mantenida por la vida sin reatos, lejos de la acción pronta ejecutiva. se forjó el pago, patria en embrión, como en el albor de otras sociedades se forjaron el clan y la marca. Del pago brotó el primer plasmo de caudillo. Su ascendiente sustituyó poco a poco el de las santas hermandades. Más tarde, todos los pagos fueron formando un haz solidario al rigor de las circunstancias, bajo cierta unidad de mando. Compréndese así la imposición paulatina del archi-caudillo.

El causante y el auxiliar forzoso de este régimen, fue el caballo.

¡El caballo! Sin este noble cuadrúpedo que a más de vehículo era "amigo" del paisano, no hubiesen sido fáciles los alzamientos en armas en la desierta campaña. A falta de cabalgaduras tan abundantes, cada criollo hubiera quedado quieto en el latifundio y en su rancho; habría roturado la tierra y aprendido a sembrar. Sabría de tambos y queserías, en vez de carreras y juegos del "pato". El país se habría limitado para él al pago en que nacía, vivía y moría sin más horizontes que los bosques y los cerros que le formaban marco solemne. El cultivo intensivo hubiese surgido espontáneo, y convertídose en costumbre invariable la adherencia a la tierra.

Pero, las grandes manadas, muchas de ellas cimarronas que poblaban valles y sierras; las aptitudes

del gaucho para domador y jinete; sus hábitos de andar y recorrer el propio y lejanos distritos con suma diligencia, ayudaron eficazmente sus propensiones de libertad e independencia individual.

Sin esos numerosos aliados, testigos de sus amores y de sus aventuras en el latifundio, no se explicarían las batallas de la epopeya, ni las terribles luchas periódicas que a ella se siguieron.

El caballo dio el ser y el movimiento al montón y a la hueste, a la vez que fue el árbitro del entrevero. Más todavía: la ráfaga, la tormenta, el ciclón. Su relincho sacudía tanto como una clarinada.

El gaucho lo amaba como a sí mismo, si era de ley, constituía parte integrante de sus goces, y en sus lomos se sentía en realidad fuerte y pujante. Un "chasque" bien montado, equivalía entonces a un telegrama a sangre.

Los pagos se confederaron por el caballo. Sus hombres llegaron a hablarse y entenderse merced a la rapidez de sus remos.

En los "recados" sin orquestas ni cujas, iba bien puesto el hijo del pampero con la melena flotando. La representación plástica del caudillo no se concibe sin el potro o el redomón; ni la "llorona" de enorme rodaja que lo incitaba a volar en la sorpresa, en la carga, en la fuga, sin la estampa del domador o del lancero bravío.

Propiamente, en la psicología gaucha, el caballo hizo al caudillo. Sin el poderoso bruto, el bruto humano hubiese sido impotente. Se completaron a la manera del centauro, con más ventaja tal vez que el monstruo del mito; porque eran piezas separadas que se desligaban a voluntad o se unían por la parte media de sus troncos con el acoplo o el perno de una vida soli-

daria. El mismo clima los creó y fomentó, los hizo prosperar unidos, y juntos los empujó a los dramas imponentes y a las peleas furiosas. En ellas caían revueltos y acoderados. La voz vibrante del bronce sonaba para los dos, y quedaban muchas veces el uno junto al otro en la misma charca sangrienta.

Con tan eficaz elemento, no sólo se acortaban distancias inmensas, sino que se tenía a mano el renuevo en cualquier región del territorio. Los veloces auxiliares existían en todas partes y se brindaban a las fatigas, a las escaseces y miserias hasta rendirse al cansancio, o cribados por el plomo y el acero.

El caudillo disponía siempre de copiosas reservas. Cuando se ordenaba ensillarlas, ya se sabía a qué clase de función formidable se ofrecía el sacrificio.

A su modo y con segura pericia, el campero educaba al caballo. Su técnica era muy distinta a la moderna. En la pelea, no lo tendía en el suelo por un simple tirón de las crines, pera que le sirviera de antemural y de mampuesta; ni adiestraba sus lomos para que soportasen ejercicios acrobáticos que él no conocía, aunque de niño supiese andar sobre ellos, parado o de rodillas. Tampoco lo habituaba al salto de palenques sucesivos, ni a correr en cuadriga con sólo el rendal, y enhiesto el jinete abierto de piernas en las grupas de los laderos.

La enseñanza tenía que armonizar con el sistema de la doma. La doma era a rigor, a espuela de grandes rodajas y rebenque de lonja dura. El llamado "bocado" en lugar de freno, bajaba al fin el testuz y rompía la boca. De ahí vicios o mañas a veces incurables. La domesticación costaba sangre. Se aplicaba al solípedo el cruel precepto entonces en boga en las escuelas primarias: con sangre entra la letra. Empleaba el do-

mador el golpe de "nazarena" y el azote. Bajo tales reglas, el caballo aprendía a brincar sobre los troncos caídos, las zanjas y los hoyos; a subir o bajar sin herraje los cerros pedregosos entre densas lobregueces con el mismo aplomo y firmeza que la mula; a penetrar en los senos oscuros del monte por difíciles angosturas armadas de cien obstáculos, y a contribuir con su propio cuerpo a desenganchar ramas y romper redes enteras de tenaces trepadoras. En lo muy espeso y silvestre del sitio, bastaba al amo pasarle los dedos por el hocico, para que reprimiera el relincho o se abstuviera del resoplar ruidoso.

Así, ya perdidas por tales medios artificiosos la cerrilidad y la braveza con que eludía el lazo de trenza y las "boleadoras" saltando sobre las breñas, esos instintos se hicieron manejables y se orientaron hacia el peligro, donde revivían de pronto al rigor del combate.

Sin haber leído a Condillac, ni imaginarse lo que era un filósofo, el gaucho histórico sabía a su modo de sicología de animales. En frecuente trato familiar con el caballo y el perro, él creía que a estos compañeros fieles sólo les faltaba la palabra. Les reconocía memorias e ideas, pues que aprendían, comprendían y retenían lo que él les enseñaba, si bien esa enseñanza fuese castigo. Solía decir hablando de algún caballo: "es animal de voluntad y de ley". Acordábale entonces facultad volitiva, aunque él pensase que fuese efecto del rigor. Eso no obstante, y obedeciendo a un instinto cruel, si en la marcha el animal resultaba lerdo o ruin, o se rendía al cansancio, su amo se arrojaba a tierra encendido en cólera, y le hundía en el cuello el cuchillo, cuando no optaba por derribarlo por un golpe de rebenque en el testuz.

El simple aprendizaje del silencio en los escondrijos

del monte, reteniendo un natural relincho al sentirse en el campo la aproximación de una manada y el esquilón de la yegua-madrina, revelaba en el caballo adiestrado inteligencia y capacidad de recordar. Cuando no sucedía así, como lo hemos dicho, bastábale sentir el roce de la mano del dueño a la altura de las narices para sofocarlo a medias y reducirlo a ligeros rezongos. Pasado algún tiempo ya no reincidía.

Compañero de alientos y hermano de gloria, ora máquina de arresto, ora tren de ofensiva, el caballo compartía el poder de iniciar, aportaba dos tercios del ímpetu, contribuía a medias a mantener el coraje, chocaba ciego como la rabia. En el entrevero, podría abrírsele la piel hasta descubrir sus músculos palpitantes, verter a chorros su sangre hirviendo, bramar por vez primera como el toro al sentir el puón en el morrillo; pero, no caería aunque quedaran colgantes las entrañas o del pecho al casco se pintase de rojo, sino cuando una bala le destrozara la cabeza o le dividiera el corazón. Mordía el hierro y agujas de hierro le punzaban los ijares. Parecía habituado a soportarlas. El griterío brutal que surgía gigante en el tumulto era su himno propulsor, el himno que hace fieras y extrema la matanza. Cargaba, recargaba, cedía al fin cuando ya no oía el alarido de las trompas, se desplomaba, removía las bastas uñas en el aire como en busca del último apoyo, y su desangre convertía en negros los verdores del suelo. Luego, nada de poesía hímnica, ningún cántico funeral para este héroe anónimo. Allí quedaba como manjar selecto del yaguareté y del iribú.

De esta suerte, el robusto animal de trabajo que acodillaba al novillo arisco y al toro, como ayudaba al aparte de las reses en el rodeo; que contribuía en

primer término al tiro de "laques" sobre el vacuno alzado, como a la caza del ciervo o del ñandú en celerísima carrera; que se metía con su dueño en las asperezas de la selva para salvarlo de los peligros, y aprendía a ser mudo para no denunciar su asilo, fue transformado durante crudas lides en bridón de guerra a las que entraba temblando, y en las que concluía por resollar de coraje a los gritos terribles que concitaban al choque y al deguello. Dueño y bruto se trasmitían por contacto sus fiebres e íntimos hervores. Constituían la personalidad biforme del poema semi-bárbaro.

Por lo mismo que era de tan grande utilidad, más que preciso, indispensable para la acción eficiente de la hueste o de la montonera, de una disparada general en la noche dependían a veces una victoria y una derrota.

Un solo caballo que por nimia causa se asustase, rompiera el maneador o arrancase la estaca emprendiendo en seguida vertiginosa carrera, arrastraba en temible tumulto a los demás por el contagio del pánico y ponía en serio peligro a los hombres, cuya defensa contra la ola bramadora consistía en agitar delante de sus vivaques grandes tizones ardiendo. El fuego desviaba la avalancha, sin que por eso no quedasen aquí y acullá algunos tendidos, estrujados o mutilados bajo el tropel de las manadas enloquecidas por súbito terror.

Muy a menudo ocurrían estas escenas en la época de que hablamos, pues era enorme la cantidad de equinos, y silvestre la calidad, hallándose confundidos con los ya domados y redomones, potros, baguales y yeguas de arranque tan salvaje como el de las propias fieras.

Producida una disparada, pronto se lograba reunir y traer a los fugitivos por el grupo que había conseguido sujetar sus monturas; pero el caso era grave si el enemigo estaba cerca, y se oía el toque de carga de sus clarines.

Careciendo de infantería, el caudillo dejaba de serlo, sin caballo. La masa a pie con armas blancas y pocos tiradores, no resistía un ataque bien dirigido, y fácilmente era arrollada y acuchillada sin más refugio que los montes, si los había inmediatos.

Al fragor de trueno ocasionado por miles de cascos en el suelo, lo primero que a un caudillo se le ocurría lanzándose a la entrada de su carpa, era gritar muy alto y enérgico:

¡Mi caballo!

Este grito dominaba todo el estruendo en derredor como nota suprema en un coro de rugidos.

Aunque ya sus asistentes, con preferencia, hubieran asido uno o más corceles de su jefe por el cabestro o el "bozalejo" reprimiendo sus corvetas y encalmando sus temblores, él quería verlo todo y persuadirse, dictar medidas de mejor seguridad u ordenar que se pusiesen los arreos "al predilecto", por lo que pudiese sobrevenir. De lo demás se ocupaba en segundo término, y lo miraba con flema. Se había de remediar.

El caballo, el que usaba por la confianza que le tenía, el que abrazaba con amor, era el privilegiado, que él nombraría "cónsul" si el concepto le fuera conocido, y al que en su defecto apodaba por el pelaje en el sentido de que ningún otro le igualaba, ni el alazán con rémiges del cuento si de él tuviera noticia. Era el dispar por su excelencia.

Sin viveros de manadas, pues, no hubiese habido criaderos de caudillos. El clima los producía a la par,

y los apareaba. Un campeador peatón, no subsistiría más tiempo con su gente, que el necesario para que llegase una policía bien compuesta y mejor mandada. Todo el prestigio quedaría al nivel de las espuelas, por el hecho inútiles, y trabas en la fuga; y el "hechizo del músculo" por el manejo de la lanza, del lazo y las "tres marías" no habría cautivado a los menos fuertes, ni hecho escuela de valor andante y de osadía sin freno.

Cuando el charrúa, montó y adiestró a su modo al caballo, quintuplicó su audacia y se hizo rival del ñandú. El cacique nada envidiaba al caudillo, desde que la chuza en su diestra suplantó a la macana.

Como señor de los campos, el caudillo conocía las dehesas, los rincones, los gramales mejores y hasta los potriles ocultos en los bosques donde se escondían por sus cuidadores los pingos parejeros.

Cuando se producía una revolución, ya la flor de la caballería mayor, pues de la menor no se ocupaba, iba a poder del caudillo, al punto de que las altas autoridades no podían disponer a veces más que de una porción mínima y de los borricos, mulos y matalotes dejados por inservibles.

Frutos, de una actividad asombrosa en sus correrías, sabía que el secreto de mantener la agitación y la lucha, a pesar de los desastres, consistía en la calidad y resistencia del elemento móvil que le transportaba de uno a otro confín sin riesgos, acampando por días y semanas donde mejores eran los abrevaderos y forrajes.

Explícanse entonces sus contínuas marchas y contramarchas después de salvar fronteras, sus falsos avances hacia puntos determinados, sus retrocesos de sendas jornadas, sus treguas más o menos cortas en di-

versos campamentos, como para distraer o desorientar en sus rumbos al ejército contrario, que propendía ponerse a sus alcances y obligarlo a la pelea.

No parece que él tuviera mucha confianza en la moral de sus tropas, tan rudamente batidas en la batalla del Yí; porque en su hábito de nortear, se encaminó a campos de Paysandú con ánimo de asegurarse la retirada al Brasil. Fue en esa región hoy de Río Negro, donde con hábiles marchas alcanzó su retaguardia al general enemigo y le puso en el caso de librar la acción.

La zona estaba sembrada de palmeras en un trazo considerable y regada por arroyos, a la margen de uno de los cuales debía decidirse el sanguinoso pleito del mando.

XVII

PALMAR

El caudillo, creyéndose en inferioridad relativa respecto a las fuerzas de su adversario, lo que era un error. marchaba con muy variados movimientos, como irresoluto, pero siempre con tendencia a aproximarse a la frontera. En estas evoluciones, el general Ignacio Oribe mostrándose estratégico, lo detuvo a orillas del arroyo Santa Ana, privándole seguir su primera orientación.

El general Rivera colocado en el ribazo izquierdo, había dejado su vanguardia a la derecha en previsión del choque, estando él situado a más de tres kilómetros rumbo a la barra de aquel arroyo con el Grande. En tanto lo remontaba el ejército del gobierno, su jefe ordenó atacar la vanguardia revolucionaria por tropas escogidas para obligarla a cruzar el cauce, lográndose el éxito, pues aquella fuerza abandonó la posición con pérdida de algunos hombres para reincorporarse al grueso.

Alguna distancia siguieron los dos ejércitos en líneas paralelas, hasta que hallado un vado conveniente lo atravesó con premura Oribe, ocupando en el acto una loma de allí apartada media milla, donde simuló tender su línea de batalla. La contramarcha efectuada al principio por éste, amagando por el flanco, puso a Frutos en el caso de cubrirlo, obligándolo por fin a un cambio de frente de su línea. Tenía los grandes palmares muy cerca, y este detalle del terreno fue de

importancia, pues a él debió en definitiva no ser aniquilado.

Como formase su ejército en escalones, procedió lo mismo su contrario, iniciándose la acción muy avanzada la mañana de uno de los días finales de otoño.

El general Ignacio Oribe, veterano de Ituzaingó, era un soldado de gran arrojo, de méritos reconocidos, pero de amor propio muy acentuado y de arrebatos no siempre reprimibles. No esperó que Lavalleja, al frente del segundo cuerpo en Paysandú se le uniese, como estaba combinado. Resolvió batir sin conjunción. Cierto es que su fuerza era numerosa, tanto como flaca su moral militar. No estaba Frutos en mejores condiciones. De ahí los singulares episodios de esta acción de guerra sin parecido.

Obedecía al primero, como jefe de infantería, el coronel Cipriano Miró, de coraje, dignidad y pundonor. Un pequeño batallón compuesto de reclutas constituía el núcleo de armas de fuego: centena y media de novatos que hacía poco tiempo habían aprendido a marcar el paso y morder el cartucho. Frutos no exhibía un elemento superior. Contaba con otro grupo de bisoños sin disciplina, mandados por un sujeto portugués más escaso de envergadura y de conducta formal. Como se ve, ni legión, ni falange, ni tercio en uno y otro campo, en cuanto a peones. En esta arma se iba al tanteo y se estaba a la casualidad.

De todo ello eran testigos y fueron actores entre otros Juan Lavalle y Martiniano Chilavert, paladines andantes de una odisea perpetua: héroes sueltos que buscaban a la sombra de Frutos un apoyo a sus planes, para caer bajo el plomo en un futuro no lejano defendiendo contrarias causas y banderas.

El arma destinada a la acción era la caballería, y

en ella descollaban fuertes campeones de los dos bandos.

Dio comienzo la batalla rompiendo un vivo fuego graneado la tropa de Miró, situada en el centro a cincuenta metros de la línea. Entonces cargó con ímpetu el ala derecha de Frutos, y simultáneamente la izquierda de Oribe al mando de Servando Gómez. Chocaron los hierros y trocáronse botes por largos instantes con gran denuedo y pérdida de vidas, y estando en esa brava brega varios escuadrones atacan por el flanco el escalón y ábrense paso; pero la escolta de Oribe les sale al encuentro, los arrolla y acosa, arrojándolos en una hondonada cubierta de malezas, en tanto que Gómez hace cejar a los del frente y los precipita en montón informe sobre su línea.

El segundo escalón a las órdenes de Agustín Muñoz carga a su vez a toda brida sobre el que tenía delante, y a poco de lidiar, lo desordena y desbanda, acuchillándolo sin descanso hasta que halló refugio en los palmares, donde ya se veían fusileros dispersos. La mortandad subía con pasmosa rapidez.

En este encuentro, Abel Montes toma prisionero a Ubaldo Vera, le acoge y le ampara, colocándolo a su lado y cubriéndolo con su sable. Reconoció a su rival de la sortija y al hermano paterno de Paula. Sintió una viva complacencia en hacerlo suyo. Ya en repliegue, díjole: no es por humillarlo, sáquese la divisa por ahora, porque de otro modo no respondo de su vida. Así lo hizo el mozo agradecido. Pero, pasados pocos minutos, fue envuelto en una nueva embestida, cayendo bajo el hierro de sus mismos compañeros. En las horas trágicas la Parca no distingue rostros ni aun bajo el resplandor del sol.

El tercer escalón a cargo del general Britos, en que

figuraban coraceros y un nuevo cuerpo de línea, sufrió un flanqueo por su ala derecha tan vigorosamente llevado, que puso en fuga vergonzosa a la flamante unidad de caballería; contraste compensado en el momento por el empuje del regimiento montevideano que con serenidad y pericia en sus maniobras, contraatacó al enemigo por su izquierda, haciéndole abandonar el terreno ganado.

En lo crudo de estos lances, tan diferentes a aquellos en que se peleaba con corazas y escudos de siete cueros como en los ciclos épicos, pues eran a cuerpo descubierto y brazo desnudo, el coronel Núñez que venía sin lanza, disparó con pistola de arzón sobre un oficial enemigo que tampoco esgrimía aquélla, pero que le abocaba la suya y hacía fuego casi simultáneo. Los dos proyectiles se perdieron. Como no era el minuto solemne para nueva carga, sino para recargar en cualquier forma y salvar el trance, el capitán escuadronista Jeremías Olivera, que éste era el nombre del intrépido oficial, tiró entonces su pistola con la mayor violencia a la cabeza del coronel no menos valeroso, quien al recibir tan inesperado obsequio en pleno rostro hubo de perder los estribos y deslizarse aturdido por las grupas. [9]

Casi toda la caballería revolucionaria había salido del campo, después de ocho o diez cargas. Grupos diversos se conglomeraban aquí y allá a ratos, al res-

9 El propio don Angel Núñez, ya con el empleo de coronel mayor y en el campo de Oribe, relató este episodio al general don Antonio Díaz, al referirse en sus recuerdos a la jornada del Palmar.

Declaróle también que al reunir dispersos y disponer el conjunto en mitades, se preparaba a abandonar el campo en regular formación y el intento de ir agrupando el mayor número en la retirada; pero que la carga en desorden del general Britos lo obligó a un contraataque, con éxito, pues que salvó la batalla.

guardo de los palmares, los que eran otras tantas veces deshechos por ataques sucesivos.

Un núcleo regular llegó a escuadronarse al frente, al parecer con ánimo de emprender la retirada, pues la infantería vencida por la obstinación militar de Miró, había ido a asilarse en las grandes arboledas; pero, cuando esto sucedía en una línea por completo destrozada, el general Britos que tenía orden de mantenerse firme en su puesto para apoyar las maniobras contra los montones informes que pretendían refundirse recibió la de intentar un esfuerzo más contra el único de alguna importancia que se reorganizaba delante en mitades; y a pesar del desorden que aún reinaba en sus filas, cediendo al cumplimiento del deber, se lanzó sobre el enemigo, decirse puede, en dispersión, ante cuyo tropel Núñez arremetió a su vez con osadía desbaratando esa fuerza, que, al volver espaldas, arrastró en la fuga casi todos los restos diseminados de la caballería de Oribe.[10]

En este último esfuerzo, que con más previsión pudo ser contundente, la vuelta grupas produjo un pá-

10 General Manuel Britos — Era un jefe de méritos por sus dotes de carácter y actitudes militares Se le tenía en tal concepto No fue un caudillo, y sí un soldado en la acepción noble del vocablo.

A raíz de un desastre se busca siempre una víctima, y él fue la elegida La impresionabilidad del momento, superficial y pedorrera, lo condenó sin oírlo Se dijo que del revés, no había otro culpable Esa injusticia, como todas las injusticias, cuajó.

La verdad histórica es otra. El general Britos llevó la última carga —tal vez contrariado, — porque así se le impuso por mandato superior.

Ese fue el juicio emitido por jefes y oficiales de pericia y conciencia, y aceptado más tarde sin debate. Britos ya había muerto, con el desencanto del deber y de la gloria.

El señor Antonio Díaz, director de "El Universal", hizo en su diario el merecido elogio y la mejor oración fúnebre de este ilustre guerrero de la independencia y de las luchas por el orden institucional.

nico irrefrenable. Algunos oficiales fueron derribados por sus propios soldados en el brutal empellón para ganar hueco de escape, y otros quedaron detrás sin conseguir dar gobierno a sus caballos despavoridos.

Sobre los primeros saltaron los más ágiles, en tanto que los que seguían, menos livianos o ya con lesiones graves en los cuadriles, batieron los cuerpos con sus cascos machucando pechos y rostros; y sobre los segundos golpeaban los aceros en cabezas y pulmones sin marrar a favor del agrupamiento y del tumulto. Un alférez se defendió con el sable contra varias lanzas, hasta que una le acertó en el pecho con un bote incontrastable.

El deshecho escalón, en espacio abierto, se distendió como un abanico: entonces los lances se hicieron aislados, y al fin concluyeron por completo desbande. Sólo quedaron en el terreno ástiles rotos, grandes manchones sangrientos, miembros palpitantes. Las moharras del vencedor dieron pronto fin a las convulsiones de los que se revolvían en el suelo.

¿Por qué no añadir que se mató demás? Los lances de una batalla al parecer viejos como las batallas, son siempre nuevos, a poco que se observe, en las formas de consumarse. No hay dos combates iguales, como no hay dos partidas iguales en el tablero de ajedrez. Difieren tanto en las peleas los detalles, como en el juego las combinaciones.

En el revuelto campo de nuestro diorama tinto en rojo, abundaron las variantes en el morir.

Durante el desgrane, algunos son alcanzados por tiros de laques, que al liarse a modo de reptiles de tres cabezas en los corvejones de sus monturas dan con ellos en tierra. Un pequeño carro con heridos vuelca en una zanja, y al quedar debajo, uno de ellos que

era un sargento negro, dijo a un su compañero que sobrevivió: ya no precisamos sepultura. A un flanco de la hondonada, otros cortan con sus cuchillos las cinchas, deslizan los "aperos" que caen de costado o por las ancas, y con este alivio de peso y prenda de botín al vencedor, devoran luego la distancia. Varios se derrumban al descender una cuesta, pero sin dejar los lomos reincorporan con destreza sus pingos, que azorados brincan con nuevos bríos, aguijoneados por el instinto de conservación antes que por la espuela. No pocos ya chorreando sangre se desploman, y junto a ellos mueren sus amos bajo un turbión de moharras y sables. Los gritos de injuria y de rabia se mezclan al estridor de las armas, los coágulos salpican, y ojos feroces en rostros lívidos buscan bultos donde hundir el rejón de manera impune, ya que la retirada se ha vuelto fuga. Este arroja alaridos de coraje al rodar por los pastos; otro se vuelve de costado y quema su último cartucho; aquel se revuelve con los intestinos afuera sin largar la daga; dos o tres más allá se defienden espalda con espalda; y algo lejos, un mocetón de rulos con los dientes apretados, maniobra con su ástil a diestra y siniestra casi vuelto a grupas, para impedir los tiros de bolas que han de enroscarse en los remos de su bridón.

No falta uno que al defenderse a pie, grita a su agresor; "acordáte hermano que te salvé la vida en el Yí!" El agresor ciego y enfurecido no lo oye, y le trucida el cuello con su lanza de medias lunas. Un recluta de Miró que observa a la distancia le dispara su fusil, y el matador se desploma al lado de su víctima que se retuerce y despide la sangre a cuajarones.

Otros fusiles de cazoleta de Miró con sus fuegos

oblícuos, alejaron del sitio a los lanceros. Fueron sus últimas descargas.

No se sabía quien había salvado la batalla.

Creeríase que por una parte, se había mandado sin serse obedecido; y que por la otra todos se habían batido sin haber sido mandados. Es que, como en tantos episodios de este género, la casualidad intervino y se hizo aliada del más atrevido y pertinaz. Fue Núñez el del golpe decisivo, porque Frutos se había alejado del campo, al que volvió después de las cinco de la tarde, ya concluido el formidable torneo.[11]

Una nota de relieve.

Los reclutas de Miró pretendieron a las primeras descargas echar vientre a tierra, pero su bizarro jefe con la palabra y con la espada los compelió a la línea del deber. Se combatía entonces en orden cerrado. Hizo más. Apenas desalojó de su posición la infantería enemiga, movióse en el acto persiguiéndola una milla, y replegándose en buen orden al puesto que se le designara desde el comienzo de aquella feroz pelea.[12]

Se replegó, porque se veía sin apoyo. Siquiera contaba con las carretas para atrincherarse con sus fusi-

11 CAMBIO DE ROLES. — El coronel Angel Núñez, a quien cupo participación tan saliente en la batalla del Palmar, debía ponerse más adelante al servicio del general Manuel Oribe, no pudiendo sufrir las proteicas genialidades de su antiguo jefe el general Rivera; así como el coronel Martiniano Chilavert, no menos supeditado a sus caprichos, se pasó al campo contrario según ha de verse.

12 CORONEL CIPRIANO MIRÓ. — Buen soldado rígido en disciplina, respetuoso de la ordenanza De verdadera vocación pues, para las armas, se inició con brillo en las guerras de la independencia, mereciendo de sus grandes generales aquende y allende los Andes la mayor consideración y estima

Ostentaba premios bien ganados en épocas muy duras, y era de los que llevaban el collarín bien ceñido y alta la frente, tan modesto y culto cuanto intrepido y abnegado. En su carrera sin tacha estaba al nivel de otros próceres, y si ha

leros formando círculo, hasta que le llegase el auxilio, si había de venir. Pero, aquel soldado de raza y leal servidor se vio pronto solo.

¿Sólo? No. Treinta jinetes con Montes a la cabeza permanecían allí cercanos, inmóviles y silenciosos. Cuaró tenía vendada la frente con un pañuelo blanco, teñido en sangre. Lanza en mano estaba a la espera. Esos hombres se desprendieron del escalón del general Gómez, así que éste ordenó retirada. En medio de la espantosa confusión de última hora, se habían plegado a su columna. Cuando ella empezó a alejarse, se disgregaron y se pusieron próximos a los que aún se batían.

El sol estaba en su ocaso.

¿Por qué se retiró Servando Gómez?

No podía decirse que a ello lo hubiese impelido una superioridad numérica que no existía, disueltos los cuatro escalones en que dividió Rivera su ejército.

Cuando por segunda vez el tradicional lancero despejó el terreno a su frente, si bien se vio maltrecho, reunió pronto varias fracciones dislocadas y recompuso su escalón. Podía seguir combatiendo. Algo de ex-

quedado en la sombra, debe tan sólo atribuirse al espíritu de negación que por largos lustros ha venido primando sobre las mejores reputaciones y caracteres que honran las páginas de la historia imparcial.

Este virtuoso jefe en toda hora solemne, sabía su deber. No le arredraba la calidad de la tropa, ni pedía apoyo en el conflicto aunque fuesen reclutas los de su mando Poseía la plenitud del valor militar La acción del Palmar, tan firme y encarnizada, puso en resalte sus aptitudes superiores En la ofensiva y defensiva le sobraron alientos, y aguardó sereno su destino al final de la jornada

Había sido actor en Ituzaingó, y lucía sus condecoraciones. También figura entre los jefes que firmaron el manifiesto de adhesión al rechazo de la convención preliminar de paz, celebrada por el ministro de la Argentina, doctor Manuel José García y la corte del Brasil, en 1827.

traño, de anómalo pasó sin embargo, más extraño que el desenlace de la batalla misma.

No en vano se veían sobre el campo más de quinientos cadáveres, y Frutos había desaparecido.

Después de la carga a que nos referimos, el jefe del ala izquierda volvió a su posición con sus escuadrones; agrupáronse caballos y jinetes como una mole movida a máquina; tremolaron las banderolas entre una nube de tierra y cesó el toque de clarín.

El general Oribe con la cabeza descubierta arengaba a los fusileros de Miró.

Así quieta aquella caballería, en el campo adverso algunos pelotones al paso ordinario se fueron refundiendo lentamente.

Más lejos, desde un pequeño núcleo en que se distinguía la figura de Juan Lavalle, se observaba con atención los menores movimientos de las fuerzas de Oribe.

Del grueso de éstas, algunos inquirían a su vez, alzándose sobre los estribos, como gente asombrada de mirar que en las filas rotas de Frutos, hubiesen aún quienes iban y venían de un lado a otro, lo mismo que aturdidos por efecto de las furiosas colisiones.

No de otro modo, después de las primeras embestidas, se apartan, se desvían, hacen curvas a pasos breves, levantan el polvo con las pezuñas y se lo arrojan a los lomos los toros embravecidos, para darse de pronto el frente arrancándose de nuevo y chocar las agudas astas con sordos ludimientos; hasta que, sangrando por sus heridas, se alejan alguna distancia, se paran sudorosos y se van paso ante paso por opuestos rumbos.

Así, de súbito, Servando Gómez se fue. Y con él sus dragones, sin haber sido mayormente diezmado,

sin ser otra vez agredido, sin esperar la voz de mando superior, cual si todos hubieran sentido quebranto de brazos a raíz de lances pavorosos.

Se fue. Nadie lo persiguió. Ni una bala, ni una lanza.

El que había sido adalid incontrastable en los grandes días de la epopeya, el que con su sable supo dar la terrible flanconada que decidió la victoria en el Rincón, el que por su pujanza y denuedo en la lucha brazo a brazo brilló en tantos episodios dignos de cantos legendarios, en las guerras civiles, comenzó a declinar visiblemente. Otra, sin embargo, había sido su conducta en la batalla del Yí, cuyo éxito se le debió en buena parte. En ésta no tuvo explicación. ¿Le pesaban ya las espuelas? Después de los primeros arranques no dominaba ahora el campo de la pelea. Se transformó en héroe desconfiado, vidrioso, escurridizo.

Iniciábanse las lides implacables.

Apenas concluía el primer lustro rojo. Poco preocupaba la piedra de chispa y no se tenía en cuenta la pesada máquina de atacador y escobillón. La guerra debía ser a lanza y sable. Y era aquella la que él ya no blandió como en las antiguas cargas a fondo.

Hallándose Miró con sus infantes en situación tan desventajosa, se le intimó que se rindiese, a partir de que continuar la efusión de sangre sería inútil desde que había sido abandonado a su suerte. Resistir era condenarse.

Mientras esto se le exigía, se sacrificaban prisioneros, sin excluir a uno que se abrazó a las rodillas de Frutos suplicándole la vida, y de quien fue separado para ultimársele a lanzadas. No se daba cuartel. Era el primer período nefasto de los odios letales.

Intimado Miró, dijo en respuesta que se enviase como emisario un jefe de alta graduación; y en tal carácter hizo acto de presencia en la pequeña zona atrincherada don Juan Lavalle.

Viéndolo llegar hasta el coronel Miró, Abel Montes dijo con acento breve:

—Vamos.

Y desplegando cinco tiradores a retaguardia, el corto escuadrón tomó el trote hacia el curso inferior del arroyo en busca del vado.

Se le vio ir, se sabía quien era, pero nadie le siguió. El interés estaba ahora absorbido en la rendición de la infantería, y no convenía malograr el éxito, ni agredir a los que se retiraban.

Cuaró iba revoleando el rejón como si hubiese hecho en la cruenta jornada poco ejercicio. Bien montados, anduvieron sin darse prisa parte de la noche.

Pero, conviniendo en que era mejor no aventurarse sino en sitios muy conocidos, recordó el "mestizo" que el campo del Clinudo quedaba a la margen derecha del arroyo Grande; y el gran potrero que les había servido de refugio tanto tiempo, en el rincón donde el Pantanoso hace barra con aquél, nutrido de bosques. Para el caso, mejor era estar más bien cerca que lejos del enemigo. El acecho podía hacerse sin temor de ataque imprevisto, desde que el escondrijo estaba seguro y no era fácil descubrirlo.

—Me gusta — observó Abel. Allí tenemos amigos.

Cuaró se sonrió y prosiguió con tono de convencido:

—Frutos va a campar en esa costa por la clase de pastos, arribita, aónde el monte es muy espeso. Mi gusto es que ganemos el rincón un poco acá de la

barra, para bichearlo a sosiego. Yo soy baqueano En ese lugar se dentra por una picada negra como cuervo y torcida, que va a un limpio de ganao orejano, y nadie ni que juese brujo es capaz de meterse en ese boquete sin dejar la cabeza. De ahí, nos queda libre salir por otro que está cerquita del rincón a la costa vecina. Lavalleja puede venir y nosotros servirlo mejor.

—Haremos eso, por probar si logramos alguna sorpresa.

XVIII

LA SELVA TRAGICA

Desandaron el camino. Cuando ya despuntaba el día, hicieron un alto en las nacientes del arroyo Grande. Se ordenó sacar los frenos para que los caballos trincasen, pues no llevaban de relevo, sin recelo alguno de enemigo entregado en esos momentos a los regocijos del triunfo.

Más de tres horas permaneció la partida en aquel sitio. Se almorzó de lo poco que iba en las maletas.

Cuando enfrentaban para seguir marcha, vióse venir al gran galope hacia ellos un mozo que hacía señas con el sombrero.

Todos fijaron la atención y con ojo propio de águila serrana, uno de los soldados exclamó con alborozo:

—¡Es Celestino, comandante!

Celestino era uno de los compañeros extraviados en una carga.

Según contó expansivamente, mal herido su caballo y rodando por el suelo en el tropel, atinó a esconder su chambergo abajo de un muerto, calándose el de éste que tenía divisa roja.

Gracias al ardid pudo pasar sin sospechas en las primeras horas. Todos estaban pendientes de la rendición de Miró.

Como se comidiese a servir de mandadero al coronel Chilavert a la casa de la Cordobesa, que estaba a regular distancia, montó en el caballo que traía, dio un rodeo y enderezó al arroyo que cruzó sin peligros,

lanzándose a media rienda sin parar en el largo trayecto más que para receñir la cincha. Desde la loma había conocido a su gente.

—¡De buena escapaste! ¿Qué cosas de nuevo viste en el campo?

—Hoy temprano "despenaron" los heridos a tiros de tercerola. ¿Se acuerda comandante de aquel Ubaldo que salvó en el entrevero? Yo estaba a su lado...

—Sí que me acuerdo.

—Pues ellos mismos lo mataron. Hoy de mañana Queiroz se sentó sobre el cuerpo del difunto a falta de banco, se puso a tocar la guitarra y a chupar caña en el chifle...

Abel tuvo una crispación nerviosa.

Pero nada dijo.

Como se había resuelto, el reducido grupo continuó marcha en dirección a la barra, cruzando campos feraces donde según Cuaró no dominaban la cebadilla, la flechilla y la cola de zorro, sino la grama y el trébol. Por eso había de escogerlos Frutos para reponer sus manadas.

Caía una tarde llena de brumas cuando se entraron al rincón, cuyos montes de árboles fulómanos, tal era la abundancia de sus hojas y ramas, formaban un gran semicírculo.

Luego de examinar minuciosamente aquella vegetación salvaje, acertó Cuaró con la picada estrechísima obra del ganado, en parte obstruida por los matreros.

En ella se internaron con los caballos de la rienda.

Al principio el avance fue fácil de a uno en fondo; pero, bien pronto, tuvieron que poner en juego las dagas y los sables para cortar gajos y lianas que vol-

vían luego a enredarse en sus espaldas en apretada urdimbre.

El sendero con mucho de laberinto, se extendía en espiral, y a veces era interrumpido por fuerte boscaje. A pesar de esto, con extrema baquía y olfato de "rumbeador" el "mestizo" abría camino hasta encontrarse de nuevo bajo bóvedas flotantes.

Antes de extinguirse la luz del poniente dieron con el potril suspirado, donde varias reses gordas y ariscas que allí pastaban, se unieron en grupo para hundirse en la parte opuesta de la selva, aunque no con tanta celeridad que no alcanzara a una de ellas y la derribase un tiro de carabina en la cabeza.

Fue Abel el previsor, pues venía la noche nublada y llevaban sus soldados largo tiempo sin comer.

Grande regocijo produjo el acto en el núcleo.

Dos hombres se apresuraron a desangrar la vaca que había de servirles de festín merecido. La desollaron y despostaron en breves minutos, y procedióse enseguida a desensillar y atar los caballos a estaca.

Sin pérdida de tiempo, acumuláronse troncos y ramas secas y ardieron los fogones. El agua estaba a un paso. Llenáronse las calderillas para el mate amargo, en tanto la carne ensartada en asadores de madera dura se doraba al calor de la llama.

En esta diligencia no tomaron precauciones a fin de que el humo no sirviese de indicio delator, por considerarlas innecesarias en esa noche lóbrega. Quedaba la cautela para los días sucesivos.

Con varas verdes flexibles, se construyeron ranchejos a falta de carpas. Esto y los ponchos bastaban al resguardo contra la intemperie.

Cada recado constituía lecho, con el cojinillo de lana por colchón.

—Barriga caliente y sueño de lechuza — dijo Cuaró, mondando con la daga la costilla. Ni en dos días llega Frutos por aquí; y podemos descansar antes, aunque se allegue, porque hay tigrada en la guarida. Si asoma algún bisoño, le ha de acontecer lo que a esta barrosa que no se arremangó a tiempo y se mancó en aquel zarzal.

Todos comían voraces, sin dejar de festejar las ocurrencias del "mestizo".

Celestino parecía haber ayunado media semana, de tal modo repetía su ración.

La carne ajena era muy sabrosa.

Como lo había previsto Cuaró, el ejército de Frutos después de reorganizarse en lo posible, y cubrir sus claros, vino a campar una mañana a la orilla del arroyo. La calidad de las hierbas fue el aliciente. Las cabalgaduras en gran número estaban transidas y había menester de excelentes forrajes y aguadas.

Se venían haciendo domas de potros para reemplazar los perdidos en la batalla, y los que emprendieron fuga con los cuidadores durante las cargas finales.

Reincorporáronse bastantes hombres dispersos, y con ellos un regular lote de mujeres y criaturas que seguían los rastros de este ejército por hábito de éxodo, constituyendo así un singular conglomerado de razas, tipos y funciones distintas. Bajo este aspecto, el conjunto tenía poco de estructura militar y mucho de tribu trashumante. Las pesadas carretas y tropas de bueyes, los carros que servían de cantina, y los tendejones por albergue, complementaban la faz pintoresca de la hueste belicosa, de tintes subidos en cuanto a escenas y detalles de convivencia y aparcería. En vísperas de combate, y de un modo semejante al usado por los

indígenas al levantar sus aduares, las familias eran recluidas en los montes, como sucedió poco antes de librarse la acción del Palmar. En los bosques del Queguay, muchas eran las que esperaban la proximidad de las fuerzas para hacer su conjunción. Estas costumbres primitivas de sociabilidad dislocada, perduraron en los vivaques de Frutos hasta el épodo de sus campañas, casi todas concluidas en desastre, por no haberse subordinado nunca a las reglas primordiales del arte de guerrear y de vencer.

Por las marchas que el caudillo venía realizando a paso lento, deducíase que su rumbo fijo era el de Paysandú, donde Lavalleja se mantenía a la espera con el segundo cuerpo de ejército. No era para él prudente dejar a retaguardia un adversario temible por su valor, audacia y prestigio, y cuya junción con el general Oribe, si se opera antes del último encuentro, habría dado un giro distinto a las cosas.

Abrigando sin duda ese plan, se detuvo algún tiempo en el campo escogido, con el propósito de entonar energías y reunir mayores elementos de pelea.

En uno de esos días desaparecieron dos soldados.

Creyóse que se tratara de simples deserciones.

Pero, en el subsiguiente, el hecho se reprodujo con caracteres más alarmantes, pues se echaron de menos cuatro hombres de caballería, reconocidos como leales y entusiastas partidarios.

Las armas de fuego de estos dragones, se hallaron en el vivac donde ellos hacían rueda y "churrasqueaban" juntos.

Se pensó entonces en alguna banda de matreros hábiles y osados que a favor de la espesura del monte, se entretenían cruelmente en ultimar a los que en ella penetraban por cualquier motivo.

Resolvióse, en vista de la alarma, que un piquete de infantería entrase al bosque, precisamente por el sitio en que se supuso lo habían hecho los ausentes, a juzgar por algunas ramas rotas y su proximidad al fogón abandonado.

En efecto, vióse en aquel lugar sombrío una de tantas sendas, a trechos en desvío y apenas delineada por el paso frecuente de las vacas cimarronas.

No se podía saber si conducía al arroyo que se echa al Grande por aquella margen. En la duda, Queiroz que se había propuesto un escarmiento e iba al mando del pelotón, dispuso que se continuara adelante derribando obstáculos a golpes de machete, hasta dar con un claro cualquiera. El mismo se puso a la faena.

Mas, aparte de la vegetación arbórea, era tan tupida en todos lados la maraña de arbustillos y plantas rastreras, que el grupo desgranado no habría podido manejar bien los fusiles en caso de ataque, ni volverlos a cargar fácilmente para batirse en retirada.

Ningún indicio, sin embargo, inducía a creer que por allí hubiese gente. Una profunda calma reinaba en el fondo de la selva.

Con todo, se adelantó todavía un trazo regular a fuerza de cortes, sin descubrirse el rastro del laberinto; por lo que Queiroz, a poco de vacilar, consideró que era hora de volverse. Acaso otros de sus compañeros, pues se había invadido oficiosamente el monte por diversos puntos, fueran más felices.

Apenas dio la orden, nervioso e irritado por el fracaso de su tentativa sonó un tiro.

El proyectil rompió el brazo derecho de un soldado, que dejó caer su fusil.

El pelotón sorprendido, sin distinguir bulto alguno, ni atinar en sus movimientos, hizo una descarga

hacia arriba para no herirse entre sí los propios camaradas. Todos diéronse vuelta en seguida, y en medio de empellones y volteos buscaron el boquete.

Muchas hojas y gajos se desprendieron de la bóveda, y el humo de la pólvora cubrió totalmente aquel paraje encerrado y oscuro al punto de no poderse ver ni a mínima distancia.

Queiroz que había quedado atrás, gritó a sus hombres inútilmente que hicieran alto.

Sólo el herido, inhabilitado de mover su brazo para abrirse camino, se aferró a un tronco con el izquierdo, esperando que la humareda se disipase.

Pero algunos tacos ardiendo habían puesto fuego a las hojas secas en montón, lo que aumentaba los gases en grado sofocante.

Queiroz atropelló entre las breñas para darse aire; y ya creía respirar a gusto, cuando recibía en el cráneo un golpe que lo tendió aturdido.

En el instante mismo, un hombre de rostro pálido que surgió de las malezas le puso el pie en el vientre, diciéndole con fiero encono:

—No es por el mal que me has hecho que te mato; es por tu acción cobarde con Ubaldo, que era hermano de la mujer que ahora quiero. Podía degollarte como a un perro cimarrón, pero me basta con meterte una bala en las entrañas.

Y le descargó en el pecho su pistola.

—¡Vamos comandante!... El enemigo va a venirse al humo.

Era la voz de Celestino.

Los dos se internaron y desaparecieron.

No tardó en llegar al sitio del drama un nuevo pelotón que se redujo a cargar con los heridos, emprendiendo sin demora su regreso.

Queiroz expiró en el campamento, después de haber declarado que su matador era Abel Montes, su antiguo enemigo personal, y lo que éste le había dicho al herirlo.

El nombre de Ubaldo intrigó al campamento, y de fogón en fogón empezaron a trasmitirse versiones distintas, algunas envueltas en misterio.

Estos sucesos inesperados hicieron pues impresión en el ejército, y se temieron nuevos actos de osadía así que viniese la noche.

Como la alarma había cundido, y muchos se arriesgaban en el monte en busca de los peligrosos huéspedes, causantes del daño, en esa misma mañana, se resolvió mudar de campamento, no muy lejos, a la diestra del vecino afluente donde abundaban los pastos de primera calidad.

Era el escogido el campo del Chnudo, colindante con el de Centurión, cuya casa ubicaba sobre la misma línea divisoria.

Frutos estableció su cuartel general en una pequeña loma, y ordenó una batida en el monte un tanto ralo que se extendía a su frente.

Diversas "picadas" de bastante anchura para entrar a caballo, permitieron un registro completo de la zona montuosa que se ligaba hacia la barra con la vegetación muy densa del arroyo, cuya margen opuesta se acababa de abandonar.

La excursión no dio resultado alguno, y de ella informó al general el comisario Faustino Bremón, a quien se había encomendado la pesquisa como conocedor del pago.

—¿Esta estancia, no es la de mi compadre Fortunato Carrasco?

—La misma, general. Y aquélla donde se ve la casa de azotea, es la del comandante blanco Centurión, que anda en la guerra.

Impartió entonces órdenes Frutos para que se respetase la propiedad del Clinudo, y que la "carneada" se hiciera en el campo vecino.

Muy poco tiempo después, el propio Clinudo montado en su bayo de trabajo, se apareció en el cuartel general, y dijo venir a saludar a su compadre, para quien traía algunos regalitos en nombre de su mujer Ramona.

Con gran cordialidad lo recibió el caudillo, empezando por preguntarle cómo era que había salido ileso "en aquella noche aciaga de la sorpresa".

Fortunato respondióle que uno de los jefes de la banda asaltadora le libró la vida, cuando él llegaba a la puerta de su rancho y se le caía el caballo muerto.

Frutos lo abrazó y lo felicitó, diciéndole:

—Sin duda por eso desistió, compadre, de venir a mi lado, y ha hecho bien si le exigieron que se estuviese quieto.

—Nada me pidieron, general; pero es que las tabas ya me pesan, y no sirvo más que de estorbo. Gaucho viejo se hace mandria... ni para revolear las bolas compadre, todo es osamenta!

Reía Frutos de buena vena y agradecía los regalos de Ramona, cuando lo puso sobre sí un repentino tiroteo, cuyos ecos llegaban de la extrema derecha. Algo de serio ocurría allá, pues se notaba un gran movimiento a lo largo de la media luna que formaba el campamento.

Pronto se impuso Frutos de lo que acontecía.

Un ayudante de don Juan Lavalle que vino a gran galope, comunicóle que se trataba de una partida gua-

recida en los montes, acaso la misma que había dado muerte a Queiroz; y la que, con motivo de haber sido cogido uno de sus hombres al salir del bosque para espiar, se apareció en guerrilla y avanzó con gran empeño por salvarlo. Los tiradores del coronel Núñez contestaron el fuego, y los obligaron a refugiarse otra vez en la espesura. Pero su jefe, que había quedado a retaguardia, fue alcanzado por un grupo en que iba el general Lavalle, que lo tomó prisionero a pesar de su resistencia. Como lo pidieran para matarlo, por ser un Abel Montes muy atrevido, el general dijo que eso no se hacía con un valiente, y que sólo lo entregaría al general en jefe si él lo reclamaba.

—¡Ya! Tan atrevido es el Abel, que me sorprendió una noche en este mismo pago, en casa de mi compadre, aquí presente; y ayer, mató a Queiroz en el monte... Son muchas sus cuentas. De esta no escapa.

Al oir estas palabras, el Clinudo se puso tembloroso, como si fuera presa de una ansiedad extrema.

Frutos despidió al ayudante, y llamando a uno de los de su servicio especial, le ordenó:

—Diga usted sin perder tiempo al general Lavalle, que el prisionero debe entregarse a severa custodia, pues va a ser sometido a un consejo de guerra. [13]

---

13 General Juan Lavalle. — Por una anomalía común a muchos guerreros de aquel tiempo, las ideas y planes militares eran casi siempre inseguros, poco firmes en Lavalle como cabeza de ejército: tanto cuanto era de indomable su voluntad de acometer empresas arduas, y tanto cuanto se encuadraban su temperamento de lucha y su corazón de adalid en un canto de Homero Cometió muchos errores que anularon sus proyectos y que purgó con su propia vida

En la epopeya homerica impresiona, pero no se extraña, que en una sola vez Aquiles degollase con su propia mano doce jovenes de las familias más ilustres de Troya en desagravio de los manes de Patroclo Al fin, su maestro el Centauro le había enseñado a no ser piadoso· más aún, a extinguir en él toda sensibilidad moral. Esto no obstó a que con

Parecía contrariado por aquella intervención. Obligábalo a llenar formas, aun cuando sabía que aquel guerrero, en su caso, fusilaba sin escrúpulos.

Volvióse rápido y agitado hacia el fondo de la carpa, murmurando:

—No han de valer ruegos. ¿Y los hombres desaparecidos? ¡Las pagará todas juntas ese bellaco!

---

motivo de la muerte de su amigo, el poeta lo presentase llorando noche y día sin cesar ni descansar, como una Niobe medrosa y delicada Rara vez la lógica comulga con la poesía, aunque ésta sea épica

Por sus ímpetus y románticos denuedos, el general Lavalle tuvo mucho de Aquiles Pero ningún bardo ha de decir nunca que él lloró alguna vez, teniendo de compañera la espada.

En cambio, la historia imparcial y verídica, ha de comprobar que fusiló mucho; más que el general Rivera.

Desde el trágico fin de Dorrego hasta poco antes de terminar bajo el plomo su agitada vida, el general Lavalle dictó inapelables sentencias Su Helena, era su causa Por la causa "con razón o sin ella", larga fue la serie de ejecuciones por él decretadas. En sus impaciencias jamás reprimidas, por el triunfo, cualquier obstáculo fue acicate a sus anhelos Le faltó tiempo para despertar de su ensueño de gloria y darse cuenta de que incurría en los excesos que enrostraba a sus contrarios, confirmando él mismo que la época era de crudeza, el ambiente de saña y exterminio

El general Rivera con menos luces, al derramar sangre, nunca llegó a persuadirse de que era falsa e injusta la máxima: con y por el partido "con razón o sin ella" El grado de cultura del tiempo no daba para más, y había que estarse no al mínimum sino al máximum de intransigencia de los factores en juego. Rivera pensaba, acaso de buena fe, que él era un hombre indispensable, dueño de toda la suma de la razón pública. Por lo menos, así se lo hicieron creer.

Lavalle arengaba poco, y no siempre bien Se estaba más al influjo de su fama que a la arenga. El ejemplo personal del denuedo, parecíale más eficaz que el toque del clarín. Su elocuencia estribaba en el arranque impetuoso y no en la palabra de fuego; el ruido del sable al salir de la vaina para enrojecerse, era su mejor música hímnica, como lo fue para Lavalleja y Lamadrid Poseía inteligencia culta, sin ser sagaz ni previsor, lo que explica sus desastres continuos y sus planes de desacierto Su arrojo se resolvía siempre militarmente en efusión estéril de sangre, no en victorias fecundas. Asemejándose bajo este aspecto a Rivera, éste le superó en astucia y espíritu tenaz de supervivencia.

Luego, enfrentándose con Fortunato, interrogó en tono de intimidad:

—¿Y mi ahijada?

El Clinudo aumentó en temblor y balbuceó algo incomprensible.

Se estaba acordando de ella en ese mismo minuto angustioso.

—¿Qué le pasa, paisano? ¿Nunca vio fusilar un hombre?

—No... no —arguyó el Clinudo con esfuerzos por sonreir.— No es eso, compadre.

—Y entonces, ¿qué es? Hable claro.

—Pues...

Fijó los ojos ahumados, de párpados endurecidos y cejas revueltas en el rostro del "Coco", de un modo humilde, tímido, casi implorante.

Frutos púsole la mano en el hombro con afecto familiar, manifestando en su gesto un creciente interés.

—Alguna cosa lo tiene empachado, amigo viejo. Cuénteme...

—¡Pues ese hombre, jué el que me salvó la vida la noche de la fullona... reciencito de escaparse usté, compadre!

Frutos lo miró con cierto estupor, bajó el brazo y frunció el ceño.

Púsose a pasear, callado y pensativo.

Al fin se paró de súbito para responder enérgico, como quien se afirma en una resolución irrevocable:

—Tiene que morir.

XIX

PLAN SIN CONJUROS

Antes que el Clinudo pensara dejar la tienda de Frutos, su hijo Indalecio, con licencia otorgada, dirigíase al galope al gran rancho de su familia que estaba casi a una legua de aquel paraje.

En todo el campamento se había comentado de diversas maneras la refriega con la gente del monte, y se daba como cosa cierto que Abel sería pasado por las armas.

Indalecio había oído los relatos muy en sosiego y taciturno, sin asombrarse de nada. Pero, él tendría sus motivos para creer en el fusilamiento.

Ya en camino, empezó a hilvanar recuerdos, y entre ellos primó el de una corrida de sortija a que asistió su hermana Paula y conoció al "taimao". El quería mucho a Paula, su compañera de paseos en otros tiempos, y a quien tanto ansiaba ver.

Pero, más valía contarle todo a la adivina, y no a ella. Doña Laura podía hacer mejor esa historia desgraciada.

Escurrióse ligero por sitios para él bien conocidos y no tardó en llegar a la morada de la adivina por el lado de las tunas.

No tuvo necesidad de arrimarse a las chozas, porque se halló de improviso con Laureana que salía de aquel sitio, llevando un cestillo lleno de huevos de gallina.

—¡Muchacho! —exclamó alegre y risueña— ¿de dónde vienes?

Indalecio se apeó de un salto, diciendo:

—Del campamento.

—Pues, vamos a mi pieza. Allí está Paula, que tendrá tanto gusto en verte. Siempre se acuerda de su pobre Indalecio que anda pasando trabajos y miserias.

—Yo también me acuerdo. Pero mire, doña Laura, lo que tengo que hablar es con usté solita...

—Al momento, hijo. ¡Cosa muy importante y secreta ha de ser!

—Ansina no más —repuso Indalecio, rascándose una oreja.

—¿Qué nueva traes?

—A eso voy.

Y pausadamente le hizo la narración de los últimos sucesos, sin excluir el episodio de Ubaldo.

La Puma lo escuchó atenta, sin interrumpirlo más que una u otra vez con gran pasmo y sobresalto.

—Aura enderezo a visitar a mama —terminó diciendo.— Después...

—No, Indalecio, tienes primero que prestarme un servicio de urgencia, porque he forjado un proyecto que ha de realizarse ahora mismo, y si no lo abandono... Quiero hacer algún negocito en el campamento. Tengo carro para cargar las cosas que he de vender, pero me falta una damajuana de caña que tanto gusta a los soldados. Si tú te decidieras a pasar por la casa de comercio que conoces, te pediría le dijeras de mi parte a don Eusebio que me la mande sin tardanza. Como soy de crédito no precisas llevar dinero. No te vas a arrepentir de complacerme, Indalecio, porque

en todo esto va a ganar también Paula. Tú lo vas a palpar pronto... ¿Quieres darme ese gusto?

—Ya está, doña Laura.

No dijo más, montó y se fue sin saludar siquiera.

La Puma recapacitó, pensando para sí: ¡si ella no lo salva, adiós Abel!

Con su experiencia y maña, escogió la manera de preparar el ánimo de la joven; y una vez de regreso, empezó por decirle que tenía resuelto, aprovechando las horas que quedaban del día, transportarse al campamento con su carro, pues había recibido noticias de que se despachaban con facilidad los comestibles y bebidas. Como ella poseía un buen acopio, el trabajo consistía en cargar esos artículos, asunto de un momento, y atar los dos caballos viejos, que para otra cosa no servían. Haría parada en la casa de Centurión, y, si la hubiesen ocupado, en un rancho de familia buena que le profesaba aprecio, sito cerca de aquélla. Su presencia a nadie llamaría la atención, porque eran muchas las familias que en el ejército tenían sus vivaques por separado para estar al habla con sus maridos y hermanos.

Aunque preocupada con las versiones que habían ido llegando incompletas al pago sobre una batalla sangrienta, causó gracia a Paula el proyecto de su maestra, y estalló en risas ruidosas, preguntándole si había "adivinado" ya las ganancias de la aventura.

La Puma, que le hacía coro con las suyas muy francas y expansivas, respondió que serían tan grandes como ella no lo sospechaba.

—Porque has de saber —continuó con aire de secreto— que hay en el campamento personas que mucho queremos, una de ellas sobre todo...

—No ha de ser mi padrino.

—No. Es más que tu padrino para ti, es un amigo predilecto...

Paula cesó en el acto de reir.

Dominando la emoción sufrida, dijo trémula:

—No me engañe, doña Laura. ¿Es Abel?

—Sí.

—¿Y qué hace cerca de Frutos?

Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de pavura.

—Verás. En un encuentro lo tomaron prisionero, y ahí viene el mozo tal vez necesitado de todo.

Paula se alzó con ímpetu, cual si la hubiese movido una corriente eléctrica; pero, en vez de aplomarse bajo el rudo golpe, dijo en voz resuelta y firme:

—Yo iré con usted. ¡Creo que al fin lo van a matar, y juro que no ha de ser!

Y tendió el brazo con el puño apretado.

—¡Pronto, doña Laura! —añadió pálida de coraje.— ¡La voy a ayudar al arreglo del carro, si no se va a hacer tarde!...

—No te aflijas, ahí está el Zarco esperándote con el caballo, y él cargará conmigo las cosas.

—No. Que él ciña los de tiro, y nosotras haremos lo demás.

—¡Braulio! —gritó asomándose a la puerta.

Apenas lo divisó, dióle la orden de apremio en la diligencia, añadiendo:

—Déjeme el caballo listo, y dígale a mama que no me espere esta noche porque me quedo aquí a comer por ser el santo de doña Laura.

En tanto las mujeres entraban activas en la tarea de poner los artículos en orden, el Zarco prendió a las varas los caballos de un modo concienzudo, y tuvo tiempo para auxiliarlas en el transporte y coloca-

ción conveniente de tarros y botellas. En un hueco reservado, se puso la damajuana pedida por la Puma, y que don Eusebio remitiera sin observación ni mora.

Como no había que cruzar el arroyo, por hallarse el campamento a su orilla derecha, el trayecto era corto y podía hacerse en hora y media sin obstáculos ni tropiezos.

Así que el Zarco se retiró, no pudo menos que decirse ensimismado: en mi vida he visto una cosa igual. ¿Ande irá la niña con la bruja?

Al dar su vuelta, Indalecio había seguido una diagonal o "cortada" como él decía, por el campo de Centurión, a fin de llegar más pronto y atender su vivac, pues ya era hora del crepúsculo. Con este motivo, se encontró con el carro que la Puma dirigía y con Paula, que marchaba a caballo envuelta desde la cabeza con una manta, al punto de no vérsele más que parte de las facciones. Pero Indalecio la conoció, y dióle un rato de alborozo.

—¡Estás muy hombre! —díjole ella con alegría.

—¡Ni que hubiese evocado yo un conjuro! —exclamó a su vez Laureana.

—Cenaremos juntos —agregó Paula.

—Como quieran.

Indalecio era sobrio de palabras, parco de expansiones, poco alegre sin ser triste. No tenía nada de raza aborigen, pues era criollo a derechas como su hermana; pero, al igual del charrúa, no se reía nunca de modo ruidoso. En el mejor de los casos, era la suya una risa "para adentro", decían sus camaradas. Indolente y frío, no se alteraba en las horas de prueba, y después de ellas dejaba a otros el comento sin intervenir en los relatos, aunque supiera a fuer de actor

que estaban mintiendo. Limitábase a una mueca de mofa y permanecía impasible. Cumplía con sus deberes en filas, obediente y callado. Nunca daba lugar a una reprensión, y de ahí que sus superiores lo mirasen con aprecio bien notorio. Su sargento decía: donde Indalecio se aguanta, pocos quedan.

Respecto a su índole y temperamento podría afirmarse que el mozo picador de bueyes se había adaptado bastante a la humildad y quietud de los bisulcos que guiara tantas veces, y junto a los cuales se echase a descansar tras las penosas marchas, durmiéndose al monótono arrullo de la rumia y despertando con ellos apenas rompía la aurora para uncirlos al yugo y emprender camino, antes que el sol ardiera. Esta, como filosofía rústica, sirvióle de mucho en las fatigas de la guerra. Rara vez se afligía. En la pelea desaparecía de su ánimo la mansedumbre del buey para dar paso al arranque del toro. Luego, recaía en sus hábitos pasivos.

No se le conocían afectos acentuados. Pero Indalecio abrigaba uno bien profundo, el que tenía a su hermana. ¿Sería porque crecieron juntos y Paula fue siempre con él cariñosa, o porque desde pequeño se le impusieran el carácter altivo de la hermana y su hermosura? Quizá todo ello en conjunto. El hecho es que ese afecto era el único que lo conmovía dulcemente y le subyugaba, cual si en realidad no hubiese conocido otro mayor.

Bien penetrado de esto, la Puma se dijo:

—Es el hombre para la empresa.

Se hallaban a pocos pasos de la casa de Centurión, que se componía de cuatro o cinco habitaciones pequeñas, pozo y cocina. El capataz y su mujer eran españoles, muy amigos de Laureana. Cuidaban de los

intereses con algunos peones viejos, cosa que ocurría en todas partes en tiempo de guerra. Es cierto que solía haberlos jóvenes, pero en este caso se ocultaban en los montes para eludir el servicio, o para evitar ser vistos por las fuerzas que allí acampaban alguna vez.

La casita tenía un huerto, y estaba muy próxima al bosque. Del huerto se habían llevado los "guayaquíes" hasta la última col, y de la casa cuanto era de comer.

Según los dueños, habíanse ellos quedado "en taperas".

El hallarse la vivienda tan cerca del monte, que en esa parte entraba en el campo en forma de martillo, fue especial circunstancia que influyó sin duda para librarla de huéspedes molestos, pues el campamento quedaba algo apartado de allí.

En cambio, Laureana y Paula fueron bien recibidas. Las horas eran de inquietud, y su compañía tenía que ser grata a los moradores. La mujer del capataz les manifestó que lo único que sentía era no poderlas obsequiar con algo en esos momentos, porque de todo se habían despojado, regalándolo a los de caballería menesterosos. A lo que repuso la Puma, que de eso no se cuidase, pues ella traía víveres de sobra en su carro, y cenarían bien.

Como la viese acongojada y llorosa, indagó luego la causa.

—Es muy sencillo de contar —contestó la vieja.— Cuando aconteció lo que a todos tiene alarmados, uno de los que aquí vienen con cualquier pretexto, dijo que el prisionero tomado, a quien quisieron salvar los compañeros, era un mocito rubio de ojos azules, que se arriesgó en el raso para "bombear", por-

que conocía mucho estos lugares... Me dio una corazonada terrible, pensando que fuese Gasparito por las señas... ¡Y es él!

—¡Ay, doña Goya! ¿Qué dice usted?

—La pura verdad. Lo que nos resta es media esperanza. El general ha quedado en venir él mismo aquí, para tomar no sé qué datos, antes de resolver su suerte; porque dice que se han cometido muchos crímenes en el monte, y que esa partida tiene que ser la malhechora.

En los ojos de Paula, que conocía a Gaspar y estaba impresionada, brilló más de un relámpago.

Esta conversación se tenía en el segundo aposento, destinado al comedor. El primero era un modesto escritorio, que servía a la vez de recibo.

Descendían las sombras.

Paula fuése a la ventanita, y púsose a mirar el "puesto" de ladrillo, donde se decía habían encerrado a Montes. Su mirada ardiente parecía hundirse como una aguja de luz y vencer aquellas sombras aún poco densas.

Centenares de fogones semejantes a enormes fulgores caídos sobre las hierbas, teñían de claridad rojiza el cercano horizonte, y a ella le parecieron antorchas de espantosos funerales.

La pieza seguía a oscuras. Sólo en el escritorio ardía una lamparilla de aceite, que lanzaba un resplandor macilento.

Volvió Paula a su banqueta, y un instante después oyóse tropel de caballos y ruido de sables.

El capataz entró al comedor, diciendo a su mujer:

—El general está aquí y quiere hablar contigo.

Reinó un gran silencio.

Doña Goya arreglóse las arrugas del vestido, y pasó a la primera pieza, casi vacilante.

El capataz cerró la puerta con suavidad.

De afuera venía un rumor de voces de ayudantes que dialogaban, separados de la entrada discretamente.

Las dos mujeres se acercaron a la puerta, impacientes por escuchar lo que detrás se decía.

Se hablaba en voz baja, a instantes con animación.

En uno de esos breves lapsos, se sintió llorar a doña Goya, y decir hondamente apenada:

—Es el mimoso de mis patrones, general. Todos lo queremos como a una criatura todavía.

—Ya sé. Aclaradas bien estas cosas, no tenga cuidado por el lindo muchacho. Lo más que le puede suceder, es que lo haga colorado.

Paula cobró valor al escuchar esto de boca de Frutos.

Arrojó a la mesa su rebozo, alisóse con la mano el cabello y susurró al oído de la Puma:

—Déjeme hacer ahora. ¡Es el momento!

Duró todavía un rato la conversación; y cuando, por los movimientos y pasos pudo creerse que la visita se despedía, Paula abrió la puerta y presentóse en el local con toda desenvoltura.

El caudillo, que se disponía a salir, quedó parado y atento.

Tiró en una silla el poncho liviano que llevaba semi arrollado sobre el hombro, quedando a cuerpo gentil con su casaquilla de paño azul oscuro de botonadura metálica ya muy frisada por el uso, ceñida hasta la gola, con cuello bordado de hojas de laurel de oro, como las bocamangas, lo que le daba buen aspecto marcial.

Sus ojos casi pardos, que a veces se tornaban gri-

ses, según los afectos de ánimo, en armonía con los cambiantes de su original temperamento, estaban fijos en la recién venida.

Doña Goya los dejó solos.

Paula lo miró de un modo penetrante, como de quien examina dudosa y contenida por un sentimiento de respeto.

XX

FENOMENOS DE LA HERENCIA

Mas, pronto, dijo reposada:

—Le pido perdón si me atrevo a detenerlo unos minutos.

—Tengo gusto en complacerla y oírla... Tomemos asiento.

Y él mismo, comedido y afable, acercó una banqueta con respaldo a la joven.

No hubiera nunca supuesto que en aquella ja· existiera un pajarito de tan fino plumaje, y así la figura arrogante como la bella cabeza de la moza, le hirieron el sensorio de improviso dejándolo en suspenso.

—Es para rogarle la libertad de un prisionero... de un mozo Abel Montes, que es como mi hermano, porque nos hemos criado juntos. Se dice que van a sucederle tantas cosas malas que en mi casa no hay sosiego, y todos lloran. No he podido resistir de verlo, señor, para contarle mi pena y... confiar en su piedad, en su poder que es tan grande.

Paula sofocó un suspiro.

Frutos, que se sentía en verdad sugestionado, preguntó solícito:

—¿Cuál es su gracia, señorita?

—Nemesia Castillo me llamo, y vivo de la parte acá de la sierrita.

—Sí, el apellido lo conozco...

Y detuvo un buen momento su mirada en la joven

cual si no diese en rigor importancia a esas cosas, sino al afán creciente de contemplarla.

¡De qué jeme era la criolla!

Había que sacar toda la ventaja posible de aquel singular encuentro. Era de los que no se ofrecían a cada paso.

En el busto, en los ojos, en la boca, en el cabello profuso, hasta en el pie chiquito, aquella mujer era un hechizo. Luego, unido todo ello a su habla armoniosa, cautivaba sin pretenderlo, incitaba sin esfuerzo y concluía por ejercer cierto dominio sobre el instinto impulsivo del varón.

Así es que, aproximando su asiento y con verba afectuosa, le observó:

—Ese oribista, Nemesia, a más de lo que ahora se le acusa, tiene otro antecedente que lo daña.

—¿Y cuál es, señor?

—Nada menos que el haberme sorprendido con su gente una noche en casa de mi comadre Ramona Araújo, y si pude escapar fue porque ella me hizo salir por una ventana.

Paula se sonrió de un modo raro, lo que preocupó al caudillo, quien más se puso sobre sí cuando ella repuso:

—Sí, pero él no me dijo que pensara matarlo, ni lo hubiese hecho...

—¡Quién sabe!

Y acercando más todavía su banqueta a la de Paula, lleno de amabilidad e indulgencia, luego de mirarla un momento con aire insinuante, preguntó fino, melifluo:

—¿Por qué, linda Nemesia, dice usted eso? Sea franca conmigo.

Frutos se sentía alentado.

Cogióla una mano con aire protector. Después se la acarició con suave insistencia, elogiando el garbo y gallardía de la joven, así como la hermosura de sus ojos tan inteligentes y expresivos. Es que aquellos ojos de globos nacarados, iris profundo y pupilas ardientes cual si de ellos emanase un fluido subyugante, eran de los muy raros que siempre están a la vista de los que una vez sufrieron la fuerza de su atracción y prestigio. En su deleitación sensual, casi arrobamiento, llegó el galante caudillo a preguntarla si algún buen ángel le había regalado las "niñas de sus ojos".

Paula dejó hacer y hablar con mucha calma, extrañándose, sí, en sus adentros, que un hombre ya en desgaste, creyese estar todavía en plena mocedad, por los extremos del afecto que parecía sentir.

Cuando el contacto se hizo más caluroso, retiró ella sin brusquedad su mano, y también el asiento, aunque empeñándose en mantener una leve sonrisa placentera.

En seguida, aludiendo a la primera pregunta que él le hiciera, y como si nada más la hubiese hablado, dijo:

—No puedo contestar ahora, pero lo haré cuando Abel esté libre.

Estas palabras fueron pronunciadas con acento firme, casi duro; con esa firmeza que nace de la conciencia del valer propio y que revelan un carácter. Frutos se reprimió.

¿Tendría Paula algo de sangre indígena, por remota ascendencia?

Había en ella mucho de varonil y aun de soberbia, y como era de tan brioso continente, cuando sus rasgados ojos se encendían con extraño fulgor daban

mayor realce a sus encantos naturales, y sus palabras no caían en el vacío.

Frutos, accesible y tierno ante este género de manifestaciones, con las artimañas inherentes al que mucho lleva de campañas amorosas, todo tenía en cuenta de cuanto Paula decía, menos de que pleiteara por un amante estando él de por medio.

Aquella no era una pequeña oportunidad, era una grande ocasión, y poco de astuto él tendría si no se hacía dueño del terreno con un poco de paciencia.

Sin dejar de oir pues a la joven, ni contradecirla, logró al fin entrarse en demostraciones de aprecio que la interesaran y desviasen por un momento de su tema.

Poco a poco fue animándose, saltando de un gracejo a una ternura, de la seriedad a la risa simpática, de una expresión de vehemencia a la dulzura de un ruego. Llegó a hablarle de su triunfo y presente poderío. Se insinuó en distintas formas, escudriñó del lado de la vanidad, hizo entrever grandes felicidades; que de carne y hueso era la moza, y bien podía tentarse alguna ambición oculta, de las que el diablo cuida se hagan cada día más pertinaces y exigentes.

Aventuró entre sonrisas palabritas de doble sentido, y cuando ya creía haber hecho cera de aquel lindo mármol rosado, ella dijo, como si volviese en sí de una excursión mental por el pago:

—Iba diciendo a usted que sería franca cuando Abel estuviese libre, porque entonces con él delante yo confesaría la razón que tuvo para no pensar en matarlo...

Frutos se arregló nervioso la guedeja ondeada que le caía sobre la sien, pasóse rápidamente índice y pul-

gar por su curva nariz, y le chirriaron las espuelas sin él quererlo.

—Pero, vamos a entendernos — observó con gravedad. ¿Usted es colorada o blanca?

—Sólo sé que soy mujer.

—No importa eso... ¿Y las simpatías?

—Las de mi corazón.

La respuesta era ambigua, nebulosa.

—¿Se pueden conocer?

Paula se sonrió con cierto aire de misterio, y dijo quedita, como una promesa:

—Primero la libertad de Abel y después... usted las sabrá.

El caudillo sintió algún aturdimiento, al que contribuía y no poco el destello luminoso de aquellos ojos envelados por luengas pestañas de crespón negro. Movió la cabeza excitado y llegó a pensar que la moza había tenido maestras muy ladinas.

Se dio cuenta de que había a su lado una mujer sagaz y sobrado altanera para atender a sus requiebros.

¿Aquel Abel, no sería su novio?

Cambiando entonces de tono, y como medio de imponerse en sentido de preparar mejor las cosas para más adelante, se pronunció así:

—Siento participarle, Nemesia, que los jefes del ejército piden una pena muy grave para el prisionero, a causa de la muerte de Queiroz y de otros compañeros un día después de la batalla. Sin embargo, yo tendré presente todo, y no olvidaré su ruego.

Y se levantó.

Paula lo hizo también, prorrumpiendo:

—¿Entonces alguna esperanza queda?

—Esperanza, sí — respondió fríamente Frutos.

—Gracias —dijo ella mordiéndose el labio; y saludó.

Cuando estaba Frutos cerca de la salida se detuvo un segundo, para volver la cabeza y lanzarla una nueva mirada.

Volvió ella a inclinarse respetuosa, y repitió esta vez con acento de honda ironía:

—Gracias.

Reunióse en el acto Paula con Laureana, y a solas con ella, narróle el incidente.

—Has estado bien —dijo la Puma. Pero apreciando lo que me informas en todo su valor, debo prevenirte que de repente Frutos se aparece aquí. No hay duda que lo has puesto fuera de calma y que te codicia. ¿A qué mujer que a tí se asemeje no hace el amor? Es preciso combinar un plan y precipitar las cosas, pues para mí tengo que el "coco" por poseerte es muy capaz de asustarte con la amenaza de concluir con Abel.

—No me asusta.

—Bueno, pero te amargará la vida. Oye el plan que tengo ideado y que es sencillo, porque ya me he enterado de los datos que quería, por Indalecio y el capataz. Esta noche parece que va a ser muy oscura, pues está el cielo con nubarrones. La casita de ladrillo en que tienen a Abel se encuentra muy cerca, y la guardia no se compone más que de tres hombres, dos adentro, y el centinela en la puerta. Este, pasadas las nueve, se junta con los otros. Yo tengo un líquido de adormidera capaz de hacer roncar al más resistente, y como ellos pueden desconfiar al dárselo con el mate, aunque sea dulce, he preferido humedecer con ella el tabaco negro de los cigarrillos que está ahora en-

volviendo Indalecio. Con todo, me parece mejor tumbarlos con caña muy fuerte, que tengo abundante en el carro. Son muy aficionados a esa bebida los "guayaquíes", el sargento más que todos. ¿Me vas entendiendo? A las nueve yo paso con el carro y me acompaña Indalecio en su zaino. A Indalecio no lo desconfían porque es colorado como sangre; pero, por el cariño entrañable que te profesa hará lo que tú ordenes. Apenas se echen los guardianes, a quienes él estará haciendo compañía, hasta que eso suceda, desata los brazos y piernas de Abel, porque a falta de grillos lo han amarrado con sogas, y lo deja salir y montar en su caballo. Indalecio se sale también y nos volvemos con el carro.

—¿Y si no se duermen?

—Hay que tentarlo, porque en ello no va riesgo. Indalecio les llevará tortas.

—Pero usted se compromete, y no escapa Indalecio.

—¿Qué culpa tengo yo de venderles caña si me la piden, como han de pedírmela? El sargento será el responsable de lo que suceda.

—Sí, pero Indalecio no ha de entrar sino cuando los crea dormidos. Así es mejor.

—¡Pues se hará! Déjame que yo maniobre, sin hablar más.

Y entrando resuelta a la acción, la Puma llamó a Indalecio para decirle que antes de las nueve tenía que acompañarla, porque pensaba hacer ventas provechosas en que él ganaría su parte; pero que debía obedecer en todo lo que su hermana le recomendase.

—Estoy listo para lo que mande Paula.

—Pues, entonces conversa con ella.

El ex peón de carretas, corpulento y macizo, era

tan espeso de entendimiento cuanto era de experta y sagaz su hermana. La quería con pasión ingenua, y era su orgullo cumplir sus mandatos por difíciles que fueran de realizar. Nunca los desoyó, y éste se le antojó bien fácil de acometer, así que se lo explanó la criolla.

—No vayas a entrar sino cuando ya duerman —insistió Paula.— Si te aprisionan verás que yo te salvaré.

—¡Quiá! —replicó el mocetón. Largar a un pobre prisionero no es pecao mortal, y por eso no te vendrá incómodo. Si me apuran, me reserto. El monte es adrede pa el caso. Hoy maté un "yacú" gordo que te dejo en la cocina.

Sin oir más nada, Indalecio fuese y revisó el carro, ajustando en buen lugar una damajuana de caña con embudo, y otras cosas de menos cuantía.

Después se rascó la cabeza, y se dijo:

—Mi zaino no basta. Otro mancarrón se precisa...

Procuró escudriñar en las tinieblas. Algún ruido sintió como de trisqueo, porque en el acto dio algunos pasos, y encontró un caballo manso con soguilla al pescuezo que anda suelto.

—Es el roano de Valentín —dijo a media voz. Medio vilote, pero güeno pa el tranco largo.

Y lo condujo a la puertecita de la cocina.

Colgaba allí de un cuerno de venado, un freno viejo con rendaje. Se lo puso al roano con gran destreza, y luego le echó sobre los lomos su propio cojinillo de piel de carnero que ciñó fuertemente con un cinchón. Aparejó en seguida a su zaino, cubriendo el lomillo con un ponchito vichará.

Propinóle una palmadita en los cuartos, y escupió satisfecho. Después miró a todos rumbos.

La división que había retenido Frutos, y cuyos fogones se veían en línea irregular, estaba acampada sobre la orilla del monte a la parte sur. El cuartel general, en el declive de la loma frente al centro de la fuerza. Hacia el norte, alcanzábase a distinguir los vivaques de las guardias avanzadas. Al oeste, ubicaba la casita de ladrillo, puesto de la majada del tronco; y en la costa del arroyo, algo distante de ese lugar, acampaba la guardia a que pertenecía la custodia de Abel Montes.

La noche era fría y comenzaba a lloviznar. No se esperó el toque de silencio. En pos de faenas fatigosas, cada uno buscó su abrigo para rendirse al sueño.

No existía formal disciplina en aquella hueste, ni se extrañaba el pasaje de las pocas vivanderas que a esas horas volvían a sus puntos de estación con los carritos vacíos.

De modo que el humilde carro de la Puma podía acercarse al puesto, antes que la custodia se recogiese.

Pero, ni eso fue necesario.

No se había movido aún de su sitio, cuando llegóse sin ruido uno de los soldados de la casita con una botella en la mano, para que se le vendiese caña por valor de dos vintenes, pues estaban muy pobres y el frío atería a la costudia.

—Con mucho gusto, hijo —dijo Laureana llena de bondad. Aquí hay cuatro botellas bien repletas, y te voy a llenar esa otra, sin que me pagues nada, que todo lo que yo pueda soy capaz de hacer por los buenos patriotas, más en estas noches que resfrían los estómagos y ponen yertos los pies... A cada rato están viniendo muchos por caña.

—Gracias, doña, que tan güenas mujeres se ven

pocas. Pero haga uso de estos dos vintenes por favor, por no aparecer mezquino...

—Digo que no, guapo soldado. Yo tengo alegría en complacerlo. Ahí va también un atadito de cigarros negros, que el humo calienta.

—Ya creo, mi tenienta, para que me mande. Los camaradas van a saltar de puro contento. ¡Vea no más cuanta "mimosa" repleta, por Dios bendito!...

Y una risilla de gozo hacía blanquear en las tinieblas los dientes del dragón.

—Lleve las cinco en esta bolsa que no me sirve por ahora, así llegarán sanas. Si dejan abierta la puerta, les mandaré más tarde unas tortas que ahora voy a amasar.

—La puerta siempre está entornaíta. Semos tres solitos sin contar el preso. No ha más que empujarla un poco y en un repente se da con nosotros. Que Dios se lo pague todito mi capitana, y me cuadro, porque allá me soplan los dedos a la espera.

Esto diciendo, el soldado se volvió a priesa.

Indalecio había estado escuchando oculto tras su caballo.

Esa noche, después de cenar, la Puma contó a Paula el episodio de Ubaldo, el encuentro de Abel con Queiroz y lo que le dijo al darle muerte.

Al día siguiente muy temprano, ya en actividad el campamento, empezó a circular la voz de la fuga de Abel. En posesión de los detalles, fue general el asombro, pues no había mediado lucha ni episodio alguno de sangre. El oficial de la guardia en su visita de inspección, encontró al sargento y a los dos soldados ilesos y en extremo afligidos, sin que pudiesen dar razón clara de cómo pudo producirse el hecho, pues ellos

no se habían movido de allí, ni menos sentido un rumor cualquiera que los hubiese puesto sobre aviso. Lo que del reo quedaba en el calabozo-brete, eran sus botas, y las ligaduras sajadas.

Las carabinas estaban en su sitio. También los sables en sus vainas. No faltaba ni un cuchillo de los que llevaban los guardianes en las cinturas.

Por otra parte, y a fin de no dejar rastro que pudiera comprometerlo, el sargento al levantarse había arrojado a espaldas de la casa en un matorral espeso las botellas vacías, reservando tan sólo una con un dedo de caña, y advirtiendo a los soldados que eso hacía para que se creyese que bebieron poco, y que interesaba no declarasen lo que en realidad pasó, so pena de incurrir todos en muy grandes responsabilidades.

Aunque en el campamento de Frutos existía un regular núcleo de familias, y por lo mismo numerosas carretas y pequeños carros donde se expendían comestibles y brebajes, indagóse a Laureana, por ser el suyo el que se encontraba más próximo al lugar del suceso, si ella había vendido caña a la custodia la noche anterior; a lo que repuso sencillamente que su carro estaba allí quieto desde el día pasado, y que eran muchos los que venían a toda hora para llenar sus cantimploras o botijos, al punto de no poderlos ya satisfacer porque se había agotado el artículo, según le era fácil comprobar. Siendo tantos los consumidores, estaba imposibilitada de distinguirlos, y de decir sin incurrir en error si entre ellos se contaba algún soldado de la guardia. Por lo demás, no pocos eran los negocios ambulantes mejor provistos que el de ella. El campo estaba lleno de esos mercachifles. Así era verdad.

Púsose en arresto la custodia; pero el asunto en vez de esclarecerse, hízose más turbio.

Informado el general de lo que ocurría y de los procedimientos seguidos, se sintió muy contrariado, e impartió nuevas órdenes para perseguir al fugitivo. Al fin, con la vivacidad y suspicacia propias de su espíritu, creyó hallar cierta relación entre aquel hecho y la presencia de la llamada Nemesia Castillo en el campo.

Bajo otro concepto, ansiaba hacerse querer y dominar aquel carácter que se le antojaba rebelde.

Se había empeñado ardorosamente por el prisionero; era a ella a quien interesaba de cerca su libertad, y bien podía inferirse que en este desenlace la hubiese cabido alguna participación.

Así pensando, el caudillo montó a caballo y dirigióse solo a la estancia. Se sentía presa de una emoción fuerte.

Ya era muy entrada la mañana, y desde la ventanita Paula lo vio venir. No había dormido en toda la noche, pero lloraba aún de alegría en conocimiento pleno de la fuga por la Puma, a su vez informada de todo por Indalecio a su retorno.

Procuró dar a su rostro un aire acentuado de aflicción, a lo que contribuyó el llanto que empeñaba sus ojos. Constábale cuán travieso era su padrino, y había que emplear maña contra astucia.

Apenas oyó el chirriar de las espuelas, adelantóse a recibir al huésped en la puerta, con aire de ansiedad y actitud humilde.

Frutos estrechó cortés su mano.

Hemos dicho que al escritorio recibo, seguía la pieza que servía de comedor a la familia ausente. Paula había dejado la puerta a medio cerrar. El capataz y

su mujer solían entrar y salir por otra, que daba al patio, en sus tareas domésticas.

El caudillo se sentó en una silla-hamaca de paja, y a su frente la hija del Clinudo.

Se informó con todo interés de la salud de la joven.

—Muy mal porque sufro —dijo ella.— Usted debe saber, señor, el motivo.

Luego de una pausa, que empleó en observarla con fijeza, hizo él notar:

—Sin embargo, no debía ser así, porque como el prisionero se ha fugado se ha cumplido el deseo que la trajo a mi campo.

—¿Se ha escapado? ¡Ni lo soñaba!

—Lo dice usted muy complacida. Pero ha de encontrársele por más que camine.

—Cuando un pájaro fuye no deja seña en el aire —repuso Paula, retozándole de gozo todo el cuerpo.

Frutos se revolvió incomodado y perdió la serenidad.

—Es que no falta quien asegure que en algo ha contribuido usted a la fuga.

—¿Eso asegura? Bueno. Si usted lo cree también, hágame poner en su calabozo. Yo hablaré entonces todo lo que tengo que hablar...

—Yo no castigo mujeres, y menos a usted, aunque no me haya comprendido.

—¡Sí, que lo he comprendido! —dijo ella con sorna.

—¿Qué es lo que usted tendría que hablar? Ahora exijo que dé explicaciones terminantes, si no procederé con rigor.

Contradiciéndose así, Frutos se puso de pie muy excitado. Sus facciones morenas se habían demudado de improviso y sus labios empalidecido, como si la

sangre hubiese huido de la periferia bajo un arrebato colérico.

Alzóse a su vez Paula llena de arrogancia, y excediéndose a sí misma, exclamó enérgica:

—En una carga cayó prisionero Ubaldo Vera. Se le hizo sacar la divisa colorada para que se respetase su vida. Pero en otro ataque vino envuelto con los blancos, y fue matado por sus mismos amigos. Cuando acabó la pelea, Gabino Queiroz se sentó sobre el cuerpo de Ubaldo, y se puso a tocar la guitarra, a cantar y a beber aguardiente.

Abel Montes, conocedor de esto, se encontró después con Gabino en el arroyo, como si lo aguaitase; y cuando lo hubo, luego de voltearlo de un mangazo en la morra, le dijo: no es por haberme robado el cariño de una mujer que te voy a matar, porque si ella fue infiel no es tuya la culpa; te voy a matar por lo que hiciste con Ubaldo, que era tu compañero. Y le dio un tiro en el pecho.

Frutos, que escuchaba este relato con impresión vivísima, interrumpió a la joven, preguntando:

—¿Y quién era ese Ubaldo?

—Dicen que era su ahijado, señor.

—¿Mi ahijado?

—¡Sí... dicen también que era mi medio hermano!

Lleno de confusión, y como tocado en lo íntimo, el caudillo se apresuró a decir:

—¡No entiendo bien nada de esto! ¿Usted es la misma que me ha asegurado ser?

—¡No! —repuso la joven con ademán resuelto. Yo no me llamo Nemesia Castillo.

Ya lo diré... Abel Montes no hizo caso del ruego

de Gabino, porque quería al pobre Ubaldo con ser tan riverista.

—Queiroz era un jefe de mi infantería.

—Sí, un desalmado. Tampoco usted perdonó a otro que se abrazó a sus rodillas cuando rendido, y lo dejó alancear sin oírlo.

—Acabemos. ¿Quién es usted que así se atreve a hablarme? —gritó Frutos iracundo.

La joven aumentó a su vez en fiereza, prorrumpiendo muy alto:

—Yo me llamo Paula Carrasco, y soy hija de Ramona Araújo. ¡Usted es también mi padrino!

Recalcó la última palabra con acritud amarga.

El caudillo sufrió una conmoción violenta y la miró lleno de asombro.

Después de un breve silencio en que tentó llamarse en vano a sosiego, preguntó hondamente conturbado:

—¿Por qué afirma usted que Ubaldo era su medio hermano?

Paula respondió ronca:

—¡El Vera; yo Carrasco! Pero otro es de los dos el apelativo... ¡Usted lo sabrá mejor que yo!

Y sofocando una risa preñada de encono, salió de allí con gran celeridad sin que él pudiera impedirlo.

El caudillo se sacudió, cual si hubiese sentido una opresión moral para él hasta entonces desconocida.

Vio claro. Mejor sería callar.

Acostumbrado a ese género de lances desde temprana juventud, sabía por experiencia que en la venganza y en el amor la mujer de grandes pasiones se hace fiera, y desgarra sin piedad, aun al mismo que adoró. Sin atreverse a nada, escurrióse como una sombra.

Era aquella toda una historia: una de tantas de

sus historias galantes culminadas a veces por dramas dolorosos.

En esas horas junto a un fogón semi apagado, Indalecio, como si nada hubiese ocurrido que lo llamara a cuentas, cosía cierto desperfecto de su casaquilla vieja de dragón, una casaquilla que le regalara su alférez después de la acción de Yucutujá, por demás deshilachada e incolora.

Dio la última puntada, lanzó un gran suspiro, examinó bien el remiendo, y quedando muy ufano de su mano de obra, pensó:

—Brujón más, brujón menos, ¡qué le hace!

Verdad es que, cuando un soldado pega un botón o tapa un buraco, tan sólo un sablazo o una bala son capaces de deshacer la costura.

Púsose la casaquilla, alzóse cuan alto era para desperezarse, y echó una ojeada al campamento.

Arrollábanse las tiendas, y el trompa de órdenes tocaba a ensillar.

Indalecio fue en busca de su zaino y se puso a aderezarlo con mucha cachaza. No se olvidó de nada, terminando con la calderilla para el agua, que ciñó al fiador.

Después se sacó una cola de cigarro de atrás de la oreja, a la que puso fuego en una brasa.

Lanzada la primera fumarada, advirtió que hacia ese rumbo venía al galope, una mujer bien puesta en los lomos, la que promovía mucho movimiento a su paso y hasta exclamaciones de admiración.

—A la fija que es Paula —murmuró, improvisándose visera con la mano.

Ella era.

Sujetó con agradable sorpresa su caballo casi junto a su hermano, diciendo:

—¡Qué gusto de encontrarte! ¿Me vas a acompañar?

—Sí, hermana, sólo vamos a mudar de campo.

Y silbando un aire criollo, Indalecio saltó al zaino sin tocar estribo.

Llegaba Paula inquieta y encendida. Sus palabras eran breves e imperiosas.

Cogió con la mano libre la de su hermano, y le pidió que le contase cómo había salvado a Abel, en tanto marchaban al trote corto.

Indalecio hizo su relato a medias frases, sin profusión de detalles, como hombre que no quiere salirse de la verdad pura, aunque en algún punto la deje en tinieblas.

Cuando él se introdujo en la casita ya era media noche.

Todo parecía negro y se sentían ronquidos de gente que duerme a pierna suelta. El licor fuerte de doña Laureana producía los efectos esperados. Tal vez contribuía también al éxito el soporífero añadido al tabaco de los cigarrillos. La atmósfera estaba espesa y nauseabunda.

Indalecio había entrado descalzo. Sus pasos no producían más rumor que los de un gato al avanzar con cautela. La oscuridad era profunda. Por eso se detuvo unos momentos en medio del cuartito, no sólo para asegurarse de que dormían de veras los tres guardianes, sino también para acostumbrarse un poco a las tinieblas y llegar sin contratiempo a la puertecita del calabozo. Por el ventanillo cerrado del flanco, y merced a sus rendijas anchas, penetraba una claridad levísima, sin duda proveniente de los fogones más cercanos aún no extinguidos. Un poco vino en su ayuda. Sus ojos de baqueano guiador de bueyes en la noche,

tenían mucho de los del tigrino, y siguió adelantando a trechos menudos. El tanteo lo hacía el dedo mayor del pie, como quien evita el contacto con guijarros de punta. El oído siempre atento. Los ronquidos se mezclaban, y a veces uno u otro sobresalían entre interrupciones breves, pero todos con variadas sinfonías bronquiales. Un charco de ranas.

Pronto se dio cuenta de que dos dormían casi juntos, del lado de la pared que estaba a su izquierda. Delante de él, al parecer, dormía el tercero, pues de allí venía un resoplido más sonoro. Pensó que fuese el sargento. Acaso se hubiese atravesado frente a la entrada del calabozo, en resguardo de la puerta. Había entonces que andar con mucho sigilo. El dedo guiador del pie, tocó una botella, que rodó un instante sobre el suelo de arenisca. Indalecio tuvo una alarma. Sin embargo, la botella fue detenida por un cuerpo blando, y nada que revelase un despertar se produjo. La bronca sonata continuaba sin tregua. El roce del pie con un cuerpo enropado, le indicó en el acto que allí se encontraba el tercer roncador; y entonces, levantó bien la pierna derecha y tanteó con cuidado en la parte opuesta.

Aquel espacio estaba libre, y la yema del dedo rozó la puertecilla. En cruz sobre el dormido, sin tocarlo en lo mínimo, Indalecio se inclinó lo bastante para deslizar su diestra en la madera, en busca del cerrojo. Palpó muy despacio, con maña. La puerta no tenía candado, ni llave, sino un pasador pequeño horizontal. Quedóse algo perplejo. El pasador podía estar herrumbroso y meter ruido al correrlo.

Hizo una tentativa, con extrema pulcritud, para que su índice y pulgar, fuertes como tenazas, no lo echasen todo todo a perder con una presión brusca. El

pasador se corrió cual si lo hubiesen untado de sebo, y abrióse la hoja hacia atrás, lo que fue motivo de alegría para Indalecio. pues él desconfiaba que fuese al contrario, y se encontrase con el cuerpo del guardián. Este seguía inerte y bufador; lo mismo que marrano que gruñe soñando, según Indalecio.

Pasó sobre él sin rozarlo, y colóse en la segunda piececita. Allí recomenzó el trabajo de tanteo. Una respiración fuerte pero tranquila, le denunció bien pronto el sitio en que se hallaba el preso.

Este estaba tendido en el suelo de costado, sobre un jergón. Dormía. Indalecio le colocó la mano en el hombro sin más presión que la necesaria para despertarlo; puso la boca en su oído y díjole quedito que no tuviese cuidado y no se le escapase un grito, porque era todo para sacarlo libre.

Al principio, Abel se movió sin proferir palabra, como luchando con la pesadez del sueño, y volvió a su primera posición.

Indalecio, sin premura y con acierto, cortó con su cuchilla mangorrera uno por uno los lazos de lonja que le oprimían piernas y brazos.

Al sentirse libre de aquellas ligaduras brutales, el preso se sentó agarrándose del brazo bienhechor. Este lo ayudó a poner de pie. Estaba entumecido. Su auxiliar le dio el chifle para que tomase un trago. Abel no quiso. No se veían las caras. Siempre a la oreja, el dragón le bisbiseó:

—Soy Indalecio, el hermano de Paula.

Entonces, Abel hizo uso del chifle, y sorbió sin ruido.

Luego, Indalecio lo obligó a sentarse en el piso y con suma destreza le quitó las botas. En cuanto a las espuelas de plata, desde el primer día se las habían

descalzado. Sin duda el reo se dio cuenta de la necesidad de aquella diligencia, porque no se opuso a ella.

Sin pérdida de un minuto, Indalecio, con sus dos brazos vigorosos, volvió a ponerlo en pie y lo guió. Movíase Abel con alguna torpeza. Estiróse y se sacudió. Indalecio le previno con el recato de antes, que había peligro de ser descubiertos si no alzaba la pierna, porque el sargento estaba allí a un paso atravesado.

Así lo hizo con mucho tino, y él detrás. Los guardianes seguían roncando que daba miedo. Alguno solía proferir palabras incoherentes para reiniciar incontenenti su música gruñona.

Como sombras, sin el menor crujido, recorrieron el corto trayecto que los separaba de la puerta que daba al campo. Al salir, cerróla Indalecio como se hallaba al principio sin empleo del pestillo.

Se corría ahora el riesgo de un encuentro con el oficial de la guardia a que pertenecía la custodia, poco apartada de allí, y a quien podía habérsele ocurrido una inspección ligera del local del reo en esos momentos.

Por suerte, ningún bulto sospechoso se vio en las cercanías.

El fogón de la guardia seguía ardiendo, y hasta allí llegaban ecos de alegres voces y risas, motivadas por algún cuento chocarrero.

Abel montó sin ayuda en el roano de Valentín, e Indalecio en su zaino. No vislumbrando nada que los inquietara, emprendieron marcha al paso. A distintos rumbos distinguíanse como puntos rojos en el fondo de las tinieblas, pocos fogones hechos brasas, pero lejanos y dispersos. Como no había ya enemigos cerca, la vigilancia era poca o ninguna. Con todo, convenía

andar por una zona intermedia para no caer entre los caballerizos, siempre alertas y voceadores.

Cuando consiguieron recorrer ese espacio neutro orillados por dos peligros, llevaban rato de zozobra. La lobreguez reinante los favorecía. Gracias a esta circunstancia, prosiguieron al paso hasta verse fuera del campamento. Seguros de ello, tomaron entonces el galope.

Una legua apenas habían traspuesto, costeando el arroyo, cuando Abel sujetó, y le dijo: aquí hay una picada y me basta. Conozco bien el monte. Le pido que se vuelva, Indalecio, porque no quiero que se arriesgue más por mí. Ruego la dispensa del caballo que he de devolver a su tiempo. Vengo descalzo y lo preciso. Si alguna vez usted necesita de un amigo leal por la vida, busque a Abel Montes que lo ha de encontrar.

Nada contestó Indalecio, pero le alcanzó las tortas fritas en grasa de la "riñonada", que la Puma le había dado para los de la custodia, en caso de encontrarlos despiertos.

Abel echó pie a tierra, le estrechó la mano con fuerza, y se coló por un boquete de monte que Indalecio no acertó a saber con qué ojos había visto, pues él ni lo sospechó siquiera. Llevaba al roano de las riendas.

El retornó al campo, donde "se hizo perdiz", sin que nadie se le pusiera al paso.

Y durmió con mucha tranquilidad.

Muy callada y pendiente de sus labios estuvo Paula, y cuando Indalecio terminó, díjole con ternura.

—Gracias, mi valiente hermano. Si algún día soy feliz tú lo serás conmigo. Ya parece que la guerra acaba, y así que te encuentre libre, no quiero que te apartes más de mí. Ahora te vas, que no desconfíen.

Estamos a una cuadra del vado y puedo seguir sola. Dame un abrazo y yo te daré un beso.

El mocetón la estrechó del cuello riendo, y porque ella no viese que lagrimeaba a pesar de su risa, volvió la espalda castigando a su zaino.

Momentos después Paula estaba en la estancia del Clinudo.

Desaparecida la terrible tensión de nervios que le durara tantas horas, no tuvo fuerzas sino para entrarse en su aposento y ganar la cama.

Al recordar lo que había pasado con todos sus episodios pavorosos, la muerte injusta de Ubaldo, la prisión y fuga de Abel, el denuedo de Indalecio, la abnegación de la Puma, sus entrevistas con Frutos, sus propias convulsiones de amor y odio, llegó ahora a sentirse débil, febril, presa de angustias y extravíos poblados de fantasmas y lúgubres escenas.

Sollozó mucho, largo tiempo, y luego lloró a raudales.

En tanto, cantaba alegre y brioso el cardenal azul.

XXI

GASPARITO

Transcurrieron algunos días. El pago había recuperado su calma, los trabajos de estancia se hicieron más regulares, y sin saberse de dónde salían. aparecieron rostros nuevos de hombres jóvenes, de los que vacilaban en servir a uno u otro bando en armas, y se escondían apenas resonaba a lo lejos el toque de trompetas.

Cierta animación, pues, renacía en los alrededores, difundiendo confianza. Según todos los indicios la guerra iba a su fin, sin dejarse de temer otras peores en lo futuro. Estaba en la sangre, decían los paisanos viejos.

El tinte de tristeza que imperase durante meses en el pago a modo de largo crepúsculo enlutado, borróse en esos días. Las conversaciones alegres y los cálculos sobre mejor suerte, reemplazaron a los rudos pesimismos del ganadero. En aquellos contornos, al menos, ya no habría por algún tiempo recogidas de potros, ni paradas de rodeo para escoger la flor de las reses: el temporal se había corrido más al norte, hacia Paysandú, sitio al parecer destinado a los últimos combates.

Mucho jolgorio en casa de Laureana. Siempre tenía visitas. Sus discípulas le habían cobrado gran cariño, que ella se esmeraba en aumentar en todas formas. Cierto es que habían reaparecido varios de los huéspedes del monte, a quienes ella seguía atendiendo

con la ayuda de don Eusebio, muy interesado en tener de aparceros a esos vecinos ocultos, que le proporcionaban cada semana buena carne, grasas y sebos del ganado cimarrón.

Entre esos huéspedes de la espesura, se encontraba el que ella más quería, porque era su verdadero protector y amigo. Más dichosa que Paula, ya había tenido el gran placer de verle y de hablarle en la tapera de los Duendes, lugar de los conciliábulos antes tan comentados.

Le tenía en su casa un sábado de sol, en que hizo llamar a Paula.

Margarita estaba en posesión de todo lo que había sucedido, y de lo que pasaba en el corazón de su amiga. Y aún con saberlo todo, no salía de su admiración al considerar cómo se habían ido encadenando las cosas desde la ya remota corrida de sortija hasta el presente: a esos recuerdos ligaba los hechos de sangre; las transformaciones de hábitos y gustos operados en ellas mismas; y las perspectivas risueñas de la cesación pronta de la guerra. De Camilo hablaba poco. Seguía su enfriamiento. Cuando se refería a Ubaldo lo hacía con pena.

Esa tarde, como viese a Paula radiante de alegría, la acarició varias veces en silencio.

Estaba fresca, graciosa, realmente linda Margarita. Así es que cuando preguntó a su amiga si no serviría de estorbo, Paula se rio abrazándola llena de ardor.

—Nunca lo has sido... Pero si mi gozo te fastidia...

—¡Oh, no, no! me hace feliz.

—¡Entonces vamos!

Dijo esto Paula con unción afectuosa, rebosante de contento, como si por primera vez conociera lo que

era un halago completo y un anhelo realizado. ¡Qué gusto el de volverlo a ver, de estrechar su mano, de oir su habla querida! Su pensamiento todo estaba en eso, en eso sus ansias tan reprimidas cual si la vida entera fuera poca para saciarlas. Pero, no había que descubrir lo que guardaba en su pecho sino a poquito, sin alucinaciones, sin priesa, para ganarlo mejor; y de esta manera pensando, se propuso no prodigarse en sus manifestaciones de cariño. ¡Era tan dulce hacerse desear!

Sin embargo, a medida que se iba acortando la distancia, el corazón palpitaba con fuerza y sus frases a Marga se fueron haciendo más breves y ambiciosas.

—¡Quién había de pensar! —exclamó Marga, como si aún se mantuviese en un estupor.

—¿Qué?

—¡Qué el "taimado" llegase a ser tu dueño!

Paula expresó su íntima fruición con palabras más truncas todavía, y volvió a estrechar contra su seno a la que había sido la causante de que ella conociera "al del cinto de cuero de tigre".

Luego, ceñidas del brazo, traspusieron veloces el final del trayecto.

Al verlas llegar, Abel vino a Paula con las dos manos tendidas, que una sola era poca para demostrarle su gratitud.

Y ella, que se había resuelto guardar continencia y ser discreta, no pudo conservarse firme.

Púsose de manifiesto con el ardor de la juventud, la vehemencia de la pasión. La criolla de cuerpo entero dejó libertad a sus arranques geniales, dio dos saltos de pasmosa agilidad y cayó en sus brazos llorando de alegría.

Marga se conmovió. Nunca había visto llorar de un

modo tan espontáneo a aquella moza enérgica y altiva, ni aun en sus horas de rabia y de dolor. ¡Quizá otra cosa dijera, si pudiese, el cardenal azul!

Apasionada y desbordante, concentrándose sólo en él, le hizo mil cariños; cogióle de la cabellera con las dos manos; lo contempló rato de hito en hito, cual si no se hubiera convencido de que era el mismo Abel; y después juntó al suyo su rostro sin decir palabra, hipeante, encendida, temblorosa.

Por fin se desprendió a pausas de su cuello y volvió los ojos a Marga como si saliera de un vértigo.

—¡Ah! —balbuceó.

Y abalanzándose a ella con ímpetu, la enlazó con sus brazos y la cubrió de besos.

Ya desahogada, dijo lentamente:

—¡El resucitó, porque yo lo contaba muerto; y tú por la insistencia de llevarme a una fiesta, cuando yo de chúcara era peor que cardo borriqueño, me lo hiciste conocer!

Ahora, entremos —agregó, mirando a todos lados con súbito temor. ¿No hay más peligro? A cada paso me parece ver grupos que buscan al que escapó para matarlo de una vez.

—No —repuso Abel— no hay peligro, y a más tengo cinco hombres en la "isleta" que vigilan. Frutos ya va lejos, tal vez por el Cangué. Alguno me ha dicho que había dado orden de dejarme en paz.

—¿Será cierto?

—¡Por qué no! Gracias a ti que te pusiste de por medio.

—¡Oh, si fuera verdad!...

—Y aunque no fuera por eso, yo quiero creerlo así, lucero de mis noches.

Cogióla de la mano y se entró con ella, después de dejar paso a Margarita.

Laureana había estado ocupada en preparar alguna bebida caliente para sus huéspedes, y al volver al aposento gritó llena de alborozo:

—Ya sentí las palomas que arrullaban al encontrarse de nuevo... Hicimos una buena campaña sin disparar un tiro. ¡Pero, que no se repita! Hay que descansar un poco. Cuéntale a Paula cómo caíste, Abel, por salvar a Gasparito. Y tú Marga, estarás asombrada de estas cosas tan extrañas, que a todos nos enredaron como las trepadoras en los troncos. Por tu carita de pascua florida veo que te encantan las que ahora suceden. Ya te ha de llegar el turno; una suerte mejor que la primera. Más pronto acaso que lo que tú pienses...

—¿Es una adivinanza?

—Puede ser. Anoche hice un conjuro. Los espíritus me dijeron que te vendría un lote, que ni soñado!

—¡Oh, doña Laura! creo que sólo así, en sueño...

—No sé. Lo barrunto por cierto. Las mozas guapas en el pago no son más que los dedos de las manos, y para ellas viene de sorpresa la buenaventura, calladita la boca, lo mismo que la luz del alba.

Margarita reía de ganas; pero no dejaba de acordarse que eso también le decía su madre en los días de abatimiento.

Mientras tanto, en un rincón muy juntos pico a pico, olvidados de todo, y llenos de fuego y celo como un casal de pájaros salvajes que apenas lanzan de vez en cuando alguna nota aislada, en el afán de acomodarse a gusto en la rama protectora, Paula y Abel en constante retornelo prodigábanse caricias para ellos

adorables, pues no hay estado del alma más dulce y embriagador que aquel que se sucede al que dio por perdida toda esperanza en un drama de odio a muerte.

A un llamado de Damiana, salió presurosa al patio la Puma.

Fue corta su ausencia, que Marga aprovechó para examinar los objetos de la estancia, como si nunca los hubiese observado en detalle.

Desde el cesto, mirábala con fijeza el gran gato de sus miedos.

Al notarlo, la joven fue retrocediendo paso a paso como si aquellos ojos fosfóricos produjeran en su ánimo más impresión que los del "ñacurutú", de noche y a la orilla del monte.

Y retrocediendo seguía, cuando tropezó con un cuerpo, y en el mismo instante sintió en su cintura la presión de dos manos que evitaron la caída inminente.

Volvióse rápida, atónita, no encontrándose con otros ojos amarillentos y siniestros, mas sí con dos muy azules y grandes, de arcadas con cejas crespillas y pestañas color oro.

Tenía faz a faz un joven de rulos, boquirrojo, bigotillo naciente, tez muy blanca aunque tostada por el viento y los soles, fisonomía abierta, franca, risueña y sus toques de cautivante y picaresca.

Este mancebo, de talla robusta y aire desenvuelto, que había entrado con Laureana sin el menor ruido, le dijo sonriéndose:

—¡Parece cuento Margarita, que yo te vuelva a ver más linda de lo mucho que eras hace año y medio!

—Oh, es Gaspar —gritó la joven. ¡Qué contento!

¡Te sabíamos en capilla y nos has hecho llorar de a deveras, travieso!...

—¡Gasparito! —exclamó Paula asombrada.

—El guapo alférez —dijo Abel. Yo esperaba que volvería.

Todos los rodearon, admirándose las mujeres, no ya de su desarrollo y talante varonil, pero sí de que reapareciese entre ellos repleto de salud y vida.

—¡Otro resucitado!

¿Y cómo ha sido esto? Vamos a la historia muchacho, con pelos y señales.

—Así no más ha de ser —repuso Gaspar muy complacido del recibimiento. Válgame Paulita, que mi suerte negra era bien conocida.

—¿Qué estás diciendo, criatura? ¿yo? Fue doña Goya...

—Sí... Por mí casi la corre mi jefe, aquí presente. Si desde un principio no me mataron, fue por averiguar de mí lo que no podían por otro conocer. Verán... De a poco voy a contar.

Dos ocasiones conversó "el coco" conmigo. En la primera me destrató, porque yo debía saber qué se habían hecho los seis hombres perdidos. ¡Cómo largar prenda! Se puso muy enojado; y después volvió a pedirme que declarase que un "indiazo" Cuaró, y al nombrarlo lo puso como palo de gallinero, que él conocía mucho. era el matador de todos, si es que Abel no lo había mandado. Yo negué. Me dijo que me iría mal por mi terquedad.

Y llegué a creer que sí, porque al pasar para la guardia de prevención, un chinito corneta le dijo a otro camarada: "mañana afusilan a ese rubio".

La segunda vez lo encontré más blandito al general; y eso que ya se había escapado el comandante.

No trinaba en esta ocasión y me pareció caviloso. Por qué, no sé...

Me preguntó por mi padre, y con quién había entrado yo a servir. Le respondí que mi viejo Centurión estaba con Oribe, y que yo sin su permiso me había alistado con el comandante Montes.

Entonces me propuso que me hiciera colorado y me fuese con él.

Yo no dije nada.

El "coco" me estuvo mirando un rato, y de caviloso que estaba se pasó a zumbón. ¡Se pirra por zamarrear!

—¡Hum! —gruñó. Estás callado, buena pieza y veo que no aflojás. ¡Me gusta un rubio duro! Tu padre es rico, y tú un ganso de laguna, porque en vez de buscar una moza linda para mejor gozar de la vida andás por perderla en cualquier barranco... ¡Bueno! Te voy a dejar libre, pero con la condición que has de cumplir lo que voy a pedirte que hagas.

—Estoy a la orden.

Volvió a ponerse caviloso, con la mano en la barba, como si el hombre estuviese pensando en bueyes perdidos.

En este punto del relato, la Puma trajo a Gaspar un mate bien cebado, diciendo:

—Para remojar, corajudo. Así tu voz de calandria saldrá más caliente.

El mozo sorbió con placer.

Tan profunda era la atención con que le oían todos, que las dos amigas absortas aprovecharon la pausa para un respiro ruidoso.

No se atrevieron a interrumpirlo. Entre buche y buche, él siguió:

—Al cabo, empezó por averiguar si yo era de la

relación de una joven de apelativo Paula Carrasco, hija de su comadre Ramona Araújo; y le contesté que nos conocíamos desde chicos, nacidos en pagos vecinos, y éramos muy amigos... ¿Dije mentira?

—¡Oh, la pura verdad —exclamó la hija del Clinudo—, y es tan verdad que se me hincó una espina en el pecho cuando aseguraron que estabas preso.

—Y Marga... ¿qué sintió?

—Yo... ¿yo?... —recalcó Marga en un arranque ingenuo— yo dije, si matan a Gasparito no soy más colorada!

Y al expresarse así se puso en el acto como flor de achira.

En tanto celebrábanse en coros estos dichos, la Puma de espaldas al círculo movía la cabeza, procurando disimular risas comprimidas.

—¿Y qué más? —prorrumpió Paula con anhelo incontenible.

—Pues —prosiguió alegre Gaspar— el "coco" al saber eso, me dijo que había pensado tenerme algunos meses en el campamento, pero que desistía, porque yo sería el mejor postillón para llegar pronto al pago.

Me encargó entonces le relatase a Paula que cuando se empeñó por el prisionero, ya su compadre Fortunato lo había dejado un poco tierno por la misma cosa. Esperaba que el consejo de guerra lo condenase a morir, para él perdonarlo; pero que ella más zorrita que él, zorro viejo, le había ganado la mano haciendo volar al gavilán antes de tiempo.

En oyendo esto, Laureana arguyó para sí: siquiera dijo toda la verdad.

Aludía a la viveza y astucia de su discípula.

Paula oprimió la diestra de Abel, que sonreía en silencio.

—En prueba de que no era tan malo como ella creía, me mandaba a mí en persona, libre y sano, y dueño de seguir el camino de mi antojo.

—Ahora se apuró a decir eso; pero yo sé lo que quería... sí que sé! —Cambió la pisada después de oírme.

—Y por último —añadió Gaspar cada vez más expresivo— Frutos empezó a pasearse por la tienda y a refregarse las manos, hasta que se paró muy cerquita de mí, para recomendarme no olvidara de anunciar a "Paulita" que así que llegase a saber que ella era dichosa, mandaría carnear con cuero para toda la gente.

Al escuchar tal promesa, los de la ronda se miraron los unos a los otros con asombro, pero sin pronunciar una palabra.

Gaspar continuó:

—Al otro día tempranito me largaron.

Por si acaso, me metí en el monte, no fuese el diablo que el "coco" se arrepintiera.

Cuando el ejército alzó campo, salí vigilante y enderecé a la casa. Doña Goya, sabedora, me aguardaba con el puchero y churrasco, y una porción de quejas y abrazos. Me quedé hasta hoy, para ayudar a recoger las pilas de cueros de cien novillos que se comieron.

Ahora, manden lo que gusten que estoy para servirlos, salvo lo que mi jefe ordene.

—No hay nada que ordenar.

—Sino festejar tu salvación, Gasparito.

—Porque has vuelto a nacer.

—¡Ni que fuera gato!

Parece que Cacique no esperaba más que una insinuación semejante, porque dando un gran salto cayó en las faldas de Paula, como de costumbre y de allí

brincó al hombro de Abel, donde se arrellenó cómodamente. El era también de la ronda.

Marga alarmada por el salto se echó a un lado con suerte tan singular, que su cabeza se juntó con la del rubio, quien se estuvo quieto muy halagado con el calor subido y el contacto de su rostro.

—¡Verás, cara de aleluya! —dijo a Marga la Puma. ¡Todavía te he de oir contar que a Cacique le debes dos aproximaciones de la buenaventura!

XXII

FINAL DE UNA TREGUA

Transcurrió lento el último tercio de un invierno de rigores, cielos grises y noches tormentosas.

En ese lapso, se estrecharon mucho las relaciones entre las jóvenes parejas, y se ahondaron los afectos cada día. al punto de serles penoso el dejarse de verse con frecuencia, en casa de Laureana o en la de Paula. A veces se reunían en la de Margarita, pues todavía no despuntaba el peligro de sorpresas.

Fue para ellos una temporada feliz, en medio de las mismas incertidumbres e inquietudes en que se vivía, porque con la presencia de Abel y Gaspar no había cielo oscuro ni viento gélido, el pago irradiaba y todo surgía de rosa al calor de las vivas simpatías.

Aunque la Puma había sido certera, cuando en broma le dijo a Marga una noche de consulta que ella era más fácil de "enganchar" que su amiga, la verdad es que el rubio se mostró tierno en exceso y ella tan consentida como si el mancebo fuese ya presa de sus cadenas de amor.

No quería oírle hablar de ausencias, sin duda porque veía aproximarse el momento de sus separaciones forzadas.

Hacían juegos y corridas en el campo, como en su puericia. Tornaba él a ser el "mimoso". Los enojos se sucedían de continuo, y con igual facilidad el reaprecio apetecido y encelado. Los pájaros hacían co-

ro a estos idilios del pago, pues ya venía la primavera ubérrima y retozante.

De noche formaban tertulia, circulaban los mates, se oía la guitarra, el estilo, el cielito, el pericón. Música, canto y danza, con ser primitivos, complementaban los goces del pequeño núcleo y nutrían la esperanza de tiempos más dichosos.

En esa forma se colmaban los únicos contentos a que podían aspirar sus almas en medio de la existencia oculta, precaria y secreta de la cuasi soledad en que nacieron.

Por su parte, la gente del monte tenía sus goces y fruiciones.

También sus ranchejos chatos y semi-cilíndricos, con el mismo derecho que el testáceo su concha; sus reuniones y juegos diversos; sus salidas furtivas y aventuras; sus conciertos de guitarra y acordeón. Estaban siempre a la espera de orden de marcha.

Muy de tarde en tarde, se obtenían nuevas, y éstas de confusos datos.

Por fin, cierto día don Eusebio recibió una carta, y bajo su cubierta otra dirigida a Abel que se apresuró a poner en manos de Laureana para que la encaminase a su dueño.

Llegaba de Montevideo con notable retraso. Era bien interesante. Se le anunciaba a Montes que su protector había fallecido, dejando cuantiosos bienes.

De éstos legaba a su hijo adoptivo, un campo poblado próximo a los estribaderos de la sierra del Infiernillo, de pastos fuertes y ganado en gran parte cimarrón. Tenía por nombre Guazubirá, o sea ciervo de monte, y estaba a cargo provisorio de un viejo puestero.

Abel conocía el establecimiento, sus ventajas y sus

defectos; pero, en realidad, era estancia de porvenir y justamente reconocido. bendijo la memoria del hombre bueno que se la brindaba en sus horas de infortunio.

En buen período de tranquilidad y de labor paciente, el esquilmo podía ser de abundancia y provecho.

Coincidió esto con la llegada al pago de un conductor de carretas que venía de Paysandú, y era mensajero de otra epístola pintoresca que había hecho escribir el capitán Cuaró para la Puma.

Valíase de ella como intermediaria para que comunicase a Abel que se había resuelto por Lavalleja la mayor concentración de fuerzas al norte, por lo que era llegado el momento de incorporarse a las que maniobraban en los cerros, aquende el Queguay, si ya se había puesto sitio a la villa.

Por otra parte, las cosas se ponían muy turbias, y antes que quedase "cortado" urgía se moviese sin pérdida de tiempo, aunque fuese con chuzas de tijera. Allá le darían armas.

En esa carta, Cuaró agregaba que mejor sería estar juntos fuese "leona o perra" la suerte, porque a su modo de ver los sucesos, pronto volvería al pago Faustino con buena "manga de cerriles".

Así informado, Abel tomó en el acto sus medidas.

Pudo aumentar a una docena sus hombres, proveyendo de lanzas improvisadas con cuchillos a los cuatro que de ellas carecían. Para montar, disponía de tres caballos por soldado.

Arregladas del mejor modo sus cosas, dijo a la Puma que en la noche del día siguiente deseaba verse con Paula, y la invitase, porque era preciso aprovechar el tiempo.

Laureana le informó que precisamente Paula y su

amiga estarían en su casa en la noche indicada por haberse así antes convenido.

Fue una noche deliciosa, plácida, con su frescura adorable, sin un lunarcillo negro en el espacio resplandeciente.

Y así estaba el espíritu de Paula.

Parecía tranquila y ufana.

Dióle por bromear con Braulio, que resquebrajaba un leño allí cerca del fogón.

El Zarco seguía intrigado por la visita que Paula había hecho al campamento de Frutos acompañada de la diablesa, que así solía él llamar a la Puma. La diablesa, cuando regresó, venía muy satisfecha porque según ella hizo venta de todos los artículos con buena ganancia. No contenta con eso, añadía: lucro con usura.

No entendía Braulio esta usura en cosas que valían pocos reales, ni menos se daba cuenta de cómo la bruja se había vuelto "mercachifla".

Así es que no pudo resistir a la tentación de preguntar a la joven, si Laureana había ganado "osuras" por adivinanzas en las tiendas de las familias que marchaban con la gente de guerra.

—No hizo más que una brujería — respondióle Paula riendo; — pero le salió tan bien que ganó lo que quiso.

—A la fija que el diablo se misturó en el negocio, niña; como el ñudo en este tronco, que estoy hachando.

—¡Si es quebracho, hombre de Dios!... Lo que sí que aquel ñudo Laureana sola podía desatarlo.

—¡Peor que potreador! Debría ser ñudo mañero, dende que la bruja metió mano.

—No es bruja, que es adivina mi maestra.

—Por decir, niña. ¿No es lo mesmo?

—No, que no es — arguyó Paula con aire de sabidilla. ¡Bruja!... bruja es una maleva que mete al diablo en el cuerpo, y lo saca por un ojo después, dejando tuerto a un gaucho pobre.

El Zarco se rio con eco cavernoso, y señalando con el dedo meñique su ojo ahumado, exclamó:

—A la cuenta a mí me endiabló otra bruja de montar en escobas, porque en un repeluz se quedó turbio el mío.

Siguióle Paula en la risa, y después en un tono grave, le dijo:

—A que yo sin ser adivina encuentro el modo de deshacer ese ñudo, sin precisar de hacha ni facón.

Braulio se frotó la frente, como buscando "el modo".

—Se me hace imposible eso, niña, porque hasta aurita naide lo encontró. Antes se quiebra el hacha y uno echa los bofes. Hay que buscarle la guelta.

—¡A qué no!

—¿Y cómo?

—Sin más trabajo, métalo así en el fuego y verá.

Y reuniéndose con Capincho, se fue con él saltando a los ombúes.

—¡Que se vea no más! murmuró el viejo un poco picado. La enocencia indilgando a la esperencia.

A poco Paula volvió, diciendo:

—Deje el hacha don Braulio, y venga conmigo a lo de doña Laura, que ya es hora.

Cuando llegaron, se encontraba ya allí Margarita y Abel. También Gaspar.

Luego de las gratas efusiones, Montes hizo partícipe a Paula de sus planes para lo venidero, de la he-

rencia que había recaído en su persona, y de su firme voluntad de habilitar a Indalecio en su campo.

Ella se encargaría de darle la noticia y de convencerlo que allí sería más feliz que en su antiguo oficio de picador de bueyes.

En cuanto a él, se veía en el caso de moverse por compromisos sagrados que ella conocía, pero que abrigando la esperanza de que la paz se haría de allí a poco, su ausencia esta vez sería muy limitada.

De todos modos, él era constante, y mucha su pena al alejarse de nuevo.

Esa pena vendría a menos, si ella le juraba quererlo todavía más.

—Más no puedo —respondió Paula resignada— porque no tengo más que un corazón, y de otro no ha de ser hasta la muerte. ¡Eso juro!

Abel la atrajo a su pecho en silencio y contra él la tuvo largos momentos.

Al dejarla libre, dijo suave y sereno:

—Esa muerte me ha zumbado muchas veces en la oreja, hasta con rabia de no tocarme de refilón.

¿Por qué no ha de ser ahora lo mismo? En el co vento me enseñaron amar a Dios. Me acordaré de eso, y de Paula, que me ha enseñado a querer la vida!

Luego, ya andando a pasos tardos, murmuraba:

—La añoranza cría tristezas, y las tristezas juntas crían el ansia de volver...

Si la guerra acaba, aunque me venden los ojos, estas espuelas me traerán a la querencia.

—¿Y cuando tus ojos dejen de verme?

A esta voz sentida, él repuso:

—El corazón más cerca ha de estar.

Como al expresarse así se apoyara en el marco de

la puerta cubriendo con su brazo el rostro, ella se acercó leda, y al oído le dijo con firmeza:

—Anda, yo soy de aguante. ¡Aquí dentro hay una fuerza que me puede, que me hace toda tuya! Me escribirás cartas que yo contestaré.

—¡Ah, sí! Ya sé que has aprendido — repuso Abel lleno de admiración.

—Un poco aprendí... Tú aprendiste a correr a toda rienda contra la muerte, y en eso yo no podría imitarte. Pero cuando mandaste una carta a la Puma, tuve lástima de mí, y entonces... entonces quise conocer por igualar.

—¿Igualar?

—Sí — acentuó ella con orgullo. Laura me enseñaba, pero tú me movías la mano. Lo primero que supe escribir fue Abel... Antes era rosa de cerco, ahora soy de jardín. ¡Verás como te escribo!

—¡Me basta! — dijo Montes subyugado. Hasta la vuelta.

Oyéronse luego, uno, dos besos sonoros, y el mozo se fue.

En brega estaba Marga con Gaspar hacía buen rato en la pieza de Damiana, pues ella se deshacía en pedirle que no volviera a la guerra porque si de una había escapado le aguardaban ciento.

El, en que no. Tenía que acabar la campaña antes de pensar en otra cosa. Esto no impedía que retornase al nido a todo correr del pingo, con más barbas que ahora y más grandes quereres.

Y ella, cogiéndole con las dos manos las puntas del bigotillo dorado, se las retorcía a su gusto, diciéndole marrullera:

—Así están lindos. ¡Ya comienzan a pinchar!

—¡Bueno! Al cordero con las uñas... Si no me largas voy a gritar que me tienes prisionero.

—¡Verás rubio zafao! Yo no quiero que te vayas. ¡Es gana de irse a pechar la muerte! ¿No es cierto doña Laura, que éste no sigue el consejo de Frutos? Sí, que es consejo bueno, Gasparito, no seas cabezudo.

—Hijo de vasca soy.

La Puma se reía de la gresca.

El mozo se conservaba firme, moviendo negativamente la cabeza.

Marga, sin dejar de suplicar le peinaba los rulos con los dedos. Ante su obstinación, añadía:

—Yo quisiera que estuviese encima de las sierras viviendo en un ranchito, como loro barranquero.

—¿Solito?

—¡Oh! eso se vería.

De pronto se quedó Marga callada. Cambió de pensamiento, y apenas él acabó de insistir en el deber de marchar, dijo sin volver sobre el ruego:

—Gaspar, si por casualidad te encuentras en la guerra con el hijo de Simona, sabes, ¿eh?... aquel aindiadito, bocón, de pelos parados, que cuando chico andaba en el petizo del barril del agua.

—No me acuerdo ni por las señas. ¿Cómo se llama?

—Cristino. Es muy dientudo, y en una mano tiene seis dedos.

Gaspar se rio hasta ponerse como una remolacha.

—¡Vaya! A ver si acabas, ladino. Es de los dragones de Fortunato Silva. Si cayese en tus manos...

Gaspar cesó súbitamente en su arrebato y tomó un aire semi grave.

Cruzó las piernas, y echando mano al cuchillo, se

puso a sentarlo en la suela de la bota, diciendo con gran seriedad.

—Con que es bocudo, dientudo y tiene seis dedos. ¡Pues no! Ya verás qué bien lo trato.

Y tentó con el pulgar el filo.

A pesar de lo cruel de la burla, el dicho y el gesto produjeron en Marga el efecto del gas hilarante, pues rompió a carcajada tendida.

Gaspar envainó, y le ahogó su risa con un beso.

—¡Malevo! —prorrumpió ella.— ¡Te creo muy capaz, sí!

Y pasóse un dedo por la garganta con mucha gracia.

Revistióse el mancebo de un aspecto adusto, y rezongó:

—Yo soy blanco como osamenta al sol.

—¿Y qué?...

—Que tú has de serlo como la leche.

Marga, emocionada de pronto, murmuró con blandura:

—¿Qué le respondiste a Frutos cuando te convidó a seguir con él?

—Ni una palabra. Me entendió.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la moza, tan encendidos, de una tersidad incitante. Chispearon sus ojos como única respuesta: enlazóle con su brazo el cuello y puso su boca en la de Gaspar, que sintió la impresión de una marca ardiente.

Desprendióse rápida, y se fue corriendo.

Iba llorando como una criatura.

XXIII

NORTEOS DE CENTAURO

Después de la evasión de Montes y no pudiendo reunirse con él por hallarse en esos días muy lejos del sitio en que aquél buscara refugio, Cuaró ya sin municiones ni caballos de repuesto habíase determinado a abandonar el monte con ánimo de incorporarse en Paysandú a las tropas de Lavalleja, antes que Frutos marchase sin descanso, como solía suceder una vez que había madurado su plan de operaciones.

Las hostilidades continuaban con rigor, y no se podía perder tiempo. Caballos encontraría en el trayecto, y su partida volante llevaría las últimas nuevas a los compañeros atrincherados en aquella villa. En cuanto a Abel dispondría de cinco camaradas que habían quedado a la espera en el potril vecino a la tapera de los duendes, los que podría aumentar con otros que hacían vida de "matreros".

Con quince hombres, dos de ellos levemente heridos en la última escaramuza, Cuaró emprendió marcha alejándose del flanco enemigo lo bastante para cambiar monturas, sin temor de avances por esa zona.

Pronto logró su intento, al cruzar el segundo arroyo que halló al paso. Se hizo la muda en una "manguera" de piedra, arreándose el resto de la tropilla, que se aumentó en el tránsito con otros renuevos.

Al trote firme traspusieron la cuchilla de Haedo sin percances, salvaron dos o tres cañadas hondas, y

a segunda de alba se ordenó hacer alto cerca de un cerrezuelo coronado de talas espinosos.

De esta prominencia nacía una corriente poco caudalosa con vegetación algo rala a sus orillas, pero que bastaba a encubrir caballos y jinetes. El raudal iba a derramarse en el arroyo Negro. Hacia la derecha existía paso franco aunque fangoso, con algunos árboles diseminados en una y otra margen.

Si bien clara la noche, no era de luna. El ojo de Cuaró escrutó al chispear de las estrellas, y dijo a uno de sus hombres: "bichea desde aquí por si acaso. Este paraje es de avería".

Media hora después, el escucha anunció que se acercaba gente por la izquierda del cerrito. Marchaba al tranco.

Oyóse en efecto el sordo rumor de ls cascos en el suelo duro, unido al ruido de sables en las vainas.

—Vienen dormidos a la fija — dijo el "mestizo". — Es una partida volante de Frutos.

Como en uno de sus flancos toda salida era imposible por el peligro de los "tembladerales", y correrse al opuesto era exponerse a un ataque certero dada la proximidad de una fuerza acaso superior a la suya, Cuaró dispuso que seis de sus compañeros arrojasen por delante al vado la "caballada" a gran galope, y procurasen echarla sobre el enemigo que avanzaba con sueño y al descuido. El iría detrás. Los sables del resto y su lanza concluirían de despejar el camino.

Estas órdenes fueron rápidas, precisas, incisivas, como lo requería el apremio del caso.

Adelantábanse ya dos jinetes por el ribazo opuesto para explorar el vado, cuando estallaron gritos enérgicos y chasquidos de rebenque, y la tropilla se pre-

cipitó asustada al ancho boquete arrollando en el tropel cuanto encontró en su carrera.

Sonaron algunos tiros. Pero fue tan grande la confusión que se produjo en el grupo cansado y somnoliento, que el desbande no tardó en producirse.

Algunos se defendieron con bravura, aislados y al descubierto; entre ellos un mozo que cruzó dos veces su lanza con la de Cuaró, hasta que en un desvío de su caballo azorado, el rejón del "mestizo" alcanzó a herirle en el tórax derribándole inerte por el lado de montar.

Aquel valiente, al sentirse desgarrado por el hierro retorcido como una culebra, pues esa forma tenía la moharra del "mestizo", no pudo reprimir un grito agudo, intenso, doloroso al desplomarse de la montura, el grito propio de la juventud pujante que se siente tronchada en flor.

El terreno quedó limpio en breves segundos.

Un soldado, tirándose veloz de su cabalgadura, examinó al muerto, le extrajo el cinturón y la daga, y volviéndose a grupa, se incorporó a media rienda a su partida que se alejaba en escalón orillando los montes del arroyo Negro.

La partida siguió marcha sin detenerse a lo largo de esos bosques, hasta el paso del Retobado. Se prohibió hablar y fumar, y fue destacada al frente una pequeña guardia exploradora.

Después, se contramarchó en línea paralela a la costa del Rabón, que echa sus aguas en el Negro; y se detuvo en las del Valdez, que las vierte en el Rabón.

Próximos a la barra los sorprendió la aurora.

Allí no hubo ya mordazas. Entre comentarios sobre el incidente de la noche, se sacrificó una vaca,

encendiéndose fogones y se comió con gran apetito.

No habían dormido. ¿Y esto qué importaba? Con el buen manjar y el luminar ardiente el sueño se hacía vapor.

Aquellos organismos a prueba, no ya muy comunes, vivían en el lomo equino como las gaviotas en la borrasca: se alimentaban con carne sobre las brasas, e infusión de yerba; y si podían, en las grandes jornadas, convidaban al sueño andando con el caballo al compás, y tan en sopor como ellos. Trasponían ríos a nado sin dejar el "recado", escalaban serranías, bajaban casi en línea vertical los cerros, metíanse en las grutas, recorrían los valles como enancados en el viento; y en tretas y retretas, en jaques y contrajaques, dando a veces el frente con rudo denuedo y en otras la espalda con hábiles gambetas, en juego ágil la lanza para cubrirse del tiro de boleadoras, estos cuasi cimarrones del primer ciclo del hierro campeaban arrogantes por las campiñas de su tierra, sin preocuparse más que del ataque y la defensa, ni de otra disciplina que la impuesta por el caudillo. Veían correr sangre con indiferencia. En su puericia ya sabían degollar carneros y novillos.

Festejando ahora contentos su aventura, bajo el resplandor de la mañana, uno de ellos, enseñando a los otros un cinto de lujo y una daga, les dijo:

—Estas prendas fueron del mozo que volteó el capitán. Yo lo conocía.

Al escucharlo Cuaró, que estaba allí próximo, preguntóle:

—¿Quién era el guapo, Gildo?

—Camilo Serrano, de mi pago y del Clinudo.

El "mestizo" se dio vuelta, acaso para que no se

notara en su rostro curtido, una mueca producida por extraña y repentina conmoción.

—¿Lo miraste bien cerquita? —insistió, como dudando.

—Sí, capitán. Era el mesmo, con un lunar negro en el carrillo.

Cuaró repuso entonces, con una expresión amarga:

—Dame el cinto con lo que había adentro y guardá la daga.

Así lo hizo Gildo con presteza.

El cinto, aún en buen estado, era de badana gruesa, presilla de acero y botones de bronce. Mostraba huellas de haber resbalado por él más de una vez el lazo, y una mancha de sangre muy roja donde se estancó un coágulo, todavía fresca. Los bolsillos contenían unas pocas monedas de plata y cobre, y algunos papeles muy doblados.

Lo estuvo mirando un rato el "mestizo" con suma atención, y dejó caer lentamente estas palabras:

—Es el que tenía puesto en la corrida de sortija...

Sacó en seguida las monedas, y se las dio al soldado.

Luego arrolló despacio aquel cinto, torvo, sombrío, y paseando su vista por el grupo, mandó secamente:

—A montar.

Reemprendieron marcha al trote, y fueron despuntando algunos afluentes menores del Rabón por espacio de tres horas, pues las copiosas lluvias invernales habían engrosado sus cauces al punto de convertirlos de simples regadíos en arroyos salidos de madre.

Iba delante el "mestizo" con la cabeza baja.

Sus hombres decían a medio tono que el capitán siempre de zumba, se había puesto en menos que canta un gallo, "hosco y gruñidor".

Voluminoso, inclinado sobre las crines, entre las sombras —sombra más negra— la figura de aquel centauro imponía respeto.

Nunca llevó a grupas, como el de la fábula, a ningún Aquiles ni Diomédes para enseñarle a manejar el arco contra los leones, y a comerles los tuétanos una vez ultimados por el dardo, para que se criasen feroces e implacables; pero, había educado a muchos que de él aprendieron a no tener miedo ni piedad en la pelea, a ser indómitos y tenaces, y tan duros jinetes cuanto era necesario para segar con el sable y la daga cuellos a escape, al vuelo, sin pararse, y trucidar huesos a botes de rejón.

Por eso, muy contados y escogidos eran los que le seguían en sus excursiones peligrosas.

A cada paso, daba ejemplos.

Lo mismo trepaba un morro empinado con su caballo criollo nacido en las sierras, que descendía una ladera guijarrosa, quebrada, llena de malezas en medio de las tinieblas, sin temor a quiebros ni despeaduras. Se condolía después del animal despeado, pero, añadiendo: "con uñas de fierro, no sube ni baja asina sin machucar un caracú al más baqueano".

Respecto a su fiereza en ocasiones, sus allegados recordaban entre muchos cierto episodio lúgubre.

Un negro que le servía de asistente y llevaba años en su compañía, le fue al fin desleal e ingrato y para escaparse al campo de Frutos, le robó sus dos mejores caballos, los que alternadamente usaba en los combates. Como se estaba en víspera de batalla, el "mestizo" montó el primero que tuvo a su alcance, gordo y un poco lunanco, detalle que lo trabó varias veces en las cargas, y fue causa de que resultase herido en una pierna. Esto lo puso de un humor terrible.

Tiempo después, en la acción de Carpintería, el negro cayó prisionero y reconociéndolo varios soldados lo condujeron ante Cuaró.

En un vivac bien provisto festejaba el capitán con otros camaradas la victoria, cuando se le advirtió de lo ocurrido y de la presencia allí del desertor.

Miróle con atención sin levantarse, y fijóse en la ancha divisa roja que ostentaba en el chambergo.

Luego, convencido de que era el mismo, se interrumpió un breve instante en lo que estaba narrando para decir a su sargento Camacho con la mayor naturalidad:

—Llevalo lejos, donde no jieda.

Y siguió en el relato de las peripecias de la acción.

No había que aclarar aquella orden. Era bien comprensible. El sargento Camacho examinó el filo y punta de su cuchillo, saltó en pelos sin pronunciar palabra, y fuése con la guardia y el negro a un pajonal apartado.

Lo que admiraba a los del cuento, cada vez que lo repetían, conocedores de los arranques propios de Cuaró, era que no hubiese él brincado sobre el retinto como un yaguareté sobre el crucero de un bagual.

Algo los admiraba más aún, y era que, habiendo matado en buena ley a Camilo Serrano para salvarse y salvar a sus compañeros en el encuentro del arroyo, cayese ahora en vacilación y se amorrase como tigre enfermo.

Si lo hubiese conocido, ¿lo habría lanceado? Esta duda los tenía perplejos.

Por otra parte, les causaba asombro la atenta manera en él extraña, de apreciar las prendas del difunto al tomar el cinto y dejarle a Gildo lo superfluo.

Ellos habían aprendido a perfección el "carcheo",

el despojo de lo que los caídos llevaban encima y valiese la pena de apoderarse, ni más ni menos que hacen los "caranchos" con los cadáveres frescos.

No conocían otro expoliario que el campo raso, para desnudar a los muertos o ultimar a los heridos; lo mismo que se practicaba con los gladiadores moribundos en la antiguedad, y se hace hoy con los caballos trucidados en los circos de toros.

Nada de nuevo habíase introducido por la crudeza gaucha, en esas cosas fúnebres. Tan cierto es que hasta en los refinamientos de la crueldad y manifestaciones más variables del odio; hasta en las formas más impulsivas y al parecer flamantes del desagravio, el despojo y el despene de los agonizantes, y aun de los que no lo eran, no habían perdido su salvajez prístina y contaban con innumerables rebisabuelos.

Lo que unos hacían a bayoneta de tres canales, lo ejecutaban otros por el lanceamiento y el degüello, si es que en definitiva, todos no empleaban a capricho los tres medios.

¿Cuál de ellos más atroz? Inermes o sanos lo sufrían.

Un médico extranjero, de actuación en la misma escena años después, puesto en el trance amargo, y consultado, optó por el último, porque en su opinión científica "era más dulce". No había clemencia. ¡Harto que el cuchillo no tuviera melladura!

Y exigiendo el instinto cebado que no hubiera conmiseración, so pena de aparecer como blando el piadoso, cuando ocurría el caso de condolerse alguno del propio acto personal, causaba sorpresa tanto más profunda cuanto más fama de bravío gozara el matador.

Era el caso singular de Cuaró, porque le oyeron proferir a solas, siempre ensimismado y sombrío:

—¿Qué le dio a ese mozo por salirme a los encuentros?

Y ellos, se preguntaban si se habría hecho aparcero Camilo del capitán, o si habrían corrido juntos alguna "loba" hasta volverse amigos después de la judiada. De lo contrario, ¿cuál sería el motivo?

¡Misterio!...

Muy entrada la tarde, hicieron muda en la cuchilla del Palmar. Se hallaban entonces en camino directo a Paysandú. Dominando bien desde esa altura las zonas circunvecinas regadas por una red de arterias festoneadas de bosques ya en deshoje, avanzaron tranquilos a paso moderado.

La caída progresiva del follaje, iba formando claros suficientes para poderse escudriñar a la distancia lo que ocurriese en la orilla de los montes. Nada se observaba en ella de anormal.

Del lado de las opuestas vertientes, alzábanse robustas palmas en grupos aislados a manera de enormes sombrillas; y dispersos, apiñados algunos y solitarios otros, multitud de cerros en forma de archipiélagos de picos y de morros, cubrían la comarca en vastas extensiones.

En ciertos sitios de aquel panorama dorado por el sol poniente, notábanse de vez en cuando ligeras columnas de humo en el espacio que denunciaban la presencia de hombres de armas, carreros, o conductores de ganado, bastante lejos, y de por medio incontables asperezas, una red de canalizos, y accidentes de terreno insalvables sin grandes giros y rodeos. Nada había tampoco que recelar por ese flanco.

Pero, caía la noche. La villa estaba aún lejana y

valía la pena entregarse al reposo por algunas horas en sitio seguro.

Con su habituad pericia, Cuaró hizo una conversión y empezó el descenso de la cuchilla por el lado de las vertientes hacia el Queguay. Habló de ir a lo que él llamaba "Cueva de la vaca", como de un paraje primoroso para descanso. Se refería a Vacacuá, caudal fuerte de orillas selváticas. Yo soy "cueva amarga" — añadía, aludiendo a su propio nombre guaraní. La otra es dulce, y las reses de "rayar con la uña". Quería significar con todo eso que el agua era pura, el ganado flor, la leña abundante y el monte buena guarida.[14]

---

14 Francisco José de Caldas, el ilustre colombiano bien llamado el sabio, cuyo nombre a través de un siglo no puede pronunciarse sin emoción profunda, en sus minuciosas referencias a la flora de Quito y a los nombres indígenas con que los antiguos peruanos designaban plantas y cosas, dice a este respecto

"Cuando se conoce un poco su lengua, esta lengua armoniosa, dulce y flexible, esta lengua que representa en el nuevo continente a la toscana del antiguo, entonces se conoce el juicio y la elección que tuvieron los peruanos en la imposición de los nombres a todos los objetos que los rodeaban. Un volcán que arroja de su cima columnas de humo espeso mezclado con llamas, se le nombra *Cotopaxi* — "masa de fuego", — otro lanza de su seno nubes de arena, conmueve los fundamentos de la provincia y arruina los templos y los edificios se le llama el *Pichincha* — "el terrible, el amenazador" — una cima inmensa cubierta de nieve y colocada al otro lado del río, se nombra *Chimborazo* — "nieve al otro lado", — a una población establecida en una garganta estrecha que corta la cordillera, se le impone el nombre de *Lacta Cunga* — "garganta estrecha"; y en fin, una planta que fortifica los músculos, que da vigor, que hace andar a un tullido, se llama como hemos visto *Calpachina Yuyu* — "yerba que hace caminar".

"Los nombres de esta lengua contienen las virtudes de las plantas y las cualidades de todos los objetos Al oir los nombres de las plantas casi se saben sus virtudes ¿No es esto más sabio, más importante a la humanidad que esos nombres que ha criado la adulación, el reconocimiento o el interés? ¿Qué idea nos pueden dar de una planta las voces "dioscorea, plinia, buffonica, boerhavia, sigesvechia? No nos dicen otra cosa más sino que ha habido un Dioscorides, un Plinio, un Buffon, un Linneo, un Boerhave, a cuya memoria se

Traspusieron varios cauces menores; y al acostarse el sol, vadearon a volapié el principal afluente del Vacacuá corriéndose hacia la barra, feraz rincón de pastoreo. Entre isletas de guayabos, coronas y ñangapirés, camparon antes de extinguirse el crepúsculo.

Delante, un trozo moteado de grupos de árboles aborígenes: detrás la selva intrincada y tenebrosa.

Como oyese gruñidos de carpincho, Cuaró dijo:

—El agua está cerca.

Y se puso a recorrer la línea curva del monte, hasta dar con una senda de ganado cimarrón.

Volvióse ligero y advirtió a Gildo del rastro hallado, ordenándole que aprovechase con otros compa-

---

han consagrado estas plantas. Y ¿qué diremos de aquellas dedicaciones a hombres oscuros, ignorantes, que tanto se han prodigado en nuestra edad? La botánica exige un genio reformador, un hombre extraordinario, que con el peso de su saber y de su autoridad destierre de esta ciencia los nombres de tantos botanófilos que no han llegado a merecer siquiera ese nombre."

Precisamente, algo análogo, si no idéntico, a lo que el citado sabio dice, se nos ocurre que pasa con los nombres aplicados por los guaraníes a toda clase de plantas y objetos en el país del Urú, como ellos llamaban a la región oriental del Plata en cuanto a sus propiedades, a sus virtudes, su figura, su situación.

En lo orográfico, por ejemplo, denominaban *Guazunambí* — "orejas de ciervo" — a dos cerrillos que se destacan en el camino a la ciudad de Melo, y que vistos a la distancia se asemejan realmente a las de un ciervo gigantesco echado en una loma.

A un tejido que remeda a una telaraña por la finura y delicadeza de sus hilos que convergen a modo de radios a un pequeño núcleo central, obra de manos femeninas, pusieron por nombre *Ñandutý* — "araña blanca" —tal es la semejanza de esta artística labor con la tela que fabrica el áptero citado para cazar insectos.

Muy extensa sería la lista, pero, limitándonos a ciertos vocablos empleados en nuestro texto, cúmplenos decir que *Vacacuá* —"cueva de la vaca"— proviene según tradición de haberse visto a uno o más de estos animales por hábito de querencia guarecerse en una hondonada próxima a las vertientes del arroyo que lleva ese nombre; y que, la voz *Cuaró* — "hoyo o pozo amargo" — tiene su origen en el sabor que ciertas hierbas daban al agua de un remanso de este fuerte sauce, también según testimonio de antaño.

ñeros de la última luz, en busca de agua, leña y de algún vacuno echado abajo de los molles o en la arena del ribazo.

Ya los mozos con extrema agilidad habían volteado los arreos y atado sus caballos a soga corta, por lo que se encontraban listos.

En un momento se pusieron en la huella, y por allí penetraron.

Fue la víctima una vaca vieja que con otras quiso internarse veloz cuando ya estaban encima los hombres, con tan mala suerte, que al saltar se enredó en ramas y breñas dando tiempo a que una de las filosas dagas le entrase en la garganta. Ninguno se ocupó en desollarla, pues la hora no daba para más. Se le despostó con cuero. El manjar era suculento, y el festín fue alegre.

Apagáronse temprano los fogones, y todo quedó en tinieblas. El sueño en aquella gente cayó a plomo.

Después de media noche, sólo uno estaba despierto, y ese era Cuaró.

Se había sentado en el lomillo, recubierto con otras piezas de la montura, y tenía al alcance de su diestra el freno y una pistola.

Bien abrigado en su poncho, pues caía una escarcha recia, observaba entre caviloso y soñoliento la parte de terreno a trechos despejado, que tenía delante. A pesar de ser muy serena la noche sembrada de brillantes, sus ojos sondeadores sólo podían distinguir aquellos puntos más apartados de las sombras del monte.

De pronto, su vista ya adormecida se avivó.

Es que había notado ciertos movimientos de inquietud en su caballo, ceñido a estaca a unos veinte metros de allí.

Cuaró puso gran atención. No le impedía distinguir claro a esa distancia, la neblina tenue distendida por la helada como gasa transparente casi al ras de la tierra.

Su caballo overo-azulejo, había echado a andar al paso, resistiendo.

Por algunos momentos quedó oculto, pues se alzaba en medio un grupo de talas; pero reapareció pronto en otro trazo limpio, lanzando leves bufidos.

Alguien lo cabestreaba. A veces se detenía sacudiendo de arriba a abajo la cabeza como si se le antojaran harto irregulares los tirones del "maneador". Con todo, no tardaba en seguir marcha con trancos cortos, dócil y obediente.

En cierto instante, volvió el hocico con las orejas muy paralelas, hacia el fogón de que se alejaba y al sitio en que había estado la estaca.

Ese movimiento duró segundos, porque en seguida la mano misteriosa que tiraba, le abatió la cabeza y lo hizo andar más aprisa.

Muy cerca de allí se alzaba un gran terrón en forma de arco cubierto en parte por una planta de cardo y otros arbustillos. Bajo el arco se mostraba una abertura negra, no muy ancha, y esparcidos a un lado no pocos huesos cuya blancura resaltaba en las sombras.

Cuaró no podía ver esto desde su apostadero. Pero, ya se había reincorporado, libre del poncho; y daga en mano, avanzaba cauteloso, resguardándose en la densa oscuridad de las isletas.

Al fin, por entre las ramas de un corona, pudo darse cuenta de aquel extraño incidente, bastándole una rápida ojeada.

El overo-azulejo se había parado frente a la aber-

tura negra, de la que salió una lechuza luciendo sus ojos redondos color de azufre, como si viniera a celebrar la proeza de su conviviente.

El conviviente, era un zorro de pelaje ceniza y cola de nutrido borlón; el mismo que había cortado la presilla del "maneador" en la estaca y cabestreado con sin igual destreza el caballo hasta la puerta de la madriguera, sin duda para no desperdiciar fragmento alguno de la sobada lonja.

El zorrazo, armonizando su instinto de economía con su astucia para consumar la última diligencia — la más difícil — cual era la de tajar la soga prendida al "fiador" bien a la altura del "bozalejo", se puso sobre los pies traseros y disponíase a la sajadura con sus afilados dientes, cuando un hombre se incorporó detrás de las matas del terrón y descargóle el mango del rebenque en el cráneo de un modo tan rudo, que el dañino se tumbó tieso de costado.

La lechuza se remontó dando un chillido.

Sorprendido por aquella inesperada aparición, cuando se preparaba a dar buena cuenta del zorro, Cuaró, no obstante, se lanzó sin trepidar sobre aquel hombre con ánimo de hacer con él lo mismo.

El aparecido le gritó, muy entero:

—¡No me mate, capitán, que soy Fulgencio!

—¡Mirá! — refunfuñó el mestizo, reconociéndolo. — ¿De aónde salís, matrero?

—¡Pues, del monte!

—Vea no más qué topada. Parece mentira...

—Tan no es mentira, capitán, que maté al ladrón, y le salvé el "maneador".

—Sí, no niego — siguió refunfuñando Cuaró. — Las piedras rodando se encuentran y juntan... Pero, vení conmigo. Hay que aclarar esta aparición.

—Como de alma de otro mundo, capitán, porque yo mesmo no compriendo verlo solo aquí.

—Solo anda mandinga —observó en tono alegre el mestizo.

Mientras arrollaba con la izquierda el "maneador", sajado en el extremo, cogió con su diestra un brazo de Fulgencio hasta hacerle sentir la garra.

—Vas a ver que no ando solito.

Y a buen paso, se dirigió con aparecido y caballo al campamento.

Algún ruido sintieron los soldados, porque a poco trecho se presentaron varios de ellos con armas listas.

—No ha sido nada. Traigo un prisionero.

Todos hicieron rueda, y al reconocer a Fulgencio se quedaron estupefactos.

Fulgencio se reía, muy contento de que el capitán lo hubiese cogido, pues que así sin mayor trabajo ni riesgo de caer en manos de otro, volvía a su escuadrón.

Añadió que se creería bien servido y grato si le diesen un poco de carne asada, porque ya iba para rato que no comía; y que él en pago, haría la relación de lo que le había ocurrido desde que las cosas lo apartaron de ellos en el Palmar.

Se le hizo el gusto con prontitud, y ya nadie pensó en dormir en el interés de oírle. Llovían las preguntas.

Fulgencio dijo que él no estaba solo, pues que su compañero Toribio, también evadido, se hallaba en el monte, un poco arriba de la cueva del zorro. Habían llegado juntos el día anterior aplastando caballos, y se escondieron, temiendo a una partida que merodeaba por las puntas del Valdez con divisa roja. Para buscar a Toribio parecía mejor esperar el día. El monte era muy oscuro, y apenas se entrase, había

que revolverse por encima de troncos secos y matorrales. Por lo demás, en aquellos lugares no había peligro.

Y entrando a narrar sucesos anteriores, mientras el mate amargo circulaba, contó el fugitivo que al final de la carga de Britos quedó rezagado, sin más remedio en la apretura que refugiarse a retaguardia de la tropa de Miró. Allí se estuvo, hasta la rendición. Después, "lo echaron con otros a los infantes". Pero, a un jefe le fue de su agrado, y lo sacó para asistente; en cuyo cargo se desempeñó con tanta actividad y celo, sobre todo en el cuidado de los caballos del comandante, que éste llegó a elogiarlo en presencia de muchos oficiales. Toribio tuvo la suerte de que lo "ojease" una china cantinera, que de otro tiempo lo venía queriendo "sin cansarse de pastorearlo"; y como esa china tenía "vara alta" con su jefe porque de todo le traía sin cobrarle, él se empeñó y lo pusieron al servicio de su fogón. Así se vieron juntos. Por algunos días no hubo novedad, y las marchas no eran largas; mas a causa de los ataques repentinos de la gente del monte, y luego con motivo de la evasión del comandante Abel, los hombres entraron en recelos y se hizo mucha vigilancia. No se perdía pisada a los prisioneros sobre todo cuando iban por agua y leña. En esa forma, se continuó avanzando más ligero por la cuchilla, rumbo al Cangué.

Una noche de lluvia, antes de venir el alba, aconteció que la "caballada", en gran parte de resabio, se arremolinó feamente y se dio a la fuga. Para librarse del revolcón, un caballerizo disparó su pistola. A este tiro se siguieron muchos y fue muy grande el alboroto que sobrevino. Fulgencio y Toribio que tenían or-

den de ensillar siempre, pasadas las dos de la mañana, montaron en seguida para sujetar la tropilla flor, de suyo briosa, pero se vieron envueltos en el torbellino y obligados a correr a la par, tan a la par fue que anduvieron un par de leguas como si hubieran criado alas.

En este conflicto, Fulgencio dijo a Toribio: "mejor será que cada animal gane su querencia, y que nosotros enderecemos campo afuera con la mesma facultá". A lo que Toribio respondió: "de juro que no hay porqué repuntar redomones en manos de ajeneros, y a mí parecer, tan del jefe es este zaino entonao como mío".

Y así platicando los dos mozos, siguieron como "bola de charrúa", aunque sin abusar del rebenque, con la montura al freno, no fuera el caso de quedarse a pie en pago desconocido.

Apenas para un resuello y arreglar las cinchas se bajaron, y otros minutos en buscar el mejor paso de un zanjón maldito se detuvieron. Entre canalizos y laberintos de maciegas, los tomó a tiempo por fortuna una mañanita helada como "nariz de ñoña", pero al fin compasiva, porque les enseñó el rumbo.

Algo les costó salir de la marañas. A pesar de todo, no tardaron en dar con la gran loma que recorrieron a lo ancho al galope, para descolgarse en las nacientes del Vacacuá Chico, bastante crecido, y de allí al rincón de la barra donde se encontraban.

Cuaró, que había escuchado atento a Fulgencio, interrogóle entonces qué andaba haciendo en el potrero en hora en que sólo grita el "ñacurutú".

Contestó el mozo que habían acordado con Toribio que éste quedaría en el retazo limpio que les servía de escondrijo, donde podían hartarse los pingos con gra-

ma y trébol; mientras que él saldría a bombear en el rincón, pues era resuelto irse por la mañana a Paysandú. Además, como el hambre los apremiaba, quería ver si por acaso alguna puntita de "orejanos" dormía bien arrimada al monte, y se prestaba la cosa para un tiro a "quema cuero". Poco llevaba de ojeo, cuando a un paso de la guardia, alcanzó a distinguir al zorro que se arrastraba jadeante como quien tira ya cansado, y en un "repeluz" se enteró de la treta. El ceniciento al forcejear le daba el plumero, por lo que sin ser visto, Fulgencio se escondió atrás de las matas y cardos a esperar que llegase a la cueva para darle "un mangazo en la bocha redonda". Le retozaba el cuerpo al tener por seguro que se haría de un caballo, "bozalejo" y "maneador" a tan ruin costa, lejos de sospechar de quién todo eso era pertenencia.

Oído esto, dijo el capitán:

—Y acabó el cuento. Aderecen que vamos a marchar.

En verdad, poco o nada de las últimas palabras del relato escuchó Cuaró. Parecía estar lejos de allí en esos momentos.

Aquel grito de espantosa angustia que lanzó Camilo cuando fue derribado del caballo en medio de las tinieblas, sonaba ahora en su oreja como un alarido arrancado a las entrañas. Muchos de esos gritos había escuchado en el furor de las peleas. Pero, igual a ese grito fúnebre, ninguno. Era el único que le repercutía a modo de reproche sangriento.

En su entendimiento corto y nublado, aquel incidente no había sido, no, como tantos del oficio; algunos de ellos lo fueron más netamente feroces, propios de tigres en el exceso de la rabia. Ninguna memoria viva y tenaz acosó nunca su cerebro por estas

demasías en la defensa o en el ataque. En la función constante de matar, se habían encallecido sus instintos. El arma mortífera era en él un apéndice obligado, algo así como el asta en el toro. Pero, en esta ocasión singular, alguno de aquellos instintos se había ablandado de un modo sensible, produciéndole un conflicto raro bajo el cráneo. No alcanzaba él a definir el hecho, que a otros ojos sólo aparecía como natural en los lances de la guerra. Es que, en el fondo, Cuaró buscaba sin duda en las tinieblas del pasado algo que tenía relación estrecha con el hombre muerto, y que a él le retorcía el corazón.

El suceso no había sido simplemente dramático. Era ultra-trágico, o resultaba esto en el modo de juzgarlo en sus adentros aquel fuerte soldado. Y por eso, tras de un lapso de tiempo de concentración profunda, de abstraimiento y mudez pavorosa, como volviendo de súbito a la noción de la realidad y de la vida, en vez de una queja lanzaba un grito siniestro lo mismo que el polyboro voraz al recibir de improviso una bala en la remera.

Alboreaba.

Una comisión fue en busca de Toribio, a quien se halló muy inquieto en el mismo lugar escogido para escondite. Fulgencio le llevaba asado fiambre por desayuno, y un chifle de asta para remojar. Muy contento al informarse de todo, despachó pronto la ración, en tanto su camarada ponía los arreos a los caballos.

Salieron al potrero en instantes de pasar la fuerza, en cuyas filas ocuparon sitio entre murmullos de bienvenida al prófugo trasnochado. La gente iba embozada, pues la escarcha se levantaba con viento.

Cuando el sol empezó a calentar con brío, hicieron su entrada a Paysandú.

XXIV

ODISEA DE ABEL

Algunas semanas pasaron antes que Abel Montes en difíciles movimientos, avances y contramarchas llegase al curso inferior del Queguay, por las alturas de la cascada que lleva ese nombre. Su grupo se había aumentado hasta veinte, entre ellos cinco tiradores.

Con esta fuerza no se libraban combates, a no ser con otra así precaria para la ofensiva. Todo ello, sin embargo, no era óbice a que haciendo uso de legítimas estratagemas, el pequeño contingente intentase penetrar en la plaza sitiada.

El asedio se reducía a lo terrestre. Estaba libre la zona del río por donde se recibían refuerzos y víveres. No siendo pues riguroso, cabían probabilidades para una entrada sigilosa o de sorpresa.

El cerco por tropas irregulares y por más estrecho que fuera, tenía que presentar vacíos en razón de la calidad y la disciplina. La cantidad no era mucha, pero sí suficiente para impedir la salida de Lavalleja.

Se habían llevado asaltos y batídose con denuedo ambos contendientes, sin éxito alguno para los sitiadores. La plaza resistía bien, y nada presagiaba que aquellos fueran más felices en lo sucesivo. No había plan serio. Faltaba artillería. Luego, los ejércitos no se improvisan como las huestes: y era una hueste propiamente la que intentaba rendir a tropas a medias regladas, pero con espíritu de unidad y cohesión.

El jefe de la defensa, lo era también del segundo

cuerpo del ejército. Desistir del asedio, y alejarse, importaba dejarle libre acción para rehacerlo y anular los efectos de la victoria obtenida. De ahí la tenacidad en el ataque.

Pocos kilómetros separaban a Montes de Paysandú, cuando una mañana acertó a pasar cerca de un rancho de buen aspecto construido en un terromontero, con árboles y huerta.

Ordenó un alto a su gente, y él solo se dirigió a la vivienda.

Encontróse con una mujer ya madura, de buen continente, que parecía pronta a emprender viaje en un carro atoldado, en compañía de un muchacho de doce años que resultó ser su nieto.

—¿Va lejos, señora? preguntóle Abel.

—No muy lejitos, al pueblo.

—Pero hay peligro con el sitio.

—Conmigo no se meten esas gentes. Voy porque me anuncian que está baleado un nieto mío, hermano de éste.

—¿De la plaza?

—¡Oh, sí! El es de los blancos. No tiene a quien salir colorado. ¿Y usted a quién sirve?

Abel que había tenido oculto el chambergo con las manos cruzadas detrás, lo desdobló y mostró la divisa.

—Entonces es de los míos. Conmigo no se meten, porque saben que no ando con naide en chismes de comadre ni soy portadora de papelitos. Esta es por segunda ocasión que voy dende que están acorralando a don Juan Antonio. A la vieja Salustiana la respetan, y han de dejarme ver al nieto lastimado aunque se retoben.

Dio un bostezo y se persignó en la boca, añadiendo:

—Andese con cuidado; en estos pagos cuasi todos son de Frutos, y algunas partidas suelen llegar. ¿En qué lo puedo servir? porque se me hace que trae entripao... asiéntese y hable lo que ha de hablar, que media lengua no me parece.

Sonrióse Abel.

—No se trata de chismes ni de papelitos, doña Salustiana; lo que yo deseo es otra cosa, pero así mismo no sé si debo pedírsela por no comprometerla.

—Si no es eso, no me compromete. Cualquier recadito yo puedo llevarlo siendo de boca...

—De boca ha de ser.

—Pues será muda para otro que el prójimo que usté me ha de nombrar.

—El prójimo es un hombrazo de caballería, que se llama Cuaró.

—¡Si lo conozco! Le tienen más miedo que a mandinga... Vea nomás... En la última pelea salió con ellos revuelto y por poco lo matan en las afueras. Por ayudar a salvarlo jué que lastimaron porción de compañeros. ¿Qué quiere que le diga?

—Pues yo deseo que le diga esto: Abel quiere entrar en la madrugada del domingo por el lado del río, y pide que lo protejan.

Salustiana repitió el encargo mentalmente, y luego en voz alta.

Sin pausa preguntó:

—¿Usté solo?

—Con gente.

—¿Y usté es el Abel?

—Para que usté me mande, señora.

—Ya está bien hablao, lo que le mando es que dentre sano. Yo doy la vuelta mañana y estaré en

casa al medio día. Puede venir o hacer chasque por la respuesta. Aura estoy de apuro.

Agradeció y despidióse Montes muy complacido.

Pero, antes de que saliera, el chico que se movía nervioso desde que vio la divisa, gritó con arranque ingenuo: ¡viva Oribe!

Era un viernes cuando Abel tuvo este diálogo con doña Salustiana.

Al reunirse con su grupo, emprendió en el acto marcha hacia uno de los afluentes del Queguay que él conocía, en extremo montuoso, no distante del sitio en que se había detenido. Era su intento permanecer allí a buen recaudo hasta el día siguiente, para recoger la contestación que trajese la viajera; y en caso de ser ésta negativa por cualquier causa, seguir hasta la barra del Chingolo, donde tenía esperanzas de hallar algunos dispersos de la caballería de Britos.

Provenía su presunción de la certeza de que la tropa desbandada, y más que otra la del escuadrón de línea que flaqueó y volvió la espalda en el ataque del ala derecha, se había orientado en su fuga hacia el litoral para transportarse a la costa vecina. Pero, como no era fácil encontrar en cualquier momento botes o lanchas a propósito, lo más probable sería que aún aguardasen la ocasión guarecidos en los bosques.

Pasaron sin inquietudes el resto del día y la noche que se siguió. Algunas detonaciones de armas de fuego, de ecos lejanos, no les quitaron el sueño bajo las grutas de ramaje en que se habían recluido.

Por fin alumbró el sábado, y la impaciencia de Abel pudo encalmarse.

Con sol casi clavado, movióse del sitio y encaminóse al rancho del terromontero, destacando al frente

los hombres de tercerola con orden de detener al primero de a caballo que hallasen en la marcha.

No tardó esto en suceder, cuando ya la vivienda estaba a la vista.

Uno de los tiradores condujo a un sujeto mal montado, pardo joven, de aspecto avieso. Tenía el pelo al ras y las manos callosas. Sus ropas eran guiñapos. Apretaba un bulto debajo del brazo izquierdo, y le había sido quitado un cuchillo con vaina de cuero.

No contestó claro a ninguna pregunta. Todo lo enrevesaba.

Abel con atento examen, le mandó que se quitase el sombrero, uno de ala corta que le venía chico, y la única prenda nueva que ostentaba su persona.

Montes le escudriñó la cabeza, descubriendo en el frontal y parietales algunas huellas o costurones de espada o sable. Las señas eran mortales para un ojo experto.

—Usted es desertor —le dijo. ¿En qué cuerpo servía?

Confundióse el detenido. Apremiado, confesó que al escuadrón de línea de la división de Britos.

—Abra ese bulto — ordenó Montes, a quien se había puesto la mirada rígida y fruncido el entrecejo.

Con mano torpe, así lo hizo el desertor.

Contenía el bulto formado con un pedazo de arpillera, curiosa variedad de objetos: un collar de cuentas ordinarias color celeste, unos zarcillos de plata, un relicario, un peine-hembra con púas de hueso y un prendedor de acero.

Pero lo que más intrigó al comandante fue una banderola de paño rojo bordada con hilo dorado en sus cuatro ángulos, reproduciendo los dibujos simbólicos de liturgia. En el centro, un corazón sangrando. El

palillo que le servía de ástil, quebrado en la base, indicaba que había sido sustraído a la mano de madera de alguna imagen, tal vez a un Bautista, acaso a una virgen de altar doméstico.

Inspeccionando bien todo, Abel hizo envolver cuidadosamente los objetos, y entregó a Gaspar el lío.

—¿Adónde iba este individuo? —inquirió al guardián.

—Enderezaba al monte.

—¿Está solo o acompañado? preguntó al desertor.

—Solo. Todos nos desgranamos después del desbande.

Abel guardó un momento silencio. Luego dispuso que el desertor marchase entre dos tiradores.

Ya cerca del rancho mandó detenerse, y al galope se dirigió al terromontero.

Salustiana había regresado, y reinaba en su hogar gran confusión.

Pronto informóse Abel de lo sucedido, al ver la puerta fuera de quicio, y en el interior, una cómoda destruida a golpes dados con la tranca de hierro tirada en el medio de la habitación. En los cajones rotos todo estaba revuelto.

Salustiana lo recibió llorosa, limitándose a decir:

—Me han robado.

A esto repuso Abel con mucha calma:

—Si usted tiene en su casa una imagen de santo, le pido que me la muestre.

—Sí que tengo: un San Juan, aquí en mi dormitorio. Venga y lo verá.

Pasaron a una pieza semi-oscura, pues sólo tenía un ventanillo y eran negras sus paredes. Allí lloraba el nieto por la desaparición de su chambergo dominguero.

En presencia de la imagen, la buena mujer gritó irritada:

—¡También la banderola del santo!...

Abel que se había educado en un convento, supo valorar aquella protesta de indignación.

Convencido ya de quién era el culpable, se apresuró a decir:

—No se aflija señora, por casualidad me he apoderado del ladrón, y todo lo que él le robó le será a usted devuelto ahora mismo.

—¿La banderola?...

—Sí, y el sombrero de su nieto. El culpable recibirá castigo.

—¿Y cómo le pagaré este gran servicio que usté me ha hecho?

—Dandome la respuesta esperada.

—¡Ah!... Sí... ¡Chist!...

La abuela miró al nieto.

—Y bien. Necesito que él vaya aquí cerquita al bajo, y le diga de mi parte al alférez Gaspar que me traiga el bulto que le confié.

—¡Ah, ni adrede! Basilio, oye al señor...

Basilio restregóse los ojos, y vino presuroso.

Abel le dio el encargue, añadiendo:

—Que le entreguen además su sombrero.

El muchacho lo miró con estupor, pero partió corriendo.

La abuela que radiaba de contento, dijo entonces:

—Aura puedo hablar. Cuaró dice que antes de entrarse usté por el lao del puerto va a tener que pelear tres o cuatro ocasiones. Que siendo asina grande el peligro, se allegue la noche de mañana a la boca del Queguay a un paraje que usté sabe, porque a la una

de la madrugada estará pegadita a la barranca la balandra que lo ha de llevar con los compañeros.

—Me basta — la interrumpió Abel.

—Sí, y que meta también los recaos porque en el pueblo no abundan. El lo va a esperar en el puerto. El indio muy alegre al saber a lo que iba, me abrazó. Los otros, los de ajuera, cuando entré y salí hablaban de registrarme, pero por burla, son chocarreros como el jefe... Y aura, le digo que alguna cosa desconfían y mejor es que usté se vaya de aquí sin perder tiempo. Yo ví que algunas partidas estaban listas a moverse, pero nenguna vino atrás de mi carro... Más tardecita viene mi hermano con otro viejo lisiao; los pobres sirven de compañas... A mi nieto Tiburcio no hay que cortarle la pierna, y está guapito... Ya sabe, usté no se deje estar. Siempre que una fuerza viene, algunos se apartan y enderezan a este rancho por matear en la cocina.

¡Ahí está su alférez!...

En efecto, Gaspar llegaba con Basilio.

Abel le tomó el bulto y se lo pasó a Salustiana.

Separóse algunos pasos a solas con Gaspar, y trasmitióle con brevedad ciertas órdenes.

El alférez retiróse diligente.

En seguida Montes expresó a la dueña de casa su reconocimiento, y sin escuchar las frases de gratitud que ella le renovaba, despidióse y se fue.

No había transcurrido un cuarto de hora desde la ida de Abel y solazábase ella con el nieto por su buena ventura al recuperar sus prendas, la banderola sagrada singularmente, cuando resonó una descarga en el bajo, pero algo distante de la vivienda.

Sintió la dueña un golpe en el corazón. y corrió hacia fuera por arranque maquinal, pues su voluntad

no intervino. Llevaba cogida con las dos manos la cabeza. Era que se había dado cuenta de la causa de aquella descarga siniestra.

Vio bien claro en el declive suave de una ladera, casi frente a la puerta de su casa, tres cuadras de por medio, al grupo de Abel formado en línea y cuatro tiradores delante.

Una difusa humaza gris de acero empezaba a extinguirse en el espacio.

En el suelo, a pocos pasos, semicubierto por las hierbas yacía el cuerpo de un hombre, al que se estuvo examinando un corto momento.

Después, aquella pequeña tropa desfiló junto al cadáver, y se fue alejando a trote largo rumbo al norte.

Ahora ochenta años eran inmensos los bosques que orlaban con su infinidad de especies arbóreas las márgenes del Queguay, una de las arterias fluviales más poderosas que riegan los feraces campos de Paysandú. Pero, si bien era de asombrar la profusión de vegetales y los millones de troncos que en líneas paralelas cubrían leguas de territorio, siempre acompañando al río providente, desde su origen hasta su desemboque en el ancho Uruguay, en ciertos puntos que son múltiples, de su contacto con los afluentes y que constituyen otras tantas barras, estos tributarios generosos comportaban a su vez por las dos orillas montes aborígenes que al refundirse con los del río en que vertían sus aguas, formaban en cada una de esas confluencias una selva nutrida, maciza, enorme, tan solo violada por el ganado mayor chúcaro, el "matrero" y el perro cimarrón. Por allí solía bramar el tigre.

Siempre recostándose a estos montes, eludiendo a trazos lonjas terregosas reblandecidas por las crecientes, y aún cortos esteros de espeso fango, Abel tras-

puso el arroyo del Chingolo, y prosiguió sin descanso hasta las proximidades de la boca. No encontró alma viviente.

En lugares de sombrías espesuras con yerbazal espléndido, hizo alto y mandó acampar.

La costa del Uruguay estaba cerca. Precedían a la zona boscosa que se asentaba en las barrancas algunos juncales poco densos. La boca del Queguay quedaba a la derecha poco distante, notándose los efectos de sus recientes desbordes por la resaca que cubría en parte los juncos y espadañas.

Abel recorrió a pie los sitios de la costa más vecinos, por largo rato, aventurándose en un dédalo de ramajes y trepadoras, y volvió con buen gesto de su inspección.

Entretanto se había carneado un novillo cogido a lazo, y encendídose fogones, resguardándolos en hoyos, y recubriéndolos de arena fina para evitar la ascensión del humo en columna o espiral.

Venían ya las tinieblas.

Comentaban los hombres el fusilamiento de Sabino Rojas, que así se llamaba el desertor, mientras sorbían mate en conos de cuerno y bombilla de lata, reconociendo sin disputa que el comandante era de temerse cuando pisaba mala yerba.

Uno de ellos al parecer ladino, se aventuró a decir:

—Nunca en mi vida vide una mueca de rabia como la que se le pintó al jefe en la cara, asina que miró la banderola color sangre con figuritas de oro que traiba en rosca el ladrón... ¡Ni que fuera flaire!

—No seas bárbaro, Demetrio. Calláte la boca...

Abel Montes se aproximaba a pasos lentos.

Apresuráronse a brindarle con un costillar listo al

asador, del que comió una parte, muy despacio y en silencio.

Después se puso a andar un rato, mirando a las alturas.

El cielo estaba sereno, sin celajes que encubrieran su polvareda de remotos fulgores, semejantes a miriadas de "tucos" y "cocuyos" sobre las bóvedas ramosas de la selva umbría.

Empezaba la escarcha.

Arrebujóse bien en el poncho al pie de un quebracho, y se durmió.

Al despertarlo con sus gritos estridentes un ave noctámbula, levantóse y calculó la hora.

Ciertas estrellas grandes que él había visto pendientes en su cabeza antes de darse al reposo, se encontraban ahora sobre el horizonte, como si buscasen también sus lechos de descanso debajo de la tierra.

Sacudió a Gaspar, que entre vapores de sueño tremulaba de frío, y le dijo:

—Que ensillen. Vamos a bajar a la costa y el camino es trabajoso.

En pocos minutos todos estuvieron prontos.

Inicióse el movimiento al paso, esquivando el juncal, y siguiéndose en medio de isletas dispersas de espinillos y guaviyúes. Se atravesó un potril solitario, y entróse de nuevo en el boscaje y la maraña. Luego se avanzó como a tientas por el monte que coronaba las barrancas, no muy altas en aquellos sitios. Los caballos tropezaban o saltaban sobre los troncos caídos. Hubo necesidad de algunos golpes de sable y daga para desganchar gajos y esquebrajar gruesas lianas. No demoró sin embargo el instante de descender por una pendiente suave al plano arenoso de la playa. Sentíase el rumor manso de los escarceos en la orilla, al

romperse las burbujas en la broza amontonada a lo largo, como si se obstinase en no ceder por amor al lamido de la linfa.

A poco de fijar la vista al frente, percibíase el curso rápido de la masa líquida que el Queguay echaba al gran río más al norte, en cuya corriente iban confundidos fugaces camalotes y hojarascas. Las aguas de un color oscuro terroso a momentos, tornábanse en verde sombrío al pasar por los claros sin bosque, chispeaban al resplandor indeciso de las alturas, y volvían a ennegrecerse delante de las grandes manchas de sombra que la selva proyectaba en los recodos y curvas colosales. Una que otra claridad de faroles en pequeños veleros, solían distinguirse en la apartada zona opuesta, a modo de ojos de buho en acecho. Por el canal profundo ninguna nave surcaba.

El grupo continuó su desfile por un colchón de arena a pasos medidos, hasta encontrar una especie de gruta circular, en parte formada por la terrera que se alzaba en el fondo, y a los lados por árboles añosos. La terrera muy escarpada, con barrancos y precipicios atestados de malezas, dejaba un gran espacio libre delante, donde se veía una ensenadita a manera de herradura, Colgaban de las copas lianas y trepadoras secas, que contribuían a acrecer las tinieblas en aquel sitio de soledad.

Allí se mandó desmontar.

Después de una hora de espera, una balandra apareció al frente con la cangreja semi plegada, y oyóse una palabra como lanzada con bocina:

—¿Están?

—Sí —contestó Abel.— Arrímense lo posible.

La vela se arrió del todo, y funcionaron los biche-

ros. En seguida un cabo con el extremo en rollo, cayó en la arena.

Fue en el acto recogido y atado a un árbol.

Pero, la balandra se paró a algunos metros. Dos hombres la tripulaban. Uno de ellos, el patrón, dijo bajando la voz:

—Más no se puede... Tienen que embarcar con el agua en el ombligo.

Los soldados se rieron. Obedeciendo la orden impartida, echaron al suelo sus monturas, que ligaron con lazos y "maneadores" conjuntamente con las cartucheras, ponchos y botas. Alzáronse las ropas hasta los muslos, y dieron principio al transporte, llevando los bultos en la cabeza. El agua en algún punto, llegó al pecho. Siguióse con las armas, bien en alto las de fuego. Por último, se dio suelta a los caballos, azuzándolos hacia el extraño camino que habían traído. El instinto los guiaría lejos. No era para ellos la selva oscura.

Desprendióse el cabo, y los últimos estuvieron a bordo.

Viró la balandra, largó el paño y entróse a navegar corriente abajo. No era menester de fuerte brisa. El camino andaba.

Abel, que iba de pie en el combés, interrogó con la mirada al patrón.

—Arribamos antes que el sol — dijo éste con aplomo.

Por su parte, Gaspar acostado en la cubierta, señaló a sus compañeros una línea negra movible en la playa que dejaban. Eran los caballos que desfilaban lentamente en busca del punto accesible al bosque y al llano.

Así como bajo las tiendas de Rivera, figuraban en

calidad de aliados o auxiliares, el general Lavalle con otros distinguidos jefes y oficiales argentinos, en el campo opuesto tenían también cabida otros elementos importantes del mismo origen.

Acentuadas las tendencias, cada parcialidad o círculo de una u otra banda buscó su composición de lugar en el campo que mejor consultara sus respectivos planes o ambiciones, por manera que de hecho existía la conmixtión de partidos, antes que sucesos más graves de extensos derivados imprimiesen a la lucha un carácter de solidaridad bien definido, y el no menos terrible de vida o muerte. A los intereses en juego, defendidos en común, coadyuvaban otros vínculos de amistad y conveniencia mutua, que al hacer inconciliables los credos y programas distintos, dividían casi por igual las energías del gran teatro de acción.

No era sólo, pues, el partido de Rivera, el favorecido por la ayuda de argentinos disidentes, que bajo su protección buscaban los recursos de reaparecer con ventaja en escena propia. De esos combatientes los había en el opuesto campo, con sus propósitos de igual modo firmes de dar la mayor vastedad a sus líneas de resistencia.

De aquí resulta que Lavalleja contase entre sus tropas dentro de muros, con un batallón de entrerrianos a las órdenes del comandante Galán.

Parte de esta fuerza distribuída estratégicamente, y una mitad del escuadrón al mando de Cuaró, protegieron el desembarco de Abel sin sufrir hostilidades ni contratiempos.

Una vez pertrechada de lo necesario esta tropa, se le agregó la caballería de Cuaró, destinándola a avanzadas.

Muchos días duró el monótono servicio de guerri-

llas, hasta que los sitiadores se decidieron a un nuevo asalto a la plaza.

Como los anteriores fue reñido. Repitiéronse los actos de audacia y de valor. El escuadrón de Abel agotó sus municiones en una de las alas, y cargó al arma blanca.

Abrumado por el número replegóse a suburbios. Algunos compañeros quedaron a retaguardia, entre ellos el capitán.

Este, con cinco o seis compañeros, se retiraba al trote, el rejón en revoleo, gritando a sus enemigos palabras feroces. Tenía la manga de la camisa arrollada por encima del codo, y una vincha en la frente. Ante sus vocablos como flechas venenosas, un grupo separóse de las opuestas filas y a toda rienda lo alcanzó y rodeó, volteando dos de sus jinetes en el ímpetu furioso. Cuaró trazó un semicírculo con su lanza, y echándose luego sobre un flanco de su caballo con pasmosa agilidad volvió la moharra a su frente, tiró un bote terrible e hizo saltar a su adversario más próximo de la montura. Este bote fue acompañado de un alarido, en escala mayor que el que arroja cuando ha tocado el maestro de esgrima en un asalto solemne.

Pero la lucha era desigual, y su pangaré ya no estaba liviano. Parece que nada de esto tenía en cuenta. Hundió las espuelas recubiertas de pelo y sangre en los ijares e iba a renovar su proeza, cuando el caballo flaqueó y cayó de costado. Una media luna le había tajado el jarrete por detrás.

Cuaró quedó de pie y, arrojando la lanza astillada, tiró del sable, cuya hoja en su mano brilló siniestra y giró en molinete formidable.

De pronto, sus atacantes huyeron.

Testigo Abel de aquel trance lleno de fiereza, arre-

bató al clarín su instrumento, mandó cargar y tocó a degüello.

En tanto el escuadrón se arrojaba a escape sobre el grupo encarnizado, el clarín repetía el toque fatídico hasta llegar al paraje del entrevero.

Cuaró, jadeante y sañudo, envainó el sable. En la fuga le habían marrado dos o tres botes.

Alzaron los soldados los arreos del pangaré y la lanza en astillas. También los dos compañeros muertos. A uno de ellos, la moharra enemiga le había saltado un ojo y parte del vómer, dejando el hueso a la vista.

El capitán saltó a grupas del overo de Abel, siempre callado y torvo, y volvieron al trote.

El ataque había sido rechazado en toda la línea.

Ya en sus puestos, Cuaró estrechó la mano de Abel, diciéndole:

—Gracias, hermano, pero me has jugao mal tercio.

—¡No te entiendo! —repuso Abel con asombro.

—Sí... Yo quería morir.

—¿Y por qué?

Relampaguearon los ojos negros del guerreador, y estuvo moviendo los labios en silencio como en un rezo secreto.

Luego contestó, encogiéndose de hombros, cual si se estuviera acordando de cosas que ya no tienen remedio:

—Otro día contaré.

Después de este episodio, Montes se esmeró en distraer al capitán en cosas ajenas a la guerra, evitando siempre recuerdos que pudiesen hacerle recaer en una preocupación al parecer tenaz.

Felizmente pasaron días sin que ocurriese encuentro serio.

A veces, aparecía Cuaró ensimismado, tétrico, inaccesible. En las más seguía siendo el camarada jovial, divertido y alegre, como si la ráfaga reveladora de sus tempestades internas se hubiese extinguido para siempre.

Pronto, cosas nuevas absorbieron todos los ánimos.

Una tarde se supo que Rivera no estaba en el ejército y que el general Aguiar lo había sustituido. Corrió también la voz emocionante de que la paz era un hecho, que el presidente Oribe había renunciado su puesto, y obtenido autorización para transportarse a Buenos Aires.

Al principio nada de esto se creyó. ¡Eran resuellos de caudillos fatigados! Los "defensores de las leyes" se conservaban fuertes y enteros, con poder bastante para alcanzar victorias definitivas.

Pero, los hechos se fueron aclarando, y la realidad se impuso abrumadora. La prueba irrecusable pudo palparse por los sitiados mismos, dura y contundentemente. Lavalleja había recibido orden superior de entregar la plaza al ejército de Rivera.

Toda duda se disipó. Había que someterse.

Galán se resistió a entregar las armas e hizo preparar el buque que debía conducirlo con sus soldados al país ribereño. Produjéronse conflictos parciales, controversias y rebeldías. En pos de los arrebatos y desahogos, los ánimos se destemplaron y fuéronse aquietando. Pasada la racha, una calma morbosa reinó en el recinto.

Abel y Cuaró con Gaspar y algunos compañeros, encamináronse al puerto. No habían pedido licencia ni pretendieron concesiones. Ellos no se rendían. Como era esto un acto de conciencia, rompían con toda subordinación y disciplina. Pensaban de buena fe que

aquello no importaba más que una tregua, un plazo que había de cumplirse en día no muy lejano.

No se aproximaron al muellecito, donde ya se encontraba en tren de viaje la infantería de Galán.

Dirigiéronse a otro punto vecino, al final de un albardón, en que se veía una barca a vela al reparo de una barranquita.

Abel contrató la travesía, disponiendo que en el acto se desensillaran los caballos y se echasen las monturas a la barca, lo que se hizo con extrema diligencia.

Corría una brisa fresca de parte de tierra.

Hasta allí llegaban de la villa confusos rumores. Acaso había comenzado la entrada triunfal.

Quietos y en grupo sobre la barranquita, los que iban a expatriarse, acogían sin conmoción visible aquellos ecos, que fueron poco a poco aumentando hasta formar onda sonora.

Entonces Abel dijo, arrancándose a su abstracción mental:

—A mi parecer, más negros que estos han de apuntar los tiempos que vienen.

Cuaró se sonrió mostrando todos sus dientecillos, aún fuertes, blancos y pulidos. Rascóse la mollera y se puso a mirar la costa argentina.

La barca a vela se preparaba a salir.

Abel bajó la pendiente, anunciando:

—Ya van en aquella balandra los últimos fusileros para el arroyo de la China. Iremos en pareja.

Y metióse en la barca.

Hicieron sus compañeros lo mismo, encabezados por Gaspar.

Este estaba un poco tierno. La imagen de Margarita con alas de libélula, le revolaba ante los ojos. Pero

seguía mudo, muy atento a todo lo que veía y oía. Junto a aquellos hombres aprendía a sufrir en silencio.

El último en embarcarse fue el "mestizo", quien bajó a volteretas la barranca y se tiró en una banqueta prorrumpiendo:

—¡Es gusto de boyar!

Cruzóse de brazos, y se retobó.

En tanto la barca se iba apartando de la orilla, Abel deslizó esta frase:

—No están lejos los días de volver a la querencia.

—Si no se ha trocao en tapera — gruñó Cuaró.

En el acto mismo, se puso de pie, soliviantado por una conmoción interna o como si hubiese sido aguijoneado por una memoria reciente, hondamente conturbadora.

Sus compañeros le notaron en el semblante algo de extraordinario, una mueca terrible, acaso de ira reconcentrada, tal vez de espantoso dolor.

Su tez color bronce cobró el de tierra arcillosa. Parecía que en realidad algún recuerdo constante y cruel le desgarrara inexorable, porque al inyectársele los ojos de llanto, apretó las mandíbulas hasta hacer crujir los dientes, como evitando que de su garganta salieran sollozos semejantes a bramidos.

Alzó el brazo potente cual si amenazara a un enemigo invisible con su puño de hierro, sacudiéndolo con fuerza hercúlea y dirigiéndolo siempre hosco y siniestro hacia la ribera que abandonaban.

Al verlo así en transfiguración completa, sin arrojar un grito, con los músculos arqueados, las narices dilatadas, en congestión su cuello de toro, Abel y sus compañeros se quedaron atónitos. La impresión fue inesperada, violenta, emocionante.

¿Qué tempestad se había desencadenado de súbito en aquel cráneo donde se anidaban el coraje y el denuedo como fuerzas insuperables de su vida?

¿Qué instinto negro allí se retorcía sin poder abrirse paso, al punto de estremecer todo su cuerpo y dilatar sus pupilas, lo mismo que si lo hubiesen sometido a un cepo de lazo hasta descoyuntarle los miembros?

Cuaró surgió imponente, como él nunca lo había visto ni en el rigor del entrevero. ¡Era su aspecto tan distinto! Resaltaba en su semblante una mezcla de odio y dolor como en una máscara de piedra, tan duros y tiesos aparecían los músculos faciales, tan lívidos e inertes los labios entreabiertos, tan inmóviles sus párpados gruesos y adiposos.

El torso atlético bajaba y subía por segundos, cual si aspirase una ola entera de aire, y fuese poca a sus pulmones.

Al fin, sus labios se removieron, y sin decir palabra, se desplomó en la banqueta.

Arrancándose a su estupor, Montes se precipitó hacia él anhelante, y preguntóle con cariñosa suavidad:

—¿Qué te pasa hermano?

Los ojos fieros de Cuaró, que apenas se despojaban del velo que los había encubierto, velo de sangre y lágrimas, se fueron fijando poco a poco en el rostro de Abel como si hiciera esfuerzos por reconocerle.

Pasada el aura fatídica, se fue reserenando, miró al grupo silencioso, extrañándose de todo; y luego, otra vez a Montes. Esa mirada tenía la hondura de un abismo.

Acordóse Abel que en el último de los combates él le reprochó que no lo hubiese dejado morir. Ante aquel misterio cada vez más indescifrable, renovó atribulado su pregunta.

Resopló entonces el capitán, como si acabase de salir del fondo del agua después de larga y penosa inmersión.

Venciendo su mudez, puso la boca en el oído de su compañero para decirle muy quedo, como un niño medroso que se confiesa:

—Es que maté a Camilo... Serrano.

Aunque impresionado por esta revelación, que en el acto ligó a confusos recuerdos de una corrida de sortija, Abel repuso con viveza:

—¡Ya!... ¿Y qué hay con eso? Vamos a cuentas.

—¡Que era el hijo de Jacinta... y mío también!

XXV

EPICRESIS DEL CUATRENIO

No fue la victoria del Palmar la que en rigor dio preeminencia al general Rivera, pero sí, le proporcionó aliados de improviso, extraños por completo a las cuestiones de orden interno que se debatían. Eran aliados poderosos.

Esta intromisión del extranjero en la vida íntima de una sociabilidad que se constituía, empezando por desangrarse y empobrecerse, influyó de manera terminante en la solución de la contienda.

El general Oribe pudo continuar la lucha, obtener ventajas, y vencer a su adversario con algún esfuerzo, puesto que regía como gobernante constitucional los destinos del país y en su mano estaban los recursos extraordinarios.

No obstante, bajo la presión de aquellos sucesos, se vio obligado en definitiva a asumir una actitud diferente a la que de él esperaban los defensores de su gobierno.

Una vez resignada de modo formal su alta investidura, como aconteció, la personalidad política del general Oribe quedó desligada desde ese momento de la escena, por concepto del mando.

Ese varón fuerte que había sabido conquistar laureles en la guerra y en la paz como soldado y como administrador de intereses nacionales; con más suerte que desgracia, en múltiples hechos militares y políticos; con menos yerros que éxitos, en la difícil ges-

tión de imponerse como primaz a sus coetáneos; de buen linaje y educación suficiente para su época, perdió la oportunidad de dejar la vida en las batallas del primer lustro, si la memoria de sus actos había de estimarse como programa de futuro, y un legado a engrandecer por espíritus superiores en el transcurso de los tiempos.

Por decisión deliberada había renunciado el poder que legalmente ejercía; y al retirarse al extranjero, abandonó por siempre toda pretensión sustentada en el litigio ya concluido.

El general Rivera llenó el hueco, se empinó en los estribos y dijo haber sido aclamado "el padre de los pueblos y columna de la Constitución" [15]; que venía "a sustituir el imperio de las cosas, a la influencia de las personas", frases de las muchas que suelen lucir como zigs-zags en los cielos borrascosos del pasado histórico, y que sin duda sugirió el fino espíritu de Santiago Vázquez, aun sabiendo tan distinguido ciudadano, como perfecto convencido, que en el país sólo existía un rey de díscolos, un patriarca del personalis-

---

15 **Aclamación del Celestino.** — Entre lingüistas ocurren casos singulares en materia de versión precisa y exacta interpretación de un texto original. Uno, como ejemplo Cierto vocablo usado por Homero en la Ilíada, fue vertido por un buen número de sus traductores en castellano, como significativo de "violeta", dulce voz que recuerda un perfume delicado y habla al sentimentalismo poético; pero, luego entre otros apareció Tolomeo Evérgetes, quien según Baráibar, notable intérprete de aquel inmortal poema legendario, dijo a ciencia y conciencia: el viejo Homero no habló ahí de "violeta", sino de "perejil".

Pues por analogía, el ejemplo cabe.

Lo que en ciertas historias aparece como un hecho solemne en favor del general Rivera al proclamársele "Padre de los pueblos y columna de la Constitución", resulta traducido al lenguaje severo de la verdad una simple aunque extravagante laudatoria de breves líneas, como escrita sobre el tambor y sobre el tambor firmada por algunos jefes y oficiales a orillas del Celestino.

Con ser todavía estación propicia a la flor, el singular do-

mo: el general Rivera, que no era sencillamente egoísta, ni egomista, pero sí algo más: ególatra, en cuanto juzgaba indispensable su omnipotencia en el gobierno. De aquestas frases sibilinas, gastaba a cada paso el sagaz mentor, siempre oído, pero rara vez acatado.

La actitud del general Oribe produjo extrañezas, difundió inquietudes, aglomeró tempestades; pues, a ese paso extremo, cuando todavía los rencores chorreaban sangre, debían de sucederse de modo fatal estupendas conmixtiones de partidos nutridas en una atmósfera de celos formidables.

La idea reparadora no iría ya en andas de la pasión para abrirse camino y esparcir semillas fecundas. La pasión en paroxismo había de primar, y el cerebro obedecer, no para dictar leyes y sofrenar instintos, antes bien para concitarlos y enfurecerlos como medios lícitos de lucha y predominio.

Ni preceptos tutelares, ni formas jurídicas.

Estaría de más pensar en la concordia, cuando no habría un hueco en los cálculos para el perdón. La

---

cumento bien traducido al idioma de la verdad no sabe a violeta ni a laurel.

Fue acto impulsivo de un núcleo de soldados que no consultaron a los pueblos, ni menos a la Constitución, que fue obra de civiles y pensadores

Es de observar que el general Juan Lavalle no lo suscribiese Creería tal vez que no calzaba esos coturnos su amparador de ocasión; o quizás juzgó que su posición accidental y pasajera de oficial de fortuna, le imponía recogerse en la penumbra en teatro "muy pequeño" para sus aspiraciones.

No pensó lo mismo su compañero de aventuras el coronel Martiniano Chilavert, más sencillo y despreocupado, pues no tuvo inconveniente en suscribir aquella especie de orden del día general.

Nadie ignora que este bizarro soldado de las guerras de la independencia, debía aparecer más tarde como jefe superior de la artillería de don Juan Manuel de Rozas en los campos de Monte Caseros, donde su conducta tuvo relieve vigoroso; y donde concluida la batalla y apenas de rendido, fue fusilado por la espalda por orden del general vencedor.

justicia por el hierro, tabla rasa: así se presagiaba la consigna de la nueva época.

Tales augurios, tenían en qué fundarse en aquel período de acciones y reacciones, verdadero lapso turbulento.

A partir de que el sistema personalista tendía con mayor fuerza a un arraigo permanente, y como efecto lógico de las disidencias que engendraba, a la anulación gradual de los principios del gobierno libre, los hechos que se iban eslabonando, por su propia índole y naturaleza preparaban el terreno para una guerra civil perpetua.

Arrollado un pendón por la derrota, para darse suelta a otro pendón ungido por el triunfo, no tardaría en desplegarse aquél de nuevo, así que un apoyo cualquiera alentase a sus defensores.

Era ya sino fatídico que se volviese por el desquite; la sangre vertida llamaba a la sangre; los heroísmos malogrados y los martirios, reclamaban venganza; el olvido del agravio era mengua, y deshonor la inacción en el destierro.

¿Para qué el sentimiento de clemencia, desde que se empuñase el acero? En los hogares oscuros, en las chozas campesinas, las memorias infaustas se mantenían frescas y se acumulaban, como un montón de calaveras a la intemperie que a cada instante se viesen, se contasen y se clasificaran por deudos y amigos. Se impuso la religión de los odios, porque religión llegó a hacerse para el niño que oía al padre en la agonía maldecir del hermano disidente, o a la madre entonar a diario la décima feroz del entrevero, o en la enramada pedorrear en la guitarra del vago la canción del exterminio.

Para ese culto tétrico se erigieron altares en cora-

zones y almas; cada rancho fue un templo de ídolos; cuanto más sanguinarios los campeones, más venerados; por mártires se tuvieron aún a los caídos en leal pelea; transformóse la divisa en bandera; la noción de libertad se perdió entre los excesos de la licencia, y el concepto de la patria en el turbión de las reversiones semi bárbaras.

Eso se veía como cosa palpable, evidente; y todos se consideraban con el derecho de acusar, de condenar sin oir, ni tener en cuenta lo que "no se veía".

Hábil pareció a los propios instigadores, que en esas convulsiones intestinas se proclamasen fórmulas más liberales de gobierno, para cubrir la sinrazón del desorden, o para imputar al que administraba, las mismas culpas o iguales cargos al que promovía aquéllas ostensiblemente; hábil también, que se le pusiese todo género de obstáculos para trabar una marcha correcta que se le iba propiciando las simpatías generales del país; y no menos útil el concitar los naturales instintos belicosos, exornándolos con símbolos o moñas de colores vivos, como se hace con los toros de lidia en las arenas. De licencia y de instintos conflagrados, habían menester las ambiciones ocultas y los planes vengativos.

Sin embargo, en el fondo de todas esas discordias, de todos esos esfuerzos supremos en los dos campos por aislar y dominar alternativamente una fracción considerable del conjunto social y relegarla a la actitud pasiva, con negación a veces de la tierra, el agua y el fuego; en el fondo de esos fenómenos de causas ignoradas para el vulgo —siempre el gran fanático vendado— sólo obraba una ley común a pueblos y partidos, la de la lucha por la vida, cuyo éxito cabría al más fuerte. Los medios para obtenerlo, eran áspe-

ros, cerriles, inhumanos, cuanto era de reducido y precario el patrimonio en disputa.

Pero, justo es decirlo, no eran esos medios frutos del invento, de la artería, de la perversidad: los ofrecía de una manera virtual, espontánea, el ambiente propio. ¡Agrestes semillas de la moral de aquellos tiempos!

Como el archi-caudillo era el único que tenía en sus manos el secreto de embravecerlos y de explotarlos en guerras de "recursos", una vez dueño de las campañas y del patrimonio, en sus mismas fuentes, quedó anulado de hecho el principio de autoridad.

El general Oribe no se resolvió, como pudo, a resignarse ante ese hecho, protestando contra su imposición brutal: renunció también al derecho.

En medio de la densidad de intereses comprometidos dentro y fuera de fronteras, y de graves complicaciones políticas, previstas o no, aquella actitud debía sufrir quebranto, y hasta olvidarse, en el profundo extravío de planes y de ideas que subsiguió a una paz efímera. Se estaba a un paso del ciclo octaérido.

El ex-gobernante dejaba en pos de sí al afortunado caudillo envuelto en su gloria gris: que la gloria adquirida en rebeliones injustas aunque el sol la dore cortos instantes, no es más que polvareda que el propio viento de tempestad aplaca y depone bien luego sobre el gran charco de sangre generosa, hermana legítima de la misma sangre vencedora.

Por delante, allende ese pantano tan parecido al del orco que describe un canto de Homero, no encontraría como Ulises las sombras leves de sus viejos compañeros de batallas épicas, después de beber un vaso de sangre podrida para serle dado hablar con el divino Tiresías sobre destinos futuros: pero sí, enigmas fatídicos, sombras también móviles e imponentes, los

fantasmas de los años terribles que se acercaban paso a paso, con el arma a la funerala y su cortejo de letales odios.

FIN